COLECCIÓN

DE

ESCRITORES CASTELLANOS

CRÍTICOS

EX-LIBRIS.

ESTUDIOS

DE

CRÍTICA LITERARIA

TIRADAS ESPECIALES

50 ejemplares en papel de hilo, del..... 1 al 50.
10 » en papel China, del..... I al X.

COLECCIÓN DE ESCRITORES CASTELLANOS

ESTUDIOS
DE
CRÍTICA LITERARIA

POR EL DOCTOR

DON M. MENÉNDEZ Y PELAYO

Director de la Biblioteca Nacional,
individuo de número
de las Reales Academias Española y de la Historia,
Correspondiente de las de Buenas Letras de Barcelona
y Sevilla, y de la de Ciencias de Lisboa.

TERCERA SERIE

121177
7/3/12

MADRID
EST. TIPOGRÁFICO «SUCESORES DE RIVADENEYRA»
Paseo de San Vicente, núm. 20

1900

CRITICA

Bartolomé de Torres Naharro.

BARTOLOMÉ DE TORRES NAHARRO

Y SU PROPALADIA

NOTORIO es á todos los amigos de nuestras letras, que el difunto académico D. Manuel Cañete, cuyo talento crítico y raras prendas de inteligencia y de carácter sería ocioso encarecer aquí, porque bien fresca se conserva su memoria entre los que nos honramos con su amistad y nos aprovechamos de su doctrina, dedicó la mejor parte de su actividad literaria á la historia del teatro, en la que fué peritísimo como muy pocos de sus contemporáneos españoles; y se aplicó muy particularmente á la investigación de los orígenes de nuestra escena, haciendo en tal asunto notables y provechosos descubrimientos que ensancharon sobremanera el círculo de estos estudios, tan brillantemente inaugurados en España por la obra, magistral para su

tiempo, de D. Leandro Fernández de Moratín, y enriquecidos luego con noticias y especies sueltas por la diligencia de varios eruditos nacionales y extranjeros. Todavía nos falta un libro de conjunto, que recoja esta materia dispersa: quizá Cañete era el único que estaba en disposición de escribirle, pero impedido por otras ocupaciones, ó desalentado por la indiferencia del vulgo, ó (lo que yo más creo) anheloso de la perfección y desconfiando de lograrla por los muchos vacíos y obscuridades que encontraba á cada paso en labor tan ardua, no nos dejó más que preciosos fragmentos, que bastan para dar idea de la alteza y novedad de sus miras, de lo peregrino de sus hallazgos, y del sano y recto juicio con que lo aquilataba todo. Cumpliendo á la vez con el oficio de editor y con el de crítico, que tienen que ser inseparables cuando se trata de obras rarísimas y apenas accesibles al bibliófilo más entusiasta, publicó, esmeradamente corregidos, el texto de las *Farsas* y *Églogas*, de Lucas Fernández, y el de la *Tragedia Josephina*, de Micael de Carvajal, ilustrando una y otra reproducción con prólogos doctísimos en que la amenidad corre parejas con la discreción, y en que se perdonan de buen grado las frecuentes digresiones por la luz inesperada que derraman sobre una de las regiones menos conocidas de nuestra historia literaria. En otros artículos y

discursos consignó Cañete numerosos datos sobre el primitivo drama religioso español y sobre farsas y representaciones de varios autores; y después de la dolorosa pérdida, no resarcida aún, de nuestro crítico, la Academia Española honró su memoria sacando á luz la edición del Teatro completo de Juan del Enzina, que D. Manuel había dejado impresa en su mayor parte, y que terminó con el mismo celo y afición otro insigne y simpático erudito que también pasó ya de esta vida: D. Francisco Asenjo Barbieri, que á sus méritos de artista musical juntaba los de conocedor profundo de la historia de su arte y de sus relaciones con la literatura general.

Impreso estaba también, y repartido desde 1880 á los suscriptores de los *Libros de Antaño*, el tomo primero de la *Propaladia*, y aun tirados bastantes pliegos del segundo; pero Cañete fué dilatando la continuación, sin otro motivo, á lo que entendemos, que el deseo de encontrar noticias biográficas de Torres Naharro, de quien casi nada se sabe con certeza fuera de lo que en sus propios escritos consta. Las noticias no parecieron, y como lo mejor es enemigo de lo bueno, Cañete no llegó á escribir el prólogo, y el público siguió careciendo de la mitad de la *Propaladia*. Hoy sale, por fin, á luz el texto íntegro, y aun acrecentado con algunas composiciones líricas que no figu-

ran en las antiguas ediciones; pero la mala suerte del dramaturgo extremeño ha querido que no sea Cañete el encargado de renovar su memoria ante los lectores de nuestros días; lo cual hubiera ejecutado aquél mi inolvidable amigo con todo el primor y atildamiento que él ponía en sus críticas tan maduras y pensadas; y no de la manera rápida y superficial con que voy á hacerlo yo, agobiado por otros trabajos de muy diversa índole, y tan falto, como él lo estaba, de datos positivos acerca de la vida del poeta, sin que pueda ofrecer tampoco grandes novedades en lo que toca á la crítica de sus obras. Pues si bien Cañete tuvo alguna razón para decir que «de la *Propaladia* habían hablado muchos de oídas, incurriendo en lamentables errores», también es cierto que los desbarros de Nasarre, Signorelli, el Marqués de Valdeflores y otros críticos que pudiéramos llamar *prehistóricos*, apenas merecen ser impugnados ni traídos á colación ahora, puesto que ya los rectificaron Moratín, Martínez de la Rosa, Schack y otros autores que andan en manos de todo el mundo, y de quienes no puede negarse que estudiaron directamente las comedias de Naharro, que comprendieron toda su importancia, y que en sus juicios se acercaron mucho á la recta estimación que debe hacerse de este singular ingenio. Claro es que la crítica moderna exige algo más; y Cañete hubiera

dado, de seguro, gran novedad al tema, ya con hábiles cotejos y oportunas reminiscencias, ya con agudas observaciones técnicas sugeridas por su larga práctica de crítico teatral. Yo no aspiro á tanto; casi todo lo que voy á decir de la *Propaladia* lo he aprendido en el libro mismo, pero como no hay dos críticos que vean las cosas exactamente del mismo modo, acaso pueda tener alguna novedad esta personal impresión mía, y facilitar á los lectores menos versados en estas antiguallas, la lectura, no siempre fácil, de las obras de Torres Naharro.

I

Los dos casi únicos documentos relativos á la persona de Torres Naharro figuran al frente de la *Propaladia* en la edición príncipe de 1517. Son unas Letras Apostólicas de la Santidad de León X, dando á nuestro autor privilegio por diez años para la impresión de sus desenfadados escritos, y conminando con pena de excomunión mayor y multa de mil ducados á quien sin su consentimiento los reimprimiese; y una carta de cierto literato francés, amigo de Naharro y residente en Nápoles, que latinizaba su apellido firmándose *Mesinierus I. Barberius Aurelianensis* (¿Messinier Barbier

de Orleans?), el cual se dirige al famoso tipógrafo y humanista de París Badio Ascensio (1), haciéndole grandes encarecimientos de la persona de nuestro poeta.

El privilegio pontificio llama á Torres Naharro clérigo de la diócesis de Badajoz *(clericus Pacensis dioecesis)*: la carta de Mesiniero nos declara el pueblo de su nacimiento: «patria Pacensis, *de oppido de la Torre; gente Naharro*». No hay duda, pues, que era Naharro su nombre gentilicio, y que antepuso el Torres (que más bien debiera ser Torre) en recuerdo de su patria, que fué la Torre de Miguel Sexmero, simple aldea del término de Badajoz entonces, hoy villa de alguna consideración en el partido judicial de Olivenza.

---

(1) Se llamaba Josse Bade, y añadió el calificativo de *Ascensius*, por ser natural de Asc ó Ascen, en el territorio de Bruselas. Nació en 1462: murió en 1529. Fué profesor de lengua griega en Lyon y en París, y, como otros muchos sabios del Renacimiento, ennobleció la profesión de impresor, juntándola con el cultivo de las letras humanas. Erasmo le elogia en el *Ciceronianus*, poniéndole nada menos que al lado de Jerónimo Budeo. Su obra más curiosa es la sátira titulada *Stultifera navicula seu scapha fatuarum mulierum, circa sensus quinque exteriores fraude navigantium* (1500), compuesta parte en prosa y parte en dísticos elegiacos. Escribió, además, comentarios sobre Horacio, Salustio, Quintiliano, Aulo Gelio, Cicerón, etc., muchas poesías latinas y varios tratados gramaticales.

Nada sabemos de los estudios de Torres Naharro, pero sí mucho del fruto de ellos, atestiguado principalmente por sus obras, que demuestran muy sólida cultura clásica; y también por los encarecidos elogios de su amigo Barbier, que humanista él mismo y dirigiéndose á quien lo era tan preclaro como Badio Ascensio, no duda en asegurar que Naharro hubiera podido escribir en latín sus comedias con grave estilo, pero que prefirió componerlas en lengua vulgar para que la suya materna no tuviese nada que envidiar á la griega y á la latina. Es muy verosímil que, como tantos otros extremeños, cursase las aulas no remotas de Salamanca; y aunque no veo razón para identificarle con el *Bartolo*, *pastor de Extremadura*, de quien habla Juan del Enzina en un villancico (1), creo muy probable, si no probado, que en las églogas y representaciones de aquel ingenio, muchas de las cuales estaban ya impresas en 1498, recibiese el primer estímulo de su vocación dramática, que más tarde desarrolló en Roma con el estudio de los modelos clásicos

---

(1)

¡ Para el cuerpo de sant Polo
Que estoy asmado de ti!
¿ Quién te arribó por aquí
Tan lagrimoso y tan solo?
Yo cuidé qu' eras Bartolo,
Un pastor de Extremadura
Que aprisca en aquel altura.

y de las primeras muestras de la comedia italiana. El teatro de Torres Naharro está ya á inmensa distancia del de Juan del Enzina, pero todavía hay en la *Propaladia* una pieza, el *Diálogo del Nacimiento*, que manifiestamente corresponde á la escuela de Enzina, por lo rudo y sencillo de su estructura dramática. De todos modos, estaba en el orden natural de las cosas, y así aconteció en efecto, que el movimiento de secularización del teatro, iniciado en Salamanca por Juan del Enzina y Lucas Fernández, se comunicase con rapidez á las regiones más vecinas: á Portugal con Gil Vicente; á Extremadura con Torres Naharro, seguido en toda aquella centuria por otros poetas de su tierra, como el fecundo é ingenioso Diego Sánchez de Badajoz, el estrafalario Vasco Díaz Tanco de Fregenal, el pulcro y correcto Luis de Miranda y el placentino Miguel de Carvajal, superior á todos en elevación y fuerza patética. Días de grande esplendor en todos los órdenes de la vida, fueron aquellos para la gente extremeña, y no es maravilla que brotase pujante el árbol de la poesía en la tierra que á un tiempo engendraba á los conquistadores heroicos y á los grandes teólogos y humanistas, como Maldonado, Arias Montano y el Brocense.

El impulso aventurero, característico de su raza en aquella gran crisis de su historia, arras-

tró á Torres Naharro en su juventud, haciéndole peregrinar con mala fortuna por varias partes, sufriendo innumerables trabajos, hasta caer cautivo, después de un naufragio, en manos de piratas agarenos, que le transportaron á África. Apenas puede dudarse de que en algún tiempo hubiera sido soldado: los cuadros de la vida militar que vemos en la *Comedia Soldadesca* no están compuestos de oídas, sino copiados del natural con viveza y exactitud pasmosas; y en los hermosos versos á la muerte del Duque de Nájera, hay, no sólo ímpetu bélico, sino tal sentimiento de adhesión personal que nos induce á creer que el poeta había militado, acaso en la frontera de Granada, bajo las banderas del egregio caudillo cuyo himno funeral entona, y á quien pone en parangón con el Gran Capitán.

Obtenido su rescate, fué á parar á Roma, donde es de presumir que abrazase el estado eclesiástico, trocando su vida errante y aventurera por la blanda y regalada de comensal y familiar de varios príncipes y cardenales. Fué, á lo que parece, su principal protector, quizá por su condición de extremeño, el pródigo, fastuoso y turbulento cardenal de Santa Cruz y obispo de Túsculo, D. Bernardino Carvajal, descendiente de la noble familia placentina de su apellido, principal fautor ó más bien alma del conciliábulo de Pisa, reunido contra

Julio II, bajo la protección del rey de Francia Luis XII. Carvajal, cuyos altos pensamientos aspiraban nada menos que á la tiara, para la cual había obtenido doce votos en el conclave de 1503, del cual salió electo Julio II, se hizo cabeza de un cisma viendo frustrada su ambición, y fué excomulgado y destituído en el consistorio de 24 de Octubre de 1511. Á este reto contestaron arrogantemente desde Pisa los cardenales rebeldes, declarando nulas las cencesuras pontificias y afirmando que estaban constituídos en concilio general legítimamente convocado. Pero tales procedimientos, muy del gusto de la Edad Media, eran ya anacrónicos en el siglo XVI, en que las disidencias religiosas iban á tomar forma muy distinta y carácter más hondo. Aquella sediciosa asamblea no prosperó: el pueblo de Toscana le fué abiertamente hostil, y persiguió de muerte á los cismáticos, que después de la tercera sesión en que confirmaron los decretos de la quinta del Sínodo de Constanza sobre la autoridad de los Concilios generales, y declararon que no disolverían el suyo hasta que la Iglesia estuviese reformada «en fe y costumbres, en la cabeza y en los miembros», tuvieron que refugiarse en Milán al amparo de las armas francesas. Y cuando la fortuna las abandonó, después del sangriento é inútil triunfo de Ravena, todavía la tenacidad de Carvajal arrastró á sus

partidarios primero á Asti en el Piamonte, y luego á Lyon, donde sucumbió finalmente este seudo concilio, si bien Carvajal persistió en su rebelión, hasta que, muerto Julio II, abjuró solemnemente su error en el Concilio de Letrán (27 de Junio de 1513), recibiendo la absolución de manos de León X, que le volvió á su gracia y le restituyó el capelo (1).

Á la sombra, pues, de este terrible paisano suyo, en quien grandes cualidades de elocuencia y varia cultura, de talento político, de magnificencia y brío personal estaban obscurecidas por la ambición, el nepotismo y la prodigalidad más desenfrenada, vivió Torres Naharro, sin duda en condición bastante humilde (2), alternando con los servidores del

---

(1) Sobre todos estos hechos puede consultarse cualquier historia de los Papas, y con preferencia la novísima y excelente del profesor de Innsbruck, Luis Pastor. Existe, además, una monografía de H. Rossbach, *Das Leben und die politisch-kirchliche Wirsamkeit des Bernarldino Lopez de Carvajal, Cardinals von S. Croce..... und das schimatische Concilium Pisanum* (Breslau, 1892).

(2) Paréceme que Torres Naharro alude á su propia persona en estos versos de la *Comedia Soldadesca:*

Luego quiero
Hablar con un compañero
Qu'es plático y andaluz,
Que está con un camarero
Del cardenal Santa Cruz.

Un hijo de la Extremadura Baja podía calificarse de an-

tinello, y presenciando aquellas escenas de disolución y despilfarro en cocineros, despenseros, mayordomos, truhanes, pajes y demás sabandijas domésticas, que tan lindamente describe y representa en la graciosa *Comedia Tinelaria*, con la cual se propuso, según del *Intróito* se deduce, no sólo recrear al Cardenal y á personas todavía más augustas, sino darles de paso algún saludable advertimiento sobre el desorden y rapiña que en sus palacios reinaban.

Salió, pues, de las prensas de Roma, en año que no podemos fijar (1), pero seguramente posterior á 1513, fecha de la reconciliación de Carvajal con León X, y anterior á 1517, fecha de la *Propaladia*, una rarísima edición suelta de la *Comedia Tinelaria*, ofrecida en la portada al Sumo Pontífice, cuyas armas campean en el frontis, y encabezada con una dedicato-

---

daluz sin grave impropiedad, puesto que buena parte de su territorio había pertenecido á la antigua Bética, y no á la Lusitania. Así lo hicieron varios doctos varones extremeños como Fr. Luis de Carvajal (*baeticus*), Juan Maldonado (*andalusius*), Pedro de Valencia (*zafrensis in extrema Baetica*), y el sapientísimo Arias Montano, que constantemente añadió á su nombre el calificativo de *hispalensis*, con alusión al convento jurídico de Sevilla, si bien él había nacido en Fregenal, como es notorio.

(1) El ejemplar de Oporto tiene en el frontis la fecha *manuscrita* de 1516, pero, aunque probable, no es segura, pues no sabemos cuándo ni por quién fué añadida.

ria al Cardenal de Santa Cruz, de la cual resulta que esta comedia había sido recitada *delante de Su Santidad y de Monseñor de Médicis su patrono;* y que preguntándole el Cardenal, muy complacido de la representación, por qué no imprimía sus obras, le rogó que, en todo caso, le diese copia de ésta; y que entonces se decidió á imprimir, si no todas, algunas de sus comedias (1). Inútil es encarecer la im-

---

(1) «Reveren. in Christo Patri et Domino D. B. D. Carvaial S. R E. Tituli Sancte Crucis in Iherusalē Episcopo Car. Batr. D. Torres Naharro S.

»Acuérdome que *despues de recitada esta Comedia Tinelaria á la San. D. N. S. é á monseñor de Medicis patron mio, V. S. Rev. quiso verla y despues de vista me mandó que en todo caso le diesse la copia della. Tras desto me demandó la causa porque no dexava estampar lo que screvia. Si lo primero V. S. R. de otras cosas mias oviera hecho, lo segundo no estoviera por hacer.* Tanto es que no aviendo tales personas que mis obras cobdiciassen, convenia que yo de publicallas dubdasse: porque á muchos padres muchas vezes por el amor paternal les parescen sus hijos mas herm sos de lo que son. Lo que agora con la palabra D. V. S. (que en esto le digo mas que alguno piensa) osaré hazer, *y aunque no á todas, á algunas de mis comedias licentiaré:* etiam que temeré poco los dientes caninos de algunos mordaces que se me atreven ladrándome por detrás: y tanto se me puede allegar alguno que quizá le señalaré la herradura en la frente. Con todo me rio que á estos yo no les veo pedazo de halda sano: espero que á todo responderá por mí V. S. R. que *feliciter et bene valeat.*»

Debo copia de este precioso documento á la buena

portancia de este documento, que por sí solo bastaría para probar que las comedias de Torres Naharro fueron escritas para el auditorio más ilustre y excelso de la Italia del Renacimiento (1).

El *Monseñor de Médicis* á quien se alude en el prólogo de la *Tinelaria* era un primo de León X, Julio, creado cardenal en 23 de Septiembre de 1513, el mismo que diez años después había de ceñir la tiara con el nombre de Clemente VII. Torres Naharro le llama *su patrono*, y á él parece que están dedicados los versos del capítulo II de la *Propaladia*, que, si no es errada esta interpretación, algo tuvieron de proféticos:

---

amistad de la sabia escritora alemana Carolina Michaëlis de Vasconcellos, tan benemérita de nuestra filología peninsular.

(1) *Comedia Tinelaria. Sactissimo Domino Nostro. D. L. Pont Max. Oblata per Barth. D. Torres Naharro.* Á la vuelta de la portada está la dedicatoria. 4.º, letra itálica, 18 hojas, inclusa la portada, sin lugar ni año.

Hállase en un tomo de opúsculos varios de la Biblioteca pública de Oporto, rotulado por fuera *Torres de Naharro*, que contiene diez y siete papeles, todos de estupenda rareza y curiosidad. Descubrió este libro nuestro inolvidable erudito D. Pascual de Gayangos, y comunicó generosamente noticia y descripción de él á D. Cayetano Alberto de la Barrera para uno de los suplementos á su *Catálogo biográfico y bibliográfico del teatro antiguo español* (pág. 722).

Vivid, señor, sin cuidado,
Pues que ya, gracias á Dios,
Para sobir reposado
Al alto pontificado,
La scala tenéis por vos.
. . . . . .
No que hayáis ya conseguido
Lo que á vos es competente;
Que de vuestro merescido
No tenéis más rescebido
Del *caparro* solamente.
. . . . . .
Vuestras virtudes sin cuento,
Tan subidas,
Con tanto seso esparcidas,
Sembradas con tal saber,
Aunque tarde conocidas,
Imposible ser perdidas
Ni dejar de florescer.

Pero no fué la *Comedia Tinelaria* la primera producción de Bartolomé de Torres Naharro. Anterior es, de seguro, una poesía lírica que luego se olvidó de recoger en la *Propaladia*, aunque bien lo merecía, siquiera por el interés histórico de su contenido. Titúlase *Psalmo en la gloriosa victoria que los españoles ovieron contra venecianos*, y fué impresa, como otras de su género, en forma de pliego suelto, habiendo llegado á nuestros días un solo ejemplar, que se custodia en la Biblioteca pública de Oporto. La victoria de que se trata, y que

fué realmente un grande y solemne triunfo para las armas españolas gobernadas por el virrey de Nápoles D. Ramón de Cardona, es la batalla de la Motta, ganada en 7 de Octubre de 1513, á dos millas de la ciudad de Vicenza. Cardona había asentado su real á la vista de Venecia, incendiando los palacios y quintas de las riberas del Brenta, y haciendo llegar los proyectiles de sus cañones á la ciudad misma tenida por inexpugnable. Los venecianos quisieron vengar tal ultraje, y mandados por su gran general Bartolomé de Albiano, el mismo que años antes había peleado heroicamente en el Garellano á las órdenes de Gonzalo de Córdoba, atacaron á Cardona en los desfiladeros de la montaña, cuando se retiraba cargado de botín. Cedieron sin gran resistencia al impetuoso ataque los alemanes del emperador Maximiliano que iban aliados con los nuestros en aquella jornada, pero nuestra infantería resistió con tal denuedo y disciplina, á pesar de lo desventajoso de la posición, que hizo cambiar la suerte del combate, quedando tendidos en el campo más de cuatro mil de los enemigos, que perdieron además veintidós piezas de artillería y grandísimo número de prisioneros, siendo gravemente herido el propio general Albiano, que no sobrevivió más de un año á su derrota.

Este señalado hecho de armas, que coinci-

día con la retirada de los franceses al otro lado de los Alpes después del desastre de Novara, y parecía asegurar á los españoles el absoluto dominio de Italia, inflamó el estro patriótico de Torres Naharro, haciéndole prorrumpir en este *Psalmo:*

Cantemos psalmos de gloria,
Sepan que somos cristianos;
Conozcamos la victoria
Que nos da Dios por sus manos
Cada día;
Sintamos por esta vía
Que somos reyes del suelo;
Rompamos con melodía
La mayor parte del cielo.....
Bien es en cualquier manera
Que nos pese con sus lloros,
Porque cierto mejor fuera
Que fuesen turcos ó moros;
Pues, hermanos,
Alcemos á Dios las manos,
Suplicando sin siniestros
Que ponga paz en cristianos:
Cuando no, venzan los nuestros.

En la enumeración de las proezas que los capitanes de nuestro bando hicieron en aquella memorable jornada, concede el primer lugar después del Virrey, á Fabricio Colona, al Marqués de Pescara, al *buen* Hernando de Alarcón y á Diego García de Paredes:

El valiente Colonés,
De nombre tan prosperado,
Que en él se halla el arnés
Estar muy bien empleado,
Se mostró,
Como siempre acostumbró,
De escelente caballero,
Y el que siempre se halló
Para romper el primero;
Do dixeron
Que tan clara conoscieron
La victoria de su parte
Que los muertos no cupieron
Por donde iba su estandarte.....
. . . . . .
Después deste
No será bien que se reste
Quien ganó fama tan clara:
Salió la flor de la hueste,
Que fué el Marqués de Pescara;
. . . . . .
Desbarbado en pelear
Y en regir lleno de canas.
. . . . . .
No tardó,
Que presto tras él salió
Todo envuelto en corazón,
Aquel que nunca dejó
De ser el buen Alarcón;
Peleando,
Tan gran esfuerzo mostrando
Mientras sus fuerzas duraron,
Que no se irán alabando

Los que con él se afrontaron;
  Dél dirán
Que se acuerda del refrán
«Por tu tierra y por tu ley»,
Y que le es gloria el afán
En servicio de su Rey.
  Mas venía
Tras aquél, con gran porfía,
Los ojos encarnizados,
El león Diego García,
La prima de los soldados;
  Porque luego
Comenzó tan sin sosiego
Y atales golpes mandaba,
Que salía el vivo fuego
De las armas que encontraba;
  Tal salió,
Que por doquier que pasó
Quitando á muchos la vida,
Toda la tierra quedó
De roja sangre teñida..... (1).

Encuadernada con este *Psalmo*, en el único ejemplar que ha llegado á nuestros días, se halla otra poesía de Torres Naharro, que

(1) *Psalmo de Bartholomé de Torres Naharro, en la gloriosa victoria que los españoles ovieron contra venecianos.* (Viñeta rectangular, abierta en madera, representando un combate entre guerreros á caballo, armados de lanzas y mazas). En 4.º, letra de Tortis, sin lugar ni año. (Biblioteca pública de Oporto, en el mismo volumen que contiene la *Tinelaria.*)

tampoco fué reimpresa en la *Propaladia*, acaso por lo licencioso de su contenido. Titúlase *Concilio de los Galanes y Cortesanas de Roma* (1), y pertenece á aquel mismo género de literatura *lupanaria* en que muy pronto había de ejercitar su pluma el clérigo Francisco Delicado ó Delgado, autor del *Retrato de la Lozana Andaluza*, y que había de llegar á escandalosa celebridad en los *Ragionamenti* de Pedro Aretino. El irreverente nombre de *Concilio* que esta pieza lleva, y la parodia de los *capítulos de reformación* y de la *bula plomada*, harían sospechar que se escribió en tiempo del Concilio Lateranense (1512-1513); pero, por otra parte, la indicación de que la corte pontificia estaba en Bolonia cuando se compuso, parecen colocarla en el mes de Diciembre de 1515, fecha de la entrevista que León X tuvo en aquella ciudad con el rey de Francia Francisco I.

En el intervalo de estas dos composiciones

---

(1) *Concilio de los Galanes y Cortesanas de Roma, invocado por Cupido. Compuesto por Bartholomé de Torres Naharro.* En 4.º, sin lugar ni año, letra de Tortis. (Biblioteca de Oporto.)

De ambas composiciones he obtenido para esta edición esmerada copia, merced á la solicitud de mi antiguo y buen amigo el Dr. D. Domingo García Peres, tan conocido entre los bibliófilos por su excelente *Catálogo de los autores portugueses que han escrito en lengua castellana.*

no estuvo ociosa la musa de Torres Naharro: vémosla asociarse en el mes de Marzo de 1514 á un magnífico y triunfante alarde de gloria y poderío que el genio ibérico hizo en la capital del mundo católico, por medio de la solemne Embajada que, de parte del rey de Portugal, D. Manuel, llevaron Tristán de Acuña, uno de los héroes de la conquista de Oriente, y los dos célebres legistas Juan de Faria y Diego Pacheco, para ofrecer al Papa los primeros presentes de la India. Llenas están de este acontecimiento las historias portuguesas; llenas las relaciones italianas, que compendió Roscoe en su *Vida de León X;* y ajustándose á estas noticias y documentos, acaba de describirla con mágica pluma el más clásico y excelente de los escritores españoles que hoy viven; en un libro que, no por parecer de entretenimiento, deja de ser en este caso fiel trasunto de la verdad histórica. Oigamos, pues, á D. Juan Valera, cuya fantasía, siempre lozana, hará revivir á nuestros ojos estas pompas del Renacimiento mucho mejor de lo que pudiera hacerlo yo:

«La fama había anunciado por toda Italia la novedad singular de la Embajada portuguesa. Gran multitud de forasteros de todas las repúblicas y principados de Italia acudieron á Roma..... Era á fines de Marzo: una hermosa mañana de la naciente primavera.

Rompían la marcha varios heraldos á caballo con los estandartes de Portugal. Seguían luego, á caballo también, los trompeteros y los músicos tocando clarines y chirimías. Trescientos palafreneros, vestidos de seda, llevaban de la rienda otras tantas briosas y bellísimas alfanas, ricamente enjaezadas con gualdrapas y paramentos de brocado y caireles de oro. Iba en pos vistosa turba de pajes y de escuderos. Luego, todos los portugueses, eclesiásticos y seculares que entonces residían en Roma. Luego los parientes del Embajador, todos en caballos que ostentaban ricos jaeces. Eran los jinetes más de 60 hidalgos, que lucían sedas y encajes, collares y cadenas de oro y de piedras preciosas, y en los sombreros, cubiertos de perlas, airosas y blancas plumas. Para mayor decoro y ostentación de la Embajada, marchaban en seguida muchos empleados y gentiles hombres asistentes al solio pontificio, y la guardia de honor de Su Santidad, compuesta de arqueros suizos y de lanceros griegos y albaneses. Capitaneaba la segunda parte de la procesión el caballerizo mayor del Rey, Nicolás de Faria, quien montaba un magnífico caballo con arreos cubiertos de oro y tachonados de perlas.

»Inmediatamente marchaban dos elefantes, en cuyas torres iban los presentes que el rey D. Manuel enviaba al Papa. Con fantásticos

y vistosos trajes, *naires* de la India, montados en el cuello de aquellos gigantescos cuadrúpedos, los iban dirigiendo. Después aparecía lo más espantoso de aquella pompa. Montado en un soberbio alazán de Persia iba un domador de Ormuz, que llevaba á las ancas, en el mismo caballo y casi abrazado con él, un tigre domesticado. En carros, y encerrados en jaulas, iban después leopardos y otras alimañas feroces que el rey D. Manuel regalaba al Papa, además de las joyas, de la canela, de la pimienta, del clavo, de las armas y de los tejidos y bordados del Oriente. La Embajada venía en pos de todo esto, formando un conjunto deslumbrador. Marchaba primero el ilustre poeta García de Resende, recopilador del Cancionero que lleva su nombre y secretario de la Embajada, y le seguían los reyes de armas de Portugal con sus lucientes cotas, y los maceros del Papa, que precedían al embajador Tristán de Acuña. Éste, por la riqueza de su traje, por su gentil y noble presencia, y por la pujanza y hermosura del corcel en que cabalgaba, dejaba eclipsados á todos los caballeros y personajes que iban en torno de él formando comitiva; al Gobernador de Roma, al Duque de Bari, á los Obispos y á los Arzobispos, y á los Embajadores de Alemania, Francia, Castilla, Inglaterra, Polonia, Venecia, Milán y otros Estados.

»Al ir desfilando esta procesión, la multitud entusiasta lanzaba sonoros vivas y altos gritos de admiración y de aplauso, mientras que estremecían el aire el estruendo de las salvas de artillería y el repique de campanas de todas las iglesias de Roma.

»El Padre Santo aguardó la Embajada y la vió venir desde el balcón principal de la Mole Adriana ó Castillo de Santángelo, donde se parecía cercado de cardenales, príncipes y altos dignatarios. Los elefantes, cuando estuvieron á la vista del Papa, metieron las trompas en unas calderetas de oro, que para el caso iban preparadas y llenas de exquisita agua de olor, y lanzaron luego el líquido que en las trompas habían absorbido, perfumando á la muchedumbre (1).»

Nada hay que retocar en este cuadro bellísimo; pero conviene añadir que la oratoria y la poesía de aquel tiempo contribuyeron al esplendor de aquella fantástica Embajada.

---

(1) *Morsamor*, pág. 34. Supone D. Juan, como se ve, que los elefantes eran dos; pero en las crónicas portuguesas no encuentro más que uno. Por cierto que el tal animal dió pábulo á las macarrónicas burlas de Ulrico de Hutten en las famosas *Epistolae obscurorum virorum:* «Vos bene audivistis qualiter papa habuit unum magnum animal quod vocatum fuit Elephas, et habuit ipsum in magno honore, et valde curavit illud. Nunc debetis scire quod tale animal est mortuum. Et quando fuit infirmum,

Diego Pacheco pronunció un enfático discurso latino, poniendo la India á los pies del Pontífice, y anunciándole que, en cumplimiento de las profecías, los Reyes de Arabia y Saba vendrían á pagarle tributo, y que hasta los moradores de la última Tule doblarían la rodilla ante su solio. Se compusieron innumerables epigramas latinos. Y finalmente, se representó, probablemente por iniciativa del mismo León X, y casi de seguro en su presencia, una obra dramática destinada á ensalzar los triunfos y las glorias de la navegación lusitana. Por un refinamiento de cortesía, la comedia no se escribió en italiano, sino en castellano, lengua tan familiar entonces á los portugueses como á los demás peninsulares, y tenida ya por lengua general de España; y el encargado de componerla fué un poeta extremeño, nacido en la raya de Portugal, Bartolomé de Torres Naharro.

Desgraciadamente, la *Comedia Trofea*, que así se llama esta especie de loa, no correspondió en modo alguno á la grandeza de la oca-

---

tunc Papa fuit in magna tristitia, et vocavit medicos plures, et dixit eis: «Si est possibile, sanate mihi Elephas»..... Et papa dolet multum super Elephas. Et dicunt quod daret mille ducatos pro Elephas. Quia fuit mirabile animal habens longum rostrum in magna quantitate. Et quando vidit Papam, tunc geniculavit ei et dixit cum terribili voce: *bar*, *bar*, *bar*.» (Edición Böcking, 1864, pág. 262.)

sión y del auditorio. Las piezas de encargo y de circunstancias son escollo en que suelen naufragar los más preclaros ingenios. D. Leandro Moratín, que en la parte negativa solía tener razón, como todos los críticos de su escuela, dijo de la *Trofea:* «Es un diálogo insípido, dilatado con episodios impertinentes, inconsecuencias y chocarrerías.»

Y en efecto: nuestro autor violentó aquí su índole de poeta realista, y queriendo volar al empíreo de la poesía heroica, dió no menos estrepitosa caída que el pastor *Mingo Oveja* que introduce en su obra, á quien la Fama presta sus alas para que emboque la trompa épica y vaya pregonando por el mundo las glorias del rey D. Manuel, y que sólo consigue caer por el suelo y romperse la cabeza. Todo lo que hay de serio en esta obra es fastidioso y ridículo, aunque no falten de vez en cuando versos buenos en medio de la fluidez desaliñada, que es el pecado capital de Torres Naharro. Sale la Fama pregonando las glorias de D. Manuel y de su nación:

¡Buena gente lusitana!
Porque acierte,
No le quitemos su suerte,
Su gloria ni su tesoro,
Pues escribe Dïodoro
Ser d'España la más fuerte.

Supieron tomar la muerte
Sin reveses,
Y emplear bien sus arneses
Contra los sus enemigos,
Y aun romanos son testigos
De quien son los portogueses.
¡Cuán muchos años y meses
Supieron guardar su hato,
Dados de gana al afán,
Teniendo por capitán
Al inmortal Virïato!
Pues éste por quien debato
Cuando quiera,
No temo jamás que muera,
Según entiendo que vive,
Ni que la suerte lo prive
De la vida verdadera.
¡Por cuán laudable manera,
Como veo,
Con cuán honesto deseo,
Con cuán sanctísimas guerras
Ha ganado muy más tierras
Que no scribió Ptolomeo!
Ptolomeo, agora creo
Que tu fama
No terná tan alta rama
Como tuvo fasta aquí.

¡Tú que tal dijiste! Sale Tolomeo de los profundos infiernos, con licencia que dice haber recibido de Plutón, y se queja amargamente del vilipendio que se hace de su ciencia geográfica. Entáblase con este motivo un diá-

logo pedantesco en que la Fama va enumerando todas las gentes y provincias conquistadas por los portugueses en África y Asia, pero Tolomeo no acaba de darse por vencido.

Sea ansí
Qu'él ganase hasta aquí
Algo que no screbí yo;
Sé que tampoco ganó
Todo cuanto yo screbí.

Todavía vale menos el acto, que hubiera debido ser tan solemne, de la presentación de veinte reyes orientales á D. Manuel, solicitando recibir el bautismo y someterse á las leyes de los cristianos. Esta escena es, en realidad, un monólogo. Ni los príncipes asiáticos, ni don Manuel, despegan los labios: un intérprete habla por todos, y á la verdad, árida y prolijamente, terminando con una alusión á la Embajada de Tristán de Acuña:

Que en Roma, señor, es ido
Tristán d'Acuña, el buen viejo,
Que con persona y consejo
Tanto y tan bien te ha servido.
Y ellos diz que lo han tenido
Con amor
Por visorrey y señor,
Y confían tanto d'él,
Que si tú quieres, con él
Les puedes hacer favor;

Porque siendo embajador
  Este tal,
Tú siendo tan especial
Hijo de Papa León,
Y el que tuvo en protección
Tanto tiempo á Portogal,
Que mientras fué cardenal
  Todavía
Por portogueses ponía
Persona, estado y haberes,
Lo que agora, si tú quieres,
Mucho mejor lo haría.

Teófilo Braga (1) halla gran mérito en el mutismo del rey D. Manuel, que, por lo que cuentan, se pasaba de grave y silencioso: por mi parte no alcanzo á ver tales intenciones psicológicas en Torres Naharro, sino meramente la inexperiencia propia de los primeros pasos del drama, cuando era lance harto difícil mover unas cuantas figuras, y hacer que dialogasen con oportunidad y congruencia. Y hubiera sido audacia no poco impertinente satirizar de este modo indirecto al Rey en el mismo poema que iba encaminado á su apoteosis, la cual debió de ser bien sincera en el ánimo del poeta y de sus oyentes romanos, vencidos y subyugados por el prestigio de don

(1) *Historia do Theatro Portogues.* (Porto, 1870) II, página 56.

Manuel *el Venturoso*, que de tal modo glorificaba y engrandecía el nombre de su pequeño reino, fuesen cuales fuesen la sequedad y desabrimiento de su carácter, y las causas próximas ó remotas de sus *venturas*, á la verdad más extraordinarias que merecidas. Pero cuando las naciones llegan á tal expansión de fuerza vital y poderío como la que logró Portugal en el Renacimiento, lo que menos puede importar es el nombre y el número que en la cronología monárquica tiene el príncipe á quien los hados propicios concedieron presidir en este gran día de la historia de su pueblo.

Pero no era Torres Naharro el poeta que dignamente debía conmemorar tanta grandeza. ¡Oh si hubiese estado en Roma Gil Vicente! ¡Qué tragi-comedia alegórica hubiera escrito, qué invención lírico-fantástica, por el género y estilo de la *Exhorção da guerra* ó del auto de *Las Cortes de Júpiter!* Torres Naharro (ya lo he dicho en otra ocasión) tenía más condiciones técnicas que él, era más hombre de teatro, pero menos poeta: sus piezas, admirables muchas veces por la fuerza satírica y por lo vivo y penetrante de la observación realista, se acercan más al tipo de la comedia moderna: tienen estructura más regular, pero menos alma. Gil Vicente, en medio de su fecundo desorden aristofánico, hace pensar y soñar mucho más que Torres Naharro. Aun en

la *Trofea* lo más tolerable son los chistes y bufonadas de Cascolucio y Juan Tomillo, de Gil Bragado y Mingo Oveja, todo lo que no es heroico sino picaresco y de farsa.

La inspiración histórica, la que eterniza los hechos hazañosos, no la sintió más que una vez Torres Naharro: en ciertas coplas que tituló *Retracto* y compuso á la muerte del primer duque de Nájera, D. Pedro Manrique de Lara, que por excelencia llamaron *el Fuerte*, acaecida en su villa de Navarrete el 1.º de Febrero de 1515 (1). Llenas están de los hechos de este valeroso y magnífico caballero, que llevó primeramente el título de Conde de Treviño, las crónicas de los reinados de Enrique IV y de los Reyes Católicos; y no menos de cuarenta páginas en folio necesitó el infatigable genealogista D. Luis de Salazar para compendiar alguna parte de sus hazañas, muchas de ellas á la verdad malogradas en guerras civiles, y aun en contiendas familiares y domésticas. Mucho valió su esfuerzo en la guerra contra los portugueses primero, y luego en la de Granada, donde asistió como Ca-

(1) Esta es la verdadera fecha, según prueba el diligentísimo historiador de la Casa de Lara, tomo II, página 137; y no la de 11 de Febrero de 1516, que traen Fr. Prudencio Sandoval, *Historia de D. Alonso VII*, página 432, y Alonso López de Haro en su *Nobiliario* (tomo I, pág. 308).

pitán general de la frontera de Jaén, dando bizarras muestras de su persona en casi todos los encuentros, sitios y batallas, hasta fenecer aquella memorable conquista, en que su nombre sonó poco menos alto que el del Marqués de Cádiz. Pero juntamente con el valor y la pericia militar, conservaba el de Nájera las tradiciones anárquicas de la nobleza de los tiempos medios; y por eso fué de los magnates que, muerta la Reina Católica, abrazaron con más fervor el partido de D. Felipe *el Hermoso*, é hicieron más dura oposición á la regencia de D. Fernando, que le obligó á entregar sus fortalezas en poder del Duque de Alba, y tuvo maña todavía para utilizar sus servicios contra los franceses, á quienes en 1512 ambos Duques hicieron levantar el sitio de Pamplona y arrojaron definitivamente de Navarra. Pero ni aun así se aplacaron el enojo y el recelo del Rey Católico, sabedor de las ocultas inteligencias que D. Pedro Manrique y otros grandes traían con el Emperador de Alemania en deservicio de su persona. En vano el Duque, con su genial altivez, escribía al Monarca en estilo que ya era de otros tiempos y que recuerda el que D. Alonso Fajardo había empleado con Enrique IV en ocasión análoga: «Quiero acordar á Su Alteza que en todas las buenas guerrerías de sus capitanes, pocos ha tenido Su Alteza que no ge los hayan desbaratado, ó

hecho mucho daño en su gente; y á mí, á Dios gracias, ni Moros, ni Portugueses, ni Franceses, ni Castellanos, ni Navarros, nunca me lo ficieron..... Pues venir sobre estos servicios los que yo fice en tierra de Moros, donde nunca me esperaron los Reyes de Granada, tras haber desbaratado al Maestre de Santiago y al Duque de Cádiz. Y no me ha-esperado el Rey de Portugal, cuando vino á correr cerca del Real de Cantalapiedra, donde yo estaba. Y haber yo echado de Navarra al Rey que solía ser della, y al Gran Maestre de Francia, con más gente de mi casa que levó ninguno de cuantos Grandes acudieron á Su Alteza de las suyas.» Precisamente tales alardes de magnánimo corazón y valor indómito tenían que hacer sospechosos, á los ojos de un príncipe del Renacimiento tan sagaz, refinado y sin escrúpulos como el Rey Católico, á vasallos tan prepotentes, díscolos y soberbios. La aristocracia castellana, como fuerza social, estaba vencida, aun antes de suicidarse generosamente en la guerra de las Comunidades. Don Pedro Manrique, uno de los últimos que conservaron una ilusión ya imposible, murió retraído en sus lugares de la Rioja, sin obtener nunca reparación de sus agravios ni aun respuesta á sus quejas, porque, como dice crudamente su biógrafo, «no se hallaba ya el Rey Católico en necesidad de complacerle». Toda-

vía en su testamento manifestó la entereza de su condición, declarando que había gastado y destruído su hacienda y aventurado mil veces su persona en servicio de los Reyes Católicos, á quienes hacía cargo de conciencia porque le debían más que á hombre alguno de sus reinos, puesto que él había sido la causa principal de que ellos reinasen.

El prudentísimo D. Fernando, que no regateaba los elogios póstumos, dijo cuando supo su muerte, «que no había quedado honra en Castilla; que toda se la había llevado el Duque consigo».

«Fué D. Pedro (según le describe un contemporáneo y probablemente familiar suyo) hombre de mediana estatura y bien fornido de miembros, el rostro largo y de hermosas facciones: era su aspecto tan grave y de tanta autoridad que cualquiera que le viera en hábito común sin conocelle, le juzgara por señor; su habla era reposada; cuando se enojaba ponía gran temor á los que le miraban. Tuvo cuidado de no descomponer su cuerpo, ni desautorizarse con meneos ni ojo, teniendo por hombre sin consideración á los que lo hacían; en sus palabras fué sustancial: interponía algunos donayres en lo que hablaba y escribía; guardaba en la memoria los buenos dichos que oía, y teníalos prestos para aprovecharse de ellos á los propósitos que se ofrecían..... Era tan ver-

dadero en sus palabras, que aun la verdad, si parecía mentira, no la dijera. Era muy airoso á pie y á caballo: jamás le vió nadie en mula ni en litera, aunque caminaba en invierno y muchas veces de noche y con grandes tempestades; tenía la lengua tan templada que jamás dijo á nadie palabra injuriosa; estimaba á los hombres por la virtud que en ellos hallaba, y á los tales honrábalos, aunque les faltasen otras calidades; nunca trajo guantes adobados ni otros olores: decía que mal iría de los Manriques cuando se diesen á olores y perfumes. No consintió que adonde estaban sus hijas y mujeres entrase ningún criado suyo, ni aun sus hijos, porque decía que lo que no ven los ojos no lo desea el corazón..... No consentía que sus pajes trajesen armas hasta que tuviesen edad que sintiesen honra, porque decía que siendo muy mozos disimulaban las injurias y se quedaban para en adelante con aquella costumbre. Fué tan recatado que nunca salió de su casa sin espada, porque nadie le pudiese tomar desapercibido: decía que las armas hacían hacer la razón..... Nunca quiso motejarse con nadie: tenía á los que lo hacían por hombres de poca honra (1).»

---

(1) *Hazañas valerosas y dichos discretos de D. Pedro Manrique de Lara, primer Duque de Nájera, Conde de Treviño, Señor de las villas y tierras de Amusco, Nava-*

Salazar y Castro, con presencia no sólo de ésta sino de otras Memorias contemporáneas, añade algunos toques, más ó menos apacibles, á este retrato del Duque. «Tenía los ojos llenos de vivacidad, aunque en el mirar algo turbados..... Amó mucho las mujeres, y fué tan dichoso en la sucesión, que se hallaba al tiempo de su muerte con 27 hijos de ambos sexos. Tenía grande altivez y ambición de honra, por lo cual en todas partes quería ser el árbitro, y lo consiguió en las más, porque su grande nacimiento y representación, asistidos de su excelente juicio, su extremado valor, su prontitud y su constancia, lograban siempre recomendación muy crecida, pero al mismo tiempo su viveza le hacía tan mal sufrido que fué muy enojoso á sus vecinos, y tuvo con ellos grandes diferencias. Fué tan observante de las leyes de la amistad y consideración, que nunca se le vió faltar al amigo ó al aliado, y así tuvo muchos y muy poderosos, y se puso por ellos en los últimos peligros. Amó religiosamente

---

rrete, *Redecilla*, *San Pedro de Yanguas*, *Ocón*, *Villa de la Sierra*, *Senebrilla y Cabreros*. (Impreso, conforme á una copia de la colección Salazar (F. 4) en el tomo VI (páginas 121-146) del *Memorial Histórico Español que publica la Real Academia de la Historia* (Madrid, 1853). Salazar, que transcribe alguna parte de las noticias de este cuaderno en las *Pruebas* de su *Historia Genealógica* de la *Casa de Lara*, halló el original en el archivo de los Condes de Frigiliana.

la verdad, y decía que con amigos y enemigos era conveniencia tratarla, porque al amigo se le debe, y al enemigo se le engaña, respecto de que cree lo contrario de lo que se le dice. Complacíase en leer y oir contar las acciones gloriosas de sus ascendientes..... Decía que aquel era hombre esforzado que estaba sin turbación en el peligro, y que al buen caballero no le había de ofender la fortuna, porque debía prevenir su favor y su inconstancia..... Amó mucho la guerra y su disciplina, y no sólo procuraba que los caballeros y personas que llevaban su acostamiento se ejercitasen en ella, pero aun los labradores que solía llamar de sus lugares, quería que supiesen mandar las armas, y á este fin las compró para todos, con vestidos militares, porque pareciendo soldados de profesión fuesen más considerados..... Tuvo el Duque muy autorizada casa de caballeros, sirviéndose de lo mejor y más lustroso de la Rioja y de Campos, de suerte que son muchas las familias ilustres que descienden de sus domésticos en aquellas provincias y en Álava. Y fuera de esto, se le agregaron y le siguieron, recibiendo su acostamiento, los señores de las Casas que confinaban con sus estados, y los que se incluían en el bando de Óñez, cuyo protector fué (1).»

---

(1) *Casa de Lara*, II, 139-140.

De intento hemos transcrito tan largas noticias, porque explican la profunda impresión que en sus coetáneos y en la posteridad más inmediata hizo este tipo arrogante de gran señor; en su doble condición de bravo guerrero y de moralista sentencioso y algo excéntrico. Sus dichos y hechos se recopilaron como los de Sócrates; y no hubo floresta del siglo XVI en que no se consignase algún rasgo, ya de su mal humor, ya de su agudo ingenio. Estos pasajes son también el comentario más vivo de la elegía que Torres Naharro compuso á su muerte, imitando, no sin fortuna, el lamento funeral que otro gran poeta, gloria del linaje de los Manriques, había levantado sobre la tumba del Conde de Paredes. Claro que no hay que buscar en los versos de nuestro autor la efusión de piedad filial, ni tampoco la honda y eterna filosofía que hay en los de Jorge Manrique, pero en la parte que podemos llamar épica, el imitador no se queda muy á la zaga del modelo:

Hizo matanzas sin cuenta
De paganos;
Cada día de sus manos
Les andaban nuevos lloros,
Y aun si d'él lloran los moros
No se ríen los cristianos.....
Al tiempo de pelear,
Así es

Que no durmieron sus pies,
Ni te mintió su consejo (1);
Y aun agora, aunque era viejo,
No le pesaba el arnés.
  En sus palabras cortés
    Y faceto;
En sus haciendas secreto;
En las batallas osado;
Con las damas requebrado;
Con los galanes discreto.
  Sólo á virtudes subjeto
    Donde quiera;
Hecho de modo y manera
Como dicen: «tal lo quiero»;
Con sus contrarios de acero,
Con sus amigos de cera.
  En un guante se os metiera
    Por amor,
Y en caso de pundonor
Usaba de su grandeza;
Nunca avaro por pobreza
Ni torcido por temor.
  Siempre hizo de señor
    Su deber;
Tan liberal, á mi ver,
Que lo poco que tenía
Primero lo repartía
Que lo pensase de haber.
  Merescía más tener
    Su compás;

(1) Habla el poeta con Castilla personificada.

Nunca guardó para cras;
En virtud atesoraba;
Para comer le faltaba,
Para dar nunca jamás.
  Siempre le fueron detrás
    Muchos buenos,
Sabiendo d'ellos al menos
Ó quien se fuesen ó cuyos:
Hízose amar de los suyos
Y estimar de los ajenos.
  No las manos en los senos
    Regalado,
Mas buscando honor y estado
Para sí y para Castilla;
Nascido sobre la silla
Y en el arnés estampado.
  En el campo señalado
    Y animoso,
En las costumbres famoso,
Y en los consejos maestro,
Y en todas las armas diestro,
Y en la persona hermoso.
  Con todo el mundo gracioso,
    Placentero;
Con los suyos compañero
Y amado de cada cual:
Si alguno lo quiso mal,
No como á mal caballero.

. . . . . .

  Quien aclara su partido
    Poco yerra;
Los pastores en la sierra,
Se conosce el bueno luego,

Y ansí la plata en el fuego
Y el caballero en la guerra.
  Dejó su cuerpo á la tierra
    Cuyo fuera,
Dejando su fama entera
Como sus obras dan fe.
Duque de Nájera fué,
Mas rey de los hombres era.
  De sus vasallos cualquiera
    Fué acatado;
Guardó tan bien su ganado,
Que por la menor oveja
Arriscaba la pelleja
Y aventuraba el estado.
. . . . . .
  Contar de antiguos la flor
    Es patraña,
Porque en Francia ni Alemaña
Los que en Castilla no hallo;
Antes para comparallo
Nunca saldría de España.
  ¡Pues qué locura tamaña
    Do caemos!
Que por más loar queremos
Regirnos por los pasados,
Teniendo tan señalados
Los que delante tenemos.
  De nuestros tiempos hablemos,
    Pues se suena
Que dejan fama tan buena
Dos hermanos cordobeses (1),

(1) Don Alonso de Aguilar y Gonzalo de Córdoba.

Y otro buen par de marqueses
De Cádiz y de Villena.
  Loemos á boca llena
    Lo sabido;
Porque el nuevo fallescido,
Porque más os certifique,
Fué verdadero Manrique,
Por su mano enriquecido.
  Galanes, si habéis oído
    Y escuchado,
Pasear por lo regado
No da gloria sino afán:
Seguid á un Gran Capitán,
Y á éste que os he nombrado.
  La doctrina que os han dado
    Buena es;
Seguid sus normas y pies,
Labraldes bultos de fuego,
Al defunto para luego,
Y al vivo para después.
. . . . . .

Á fines de aquel mismo año, en 2 de Diciembre, fallecía en Granada el Gran Capitán, á quien Torres Naharro había dedicado el capítulo V de los insertos en la *Propaladia*, y cuyo elogio dolorosamente profético, entretejió, como acabamos de ver, en el panegírico al Duque de Nájera. Al mes siguiente, en 12 de Enero de 1516, expiraba en Madrigalejo el Rey Católico. Parecía que se iban juntas al sepulcro todas las glorias de aquella generación.

Tal Rey y tal Capitán
Nunca en el cielo han entrado.....,

decía Torres Naharro en un romance que entonces compuso, romance por lo demás prosaico, desmayado é indigno de tan grande argumento (1).

Las composiciones hasta aquí citadas nos sirven para determinar con precisión la estancia de Torres Naharro en Roma, y sus ocupaciones literarias durante los años 1513, 1514, 1515 y 1516. Mucho más hubo de escribir en este período. «*Romam devenit, ubi sub sanctissimo D. N. Leone X, Pont. Max.* «*plura*» *edidit*», dice su panegirista Messinerio. Aunque el *edidit* pueda tener el sentido genérico de publicar ó dar á luz, y no el peculiar de imprimir, ya hemos visto que varias de estas obras fueron divulgadas por medio de la imprenta, y que dos de las poesías líricas no entraron después en la *Propaladia*. Por lo que toca á las comedias, además de la *Tinelaria*, hubo edición suelta de la *Soldadesca* (2), pro-

(1) Es el primero de la *Propaladia* y comienza:

Nueva voz, acentos tristes,
Sospiros de gran cuidado. ...

(2) La *Soldadesca* hubo de ser escrita en 1514, á juzgar por estos versos de la jornada cuarta:

Porque ayer
Un hombre bien de creer

bablemente anterior á la colección de Nápoles (1). Y á mi juicio, lo fueron también dos rarísimos pliegos sueltos contenidos en el inapreciable volumen de tal suerte de composiciones que de la Biblioteca de Campo-Alanje pasó á la Biblioteca Nacional. En uno

---

Me dijo, y sé que no yerra,
Que se quiere revolver
Una grandísima guerra.
Genoveses
Se proveen de paveses,
Milán se furne de arneses,
Ferrara hace bastïones.
Venecianos,
Que se habían puesto en manos
Del Papa, por se acordar,
De estos *catorce* veranos
No los verás concertar.
Y es mejor:
Diz que el Rey nuestro señor
Torna á romper con franceses,
Y baja el Emperador
Y se rehacen ingleses.

(1) La tuvo D. Fernando Colón, que la apunta así en su *Registrum*:

5.884. *Bartolomei de Torres: Comedia Soldadesca en español. S.*

EMP. Dios mantenga y remantenga
Mia fe á quantos.....

Esta cédula, como otras muchas de teatro primitivo, falta en el extracto del *Registrum* que se incluyó en el tomo II del *Ensayo* de Gallardo. Las he encontrado entre los papeles de Cañete. Por la *S* sospechó Gallardo que la edición fuera de Sevilla, pero entonces hubiera sido impertinente lo de comedia *en español*.

de ellos están los cuatro únicos romances que conocemos de nuestro poeta (1); en el otro

---

(1) *Romances compuestos por Torres Naharro por muy alto estilo. Es el primero éste que comienza: «Hija soy de un labrador.» El segundo es otro que dice: «So los más altos cipreses.» El tercero es hecho á la muerte del Rey Católico. El cuarto dice: «Con temor del mar airado.»*

4.° Pliego suelto, l. gót. El frontis representa un galán y una dama, ésta con una cinta tendida al aire sobre su cabeza, y esta letra: «*La que no le tiene, muere.*»

El que se llama romance cuarto no es tal romance, ni tampoco quintillas, como dice Gallardo, sino una especie de octavillas de extraña disposición:

Con temor del mar airado
La nao se está en el puerto,
Y el ciervo por no ser muerto
Todo el día está emboscado.
Yo triste, mal avisado,
No salgo de mi posada,
Porque temo la celada
De quien siempre me ha espiado.....

El consonante en *ado* sigue repitiéndose en toda la composición, pero los consonantes interiores varían siempre.

En cambio de éste, que no es romance, se pone al fin otro que no está indicado en el título, y que en las ediciones de la *Propaladia* forma parte del *Diálogo del Nacimiento:*

Síguese el Romance del padre Adán:

Triste estaba el padre Adán
Cinco mil años había.....

El romance *So los más altos cipreses* fué impreso también en otro pliego suelto que Gallardo describe de este modo:

Aquí se comienzan tres Romances glosados, y este primero

la primera de sus *Lamentaciones de Amor* (1).

Fué Torres Naharro fecundo poeta lírico, y si en este género no ha alcanzado la nombradía y representación que tiene como dramático (circunstancia que también ocurre con Juan de Enzina), es porque la gran novedad de sus

---

dice: «Desamada siempre seas» (glosa de Melchor de Llanes), y otro de «*La bella mal maridada*» (glosa de Quesada), y otro «*Caminando por mis males*», con un villancico y un *Romance* (que es el de Naharro).

(1) *Lamentación de Amor:*

Resuenen mis alaridos,
Descojamos las entenas.....

Es la cuarta composición de las incluídas en un pliego suelto que lleva por título:

Coplas de una Dama y un Pastor sobre un villancico que dice: «Llamábale la doncella»—y dijo el vil—al ganado tengo de ir. Nuevamente compuestas. Con un romance que dice: «Cuando el ciego Dios de Amor.» Y otro villancico que dice: «*Cuanto más mal me tratáis.*»

Let. gót. Frontis, con una dama y un pastor, y un árbol entre los dos. Estas coplas célebres parecen ser de Rodrigo de Reinosa, como otras muchas de la misma calaña.

Por el asunto y por la época pudiera conjeturarse que también fué parto de la musa de Torres Naharro una hoja volante que D. Fernando Colón compró en Roma en 1515, y describe de este modo en su *Registrum*:

2.794. *Liga de las buenas mujeres contra las cortesanas, en verso castellano, que comienza: «Porque agora reina Marte.» Y acaba: «Todos como hombres.» In fine est* villancico: I. «*Hélas, hélas donde vienen.*» *Costó en Roma un cuatrín por Septiembre de* 1515. *Es en medio pliego á la larga.*

ensayos escénicos no ha podido menos de dejar en la penumbra otras composiciones suyas, ingeniosas sin duda, pero que se apartaban mucho menos de la manera corriente entre los últimos poetas del siglo XV; si bien, reparándolo con atención, algo y aun mucho se encuentra en la parte lírica de la *Propaladia* que indica y revela la fuerte individualidad del poeta. Le perjudicó, además, el haber nacido en una época de transición para el arte, y el haber tenido, dentro de su propia escuela, un sucesor tan ilustre como Cristóbal de Castillejo, que le aventajó grandemente, así en la soltura, propiedad y donaire del lenguaje, como en lo fresco y lozano de la imaginación; y que acertó á prolongar dentro del reinado de Carlos V, y enfrente de la imitación toscana, la vida de las antiguas coplas de los Cancioneros, gracias no sólo á la gentileza de la dicción y del metro, sino á la infusión de un contenido poético que rara vez habían tenido hasta entonces. Fué Castillejo discípulo de Torres Naharro en el manejo del diálogo, y aunque desgraciadamente no podemos juzgarle como dramático, porque de su farsa *Constanza* no nos quedan más que mutilados restos, bastan sus coloquios satíricos y doctrinales (*Diálogo de las condiciones de las mujeres. Diálogo de la vida de la corte*, etc.) para comprender lo que debió á su maestro, y hasta qué punto llegó á superarle,

evitando los defectos que con fina y certera crítica había señalado Juan de Valdés en el estilo de la *Propaladia*, como veremos más adelante.

Es cosa singular que, viviendo en Italia Torres Naharro, no hubiese tenido barrunto alguno de la próxima transformación de nuestra métrica por influjo de la italiana, que pocos años más adelante habían de realizar Boscán y Garcilaso, y que en realidad venía madurándose desde el siglo XV. Pero es lo cierto que permaneció apegado á la tradición de los versos cortos y de las coplas de pie quebrado, que á la verdad trabajaba como blanda cera; y si alguna vez se aventuró, por cierto con gran fortuna, al empleo del verso heroico, convirtiéndole en instrumento adecuado para la sátira, no se valió del endecasílabo, sino del verso de arte mayor, del dodecasílabo de Juan de Mena, al cual acertó á imprimir un movimiento rápido y endiablado, más propio de su nuevo destino, y que acaso pudiera remedar el de los yambos antiguos. Endecasílabos no los hizo jamás sino en italiano. Italianos son los tres sonetos suyos que tenemos, porque escribía con facilidad en aquella lengua, como, por otra parte, lo comprueban sus composiciones bilingües (1).

---

(1) Sin contar con las comedias políglotas, de que luego

El primero de estos sonetos es de argumento amoroso. El segundo tiene cierto interés histórico, por estar dedicado á León X y aludir á sucesos de su familia. Sigo la ortografía del original:

Di Roma le bregate sono acorte,
Sanctissimo pastor, Papa Leone,
Che ne la festa sua quel vechione
Due cosi ti mostró si grande e forte.
Vedesti tuo fratel in tanta sorte
Pigliarse de la Chiesa il confalone;
Vedesti tua sorella al paragone
Pigliarse lo standardo de la morte.
Non hai possuto far un di giocondo;
Però vedi che dai superïore
Che or manda il foco in terra et or la neve,
Non ha cosa che dura in questo mondo:
Bisogna che 'l piacer, anche 'l dolore,
Divenga quant' he grande tanto breve.

El erudito hispanista napolitano Benedetto Croce, en una de las curiosas monografías que viene publicando sobre las relaciones literarias entre las dos penínsulas hespéricas (1), da de este soneto, á primera vista obscuro, una interpretación muy plausible. El *vecchione* debe

---

se hablará, hay en la *Propaladia* un capítulo, el cuarto, taraceado de castellano, italiano y latín macarrónico.

(1) *Di alcuni versi italiani di autori spagnuoli dei secoli XV e XVI.* Napoli, 1894, pág. 7.

de ser San Pedro, que en su fiesta mostró al Papa dos cosas, una agradable y otra triste: el tomar su hermano el gonfalón ó estandarte de la Iglesia, y el tomar su hermana la bandera de la muerte. Por consiguiente, el soneto ha de haber sido compuesto en 1515, año en que Julián de Médicis, hermano del Papa (1), fué electo Capitán general de la Iglesia, y en que pasó de esta vida su hermana Contessina de Médicis, mujer de Pedro Ridolfi. El tercer soneto, cuya letra ofrece mayores dificultades, aunque bien se trasluce que es poesía mendicante, aparece dirigido á un *figliuolo del rico Augustino*, probablemente el famoso banquero Agustín Chigi, de quien también se habla en la *Comedia Tinelaria*, calificándole irónicamente de «pobrecito» (2).

---

(1) Otro poeta español, residente en Roma por los mismos años que Torres Naharro, compuso un poema en alabanza de Julián de Médicis. Está registrado de este modo en el catálgo de Colón:

2.795. *Las Julianas de Hernando Merino en coplas españolas.* 1. «*Al más que Alejandro Julián en franqueza.....*» *Costó en Roma* 4 *cuatrines por Noviembre de* 1515. *Es en* 4.º, *dos columnas.*»

(2)

BARRABÁS,
¡Oh traidor!
¡Qué vida tan á sabor
Ternía yo de partido,
Siendo Papa Monseñor,
Cardenal favorido!

Para estimar en su justo valor las poesías sueltas de Torres Naharro, conviene prescindir de aquellos géneros en que no pudo aventajarse porque no cuadraban con su índole. Tal le acontece en las poesías devotas. Pocos espíritus menos inclinados al misticismo que el suyo, á pesar de los hábitos clericales que vestía. Era fiel cristiano, pero de ahí no pasaba; y sus versos espirituales adolecen, como era inevitable, de languidez y prosaísmo. Envuelto á la continua en vanidades mundanas, y respirando una atmósfera de paganismo artístico y de sensualismo elegante, mal podía simular el fervor que no sentía. La *Contemplación al crucifijo*, la *Exclamación de Nuestra Señora contra los Judíos*, las coplas *Al hierro de la lanza* y *Á la Verónica*, son versos de irreprochable ortodoxia, pero de ejecución harto trivial, y por todo extremo inferior á lo que sobre los mismos temas habían hecho los dos frailes franciscanos Mendoza y Montesino, principales poetas religiosos de la era de la Reina Católica.

Algo más afortunado en la poesía amatoria,

ESCALCO.

¿Qué decís?
Yo el pobreto Agustín Güis.

MATÍA.

¡A la fe, pues yo
Datario!

que cultivó con bastante ahinco, tampoco puede decirse que nuestro Naharro pase en ella de la medianía. Pero en sus *lamentaciones*, *capítulos* y *epístolas*, lo agradable del estilo, la agilidad del metro, la suavidad de las cadencias y lo espontáneo de las ritmas halagan dulcemente el oído y disimulan la falta de otras más íntimas bellezas. En las *Lamentaciones* imitó á Garci-Sánchez de Badajoz (1), y á su vez hizo escuela, siendo imitado por Ramírez Pagán, Gregorio Silvestre, Barahona de Soto y otros poetas de más ó menos nombre, hasta fines del siglo XVI. Recomiéndanse estas composiciones por la viveza en la expresión de afectos, y no falta algún rasgo sentimental y romántico, por ejemplo, en el tierno final de la *Lamentación tercera:*

---

(1) *Lamentaciones de amores hechas por un gentilhombre apasionado.* Con otras de «*Los comendadores, por mi mal os vi*»; *y la* glosa sobre el romance *Á la mía gran pena forte*, hecha por una monja, la cual se queja que por engaños la metieron:

Salid, salid sin recelo
A regar estas mejillas
Que soléis.

Gallardo atribuyó estas *Lamentaciones*, por meras conjeturas, á Pedro de Lerma; pero Herrera, en su comentario á Garcilaso (pág. 416), las cita como «del dulcísimo y maravillosamente afectuoso poeta Garci-Sánchez de Badajoz».

Si por amarte esperaba
Cortesía,
Por mis huesos la querría
Si veniesen en tus manos;
Que la triste carne mía
Sé que en antes de año y día
Será un montón de gusanos.

Mis ruegos, si no son vanos
Y mandares,
Cuando mi fuesa topares,
Hecha de tristes agüeros,
Si por encima pasares,
Y de mí te recordares,
Haz tus pies algo ligeros.

Y con ojos falagueros,
Do estoviere,
Di pasando el miserere
Que de nobles ganas nasce;
Si largo te paresciere,
Al menos por quien te viere,
Di «*requiescat in pace*» (1).

---

(1) Con análogo sentimiento, aunque con muy diversa expresión, decía uno de los poetas románticos más delicados de nuestro siglo, Enrique Gil, en *La Violeta:*

Quizá al pasar la virgen de los valles,
Enamorada y rica en juventud,
Por las sombrías y desiertas calles
Do yacerá escondido mi ataúd,
Irá á cortar la tímida violeta
Y la pondrá en su seno con dolor,
Y llorando dirá: «¡Pobre poeta!
¡Ya está callada el arpa del amor!»

Á veces se pierde en el laberinto de los petrarquistas, é imita, como tantos otros, la famosa canción de *Opósitos*, que ya había sido naturalizada en el Parnaso catalán del siglo XV por Mossen Iordi de Sent Iordi. Pero aun en estos juegos de palabras se luce el versificador fácil é ingenioso:

Tristeza me sobra, publico alegría,
Y en medio el reposo fatigo y afano;
Deseo mi mal, mas no lo querría,
Y sudo en invierno, y tiemblo en verano.
Yo voy por lo alto, y estoy en lo llano.....
Yo sé que me pierdo, yo sé que me gano,
Yo sé que soy libre, también soy captivo.....
Sin lumbre vería, por bien qu' estoy ciego;
Yo proprio me mato, yo proprio revivo,
Y en mí son amigos el agua y el fuego.
. . . . . .
Fallésceme lengua: soy todo parlero;
Yo estoy en presión, yo tengo las llaves;
Yo siembro en Agosto, yo cojo en Enero;
No entiendo las gentes y entiendo las aves.
. . . . . .
No salgo del cielo, y estoy en la tierra.
No hay valle más hondo, ni más alta sierra;
Las nubes excede mi gran pensamiento;
Con llave de amor se abre y se cierra
La cárcel do vivo, quejoso y contento.
. . . . . .
El cuerpo se duele que vive en tormento,
Y el alma se alegra de todo su mal:

Pues dama y señora, Princesa reäl,
En estas congojas estoy por amaros;
Y, en fin, determino de seros leal,
Y siempre serviros, y nunca olvidaros.
No sé más decir, ni más que obligaros,
Pues no soy de mí por serlo de vos;
Con lo que á vos toca no puedo faltaros;
El alma, qu'es suya, rescíbala Dios.

En otra composición juega donosamente con las muletillas «*¿Es posible?*» y «*¡Ay de mí!*», y alude á los amores de Macías. Pero la más curiosa y agradable de estas poesías amatorias es la que llamó *capítulo séptimo*, digna también de recordarse porque manifiesta la impresión que en su ánimo hizo el recién descubierto Laocoonte, colocado ya en Belvedere y saludado en un himno triunfal por el cardenal Sadoleto (1):

---

(1) Sabido es que el grupo de Laocoonte fué descubierto en las minas de las Termas de Tito en Enero de 1506, y adquirido aquel mismo año por Julio II para la galería que empezaba á formar en los jardines de Belvedere. Los versos de Sadoleto son los que comienzan:

Ecce alto terrae e cumulo, ingentisque ruinae
visceribus iterum reducem longinqua reducit
Laoconta dies. . . . . .

Pareció, según frase de un gran historiador, que el hallazgo del Laocoonte era «la resurrección corpórea del mundo antiguo».

Esta mi duce pasión
Tal se mueve,
Como fuego que se atreve
Donde halla leña seca,
Y un corazón de manteca,
Y unas entrañas de nieve.
Halla en mí, como se debe,
Vuestro amor
Un tan cortés amador,
Que de mí hace y deshace,
Como en mármol que le place,
Cualquier famoso sculptor.
Yo quedo de su labor
Por tal són,
Que no con tal perfección
Ha dejado en Belveder
Quien quiso contrahacer
Al penado Laocón.
Vuestro modo y condición,
Vuestra vida,
Vuestro sér, mal comedida
Con esta nueva victoria,
Toda estáis en mi memoria
Naturalmente esculpida.
Yo con gana tan complida
Vengo en ello,
Que, sin faltar un cabello,
No con tan dulce manera
Rescibe la blanda cera
Traslado de un claro sello.....

De todos estos versos de amor, requiebros, quejas y reconciliaciones, tan plagados de lu-

gares comunes como suelen estarlo los de su género, poco ó nada puede sacarse en limpio para la biografía de su autor; sin contar con que algunos de ellos tienen traza de ser versos de encargo. Lo es positivamente una epístola en nombre de cierta dama valenciana para su marido que estaba en Roma. Esta carta llena de reminiscencias de las *Heroidas*, de Ovidio, especialmente de la de Penélope á Ulises, parece haber sido compuesta poco después de la batalla de Ravena (11 de Abril de 1512):

Pues si memoria tovieses,
Y advertencia,
Ves que no basta paciencia
Do por injuria se toma,
Cuando tú quieres á Roma
Más que á tu madre Valencia.
Cata qu'es poca conciencia
De varón,
Diez años ó más que son
Dilatando tu venida,
Tener un alma sin vida
Y un cuerpo sin corazón.
. . . . . .
Todos saben por mis llantos
Mi tristura;
Sé yo, por mi desventura,
Que con razón señalada
Siempre Italia fué llamada
D'españoles sepultura.

Pues ¿quién me hará segura
D'esta pena?
¡Cuántas hay sin hora buena
Gritando, tornadas mudas,
Que las ha hecho viudas
La batalla de Ravena!

Como los demás trovadores del último período de la poesía cortesana, no se desdeñó Torres Naharro de volver alguna vez los ojos á la forma popular del romance, por supuesto no con asonantes, sino en versos rigurosamente aconsonantados. Carecen estos fatigosos monorrimos del encanto ingenuo de la poesía primitiva, no menos que de la elegancia y atildamiento de los romances artísticos del tiempo clásico; pero en uno de ellos, á pesar del velo alegórico, todavía nos recrean bellos rasgos castizos y villanescos, indicio seguro de la buena fuente en que bebía el poeta:

Hija soy d'un labrador,
Nascida sobre el arado,
Criada so los olivos,
Crescida tras el ganado.....

Aunque no populares de origen, estos romances de Torres Naharro llegaron á popularizarse mucho: el *Cancionero de Romances* de Amberes, sin año, y luego el de 1550, los recogió como anónimos, y ya antes corrían en

pliegos sueltos y habían dado materia á varias glosas.

Pero no es en estas composiciones (aunque por sí solas hubieran podido dar á Torres Naharro un puesto muy distinguido entre los líricos del tiempo de los Reyes Católicos) donde ha de estudiarse la verdadera genialidad de este poeta, que luego hemos de ver más ampliamente desarrollada en sus obras dramáticas. Hombre de más agudeza que fantasía, de espíritu penetrante y observador, de ingenio picante y mordaz, de gran libertad de ánimo y desenfado de expresión, y también (justo es decirlo) de un sentido moral bastante recto, que no podía menos de sentirse dolorosamente ofendido con el espectáculo de la corrupción reinante en la corte romana, que era piedra de escándalo para los varones más piadosos y timoratos de aquella edad; viviendo y escribiendo en los días próximos á la explosión de la Reforma, de cuyas tendencias no participaba ciertamente, aunque tuviese mucha afinidad con las del grupo llamado *erasmista*, que iba á ser en España tan influyente y poderoso, Torres Naharro tenía que cultivar con predilección la sátira, y en ella consiguió lauros que no se han marchitado todavía. Fuera de las comedias, lo mejor que hay en la *Propaladia* es aquella terrible invectiva contra Roma, bien conocida de todo género de lectores por

haberla reproducido íntegra D. Gregorio Mayans en su *Retórica* (1), y con algunas supresiones D. Francisco Martínez de la Rosa en las notas á su *Poética* (2). Uno y otro preceptista se extremaron en su alabanza, llegando el primero á dar la palma á Torres Naharro entre todos los satíricos españoles: lo cual ciertamente es mucho decir en la patria del Arcipreste de Hita, de Castillejo, de Quevedo y de los Argensolas. Con más templanza y acierto, Martínez de la Rosa se limitó á encomiar la pureza y fácil manejo de la lengua, la maestría en la versificación que entonces se usaba y la gracia nativa del poeta; añadiendo que el cuadro que presenta de las costumbres de su tiempo está bosquejado con pincel tan valiente y ligero que apenas podemos seguirle con la vista. Quizá por esta rapidez de ejecución, unida al estilo excesivamente simétrico, al abuso de las antítesis y al monótono martilleo del metro de doce sílabas que por su misma impetuosidad y estrépito llega á fatigar el oído, pierde algo de su efecto esta pieza si se lee íntegra, pero no puede negarse la vivacidad y energía de algunos trozos:

---

(1) *Rhetórica de D. Gregorio Mayans y Siscár*, tomo I. Valencia, 1757, págs. 307-311.

(2) *Poética de D. Francisco Martínez de la Rosa*. Palma, imprenta de Villalonga, 1831, págs. 360-362.

Virtud en el mundo no cabe ni mora;
Razón ni bondad no se usan agora;
Palabras sin obras se venden barato;
Faltar cada hora, mentir cada rato;
Burlar de los justos se llama deporte;
Ceviles traidores prevalen en corte,
Falsarios veréis robar beneficios,
Ladrones á furia comprar los oficios,
Y á costa de Dios andar á solacio,
Con ropas prestadas entrar en palacio;
Groseros haber muy grandes partidos,
Discretos y doctos hallarse perdidos.....
D'aquestos no curan los grandes señores,
D'aquestos se pueblan los más hospitales.....
Y huyen d'un sancto gran predicador (1),
Y siguen de grado tras un hechicero;
Su gloria es el mundo, su Dios el dinero.
Tras éste envejecen los hombres en Roma.
Después que entre manos cobdicia los toma,
Destientan diez años tras un beneficio;
Después que lo tienen, ternán por oficio
Perder otros tantos tras un Cardenal;
El bueno y el malo con el comunal
Se piensa ser digno de gran obispado;
Después que lo tienen, con nuevo cuidado,
Mejor que primero, los vemos servir,
Y muertos de hambre crepar y morir
Tras el Cardenal, do quier que cabalga,
Después en la plaza sperando que salga,
Aunque el consistorio durase y año y dla,
Con ansia terrible, con gran fantasía,

(1) Alude probablemente á la catástrofe de Savonarola.

Con ciego apetito de ser cardenales;
Después que lo son, los paños papales
Les ponen gran gula con que se aperrean;
Y no puede ser que todos lo sean,
Ni veis que con serlo qu'esté muy contento:
De nuevo les viene mayor pensamiento,
Fatiga y afán sin cabo, ni suelo.
No hay hombre de nos que piense en el cielo,
Ni quien haga caso del siglo futuro:
El mal va por bien, el aire por muro,
Lo negro por blanco, lo turbio por claro,
Virtud por estiércol, maldad por reparo,
Lo sucio por limpio, lo torpe por bueno,
La ciencia por paja, doctrina por heno,
Justicia en olvido, razón desterrada.
Verdad ya en el mundo no halla posada;
La fe es fallescida, y amor es ya muerto.
Derecho está mudo, reinando lo tuerto.
¿Pues la caridad? No hay della memoria.....

El mayor homenaje que nuestro satírico extremeño ha obtenido, es el que indirectamente le tributó el gran Quevedo, quien en tiempos en que ya la *Propaladia* estaba olvidada, no se desdeñó de imitar el metro y aun las tendencias de esta composición en el famoso *Memorial* que dirigió á Felipe IV, y principia:

Católica, Sacra, Real Majestad;

causa principal de sus últimas persecuciones y encarcelamiento.

Bueno será advertir que la Inquisición, á

pesar de sus ponderados rigores, no tachó palabra alguna de la sátira de Naharro: íntegra está en las ediciones expurgadas. Suprimió en cambio, y no podemos maravillarnos mucho, todo el capítulo tercero de la *Propaladia*, que es otra invectiva más atroz aún, como puede juzgarse por el siguiente *specimen:*

Como quien no dice nada,
Me pedís qué cosa es Roma:
Por Dios, según es tornada,
Qu'en pensar tan gran jornada
Sudor de muerte me toma.

. . . . . .

Es lugar
Do se estudia el desear
Que muera el tercio y el cuarto;
Una escuela de pecar,
Do quien vive sin matar
Paresce que hace harto.
Es de son
Que, en lugar de la razón,
Es intruso el apetito;
Mentir es ganar perdón;
Bien hacer es traïción;
Ya el robar es pan bendito.
Veréis vos
Cielo y tierra, todos dos,
Revolverse cada día;
Los dïablos somos nos;
El oro siempre su Dios,
La plata Sancta Maria.

Y en verdad,
Qu'es una gran vanidad
Do nos perdemos á furia,
Purgatorio de bondad,
Infierno de caridad,
Paraiso de lujuria.

. . . . . .

Es, en fin,
Nuestra Roma un gran jardín
De muchas frutas poblado;
Son las flores de jazmín
Blasfemar por un cuatrín,
Renegar por un cornado.
Una esgrima
Do ningún tiro lastima
Que lo sientan sus conciencias.
Hacen de Dios tal estima,
Que les pasan por encima
Á mil cuentos de indulgencias.
Quien me entiende
Verá qu'es Roma, por ende,
Si no fuere puro necio,
Una costumbre de allende,
Un mercado do se vende
Lo que nunca tuvo precio.....
Digo que Roma es lugar
Do para el cuerpo ganar
Habéis de perder el alma.

. . . . . .

Pues á Roma llaman sancta,
Que sanctos nos haga Dios.

Análogo sentido tienen algunos pasajes de

la *Comedia Jacinta*, que también fué expurgada, aunque muy levemente. Que tales desahogos de mal humor no han de tomarse al pie de la letra sino conforme á los ensanches que entonces más que nunca tenía la libertad satírica, lo sabe todo hombre culto y versado en la literatura de aquel tiempo. Que Torres Naharro no apuntaba á ningún blanco dogmático, á pesar de lo que dice de la simonía y de la venta de las indulgenciás, tampoco ofrece duda, puesto que se trata de un lugar común, que Erasmo y otros habían explotado libremente, mucho antes que estallase la insurrección luterana. Que en el fondo de todas estas quejas había una verdad innegable y dolorosa, sin la cual no hubieran sido ni escritas ni toleradas, sólo pueden negarlo los pusilánimes que quisieran borrar con el silencio lo que con sólo abrir cualquier libro antiguo se halla. Y si los poetas y los humanistas pueden parecer sospechosos de ensañamiento ó de hipérbole, materiales abundantes hay en los ascéticos y en los moralistas para retocar el cuadro y darle colores todavía más vivos. En honra de la verdad, ha de decirse que todos los males, vicios y desórdenes censurados en la Iglesia por los primeros protestantes, lo habían sido en términos aún más ásperos y desembozados por los católicos, sin que la ortodoxia peligrase por eso. Torres Naharro fué uno de tantos

censores, como lo fué en Portugal Gil Vicente. Los vicios que uno y otro denunciaban en las gentes de clerecía eran tan públicos y notorios, que á nadie se le ocurrió protestar contra las censuras ni escandalizarse de ellas: quizá eran lo menos original que contenían las obras de uno y otro poeta. Este género de sátira estaba en la atmósfera del tiempo, y más que una forma de emancipación del espíritu, era un recurso literario, que llegó á ser trivial hasta lo sumo. Farsa ó coloquio sin fraile ó ermitaño libidinoso, procaz y grosero, apenas se concebía en la primera mitad del siglo XVI: eran figuras tan de rigor en aquel teatro incipiente como los aguadores, serenos y guardias municipales en los sainetes de nuestros días.

Pero en Torres Naharro, aparte de esta sátira indirecta, y algo convencional, de embelecos y trapacerías con máscara religiosa, que abunda ya en Lucas Fernández y se desborda en el teatro de Gil Vicente, hay sátiras directas, imprecaciones sañudas, verdaderos gritos de guerra, que á quien no tenga tomado el pulso á aquella extraña sociedad, no menos libre y suelta en la palabra que en las costumbres, le sonarán como un eco de la iracunda voz de Lutero ó de Ulrico de Hutten (1). Pero ni la cronología permite imaginarlo, puesto

(1) Á propósito del capítulo III de la *Propaladia* dice

que la *Propaladia* estaba ya escrita é impresa en el año 1517, que fué cabalmente el de la clausura del Concilio Lateranense y el de la divulgación de las primeras tesis del hasta entonces desconocido fraile sajón contra las indulgencias; ni se advierte en Torres Naharro ningún género de preocupación teológica, sino meramente un celo amargo é intemperante contra los desórdenes y escándalos de la Curia, mezclado con una dosis no leve de personal despecho por verse obscurecido y postergado á gentes que estimaba muy inferiores á él en costumbres y en doctrina. De esta acerba disposición de su ánimo dan indicio varios pasajes de la *Propaladia*, además de los citados:

Sobre que vivo, señor,
Más quejoso que solía
De aqueste mundo traidor,
En quien hallo poco honor
Y mucha descortesía.
. . . . . .
En mis amigos desdén
Por mi estrella.
Con amistad y sin ella
Siempre tengo mala vida.

A Schaeffer: *Hätte Luther dies geschrieben, so würde man sich nicht darüber wundern.*

(*Geschichte des Spanischen Nationaldramas*. Leipzig, 1890, pág. 33.)

Muchos me ruegan con ella,
Mas si me abajo por ella,
Luego en odio es convertida.
. . . . . .

Por lo demás, nuestro poeta no tenía la vanidad de creerse inmune de la general corrupción, sino que empezaba por inmolarse á sí mismo como víctima expiatoria de los pecados de su siglo:

Que yo y otros muchos vivimos á escuras,
Huyendo virtudes, siguiendo locuras,
Loando lo malo, tachando lo bueno,
Lisonja en la lengua, maldad en el seno.
Las cosas más feas traemos en palmas;
Trïunfan los cuerpos, mas ¡guay de las almas!
Mezquino de mí, *vecino á la muerte*,
No pongo las manos en cosa que acierte,
Ni puedo acertar en cosa que quiera;
Tan mal tino traigo y en tanta manera,
Que no sé llevar la mano á la boca.

El descontento de su mala fortuna en las pretensiones que sin duda traía cerca de los curiales romanos, bastan para explicar la resolución que tomó de trasladarse á Nápoles. Mesiniero, califica de *inesperada* su salida de Roma (1), y N. Antonio insinuó la sospecha,

(1) *Romanis postremo portubus insperate derelictis, Neapolim expectatus appulit.*

repetida sin salvedades por Moratín y otros, de que acaso el rigor y acerbidad de sus sátiras fuesen el motivo que le obligó á cambiar precipitadamente de domicilio, refugiándose en el virreinato español (1). Pero tal especie parece de todo punto inverosímil cuando se piensa en la tolerancia, ó, por mejor decir, indiferencia con que entonces se miraba este género de declamaciones poéticas. Cabalmente lo primero que hizo Torres Naharro en Nápoles fué imprimir el libro de sus versos, y entre ellos las sátiras, protegido por unas Letras Apostólicas que conminaban nada menos que con pena de excomunión mayor, amén de buena cuantía de maravedises, á quien turbase á Torres Naharro en la quieta propiedad de sus *elegantes composiciones* ó quisiera lucrarse con el fruto de sus estudios y vigilias. Claro que este privilegio de León X no era más que uno de tantos diplomas cancillerescos, como los que obtuvieron de Clemente VII el Ariosto para su *Orlando Furioso* y Nicolás Maquiavelo para sus *Discursos* y su tratado *del Príncipe* (obras ciertamente no canonizables); pero el mero hecho de haberse expedido en términos tan eficaces y honoríficos, prueba que

(1) *At vero in aulicorum vitia, quod carmine etiamnum superstite dicas factum, satyrice nimis invectus, fortasse opus habuit cedere urbe, Neapolimque concedere.*

nuestro clérigo extremeño continuaba siendo persona grata en la corte pontificia y que tenía en ella poderosos valedores.

Éralo seguramente el general del Papa, Fabricio Colonna, en cuyo servicio ó clientela andaba Naharro, puesto que le llama *mi señor* en el prólogo de la *Propaladia;* y por mediación suya encontró sin duda nuevo Mecenas en la persona de su glorioso yerno D. Fernando Dávalos, Marqués de Pescara, Conde de Lorito y Gran Camarlengo del reino de Nápoles. Á este capitán nunca vencido está dedicada la *Propaladia*, con expresivo elogio de sus juveniles bríos y una especie de presentimiento de sus futuras hazañas:

«Y ansí fué que, viendo tan dispuesta vuestra voluntad en las cosas de la milicia, honra y fama, no tardó la gloriosa memoria del Católico Rey D. Hernando en abriros puerta para vuestro deseo, haciéndoos capitán general de la Infantería española, ganado tan bollicioso: siendo V. S. de edad de veintidós años: que vuestra mucha prudencia os puso canas en el seso, á pesar de los días..... Y por tanto, siendo el día de hoy la mejor parte de un ejército la buena infantería, y de las buenas infanterías la mejor la española, con mucha razón se dió á V. S.; y no por complimiento de paga de tanto como la corona de Spaña os debe, mas en arra y señal de lo que para adelante os

promete..... No tengo por príncipe al que no os desea, ni por caballero al que no os ha invidia, ni por hombre al que no os ama. Ni en el cielo puede faltaros gloriosa corona, pues tan legítimamente pugnais, en especial teniendo allá tan buen procurador y deudo como el bienaventurado Sancto Tomás de Aquino. Pues acá en el mundo, ya sin rica corona no estáis, si d'estar habemos por el dicho de Salomón, que la mujer virtuosa es la vera corona del varón. Coronar, pues, se suelen acá los victoriosos en este mundo de oliva, en señal de victoria. Pero mejor, por cierto, corona á V. S. la señora Marquesa doña Victoria Colona su mujer, victoria en el nombre, y corona en el sobrenombre, y en las obras oliva.....: pues no os faltaba otra cosa sino tal mujer como vos hombre, la cual y vos no fuésedes más de una ánima y una voluntad y una carne como lo sois.»

A quien mentalmente evoque las nobles figuras del vencedor de Pavía, y de la egregia poetisa romana que llevó su nombre, y le enalteció é idealizó en vida y en muerte, no ha de parecerle desproporcionado tal elogio, ni ha de pesarle ver colocada la *Propaladia* bajo los auspicios de la más gentil y heroica pareja del Renacimiento.

Esta edición de la *Propaladia*, que estampó en Nápoles Joan Pasqueto de Sallo, y se acabó

de imprimir el jueves 16 de Marzo de 1517, es indisputablemente la primera, como hoy reconocen todos los aficionados (1). La que poseía Moratín por donativo del gran Jovellanos, y perteneció en nuestros días al erudito catedrático de la Universidad de Sevilla D. José María de Alava, es un ejemplar incompleto de una edición distinta y posterior (puesto que incluye y anuncia desde la portada la *Comedia Aquilana);* hecha, no en Roma, como creyó Moratín, sin más indicio que el privilegio del

---

(1) *Propalladia | De Bartholome de Torres Naharo. Diri- | gida al Illustrissimo Señor: el S. Don | Fernando Daualos de Aquino Marques | de Pescara. Conde de Lorito: gran Camar- | lengo del Reyno de Napoles zc. | Con gracia y Preuilegio: Papal y Real.* (Escudo de armas dentro de un templete con dos columnas á cada lado.)

Fol., let. gót., 99 hojas sin foliar, pero con signaturas de cuatro hojas.

Colofón: «*Estampada en Napoles. Por Joan Pasqueto de Sallo. Iunto a la | Anunciada, con toda la diligentia y aduertencia posibles y caso | que algun yerro o falta se hallare por ser nueuo en la lengua: ya se podria usar conel de alguna misericordia pues ansí el Estampa- | dor como el corrector posible es en vna larga obra vna ora o otra | ser ocupados del fastidio. La benignidad de los discretos lecto- | res lo puede considerar. Acabosse. Iueues. XVI de Março | M. D. XVII.*

Á esta rarísima edición (ejemplar que fué de Böhl de Fáber, y luego de D. Agustín Durán, y hoy pára en la Biblioteca Nacional) va ajustado el texto de la de *Libros de Antaño*, completándola con todo lo que en ella no está, pero se encuentra en las siguientes.

Papa, ni tampoco en Sevilla, como sospechó Böhl de Fáber, sino probablemente en Nápoles, como lo persuade la grandísima analogía de sus tipos con los de la primera, pudiendo decirse que es en su mayor parte una reimpresión á plana y renglón de ella (1).

Lo que de ningún modo admite duda, es que la mayor parte del contenido de la *Propaladia* era ya del dominio público antes de haber sido reunido en colección. De algunas piezas podemos comprobarlo, y en cuanto á los restantes, el mismo autor nos dice: «*las más destas obrillas andaban ya fuera de mi obediencia y voluntad*». Al cuerpo de todas ellas llamó *Propaladia;* nombre inventado por él, y que dos veces explica: «Intitulélas *Propalladia* a *prothon quod est primum* et *Pallade*, *id est*, *primae res Palladis*, á diferencia de las que se-

(1) Esta edición, que es todavía un enigma bibliográfico por hallarse incompleta al fin y no conocerse más ejemplar de ella que el de Álava (que antes había pertenecido á D. Juan Colom, y que Gallardo aseguraba ser el mismo que él había perdido en Sevilla en el famoso día de San Antonio de 1823), es semejante en todo á la primera, pero carece de los tres sonetos italianos, y en cambio tiene 14 fojas de la *Comedia Aquilana*. Hay, además, muchas diferencias tipográficas, que no especifico porque ya las notó con toda prolijidad Gallardo (*Ensayo*, IV, 777-784). De todos modos, no cabe confundirla con la primera, puesto que en la portada misma se anuncia que contiene la *Aquilana*.

cundariamente y con más maduro estudio podrían succeder.» Así en el *Prohemio;* y luego en ciertos versos *Ad lectores de Propalladia sua:*

Yerros son los más tempranos
Que sembré;
Principios en que probé
Mis fuerzas y tiernas alas,
De donde con salva fe
Propalladia los llamé,
Primeras cosas de Palas.
No tan buenas como malas,
En verdad;
Compuestas en ciega edad,
No cogidas con sazón,
Aunque de mi voluntad
Escriptas con humildad,
Impresas sin presunción.

No parece, sin embargo, que podía escudar al poeta aquel privilegio de menor edad que lord Byrón invocaba en su primera colección y que tan poco le aprovechó en el tribunal de los críticos de Edimburgo. Hombre maduro debía de ser el nuestro cuando lanzó por el mundo éstas que llamaba *primicias* de su ingenio. En una sátira ya citada, se dice *vecino á la muerte;* y aunque no tomemos al pie de la letra esta declaración, no parecen de joven, sino de hombre muy maduro, las cualidades que su amigo Mesiniero le atribuye en la epís-

tola panegírica ya citada, donde, después de encarecer su prócer estatura, habla de su gravísimo continente *(incessu graviori)*, de la sobriedad de sus palabras *(verbis parcus)* y del pulso y reflexión con que las pronunciaba como si las pesase en una balanza *(et non nisi praemeditata et quae statera ponderata habentur, verba emittit)*; añadiendo, por último elogio, que se abstenía de todo género de vicios, y que sólo pensaba en practicar con grande ahinco todas las virtudes *(is demum, ab omni genere vitiorum se abstinere, virtutesque omnes summopere complecti non desinit)*. Descuéntese de esta retórica de humanista cuanto se quiera, siempre resultará claro que en 1517, cuando publicó la *Propaladia*, Torres Naharro era un varón respetable, aun en el concepto moral, y muy digno de ser llamado *dilectus filius* por León X; sin que fuera obstáculo para esto la libertad, ó si se quiere, la licencia desenfrenada con que están escritos muchos pasos de la *Propaladia*, los cuales, sin embargo, parecen inocentes cuando se recuerdan las comedias que á la sazón se representaban en Italia, maestra de las demás naciones occidentales así en lo bueno como en lo malo.

Lo que no podemos decir es si la publicación de sus obras, y el aplauso que seguramente le granjearon, atestiguado por las numerosas ediciones que de ellas se hacían, bastaron para sa-

car á Torres Naharro de la posición obscura y subalterna en que hasta entonces había vivido, y de que amargamente se queja en su *Prohemio:* «Toda mi vida siervo, ordinariamente pobre, y lo que peor es, *ipse semipaganus.*»

Nada sabemos de las vicisitudes de su fortuna después de 1517, aunque tenemos dos testimonios de su actividad literaria: las comedias *Aquilana* y *Calamita;* de acción más compleja y novelesca que las anteriores, y que señalan un progreso indudable en su concepción del drama. Pero ni siquiera podemos fijar con exactitud la fecha en que fueron representadas ó escritas estas dos piezas (1).

---

(1) De la *Aquilana* tuvo una edición suelta (acaso la primera) D. Fernando Colón, que en su *Registrum* (parte inédita) la acota en esta forma:
8.247. *Bortolomei de Torres. Comedia Aquilana en español.*

EMP. ¡Dios, que estoy por arrojar
Un Dios salve tan complido.....

Hay otra edición muy posterior, contenida en un tomo de farsas españolas de la Biblioteca de Munich que describió Wolf:

Comedia llamada Aquilana. Agora nueuamente impressa, corregida y enmendada. Hecha por Bartolomé de Torres Naharro.

(Al fin.) *Fue impresa la presente obra en Burgos en casa de Juan de Junta, ha* (sic) *dezi-seys dias del mes de deciembre. Año de mil y quinientos y cincuenta y dos años.* 4.º, 24 hs. sin foliar.

También la *Jacinta* fué impresa por separado:

Tampoco hay indicio que nos permita conjeturar la fecha del fallecimiento del poeta (1). En el *Diálogo de la lengua* de Juan de Valdés,

---

Comedia Jacinta nueuamente compuesta e impressa cō vna epistola familiar muy sentida y graciosa. 4.º, gót., 12 hojas (cat. de Salvá, núm. 1.459).

Ticknor y otros han supuesto que era comedia distinta de la de Naharro, pero es exactamente la misma. La *Epístola* que va al fin está tomada igualmente de la *Propaladia*, y es la que empieza:

Manos mías que tembláis
Sosegad un poco agora,
Y escribamos, si mandáis,
A la mi Diosa y señora.....

Salvá, que poseyó el ejemplar de esta farsa, que antes había sido de Ternaux Compans, indica que hubo de ser impresa hacia 1530, pero no apunta el fundamento de esta conjetura.

(1) Tengo alguno para sospechar que vivía aún en 1530, y que probablemente estaba en España.

En la edición del *Cancionero General*, hecha en Sevilla, por Cromberger, 1540, se añadió un apéndice, fol. 189, encabezado así:

«*Siguense ciertas obras de diversos auctores: hechas todas ellas en loor de algunos sanctos: sacadas de las justas literarias que se hazen en Sevilla por institucion del muy reverendo e magnifico señor el obispo de Scalas. Y estas primeras coplas son en loor de la reyna del cielo Madre de Dios y Señora nuestra.*»

Los poetas que escribieron á este primer certamen fueron:

Polo de Grimaldo, canónigo de la santa iglesia de Sevilla.

escrito según la opinión más corriente hacia el año 1533, parece hablarse de él como de persona que ya había pasado de esta vida. Es curioso el pasaje por ser uno de los poquísimos

---

Juan de Silva de Guzmán.
Bartolomé Torres Naharro.
Jerónimo del Río.
Diego Luzero.
Alfonso Hernández.
Diego Benítez.
Juan Pérez.
Alonso Pérez.
Felipe Guillén.
Pero Hernández.
Andrés de Quevedo.
Rodrigo Yáñez.
Bachiller Céspedes.
Algunos con dos y tres composiciones.

Estas justas no tienen fecha, pero por el lugar que ocupan en el *Cancionero*, debieron de anteceder á las de San Juan Evangelista (1531), San Juan Bautista (1532), San Pedro y Santa María Magdalena (1533), San Pablo y Santa Catalina (1533), cuyas primitivas ediciones, procedentes de la biblioteca de Osuna, se guardan ahora en la Nacional, y aparecen también extractadas en el *Cancionero* sevillano. Las justas ó certámenes poéticos que estableció el obispo de Scalas D. Baltasar del Río, se hacían anualmente en los palacios arzobispales de Sevilla, en presencia del cardenal D. Alonso Manrique. Podemos inferir, por consiguiente, que el de la Concepción, que es el más antiguo, hubo de celebrarse en 1529 ó 1530. Casi todos los poetas que concurrieron á él figuran en los sucesivos, pero no Torres Naharro, acaso por haber fallecido antes de 1531.

juicios que acerca de Naharro nos dejaron sus contemporáneos (1).

«*Valdés.* El estilo que tiene Torres Naharro, en su *Propaladia*, aunque peca algo en las comedias, no guardando bien el decoro de las personas, me satisface mucho, porque es mui llano y sin afetazión ninguna, mayormente en las comedias de *Calamita* i *Aquilana;* porque en las otras tiene de todo, y aun en éstas, hai algunas cosas que se podrían dezir mejor, más casta, más clara, i más llanamente:

»*Martio.* Dezidnos algunas:

»*Valdés.* En la *Aquilana* dize:

¿Pues qu'es esto?
¿Tórnome loco tan presto
Por amores d'una dama,
Que tarde niega su gesto
Lo que promete su fama?

»Adonde (si no me engaño) dijera mejor, más clara i más galanamente:

Que trae scrito en su gesto
Lo que publica su fama.

»*Pacheco.* Mejor hubiera dicho así: pero, no

(1) *Diálogo de la lengua* (*tenido ázia el A.* 1533, *i publicado por primera vez el año de* 1737. *Ahora reimpreso conforme al Ms. de la Biblioteca Nazional.....* (por D. Luis de Usoz y Río). *Madrid: Año de* 1860. *Imprenta de J. Martín Alegría.* Páginas 171, 173.

se lo neguemos; que mucho ha ilustrado la lengua castellana.

»*Valdés*. No os negaré yo eso jamás: i tampoco quiero que me neguéis vos á mí, que así como escribía bien *aquellas cosas bajas, i plebeyas, que pasaban entre gentes con quien él más ordinariamente trataba*, así se pierde cuando quiere escribir lo que pasa entre gente noble y principal: lo cual se vee largamente en la comedia *Aquilana;* pero esto no haze al caso, pues aquí no hablamos sino de lo que perteneze á la lengua.»

Si el descontentadizo reformista de Cuenca habló de Torres Naharro con su habitual severidad crítica, otro escritor del siglo XVI, á la verdad mucho menos ilustre, el poeta murciano Diego Ramírez Pagán, en su rarísima *Floresta*, dedicó á su memoria una *Lamentación* fúnebre, llena de los más pomposos elogios. No es imposible que Ramírez Pagán (que á juzgar por el retrato que acompaña á su libro, copia de otro de Juan de Juanes, era ya anciano en 1562, fecha de la publicación de la *Floresta*), hubiera alcanzado á conocer personalmente á Torres Naharro, en Italia ó en España; pero de seguro no compuso esta *Lamentación* á raíz de su muerte, sino con ocasión de la recogida que el Santo Oficio hizo de la *Propaladia* en 1559. Esta prohibición ó más bien *suspensión* que, como inmediatamente vere-

mos, no duró más que hasta 1573, hubo de ser tan mal recibida entre los amigos de las letras como lo prueba el generoso y valiente arranque del vate de las riberas del Segura, que más que la muerte física de Torres Naharro, lo que deplora es la especie de muerte civil que había sepultado en la obscuridad sus composiciones.

Lamentación en la muerte de Torres Naharro.

Llora amor en este día,
Lloran también amadores,
Llora el canto y armonía,
Tibios están los amores
Y muda la poesía.
Sube el llanto á las estrellas,
De España, madre dichosa;
Díxele: ¿por quién querellas?
¿Por quién estás tan llorosa,
Reina de provincias bellas?
¿Qué Príncipe te ha faltado
Que no seas prevenida
De su natural traslado,
Tan del bivo, que la vida
Por éste se ha mejorado?
¿Qué bien has echado menos,
De bienes tan principales
Teniendo los barrios llenos?
¿Qué mal padesces los males,
Siendo de ti tan agenos?

Respondióme: un hijo charo
Dias ha que me faltó;
Lloré con gemido claro,
Y agora otra vez murió,
Que esto me cuesta más caro.
Quedóme de él una nieta,
Tan hermosa para dama,
Para reina tan discreta,
Que no sé quién no la ama
Con fuerza de amor secreta.
De los príncipes querida,
De los sabios fué estimada;
Era un jardín de la vida,
Donde agora es agostada
La rosa más escogida.
Porque bien no la escardó
De las espinas dañosas
El padre que la engendró,
Y en su niñez muchas cosas
Como á su hija le suffrió.
Mas los sabios labradores
De nuestra huerta divina,
Que escardan las bellas flores
De la maliciosa espina,
Plantando yerbas mejores,
De la Propaladia huerta
Mandaron que á calicanto
Fuese cerrada la puerta,
Hasta que con celo sancto
Reformada, sea abierta.
Y esto assi me ha renovado
Las lágrimas de mi hijo,
Que mas bivas las he dado,

Y no con tanto letijo
Muerto fué de mí llorado.
  Porque viendo su hechura
Deshecha y como enterrada,
Y que en la biva pintura
No hay mano tan avisada
Que restaure esta figura;
  Pues lo que Apeles pintor
Con grande cuydado empieça,
No lo acaba otro menor,
Ni hay paño de aquella pieça,
Ni matiz de aquel color.
  No hay otro Torres-Naharro
Aunque baxasse entre nos
Apolo en ardiente carro;
Que el oro de veinte y dos
Con este tybar es barro.
  ¿Quién el cómico decir
Tan fecundo y elegante
Supo en el mundo sentir?
¿Quién vena tan abundante
Tuvo en tan liso escribir?
  ¿Quién la propiedad guardó
De las lenguas extrangeras
Y el verso en ellas cantó
Tan lamido que dixeras
Que en todas ellas nasció?
  Tan por suyas possehian
Sus versos nuestras pasiones,
Que, alegres, reyr hazian,
Y, tristes, los coraçones
Más duros enterneçian.
  Al fin es más de admirar

Caso, que no de escrivir,
Que á varon tan singular
Corto quedará el dezir,
Y escaso cualquier llorar.
  Díxome al cabo llorando:
Con éste se escurescía
La copia y luzido bando
Que la toscana armonía
Al Cielo va sublimando.
  Vi ser digno de memoria
Su llanto, y acompañelo:
Tú que lees esta hystoria,
Dirás devoto: en el Cielo
Tenga su ánima gloria.
    Amén (1).

Los versos de Ramírez Pagán nos traen como por la mano á tratar el punto curioso de la prohibición y expurgo de la *Propaladia*, que han embrollado algunos por no fijarse en datos cronológicos bien obvios. Martínez de la Rosa, que era fino humanista más que investigador diligente, dió por supuesto que el Santo Oficio había prohibido la *Propaladia* inmediatamen-

(1) *Floresta de varia poesia. Contiene esta Floresta que componia el doctor Diego Ramirez Pagan, muchas y diversas obras, morales, spirituales. Impressa con licencia.*

(Al fin.) *Acabosse de imprimir la presente Floresta de varia poesia, vista y examinada, en la insigne ciudad de Valencia, en casa de Joan Navarro a XIX de Deziembre año* 1562. Sin foliatura, 8.o, letra gótica.

te después de su aparición en Nápoles, ó á lo menos poco después de la reimpresión sevillana de 1520. «Esta sola circunstancia (exclama) atrasó por espacio de medio siglo nuestra dramática (1).»

Para contestar á tal aseveración, repetida por Schack, se tomó Cañete el trabajo de tejer un catálogo de treinta y ocho dramaturgos anteriores á 1540, amén de los ya conocidos y de las piezas anónimas, probando con todo ello que no hubo semejante solución de continuidad en los anales de nuestra escena. Pero á la verdad, no era necesario tan erudito alarde, puesto que el dicho de Martínez de la Rosa se funda en una noticia evidentemente equivocada. En 1520 y en muchos años después, todavía la Inquisición, por lo menos de un modo regular y sistemático, no intervenía en la censura de libros. Las primeras prohibiciones no se hacían en forma de Índice, sino por provisiones y cartas acordadas, de las cuales parece ser la más antigua la que el cardenal Adriano, siendo Inquisidor general, dió en Tordesillas el 7 de Abril de 1521, prohibiendo la introducción de los libros de Lutero, que no habían

---

(1) *Obras literarias de D. Francisco Martínez de la Rosa. Tomo segundo. París, en la imprenta de Julio Didot*, 1827, pág. 382.

penetrado aún en España, pero que habían sido condenados ya por un breve de León X, circulado á todas las iglesias de la cristiandad. Nada había aún que se pareciese á un sistema formal de Índices, ni los primeros se redactaron en España, ni se oyó tal nombre en la Iglesia, hasta que, asustado Carlos V por los estragos de la propaganda luterana, solicitó de los teólogos de la Universidad de Lovaina una lista ó catálogo de los libros heréticos que en Alemania se imprimían. Nuestra Inquisición hizo suyo este catálogo, y le reimprimió varias veces (Valladolid, 1551; Toledo, 1551) con algunas adiciones.

Entretanto la *Propaladia* continuaba triunfante y sin obstáculos su camino. Además de la edición de Sevilla, 1520, citada por Martínez de la Rosa, se hicieron otras tres en la misma ciudad, en los años 1526, 1533 y 1545, y una en Toledo en 1535, sin contar con la de Amberes, que no tiene año (1). En toda la pri-

---

(1) — *Propalladia*, etc..... *Impresso en Seuilla por Jacobo Cromberger. Año* 1520, *á* 20 *de Junio.* Fol. let. gót. A dos columnas.

Está ampliamente descrita en el *Registrum* de D. Fernando Colón (núm. 4.032) *apud* Gallardo. No contiene la *Aquilana*, pero sí la *Calamita*, que está al fin, después de los sonetos italianos. Lleva esta nota de Colón: «Costó en Valladolid 75 maravedís, á 13 de Noviembre de 1524.»

— (Al fin.) *Fenesçe la Propaladia de Bartholome de*

mera mitad del siglo XVI los libros del género de la *Propaladia* no alarmaban á nadie. Cuando corrían libremente obras tan brutales como la *Thebayda* y la *Seraphina* (de autor anónimo), ¿quién iba á escandalizarse por las loza-

---

Torres Naharro. Impressa en Sevilla por Jacobo Cromberger, alemán, y Juan de Cromberger, año de la encarnacion del Señor de mil e quinientos e veynte e seys años a 3 de Octubre. Contiene la *Calamita* y la *Aquilana.*

—*Propaladia.....*

(Al fin.) *Fue impressa en Seuilla: en casa de Juan Cromberger a. x. de Setiebre de M. d. xxxiij años*, 4.º gót.

Esta edición contiene también las ocho comedias; pero se ha de advertir que la *Aquilana* tiene nuevo frontis y distintas signaturas.

—*Propaladia.....*

(Al fin.) *Toledo. Acabose a veynte et quatro dias del mes de enero, año..... de mil et quinientos et treynta et cinco annos.* 4.º gót.

—Portada con orla, y en el centro se lee de colorado y negro:

Propaladia de | *Bartolome de To-* | *rres Naharro.....*

Colofón: *Fue impressa en Seuilla: en casa de Andres de Burgos a ij de Agosto de M. d. XLV años.*

Al fin está la *Aquilana*, en 20 hojas, con portada y foliatura diversa. 4.º gót.

—*Propaladia* | *de Bartolome de Torres Na-* | *harro nueuamente corre-* | *gida y enmendada* Escudo de las dos cigüeñas.) *En Anvers en Casa de Martin Nucio.*

12.º let. gót. sin foliar. La *Calamita* y la *Aquilana* tienen nuevo frontis y signaturas diversas. Puede conjeturarse que esta edición, muy incorrecta por cierto, pero todavía íntegra, se hizo en 1550 ó pocos años después.

nías y desenfados, relativamente muy veniales, de la festiva musa de Naharro?

No aconteció lo mismo después de la gran reacción católica de la segunda mitad del siglo XVI, cuyo punto culminante debe fijarse en el Concilio de Trento. Publicado el Índice romano de Paulo IV en 1559, nuestro inquisidor general D. Fernando de Valdés dió inmediatamente el suyo, que salió aquel mismo año de las prensas de Valladolid, y es como piedra angular de todos los restantes. En este Índice, pues, apareció incluída por primera vez la *Propaladia, hecha por Bartolomé de Torres Naharro*, y además las ediciones sueltas de la *Jacinta* y la *Aquilana*.

Pero esta prohibición no estuvo en vigor más que *trece años*. Por lo mismo que la Inquisición sacaba toda su fuerza de la opinión popular, solía transigir con ella en todo lo que no tenía ni remotos visos de heterodoxia dogmática. Su conducta con el teatro lo prueba suficientemente. Llámese tolerancia ó indiferencia, el resultado fué el mismo. El número de piezas prohibidas es tan exiguo, comparado con la riqueza total, que no pudo estorbar en manera alguna el desarrollo de la forma más nacional de nuestro arte literario. Digan lo que quieran los fautores de ridículas leyendas, aquella censura era casi envidiable, comparada con la censura laica é incompetente que hoy

suelen ejercer improvisados moralistas en las columnas de los llamados periódicos católicos.

A nadie podía importar la prohibición de obscuras farsas como la *Tidea* y la *Tesorina;* pero la de la *Propaladia* dolió en gran manera á los doctos y discretos, como puede juzgarse por la lamentación de Rodríguez Pagán; y además resultaba de todo punto ineficaz, puesto que la *Propaladia* seguía reimprimiéndose fuera de España, y aparte de los ejemplares que de contrabando pudieran penetrar, estaba por lo menos al alcance de los innumerables españoles que andaban por Italia, Alemania y Flandes. Lo mismo acontecía con el *Lazarillo de Tormes* y con las obras de Cristóbal de Castillejo, próximo pariente de Naharro en la malicia y el gracejo. La Inquisición transigió hábilmente, levantando en un mismo año el entredicho de estas tres joyas de nuestra literatura, y encargando su corrección á la experta pluma del cosmógrafo y gramático burgalés Juan López de Velasco, hombre muy culto, de espíritu tolerante, y que hizo todo lo posible para salvar la integridad de los textos. Habida consideración á la diferencia de los tiempos, le honra mucho la buena fe con que procedió en su trabajo. Aun de los rasgos satíricos contra Roma conservó muchos; y no digamos nada de los pasajes picantes y libres, porque en éstos solía reparar la censura inquisitorial mucho

menos. Así «castigada» la *Propaladia*, se imprimió en Madrid en 1573 (1), llevando al principio esta advertencia del corrector Velasco: «Guardaron tanto la propriedad y pureza de la lengua Castellana Bartholomé de Torres Naharro, y Christóbal de Castillejo, Secretario del Emperador D. Fernando, en las obras que compusieron, con aquella facilidad y llaneza tan pura y propria de los buenos autores, que justamente sus obras merecen ser leydas y tenidas en tanto, como lo son de muchos hombres doctos, y estudiosos de lengua Castellana. Y assi viendo que las obras de Castillejo excelentes y maravillosas en la elegancia y abundancia de palabras y conceptos, andaban

---

(1) *Propaladia de Bartolome de Torres Naharro, y Lazarillo de Tormes. Todo corregido y enmendado, por mandado del consejo de la santa, y general Inquisicion. Impresso con licencia y privilegio de su Magestad para los reynos de Castilla y Aragon. En Madrid, por Pierres Cosin, M. D. LXXIII.*

8.º, 12 hs. pls. y 417 foliadas.

Cítanse otras dos ediciones expurgadas, una de Amberes, 1573, y otra de Madrid, 1590.

Aquí termina el catálogo de las ediciones antiguas de la *Propaladia*, aunque seguramente hubo otras *sin expurgar*, entre los años 1559 y 1573, á las cuales se refiere el prólogo de Velasco. Una de ellas pudo ser la de Amberes, de Martín Nucio, sin año.

Moratín, en sus *Orígenes del Teatro español* (1830, edición póstuma hecha por la Academia de la Historia), re-

derramadas y perdidas de mal escritas, y con riesgo de prohibirse por algunos respetos; y que la *Propaladia* de Torres Naharro, obra singular y estremada en el donayre y gracia de la lengua, aunque estaba prohibida en estos reynos años había, se leía é imprimía de ordinario en los extrangeros: Porque aquello cese, y los naturales d'estos no carezcan del entretenimiento y lectura de obras tan escogidas y tan dignas de conservarse en nuestra lengua, con licencia del consejo de la Santa y General Inquisición y de Su Magestad, se han reformado y limpiado de todo lo que pareció ser de inconveniente, procurándolas dexar en forma que honestamente se pueden leer por

---

produjo la *Comedia Himenea;* pero no hará bien quien se fíe de su texto, porque D. Leandro tuvo la manía de enmendar, ó más bien de refundir (con mano maestra, eso sí) todas las obras ajenas que publicó, empezando por las de su propio padre. Lo mismo, y con menos escrúpulo y menos acierto, hacía el, por otra parte, tan benemérito y simpático D. Juan Nicolás Böhl de Faber, que en su *Teatro español anterior á Lope de Vega* (Hamburgo, 1832), además de la *Himenea*, puso, aunque muy en esqueleto, la *Jacinta*, la *Calamita* y la *Aquilana*. En esta última suprimió nada menos que 650 versos.

Algunas de las poesías líricas de la *Propaladia* han sido reimpresas en el *Caxon de Sastre*, de Nifo, en la *Floresta de rimas antiguas castellanas* de Böhl de Faber, en el *Romancero general* de Durán, y en otras varias antologías del siglo pasado y del presente.

cualesquier personas que sean, porque así no queden en riesgo de volverse á prohibir otra vez, y se vengan á perder.»

En el Índice expurgatorio del cardenal Quiroga (1583) se autorizó nuevamente la circulación de la *Propaladia*, «siendo de las corregidas é impresas del año de 1573 á esta parte»: advertencia que se repite hablando de la *Aquilana* (1).

No consta, ni es verosímil, que las comedias de Torres Naharro se representasen nunca en España; pero es cierto que, á pesar de su forma ya anticuada, todavía conservaban muchos devotos á fines del siglo XVI. Eco de ellos había sido Juan de Timoneda, reuniendo en un mismo soneto laudatorio los nombres de Naharro y de Lope de Rueda, como príncipes, el uno de la comedia en verso, el otro de la comedia en prosa:

Guiando cada cual su veloz rueda,
á todos los hispanos dieron lumbre
con luz tan penetrante deste carro:

---

(1) Para la fácil compulsa de los Índices del siglo XVI, ya rarísimos, es indispensable la colección de Reusch, publicada á expensas de la Sociedad Bibliográfica de Stuttgart.

Die Indices librorum prohibitorum des Sechzehnten Jahrhunderts gesammelt und herausgegeben von Fr. Heinrich Reusch... Tübingen, 1886.

Índice de Valdés (páginas 209-242).—Índice de Quiroga (págs. 377-477.)

El uno en metro fué Torres Naharro,
el otro en prosa, puesta ya en la cumbre,
gracioso artificial, Lope de Rueda (1).

Pasma á primera vista que ni Cervantes en el prólogo de sus *Comedias*, ni Agustín de Rojas en su *Viaje entretenido*, mencionen al autor de la *Propaladia*; pero tal omisión no significa que no la conocieran, puesto que sus noticias se refieren únicamente al Teatro representado, y se fundan en recuerdos personales que no podían remontarse más allá de Lope de Rueda. Lope de Vega cita, una vez por lo menos (2), á Naharro, y le imitó varias. Los adversarios de su sistema dramático, y presu-

---

(1) Hállase este soneto al frente de la comedia de los *Engaños*, en la edición de Sevilla, 1576, y probablemente en las anteriores.

(2) En la dedicatoria á Juan Bautista Marini, de la comedia *Virtud, pobreza y mujer* (*Parte* 20 de las comedias de Lope, 1630):

«En España no se guarda el arte, no ya por ignorancia, pues sus primeros inventores Rueda y *Navarro* (sic) le guardaban, que apenas ha ochenta años que pasaron, sino por seguir el estilo mal introducido de los que les sucedieron.»

Creo que en este pasaje debe leerse *Naharro* y no *Navarro*. Hubo, ciertamente, un histrión llamado *Navarro*, de quien dice Cervantes en el prólogo á sus *Comedias:*

«Sucedió á Lope de Rueda, *Navarro*, natural de Toledo, el cual fué famoso en hacer la figura de un rufián cobarde. Este levantó algún tanto más el adorno de las

midos de gusto clásico, solían también darle en cara con el nombre del poeta extremeño:

Y vosotros, Naharro y Castillejo,
Que jamás escribís razón perdida.....

decía Cristóbal de Mesa. Y D. Esteban Manuel de Villegas, en una de sus sátiras:

Cuando la *Propaladia* de Naharro
De nuestra España desterró el silencio.....

---

comedias, y mudó el costal de vestidos en cofres y en baules; sacó la música, que antes cantaba detrás de la manta, al teatro público; quitó las barbas de los farsantes, que hasta entonces ninguno representaba sin barba postiza, y hizo que todos representasen á cureña rasa, si no era los que habían de representar los viejos ú otras figuras que pidiesen mudanza de rostro: inventó tramoyas, nubes, truenos y relámpagos, desafíos y batallas.»

De este mismo Navarro cuenta Agustín de Rojas que «fué el primero que *inventó teatros*», es decir, barracas ó tablados expresamente dispuestos para la representación. Pero sea lo que quiera del valor de esta noticia, no creo que Lope de Vega se acordara de él en este pasaje: en primer lugar porque un autor y actor de quien se dice que *sucedió* á Rueda, y que, por consiguiente, debía de florecer á fines del siglo XVI, no pudo ser anterior al gran Lope en cerca de *ochenta* años. Y en segundo lugar, porque tratando Lope de convencer á un poeta italiano de que si en España no se observaban las reglas clásicas no era por ignorancia, parece muy natural que citase las comedias de Torres Naharro y de Lope de Rueda, que son realmente análogas al teatro cómico latino é italiano,

Pero el irresistible empuje de la escuela nueva fué reduciendo á la categoría de antigualla venerable aquel libro famoso que no se reimprimió ni una sola vez durante todo el siglo XVII. En el pasado dió ocasión á muchas pedanterías italo-hispanas, pero antes de Moratín nadie le estudió formalmente. Penetremos ya en él, previas estas necesarias indicaciones sobre su historia externa.

---

pero no que sacase á cuento las farsas de Navarro, inventor de «tramoyas, desafíos y batallas».

La única pieza que conozco de Navarro confirma todo lo dicho. Está impresa en 1603 y pertenece al teatro romántico, como fundada en uno de los más célebres cuentos de Boccacio, el último del *Decamerón*. Por ser tan rara esta pieza, que no he visto citada en ninguna bibliografía, y no conocerse más ejemplar de ella que el que perteneció á D. Pascual de Gayangos, daré nota de su portada:

Comedia | *muy exemplar de* | *la Marquesa de Saluzia, llama-* | *da Griselda.* | *Compuesta por el vnico Poeta y representante Nauarro.*

Galtero Marqués. *Griselda Pastora.*

(Hay tres figuras grabadas que representan un árbol, un caballero y una dama.)

Galisteo Mayordomo. Lisardo paje del Marqués. | *La guarda del Marqués. Urbina Dama. Jua-* | *nicola Cabañero Padre de Grisolda* (sic) Consuelo: | *Desesperación. Sufrimiento.*

Impressa con licēcia. Año 1603.

(El año está repintado de pluma.)

8.º, 24 hs. sign. A-C.

Es comedia en verso y en cuatro jornadas.

II

En el *prohemio* que Torres Naharro puso á su *Propaladia* (1517) se leen ciertas indicaciones de preceptiva dramática, muy curiosas en sí mismas, y que de seguro son las más antiguas escritas en nuestra lengua: tampoco en italiano las conozco anteriores. Juan del Enzina, precursor inmediato de Torres Naharro, había compuesto un *Arte de la poesía castellana* sin decir palabra del teatro, al cual debe hoy su principal fama. Nuestro autor, por el contrario, consideró secundaria la parte lírica de sus obras, y sólo en cuanto á la dramática quiso decirnos lo que pensaba y las leyes que se había impuesto.

«La orden del libro, pues que ha de ser pasto spiritual, me paresció que se debía ordenar á la usanza de los corporales pastos; conviene á saber, dándoos por *antepasto* algunas cosillas breves, como son los Capítulos, Epístolas, etc.; y por principal *cibo* las cosas de mayor subjecto, como son las Comedias; y por *pospasto* ansi mesmo algunas otras cosillas, como veréis. Cuanto á lo principal, que son las Comedias, pienso que debo daros cuenta de lo que cerca dellas me paresce, no con presunción

de maestro, mas solamente para serviros con mi parescer, tanto que venga otro mejor.»

Su concepto de la comedia es fundamentalmente clásico. Después de citar varias definiciones antiguas, entre ellas la de Cicerón (*imitatio vitae*, *speculum consuetudinis*, *imago veritatis*), llega á dar á la suya en estos términos: «Comedia no es otra cosa sino un artificio ingenioso de notables y finalmente alegres acontecimientos, por personas disputado.»

Acepta la división de la comedia en cinco actos, conforme al precepto horaciano. «*Neve minor, neu sit quinto productior actu*»: «La división de la comedia en cinco actos no solamente me paresce buena, pero mucho necesaria; aunque yo las llamo *jornadas*, porque más me parescen descansaderos que otra cosa; de donde la comedia queda mejor entendida y recitada.»

El ingenioso nombre de *jornadas* no prevaleció por el momento, pero triunfó á fines del siglo XVI, renovándole simultáneamente Cristóbal de Virués en Valencia, y Juan de la Cueva en Sevilla. Este último, en su *Ejemplar Poético*, parece atribuirse la invención del nombre, lo mismo que otras novedades, casi todas muy cuestionables:

Á mí me culpan de que fuí el primero
Que reyes y deidades dí al tablado,
De la comedia traspasando el fuero:

Que el un acto de cinco le he quitado,
Que reducí los actos en *jornadas*,
Cual vemos que es en nuestro tiempo usado.

Pero aunque esta innovación parezca baladí, es cierto que el verdadero introductor de ella había sido Naharro, seguido escrupulosamente en esto, como en todo, por sus fieles, aunque obscuros, discípulos Jaime de Huete y Agustín Ortiz, en las comedias *Tesorina*, *Vidriana* y *Radiana*.

No tuvo tanto éxito la división en cinco actos, aunque la abonasen los ejemplos clásicos, la venerada autoridad del *Arte Poética* de Horacio y el uso de las comedias italianas. En las nuestras del siglo XVI hubo mucha indecisión en esta parte. Las de Lope de Rueda, Alonso de la Vega y Timoneda no están partidas en *actos*, sino en *escenas*. Escenas son también en rigor, aunque se llamen *actos*, los siete de la *Comedia Pródiga*, de Luis de Miranda; y siete eran también los de la *Constanza*, de Castillejo, á juzgar por las noticias que de ella quedan. La *Josephina*, de Micael de Carvajal, tiene cuatro: adelantándose en esto á las de Juan de la Cueva, que también se atribuyó esta novedad, como hemos visto. Finalmente prevaleció, por haberla adoptado Lope de Vega, la de tres actos, que se encuentra ya en cierta comedia de Francisco de

Avendaño impresa en 1553, pero que había caído tan en desuso á fines de aquel siglo que Cervantes creyó de buena fe ser el primero que la había usado, en la *Numancia* y en la *Batalla Naval;* mientras Lope de Vega, en su *Arte Nuevo de hacer comedias*, se la atribuía al valenciano Jerónimo de Virués:

El capitán Virués, insigne ingenio,
Puso en tres actos la comedia que antes
Andaba en cuatro como pies de niño;
Que eran entonces niñas las comedias.....

Por lo tocante al número de los interlocutores, Torres Naharro no se atiene á la rígida interpretación que algunos daban del precepto horaciano «*nec quarta loqui persona laboret*», entendiéndolo no ya solo de los interlocutores de un mismo diálogo (lo cual es racional), sino como número máximo de los personajes escénicos. «El número de las personas que se han de introducir (dice nuestro autor) es mi voto que no deben ser tan pocas que parezca la fiesta sorda, ni tantas que engendren confusión. Aunque en nuestra *Comedia Tinellaria* se introdujeron pasadas veinte personas, porque el subjecto della no quiso menos, el honesto número me parece que sea de seis hasta doce personas.»

Más que esta técnica menuda, y siempre arbitraria, interesan en este prólogo (donde,

como es natural, no se hace mención alguna de las famosas unidades, invención más tardía de los comentadores italianos de la *Poética de Aristóteles*, especialmente de Castelvetro) (1) algunos principios generales muy sensatos y de aplicación en todos tiempos. «El decoro en las comedias es como el gobernalle en la nao, el cual el buen cómico siempre debe traer ante los ojos. Es decoro una justa y decente continuación de la materia, conviene á saber: dando á cada uno lo suyo, evitar las cosas improprias, usar de todas las legítimas, de manera qu'el siervo no diga ni haga actos del señor, *et e converso;* y el lugar triste entristecello, y el alegre alegrallo, con toda la advertencia, diligencia y modo posibles.»

Pero lo más original que en esta pequeña poética encontramos es una división clara y fecunda de la comedia, que puede aplicarse no sólo á las de Naharro, sino al teatro de cualquier tiempo, porque en realidad comprende las dos grandes direcciones del arte: «Cuanto á los géneros de comedias, á mí paresce que bastarían dos para en nuestra lengua castellana: comedia «*á noticia*», y comedia «*á fanta-*

(1) Sobre la genealogía de las *unidades* puede verse, entre otros trabajos recientes, el muy erudito de J. E. Spingarn, *A History of Literary Criticism in the Renaissance.* New York, 1899.

sía». *A noticia* s'entiende de cosa nota y vista en realidad de verdad, como son *Soldadesca* y *Tinellaria*. *A fantasía*, de cosa fantástiga ó fingida, que tenga color de verdad aunque no lo sea, como son *Serafina*, *Himenea*, etc.»

Como se ve, por los términos (que hoy serían tachados justamente de galicismo) «comedias *á noticia*» y «comedias *á fantasía*», entiende Torres Naharro lo que en fraseología moderna diríamos comedia *realista* y comedia *idealista*. Los ejemplos que busca en las suyas propias aclaran más la distinción, pues aunque en todas sus obras predomine la observación, y aun si se quiere la copia, á veces servil, del natural, la *Soldadesca* y la *Tinelaria* son meros *cuadros de género* sin verdadera fábula ni poesía de invención, al paso que la *Himenea* y la *Serafina*, y en mayor grado la *Calamita* y la *Aquilana*, que no menciona su autor porque probablemente no las había escrito aún, están llenas de lances y recursos novelescos, y por sus argumentos entran en la esfera de la comedia ideal y romántica.

Por muy primitiva y elemental que parezca hoy la dramaturgia de la *Propaladia*, no puede dudarse que hay en ella un intento reflexivo. El poeta sabe lo que hace, procede con espíritu crítico aplicado á sus propias obras, tiene un fin artístico, conoce el valor de la acción, el de las costumbres y los caracteres, distingue

lo que toma de la realidad de lo que pone de su cosecha, y sobre todo insiste en la propiedad del diálogo, como trasunto fiel que debe ser de aquella lógica dramática que Torres Naharro llama *decoro* y que compara con el gobernalle ó timón de la nao, al cual debe estar siempre vigilante y atento el buen maestro de la poesía cómica.

No menos que la sensatez de estos preceptos pasma la cuerda aplicación que de ellos hizo el vate extremeño en la mayor parte de las obras de su exiguo repertorio, donde en medio de los tanteos inevitables en los comienzos de cualquier arte, hay un sentido tan enérgico de la vida, una consistencia tan grande en las figuras dramáticas, una verdad en la expresión, y á veces una combinación tan diestra de peripecias y efectos escénicos, que verdaderamente maravillan en autor tan principiante é inexperto. Bartolomé de Torres Naharro, inferior á otros contemporáneos suyos en dotes poéticas, había nacido hombre de teatro, y en esta parte les aventaja á todos. Compárense sus obras con cuanto inmediatamente las precedió en nuestra escena: con las églogas, farsas y representaciones de Juan del Enzina (sin excluir las últimas y más complicadas); con las de Lucas Fernández, Francisco de Madrid, Diego de Avila y Martín de Herrera, y aun con todo lo que Gil Vicente compuso antes

de la *Comedia del Viudo*, que es de 1514, acaso influída ya por los ensayos de nuestro autor, y nos parecerá que entramos en un mundo nuevo, y que fué un paso de gigante el que Torres Naharro dió en el camino de la buena comedia. Por nuestra parte encontramos justísima la alabanza que de él hizo D. Bartolomé J. Gallardo (1), llamándole «el primer ingenio que tendió el vuelo á las más altas regiones de nuestra Talía, embelesando el alma con bien trazadas invenciones que suspenden la fantasía y cautivan el corazón, empeñando de lance en lance la curiosidad con bien urdidas tramas desde la primera escena hasta el total desenlace del drama.» En efecto: de sus ocho comedias, cuatro, por lo menos, cumplen, aunque de un modo muy sencillo, con las leyes esenciales de la fábula dramática.

Pero á pesar de la evidente superioridad que las obras de Torres Naharro tienen sobre el infantil teatro del tiempo de los Reyes Católicos, es cierto que de él proceden y que en él tomó el arranque para volar á más altura. Si se lee su *Diálogo del Nacimiento*, encontraremos una égloga que en rudeza y falta de artificio puede ponerse al lado de las más informes

(1) En el núm. 3 de su *Criticón* (Madrid, 1835), página 36.

de Juan del Enzina. Y, sin embargo, no hay duda que fué compuesta en Roma, puesto que se habla en ella del Hospital de los Españoles; y pertenece, por consiguiente, á la edad madura del poeta, pudiéndose afirmar además que esta pieza es posterior al mes de Abril de 1512, por una alusión que contiene á la batalla de Ravena (1). Dos peregrinos procedentes el uno de Santiago y el otro de Jerusalén, entablan un diálogo teológico, no tan pedantesco como pareció á Moratín, pero seguramente difuso y más propio del aula que de la escena. Y luego se desquita el autor con otro diálogo groserísimo entre dos zafios pastores, Hernando y Garrapata, que se dicen mutuamente las mayores boberías y desvergüenzas, y aca-

---

(1) Ponderando los triunfos de las armas españolas, escribe:

No vieron nacidos
Misterios de Dios tan esclarecidos,
Ni cosas de gente tan dignas de historia,
Qne *sola una vez* que fueron vencidos
Ganaron entonces doblada victoria.
Y á mí no creáis,
Mas si para España por Francia pasáis,
Podéis informaros de los vencedores,
Y allí hallaréis, si bien preguntáis,
Qne dan testimonio los lirios y flores.

En las guerras de Italia contra franceses no habían tenido nuestras armas más descalabro grave que el de Ravena; y como éste resultó inútil para los vencedores, le cuadran perfectamente las palabras del poeta.

ban cantando á dúo una especie de villancico macarrónico, de lo más profano é irreverente que puede verse. La parte seria de esta composición merece elogio, y en ella introdujo Torres Naharro una feliz modificación en los versos de arte mayor que emplea, combinándolos con su hemistiquio, lo cual les da un movimiento y agilidad dramática que no tenían en su forma de estancias líricas ó épicas, conservada todavía por Juan del Enzina en la *Egloga de Fileno y Zambardo*. Esta innovación que en las estrofas dodecasilábicas había hecho Naharro, fué imitada años después por Gil Vicente en el *Breve Summario da historia de Deus* y en el *Auto da Feira*, compuestos uno y otro en 1527, cuando la *Propaladia* tenía ya diez años de vida. No hay duda, pues, que este nuevo ritmo fué invención de Torres Naharro, y que, empleado con más frecuencia en nuestro teatro de la primera mitad del siglo XVI, hubiera servido para atenuar la monotonía de las coplas de pie quebrado, que por su misma soltura se prestaban al desaliño prosaico, y que no dejan de dar cierto carácter en demasía pueril y candoroso á nuestras farsas primitivas, si bien por otra parte las libran de la manera excesivamente retórica en que suele caer la prosa de las comedias italianas (exceptuada, por supuesto, la obra sin par de Maquiavelo), preferible, con todo eso, á los ende-

casílabos esdrújulos y sin rima en que compuso algunas de las suyas el Ariosto, queriendo remediar con tan ingrato son el trímetro yámbico de los antiguos.

Mucho importan las formas métricas en la composición dramática, aunque menos, por de contado, que en la lírica, y no hay duda que en la una y en la otra Torres Naharro es un continuador de Juan del Enzina. Y no fué esto sólo lo que pudo aprender en su escuela, puesto que en toda la parte rústica y villanesca de sus obras parece habérsele propuesto por modelo; si bien los impetuosos gañanes que hablan, ó más bien relinchan en los *intróitos* de la *Propaladia*, suelen expresar sus bestiales retozos en forma tal, que hubiera sonrojado al menos comedido de los pastores que puso en escena el buen maestro salmantino.

Ya he indicado en otra parte la muy razonable sospecha de que ambos ingenios se hubieran conocido en su patria ó en Roma, donde residieron por los mismos años, y donde consta que en 1513 fué representada en casa del cardenal de Arborea una comedia de Juan del Enzina, que sería probablemente la *Egloga de Plácida y Vitoriano*, de la cual se cita edición romana del año siguiente. Rayaría en lo inverosímil que dos poetas dramáticos españoles, viviendo fuera de su patria y frecuentando a misma sociedad patricia y eclesiástica, deja-

ran de estar en relaciones amistosas ú hostiles, si es que la rivalidad del oficio se sobrepuso al buen natural que parecen haber tenido uno y otro. Es claro que Enzina, autor más antiguo, influyó sobre Naharro, pero también puede sospecharse que la dramaturgia de éste, como más adelantada y compleja, tuvo también acción sobre la segunda manera del poeta de Salamanca, que por lo menos aspiró á asimilarse algunas de las condiciones exteriores del arte de su rival. En la citada *Egloga de Plácida y Vitoriano* se encuentra un *Intróito* semejante en todo á los de la *Propaladia*. ¿Quién imitó á quién? Siendo excepcional el caso en las obras de Enzina, y sistemático el empleo de tales *intróitos* en las comedias de Naharro, no me parece que irá fuera de camino quien atribuya al segundo la invención; pues aunque uno y otro pudieron tomarla del teatro latino é italiano, tienen estos prólogos de Naharro un sabor especialísimo que los distingue de sus modelos.

Pero sea lo que fuere de esta duda cronológica, en sí misma poco importante, lo que nadie puede negar es que Enzina y sus inmediatos discípulos transmitieron á Torres Naharro un embrión dramático dotado de condiciones vitales, un teatro popular ya secularizado é independiente del drama litúrgico, un trasunto tosco pero fiel de la vida y lenguaje de los cam-

pesinos, un diálogo primoroso á veces por su rústica sencillez y cándida malicia, un metro ágil, desenvuelto, festivo, poco apto en verdad para los afectos trágicos, pero nacido para los donaires cómicos y aun para la pulida expresión de las cuitas amorosas. Torres Naharro amplió el cuadro de la primitiva farsa; hizo entrar en ella, no sólo pastores y ermitaños, sino gentes de toda casta y condición: soldados y frailes, truhanes y mozas del partido, camareros y despenseros de cardenales, lavanderas del Trastevere; y picando más alto, marquesas y damas principales, y hasta infantas de León y príncipes de Hungría; complicó ingeniosamente la trama, en tres por lo menos de sus piezas; atendió por primera vez al estudio de las costumbres, y si no llegó á la comedia de carácter, fué por lo menos el fundador de la comedia de intriga. Sus ensayos no pueden compararse con la maravilla de la *Celestina;* pero aquí hablamos sólo del teatro representado y representable, no del drama escrito para la lectura. En el uno podía realizarse desde el primer momento una perfección artística, que todavía era inasequible en el otro.

Al lado del material indígena, hay en la *Propaladia* visibles huellas del estudio del teatro latino é italiano. Bartolomé de Torres Naharro era humanista: aunque el erudito Mesiniero no lo declarase en su epístola latina, lo

está diciendo á voces su libro; y no por la inoportuna profusión de citas y recuerdos clásicos, de que acertó á librarse más que otros ingenios de aquel siglo muy superiores á él, sino por otro género de influencia más honda y eficaz: por lo claro y armónico de la composición; por el buen gusto que rara vez falla, aun en los pasos más difíciles; por cierta pureza estética que sobrenada en la descripción de lo más abyecto y trivial; por cierta grave, consoladora y optimista filosofía que suele encontrarse con sorpresa en estas farsas de apariencia tan liviana, y que constituye el principal mérito de la *Comedia Jacinta;* por un buen humor reflexivo y sereno, que parece la suprema ironía de quien había andado mucho mundo y sufrido muchas tormentas en esta vida, y era (según le describe su amigo) parco en las palabras y mesurado en las sentencias, sin duda porque guardaba para sus versos las expansiones de su alma, no sabemos si regocijada ó resignada. Esta humana y aristocrática manera de espíritu que tuvieron todos los grandes hombres del Renacimiento, y que encontró su más perfecta expresión en Miguel de Cervantes, la tuvo Torres Naharro hasta cierto grado, y en esto principalmente fué humanista.

Lo fué también en la parte formal, y aunque no imitara de propósito ninguna comedia latina, su pensamiento estaba fijo en ellas:

Pues, mis amos,
La comedia intitulamos
Á tinelo, *Tinellaria;*
Como de Plauto notamos
Que de asno dijo *Asinaria.*

En la comedia *Aquilana* introdujo, á modo de episodio, aquella sabida anécdota del rey Seleuco y de su hijo Antíoco, enamorado de Stratónica su madrastra; pasión que descubre el médico Erasistrato por lo alterado del pulso del Príncipe cuando entra la Reina. Este cuento, que se lee en Valerio Máximo, Justino, Plutarco y otros historiadores y moralistas de la antigüedad, dió tema en el siglo XVI al *Auto del Rey Seleuco*, de Camoens, y en el XVII á la comedia *Antioco y Seleuco*, de Moreto.

Clásicos son también los principios dramáticos expuestos en el *prohemio* de la *Propaladia:* clásicas las autoridades que se alegan; clásica la división en cinco actos, y el uso de los *intróitos* y *argumentos.* No es que el *prólogo* sea exclusivo de la comedia antigua, terenciana ó plautina; pero la verdad es que de allí le tomaron sus imitadores del Renacimiento, y no del *praecentor* de los dramas litúrgicos, ni del *protocolo* de los *Misterios* franceses, ni del *faraute* de algunos autos nuestros del siglo XVI. Aun en esto, como en otras cosas, mostró Naharro su genio inventivo. El prólogo en Terencio, en Plauto, en los poetas

italianos del siglo XVI (1) es una mera anticipación del argumento de la pieza, una especie de presentación de los personajes, sazonada á las veces con algunos chistes para poner de buen humor á los espectadores, ó con alguna apología personal del poeta contra sus émulos. En Torres Naharro es cosa muy diversa: tiene valor por sí, independientemente de la pieza á la cual sirve de preludio y cuyo argumento expone. Es un monólogo pronunciado por un personaje rústico, que cuenta en bajo estilo, pero con fuerza cómica, aunque grosera, los lances que ha tenido con las mozas de su pueblo. Este personaje, que no vuelve á intervenir en la acción, no pertenece á la comedia literaria; es el *stupidus* de las antiguas farsas itálicas, y será, andando el tiempo, y algo pulido por la civilización, el *bobo* del teatro del

(1) Recuérdese, por ejemplo, el de la *Mandragola:*

. . . . . .
La favola Mandragola si chiama;
La cagion voi vedrete
Nel recitarla, come io m'indovino.
Non e'l componitor di molta fama:
Pur se voi non ridete,
Egli e contento di pagarvi il vino.
Un amante meschino,
Un dottor poco astuto,
Un frate mal vissuto,
Un parasito di malizia il cucco,
Fien questo giorno il vostro badalucco.
. . . . . .

siglo XVI, el *gracioso* del siglo XVII. Ni todo lo que él dice en los *intróitos* de Naharro son torpezas y necedades, pues á la sombra de tales bufonadas, que á nadie hacían arrugar el ceño en la corte de León X, insinúa á veces el autor pensamientos más elevados. Dice, por ejemplo, en el prólogo de la *Soldadesca:*

Por probar,
Hora os quiero preguntar:
¿Quién duerme más satisfecho?
¿Yo de noche en un pajar,
Ó el Papa en su rico lecho?

Yo diría
Qu'él no duerme todavía
Con mil cuidados y enojos;
Yo recuerdo á mediodía,
Y aún no puedo abrir los ojos.

Mas verán:
Que dáis al Papa un faisán
Y no come d'él dos granos;
Yo tras los ajos y el pan
Me quiero engollir las manos.

Todo cabe;
Mas aunque el Papa me alabe
Sus vinos de gran natío,
Menos cuesta y mejor sabe
El agua del dulce río.

Yo villano
Vivo más tiempo y más sano
Y alegres todos mis días,

Y vivo como cristiano
Por aquestas manos mias.

Vos, señores,
Vivís en muchos dolores
Y sois ricos de más penas,
Y comêis de los sudores
De pobres manos ajenas.

Que las comedias de Naharro fueron representadas en Roma durante el pontificado de León X, y ante un auditorio principalmente italiano, y que en Italia se imprimieron por vez primera, sólo pudo negarlo la presuntuosa ignorancia de Signorelli (1) contestando á otro

---

(1) *Storia critica dei Teatri Antichi e Moderni, libri III Del Dottor D. Pietro Napoli Signorelli..... In Napoli*, 1777. Páginas 254-257.

Signorelli, entre otras inepcias, supone hecha en Sevilla, 1520, la primera edición de la *Propaladia*, y dice de las comedias: «veramente esse sono sommamente basse, fredde, puerili, senza moto teatrale, senz'arte nell'intreccio, senza verisimiglianza nella favola, e senza decenza ne'costumi. Gli argomenti sono di quelli che debbono bandirsi da ogni Teatro colto.» ¡Singular escrúpulo en un italiano avezado á la monstruosa licencia de la *Calandria* y de la *Mandrágora!* Expone luego á su manera el argumento de la *Serafina*, y termina diciendo: «Era poi verisimile che Farse cosi triviali si tollerassero colà dove si rappresentavano tante dotte ed eleganti commedie del Macchiavelli, del Bentivoglio, e dell Ariosto?»

Replicó á Signorelli el abate Lampillas, con más templanza de la que acostumbraba; pero como tampoco ha-

desatino no menor de D. Blas Nasarre (1). Baste, por toda respuesta, la que á Signorelli dió su grande amigo D. Leandro Fernández de Moratín, tomándole más blandamente de lo que merecía su mala fe y poco disimulada aversión á nuestras cosas: «No es de admirar que aquel docto crítico no hubiese visto la edición de 1517; pero, ¿cómo se olvidó de haber leído en cualquiera de las ediciones posteriores estas expresiones del autor, dirigidas al Marqués de Pescara?: «Si algún tiempo este »mi bajo libro en los altos reinos de la pode»rosa España perviniese, supiese decir á los »grandes de ella cuán buen hermano y procu»rador tienen acá en V. S.» ¿Cómo no hizo

---

bía visto la primera edición de la *Propaladia*, ni tenía el menor indicio de su existencia, sus observaciones, aunque bastante juiciosas, no podían resolver la cuestión de hecho, que realmente quedó en pie hasta Moratín. (Vid. *Saggio storico-apologetico della Letteratura spagnuola contro le pregindicate opinioni di alcuni moderni scrittori italiani. Dissertazioni del Signor Abate D. Saverio Lampillas. Parte II..... Tomo IV. Genova*, 1781. Páginas 170-178.)

(1) Había dicho Nasarre en su famoso prólogo á las *Comedias de Cervantes* (1749): «Bartholomé de Torres Naharro, que floreció debaxo del pontificado de León X, debe ser tenido por el primero que dió forma á las comedias vulgares: las suyas se representaron en Roma y Nápoles con indecible aplauso, y podemos decir que enseñaron á los italianos á escribir comedias, y que se aprovecharon poco de su enseñanza.»

reparo en éstas?: «Ansimesmo hallarán en »parte de la obra algunos vocablos italianos »(especialmente en las comedias), de los cua»les convino usar habiendo respeto al lugar y »á las personas á quienes se recitaron.» Esto y la lectura de las mismas comedias (especialmente la *Soldadesca*, la *Serafina*, la *Tinelaria* y la *Jacinta*), ¿no era bastante á convencerle de que las comedias de Naharro se imprimieron efectivamente en Italia, que se representaron en Italia, y que los espectadores, ó gran parte de ellos, fueron italianos?»

Á lo dicho por Moratín hay que añadir que no sólo están llenas de italianismos, voluntarios é involuntarios, estas comedias, sino que en la *Tinelaria*, en la *Serafina* y en la *Soldadesca* hay personajes que hablan exclusivamente en italiano, lengua que además empleó el autor, como ya sabemos, en varias de sus composiciones líricas, y que parece haberle sido tan familiar como la nativa, aunque el italiano de Torres Naharro más parece el de la conversación que el de los libros.

Aunque la imitación toscana no hubiera sido, como lo fué en toda aquella centuria, ley universal del arte literario, ya podría adivinarse que piezas nacidas en tal medio tenían que parecerse á las comedias italianas del *Cinquecento*. Y, sin embargo, no se parecen de tal modo que sea obligatoria la restitución de

ninguna; porque Torres Naharro entendió la imitación de un modo muy diverso que aquellos dramaturgos de la segunda mitad del siglo XVI, que transportaron íntegros á nuestra escena caracteres, lances y situaciones de las más aplaudidas farsas italianas. Así Lope de Rueda, originalísimo por otra parte en los episodios cómicos de su teatro, calcó su comedia *Medora* en *La Cingana*, de Giglio Arthemio Giancarli; la de *Los Engaños* en *Gli Inganni* de Niccolo Secchi, representada en Milán en 1541 delante del príncipe que luego fué rey Felipe II; la *Armelina* en la *Attilia* de Francisco Ranieri, combinada con el *Servigiale* de Juan María Cecchi. Así Timoneda, en sus *Menecmos*, tuvo presente no sólo la obra de Plauto sino *La Moglie* del propio Cecchi; en *La Farsa Trapacera* imitó directamente la *Lena* del Ariosto, sin tomarse siquiera el trabajo de cambiar los nombres de los interlocutores; en la *Cornelia* imitó varios pasos de *El Nigromante* del mismo poeta. La inédita *Comedia de Sepúlveda* está formada también por la combinación ó *contaminación*, como decía Terencio, de dos comedias ariostescas. Y, finalmente, para no hacer interminable esta enumeración, extendiéndola á piezas no representadas, en la intriga de *El Zeloso* de D. Alonso Velázquez de Velasco, que por otra parte fué admirable imitador de la *Celestina*, hay algo

que procede de la *Calandria* del cardenal Bibbiena. Las comedias del Ariosto llegaron á estar tan en boga en España, que un humanista toledano, Juan Pérez, que había latinizado su apellido haciéndose llamar *Petreyo*, se tomó el trabajo de ponerlas en la lengua clásica, sin duda para que pudieran utilizarse en representaciones escolares (1).

Nadie puede negar esta influencia del teatro italiano, que fué muy extensa aunque durase poco, y de la cual todavía á fines del siglo XVI podían encontrarse vestigios, no sólo en las tragedias de Virués y Lupercio Leonardo de Argensola, sino en algunas de las obras juveniles de Lope (*La Escolástica Celosa*, *Los Muertos Vivos*, etc.); por más que en este tiempo tal imitación importase ya mucho menos que la lectura, entonces tan frecuentada, de los *novellieri* de la misma nación, en cuyas narraciones, así nuestros poetas dramáticos como los ingleses (sin excluir al gran Shakspeare), encontraron tan rica mina de argumentos.

---

(1) *Joannis Petreii Toletani Rhetoris disertissimi et oratoris eloquentissimi in Academia Complutensi Rhetoricae Professoris, comediae quatuor, nunc primum in lucem editae. Toleti, apud Joannem Ayala, anno* 1574, *cum privilegio.*

De las cuatro comedias incluídas en este tomo, tres, es á saber: *Necromanticus*, *Lena* y *Suppositi*, son del Ariosto.

Pero no es de este género la imitación de Torres Naharro, ni aun puede llamarse imitación en rigor. Buenos ó malos, pobres ó ricos, los argumentos de todas sus comedias le pertenecen mientras no se pruebe nada en contrario. Unos los copió de la realidad con poco ó ningún aliño: otros los aderezó con ingredientes novelescos que pueden encontrarse en otras partes, pero que por su misma sencillez estaban al alcance del autor menos inventivo. Por otra parte, ha de tenerse en cuenta la fecha muy antigua de la *Propaladia*. Antes de 1517 había muy pocas comedias italianas; y Torres Naharro, durante su estancia en Roma, escasamente pudo ver representar otras que la *Calandria* (en 1514), la *Mandrágora* (en 1515), y algunas de las farsas que anualmente improvisaba en varios dialectos (circunstancia que veremos imitada por nuestro poeta) la compañía de *I Rozzi* de Siena, llamada á Roma y patrocinada por León X. A estas representaciones y otras tales alude él seguramente en la dedicatoria al Marqués de Pescara, cuando dice que «veía todo el mundo en fiesta de comedias y destas cosas». Después de aquella fecha conoció de seguro una de las comedias del Ariosto, *I Suppositi*, que se representó en el Vaticano en 1519, con decoraciones pintadas por Rafael.

Cotejadas atentamente estas comedias con

las de Naharro, encuentro en la *Serafina* un tipo de fraile (*Teodoro*) análogo al *Frà Timoteo* de la *Mandrágora*, y mezclado como él en abominables intrigas más por necedad que por ánimo perverso: tonto y bonachón; interesado y grosero, pero no hipócrita. En la *Calamita* veo una intriga que tiene remota semejanza con la de *I Suppositi:* un escolar disfrazado por amor; un reconocimiento ó *anagnorisis*; aquí de la doncella, allí del galán, con la circunstancia de ser sicilianos uno y otro. Si algo más tomó, confieso que no he podido descubrirlo, aunque lo he procurado. Y por lo que toca al espíritu general, hay que decir muy claro que el teatro de Torres Naharro, por libre, irreverente y desvergonzado que nos parezca hoy, es inocentísimo en la tendencia, y nada tiene que ver con la baja lascivia de la *Calandria*, ni con la refinada y profunda inmoralidad de la *Mandrágora*, donde no hay cosa humana ni divina que se libre de escarnio.

Creemos, no obstante, que la comedia italiana, todavía en mayor grado que la latina, por lo mismo que la tenía continuamente delante de los ojos, y porque retrataba costumbres contemporáneas, fué gran educadora para Torres Naharro, en lo que toca al artificio y combinación de la fábula; á las justas proporciones del poema escénico; al estudio, por so-

mero que fuese, de los caracteres; á la sentenciosa mordacidad del diálogo. La inclinación realista del poeta extremeño se nutrió y fortificó, sin duda, con el estudio de este teatro, que debía sus mayores aciertos á la reproducción del natural, abultada á veces hasta la caricatura, compensando con este elemento vivo la frialdad de las trazas ó enredos, imitados por lo común de Plauto y Terencio.

Esta influencia de Italia en nuestro teatro anterior á Lope de Vega, ignorada más bien que negada por nuestros eruditos antiguos, comienza á exagerarse en términos que exigen ya rectificación. Pero más bien que hacerla por nuestra cuenta, preferimos dejar la palabra á un crítico eminente entre los mejores con que hoy se honra Italia, tan fecunda en este ramo como en otros de la actividad científica. Dice así Arturo Graf en uno de sus preciosos *Estudios Dramáticos:*

«Que el teatro español haya imitado en alguna cosa al teatro italiano cuando éste había salido ya de los estrechos límites de las *representaciones* sagradas, no se puede negar; pero de esto á afirmar que el teatro español sea deudor á Italia de sus orígenes, hay gran distancia. El drama español es, por su índole, esencialmente nacional, y si algo pudo tomar de los extranjeros, se lo restituyó luego con usura. Es preciso recordar que la famosa tragi-

comedia de *Celestina*, cuya primera edición conocida es de 1499, si es posterior al *Orfeo* de Poliziano (1471) y al *Timón* de Boyardo (¿1480?) (1), precede en algunos años á *L'Amicizia* del Nardi (escrita entre el 1509 y el 1512), y es, por consiguiente, casi tan antigua como los mismos orígenes de nuestro drama regular. Esa obra nació espontánea, como lo demuestra su índole netamente española, y ejerció duradero influjo sobre todo el drama español sucesivo. Nada, pues, ó muy poco tomó España de Italia en materia de poesía dramática; y mucho menos, seguramente, de lo que ella misma la comunicó en los tiempos de su mayor prosperidad literaria (2).»

Tales son las palabras del ilustre profesor de Turín, el cual, á mi juicio, va demasiado lejos cuando niega toda imitación italiana en Torres Naharro: «*Ma ch'egli abbia in nulla imitato gli italiani non si scorge nelle sue commedie.*» Aunque materialmente los imitase poco, le ayudaron mucho para el concepto general del drama, y quizá no hubiese llegado

(1) Obras que, por lo demás, no tienen ninguna relación con la *Celestina*, ni son tampoco verdaderas comedias.

(2) Arturo Graf. *Studi Drammatici*, ed. Loescher, 1878, págs. 281-282 (en el estudio titulado *Il Mistero «de los Reyes Magos» y le prime forme dell' «Auto Sacro» in Ispagna*).

al punto á que llegó si ellos no le hubiesen precedido.

Descartadas, como obras inferiores, el *Diálogo del Nacimiento* y la *Comedia Trofea*, sobre las cuales ya hemos dicho lo suficiente, puede dividirse el repertorio de Torres Naharro en dos grupos. Entran en el primero la *Soldadesca* y la *Tinelaria*, que son, según la clasificación del autor, *comedias á noticia*. Pertenecen al segundo la *Serafina*, la *Himenea*, la *Calamita* y la *Aquilana*, que son las que él llamaba *comedias á fantasía*. Como intermedia entre uno y otro género puede colocarse la *Comedia Jacinta*, que es una especie de parábola dramática.

La *Soldadesca* y la *Tinelaria* son farsas ó entremeses largos, excelentes en su género, pero á los cuales no hay que pedir más que lo que su autor quiso poner en ellos. Entendiendo por esta vez el realismo en su sentido más estrecho, copió con exactitud flamenca ú holandesa lo que diariamente veía: escenas de cuerpo de guardia y escenas de cocina; calcó el diálogo de los ruines personajes que trae á la escena, con pasmosa verdad y sin ningún género de poesía, aunqne para nosotros resulte cierto efecto poético de la viveza y gracia del estilo y de lo pintoresco y anticuado de las costumbres que se describen. No hay verdadera acción, ni siquiera personajes en quienes el inte-

rés se concentre. La muchedumbre de figuras que en estas obras intervienen (en la *Tinelaria* llegan á veintidós) invaden el escenario en confuso tropel, hablan en diversas lenguas, gesticulan á un mismo tiempo, riñen y se aporrean, comen, beben y se refocilan con algazara brutal. Arte bajo y plebeyo cuanto se quiera, pero que produce la ilusión de renovar en nuestra fantasía el tráfago de la vida aventurera y desenfrenada, tal como la llevaban los parásitos y los *milites gloriosos* del Renacimiento. Lo que se escribió para arrancar fáciles carcajadas á León X, conserva hoy el valor de un documento histórico.

Don Leandro Moratín, á quien pocos han aventajado en el arte difícil de exponer con tersa y sobria elegancia lo que sabía, hace en estos términos clarísimos el resumen de la *Comedia Soldadesca:*

«La escena es en Roma. Guzmán se queja de su mala fortuna: hállale un capitán conocido suyo, le dice que tiene encargo de reclutar quinientos peones para el ejército del Papa, y le ofrece el grado de sota-capitán. Viene un tambor, queda ajustado también, y el capitán le manda publicar la recluta. Manrique y Mendoza se repuntan de palabras, el capitán los pone en paz. Un fraile apóstata se presenta á sentar plaza de soldado, y queda recibido bajo el nombre de Liaño. Juan González, Liaño y

Pero Pardo van á alojarse á casa de un labrador llamado Cola; éste habla en italiano; los soldados no le entienden, y resultan equivocaciones continuas entre unos y otros. Mándanle que les prepare una buena comida, y entre tanto le requiebran la criada; él se desespera, pide favor á Juan Francisco, su paisano y amigo, y tratan de dar una buena paliza á los españoles. Guzmán y Mendoza murmuran del capitán; se proponen hurtarle una docena de pagas, comprar dos yeguas, desertar, llevarse dos mujeres para sí, y otras para hacer torpe tráfico de ellas. Cola se queja al capitán de que los soldados que han entrado en su casa se han comido todo cuanto había en ella, y le han hecho mil insultos; el capitán los apacigua á todos, y propone á Cola y á Juan Francisco que sienten plaza también; admiten el partido, y se concluye la comedia con un villancico, que cantan todos marchando en ordenanza.»

Esta pieza no sólo es muy divertida por su animación y ligereza cómica, sino que presenta el interés de ser el más antiguo cuadro dramático de costumbres y desafueros militares, antecediendo en tres siglos á las admirables escenas del mismo género que Schiller puso en *El campamento de Wallenstein*, y el Duque de Rivas en *Don Álvaro*. Véase para muestra el diálogo entre el fraile y los soldados:

FRAILE.

Sanidad
Os dé Dios por su bondad,
Y al alma después reposo.
¿Queréis hacer caridad
Á este pobre religioso?

SOLDADO.

¡Qué habrar!
No os podéis probe llamar
Donde á mí, padre, me veis.
Id con Dios á trabajar,
Que buenos cuartos tenéis.

FRAILE.

A mi ver,
Mal hacéis en me correr;
Que si bien queréis sentir,
Harto trabaja el comer
Quien lo tiene que pedir.

SOLDADO.

¡Ay dolor!
Escuchai, padre señor,
¿Quién vos dice aquí el contrario?
Mas estaros hie mejor
La pica qu'el famolario.

FRAILE.

Ciertamente.
Ya Dios, el mundo y la gente
Desprecian nuestros afanes,
Y era poco inconviniente
Renunciar los balandranes.

ATAMBOR.

¿Son hurtados?

FRAILE.

No, sino muy bien ganados,
Y no con poco dolor.

ATAMBOR.

Juguémoslos á los dados
Aquí sobr'este atambor.

FRAILE.

Bien haría;
Pero á vos no se daría
La culpa de tal peccado.

ATAMBOR.

Dejadnos de hiproquesía,
Y buscad, señor, tres dados.
¿Cómo qué?
No vais vos contra la fe:
Del resto, bien que pequéis,
Luego yo os absolveré
Cuantas veces vos querréis,
Y os aviso
Que Dios no quiere ni quiso
Que viváis vos de donaires:
¿Ó pensáis qu'el Paraiso
Fué hecho para los flaires?
Yo os prometo
Qu'el soldado más pobreto
De cuantos podéis hallar
Es hoy á Dios más aceto
Que el flaire más regular.
Ya sabéis
Que, donde quiera que estéis,
Entre vuestras religiones
Nunca vimos ni veréis
Sino envidias y cuestiones.

¿Queréis ver
Cómo dais á conocer
Que rezáis de mala gana?
Tomáis el hábito ayer
Y renunciáislo mañana.
Lo que vos
Por servicio d'ellos dos
Os suplico que hagáis.

FRAILE.

Que me place, voto á Dios,
De hacer lo que mandáis.

. . . . . .

ATAMBOR.

¿Qué hacemos?

FRAILE.

Que mis hábitos tomemos,
Según usanza moderna,
Y allí los remataremos
En una sancta taberna.

Con el mismo brío y desgarro está trazada y escrita toda la comedia, en la cual sobresale el tipo del soldado aventurero Guzmán, que se duele amargamente de la paz, y recuerda con delicia los buenos tiempos del papa Alejandro y de César Borja, gran amparador de *bravos* españoles.

¿No vernía un atambor
Por estas calles de Roma,
Tan, tan, tan?.....
¡Voto á Dios y su pujanza,

Que no siento tanto afán
Como pienso en la ordenanza!

Mas ¡cuitado!
Todo el mundo está callado,
Sobra la paz por la tierra,
Sino á mí, pobre soldado,
Que la paz no hace guerra.

Pues digamos:
Los soldados no medramos
Sino la guerra en la mano;
Con razón la deseamos,
Como pobres el verano.

Bien que ya
Las guerras de por acá
No son más del tiempo loco,
Ni creo que me valdrá
Hacerme *prete* tampoco.

Porque ha días
Qu'estas nuestras clerecías
Van con Dios á mal partido:
Beneficios, calongías,
Todos han desparescido.

Mal por mal,
En la guerra, pese á tal,
Valen al hombre las manos
Y nunca falta un reäl,
Y es servido de villanos.

Bien decimos
Los que moriendo vivimos:
¿Por qué no vino la landre
Por mí y por cuantos perdimos
Aquel tiempo de Alejandre?

¡Desdichados,
Que por los nuestros peccados
Se llevó Dios de camino
Al padre de los soldados,
El buen Duque Valentino,

Que holgaba
Cuando yo le acompañaba
Las noches más sin abrigo:
Tanto de mí se fiaba
Que sólo se iba conmigo!

¡Oh, qué humano!
¡Qué señor, qué cortesano,
Qué liberal y cortés!
Me ponía en esta mano
Veinte ducados al mes.....

Para explicarnos la creación de esta figura, que es cómica, pero no burlesca, no hay que remontarse al *Pyrgopolinices* de Plauto; ni mucho menos pensar en el capitán Matamoros ó *Spavento* de la farsa italiana, el cual no había nacido todavía, y que tiene tan poca relación con nuestro personaje como la que puede tener el *Soldado Fanfarrón* de los excelentes sainetes del gaditano Castillo, escritos á fines del siglo pasado. Guzmán, aunque con puntas y collares rufianescos, y sin pizca de vergüenza en lo que no toca á su oficio de las armas, no es ningún valentón grotesco, sino un soldado de verdad, curtido en campañas sangrientas, y

que puede decir de sí mismo sin gran jactancia:

Y aun de grado,
Cualquier plático soldado
Vos dirá quién es Guzmán,
Y cómo ha sido tratado
Del señor Gran Capitán.

CAPITÁN.

Pues, hermano,
Ya sé que por vuestra mano
Cresce la fama española.

GUZMÁN.

¿Vístesme en el Garellano?

CAPITÁN.

Y aun os vi en la Chirinola.

. . . . . .

GUZMÁN.

Pues más habéis de saber:
Que he diez veces combatido,
Y en Bugía
Yo tuve una compañía
La mejor de mi cuartel,
Y en Trípol de Berbería
Pudiera ser coronel.....

Entre otras curîosidades, contiene esta comedia la etimología histórica de la palabra *bisoño:*

MENDOZA.

Y vienen dos compañeros
Que son bisoños groseros.

ATAMBOR.

¿D'esos son?
¿Y por qué causa ó razón
Los llamáis bisoños todos?

MENDOZA.

Porque tienen presunción
Y son bestias en sus modos.
No es de oir,
Porque si quieren pedir
De comer á una persona,
No sabrán sino decir:
«*Daca el bisoño, madona*».....

No tiene menos donaire la *Tinelaria*, pero el mundo en que nos hace penetrar es mucho más soez y tabernario. Los cinco actos de esta comedia son una interminable orgía en las cocinas de un cardenal romano. La fidelidad del remedo es tal, que llega á impacientarnos poco menos que si tuviésemos que aguantar la presencia y los discursos de todos aquellos domésticos, borrachos, mal hablados, pendencieros y ladrones. Ya queda dicho que los personajes de esta bufonada son legión, y como cada cual habla en su lengua (latín macarrónico, francés, italiano, catalán, portugués, castellano), resulta un drama como para representado, no delante del Papa, sino en la Torre de Babel. El poeta quedó muy satisfecho de esta innovación, según se deduce del *intróito:*

Hora, pues,
Si mis versos tienen pies,
Variis linguis tiren coces;
. . . . . .
Y os prometo
Que se habrán visto, en efeto,
De aquestas comedias pocas:
Digo que el propio subjeto
Quiere cien lenguas y bocas,
De las cuales
Las que son más manüales
En los tinelos de Roma,
No todas tan principales,
Mas qualque parte se toma.....
D'esta gente
Va tocando brevemente:
Todo el resto es castellano,
Qu'es hablar más conveniente
Para cualquier cortesano.

Lo mejor, aunque episódico, de la *Tinelaria* es el fácil y chistoso diálogo entre el despensero (ó *credenciero*) del Cardenal y su amiga la lavandera Lucrecia, que no transcribiremos porque ya le citaron, con el debido elogio, Moratín y Martínez de la Rosa.

Creo que estas dos piezas fueron las primeras tentativas de Torres Naharro en la carrera dramática. El segundo período comienza en la *Jacinta*, que no tiene, á la verdad, mucha más complicación, pero sí un carácter enteramente diverso.

No sería difícil encontrar en las novelas y en los cuentos populares de cualquier país temas análogos al de la gran señora que tiene el capricho de embargar las personas de los viajeros que pasan por las cercanías de su castillo, y después de agasajarlos bondadosamente y preguntarles las novedades que hay por el mundo (1), acaba por casarse con uno de ellos, y convidar á los restantes á sus bodas. Sobre este fondo, ciertamente pobre, ó más bien de apólogo infantil, tejió Torres Naharro una especie de diálogo filosófico, esmaltado de sentencias y máximas de eterna verdad, tan oportunas en aquel tiempo como en el nuestro, verbigracia, ésta:

Porque en el siglo presente
Muy más grande ser conviene
El temor que el rico tiene,
Que el dolor que el pobre siente.....

Los tres peregrinos que sucesivamente van apareciendo y se lamentan en sendos solilo-

---

(1) Schaeffer recuerda, hablando de esta comedia, que los antiguos galos tenían la misma costumbre, según Julio César (*De Bello Gallico* IV, V): «*Est autem hoc Gallicae consuetudinis, uti et viatores, etiam invitos, consistere cogant; et, quod quisque eorum de quaque re audierit aut cognoverit, quaerant, et mercatores in oppidis vulgus circumsistat, quibusque ex regionibus veniant, quasque ibi res cognoverint, pronunciare cogant.*»

quios, tienen algo de simbólico. El primero, Jacinto, se duele del mal acogimiento que la virtud y el mérito encuentran cerca de los príncipes y grandes señores. El segundo, Precioso, se queja de los falsos amigos. El tercero, Fenicio, elevándose á más graves pensamientos, deplora la vanidad del mundo y manifiesta su propósito de entrar en religión.

En rigor, estos tres personajes se reducen á uno solo, que es el propio autor, hablando por boca de todos ellos, y de aquí nace el interés psicológico de esta ingenua fábula. Naharro es, sin duda, el pretendiente quejoso de los grandes, el ofendido y desdeñado por los que le mintieron amistad, y, finalmente, el moralista contemplativo y sereno. Estos diversos estados de su alma se reflejan con más sinceridad que artificio en los fáciles y elegantes versos de esta composición, escrita con más gravedad y decoro que todas las restantes del poeta:

¿Quieres saber mi fortuna?
Yo te la quiero decir;
Que por morir ni vivir
No me doy cosa ninguna.
Sabrás que desde la cuna
Sin un punto de reposo,
No m'acuerdo vez alguna
Poder llamarme dichoso.....
¿Pero quién jamás pensara

Donde son tantos señores,
Que un señor no se hallara
Para buenos servidores?
Aquellos son los traidores,
Que decimos las verdades,
Y los qu'ensayan maldades
Succeden en los favores.
Todos están concertados
De traer todas las vidas,
Las bestias muy guarnecidas,
Y los siervos despojados.
Tienen puestos sus cuidados
En continuo atesorar,
Sacando algunos ducados
Que se gastan en cazar (1);
Y si quieren algo dar,
No lo dan á pobrecicos,
Sino á aquellos que son ricos,
Qu'es echar agua en la mar.....

Si no es muy elevado el motivo de las quejas de Jacinto, no se puede negar que hay cristiano sentimiento en las palabras de Fenicio (jornada tercera):

Pues, ¡oh ciega criatura
Que con este mundo vives,
Qu'en cabo dél no rescibes

(1) No creemos que sea alusión al Papa León X, que, según parece, gustaba mucho de los deleites venatorios, pero que ciertamente no pecaba de avaro, sino más bien de pródigo.

Sino sola sepultura!
¿No miras qu'es gran locura
Si dexa tu pensamiento
Lo que para siempre dura
Por lo que dura un momento?
Qu'este mundo todo es viento;
Pues de pobres ni de ricos,
Ni de grandes ni de chicos
Ninguno vive contento.....

La misma apacible sencillez, con algo más de colorido poético, hay en el elogio que Jacinto hace de las mujeres en la jornada cuarta:

¡Mas cuánto peca en simpleza
Quien dice mal de mujeres,
Que son minas de placeres
Y fuentes de gentileza!
¡Ay Dios, con cuánta nobleza
Una dama á quien servía,
Todo mi mal y tristeza
Me tornaba en alegría!
. . . . . .
¿Quién las suele importunar?
Nosotros con mil locuras,
Que aunque fuesen piedras duras
Las haríamos quebrar;
Nosotros por las burlar
Mil esperanzas les damos,
Nosotros sin las dexar
Por el mundo las llevamos;
Nuestras virtudes hallamos
Ser las que aprendemos dellas,

Sus maldades ser aquellas
Que nosotros les mostramos.

. . . . . .

Pues esto digo en favor
De las que corren fortuna,
Pero digamos d'alguna
Que tiene un poco d'amor:
¡Con cuánta pena y dolor
Por poco mal que sintáis
Anda y torna en derredor
Demandánd'os cómo estáis,
Diciénd'os qué le mandáis,
Consoláud'os como suele,
Preguntánd'os dónde os duele,
Porfiánd'os que comáis.
Héla, va muy afligida
Á decir misas por vos
Y á rogar continuo á Dios
Que os mande salud y vida.
Su comer y su bebida
Sospiros, lágrimas son;
Llora, gime, plañe y grida
De todo su corazón;
No puede ningún varón
Pagalle cumplidamente
Las lágrimas solamente
Que deja en cada rincón.

. . . . . .

Cuanto más que sus cuidados
Sus grandezas, sus hazañas
Son servir á sus amados
Con obras y lindas mañas;
Y en los tiempos de sus sañas,

Cuando os partis, ellas lloran,
Cuando tornáis os adoran
Con el alma y las entrañas.
¡Y en el yantar y á la cena,
Con unos ojos graciosos
Y unos abrazos preciosos
Y un «señor» á boca llena!
¡Qué gloria de nuestra pena,
Qué alivio de nuestro afán!
Sin duda no hay cosa buena
Donde mujeres no van.
La gente sin capitán
Es la casa sin mujer,
Y sin ella es el placer
Como la mesa sin pan.

Poco aliño habrá en todo esto, pero, por mi parte, prefiero esta dulce y sabrosa naturalidad al énfasis culterano y á la sutileza conceptista que, andando el tiempo, infestaron nuestra poesía lírica, y por ella contagiaron el teatro.

Contrasta con la mesura y atildamiento de la *Comedia Jacinta* (salvo en lo que toca á los chistes y habilidades del astrólogo Pagano) la acción extravagante y desordenada de la *Serafina* (1), que tanto excitó las iras censorias del

(1) No se confunda con otra comedia en prosa del mismo título y de autor anónimo, sumamente desvergonzada y libre, aunque ingeniosa, que se imprimió en Valencia, en 1521, juntamente con la *Tebaida* y la *Hipólita*.

buen Signorelli, el cual la llama un *misto di disolutezza e religione;* términos demasiado solemnes para calificar un puro disparate, bastante divertido, que tiene más de bufonesco que de trágico, y que, comparado con las torpezas é impiedades de la comedia italiana, es casi un idilio. La inmoralidad de los personajes de Torres Naharro es tan cándida, tan extraños y absurdos son los móviles de sus acciones, tan ridículamente atroces las resoluciones que toman, que el conflicto dramático se resuelve en una bufonada. El autor mismo parece que se burla de sus muñecos, haciéndoles chapurrear lenguas diversas; lo cual acaba de acentuar el carácter asainetado de esta truculenta farsa:

Mas habéis d'estar alerta
Por sentir los *presonajes*
Que hablan cuatro lenguajes
Hasta acabar su rehierta.
No salen de cuenta cierta
Por Latín é Italiano,
Castellano y Valenciano,
Que ninguno desconcierta.....

El argumento está expuesto en dos palabras. Un caballero español, Floristán, muy necio, muy presumido, muy libertino y muy pedante, se ha casado en Roma con la *signora* Orfea, dejando abandonada en Valencia á Se-

rafina, á quien había logrado bajo palabra de casamiento. La menoscabada doncella averigua su paradero y se presenta al burlador, poniéndole cual no digan dueñas. Floristán, que ya estaba harto de Orfea y que siente renacer su antiguo amor por Serafina, resuelve cortar el nudo y evitar el pecado de bigamia de la manera más sencilla, es decir, matando á la esposa italiana. Pero para proceder *tutta conscientia* acude en consulta al fraile Teodoro, exponiéndole el caso:

Pues que, padre, mi pasión
Por muchos suele venir,
Lo que vos quiero decir
M'escuchad en confesión.
Daros he la relación
De todo mi pensamiento;
Haceros he un argumento
De toda mi perdición.
Aquélla, que fué de aquí,
Serafina valenciana,
Con voluntad soberana
La quise desque la vi,
Y en aquel punto le dí
Mi querer y libertad,
Y agora, por mi maldad,
Soy sin ella y soy sin mí!
Contraje luego con ella
Matrimonio clandestino;
Después, como hombre malino,
Casé con una doncella,

Y es Orfea el nombre d'ella,
De nación italïana;
Su bondad es inhumana (!),
Su presencia más que bella.
Pues con ésta me casé
Por paterno mandamiento;
Mas el vero casamiento
Con la Serafina fué,
Porque yo la dí la fe
De mi propia voluntad:
Y es aquesta la verdad,
Y por ella moriré.
Mas yo no dejo de ver
Que me debría matar;
Y por más daño excusar
No lo quiero hora hacer,
Sino qu'es muy menester
Que yo mate luego á Orfea
Do Serafina lo vea
Porque lo pueda creer.
Que yo bien me mataría,
Pues toda razón me inclina;
Pero sé de Serafina
Que se desesperaría.
Y Orfea, pues, ¿que haría
Cuando mi muerte supiese?
Que creo que no pudiese
Sostener la vida un día.
Pues hablando acá entre nos
Á Orfea cabe la suerte;
Porque con sola su muerte
S'excusarán otras dos.
De modo que, padre, vos,

Si llamármela queréis,
Á mí merced me haréis
Y también servicio á Dios.

El fraile, como si tal demanda fuese lo más sencillo del mundo, contesta en latín macarrónico, que es la *lengua* que habla en toda la comedia:

Miqui placebit vocare
Praefatam tuam Orpheam:
Tamen, dic: ut quid vis eam
Absque causa condempnare?

FLORISTÁN.

Porque si yo la matare,
Morirá cristianamente;
Yo moriré penitente
Cuando mi suerte llegare.

FRAY TEODORO.

Fili mi, rogatus eo;
Tamen, ut dixit Pilatus,
Ab ista morte lavatus,
Spero salutem in Deo.

Como si esta escena no fuese ya de un efecto cómico irresistible, el autor la completa con un par de monólogos de Floristán que, como parodia de las hinchadas declamaciones de los seudo moralistas de profesión, no tienen precio.

Á Moratín, que, como Signorelli, juzgaba esta pieza por lo serio, le pareció el carácter de Floristán *abominable*. No es sino chistosísimo, tomándole por lo que es: una mera caricatura,

pero de gran sentido. Lo cómico puede nacer de muchas fuentes; y aquí nace, sin que el poeta primitivo se dé siquiera cuenta de ello, del contraste entre los enfáticos lugares comunes que Floristán va ensartando y las abominables acciones á que le lleva su torpe egoísmo: entre la grandeza de un ideal ético y religioso que no comprende, y la ruindad de su alma depravada y mezquina, que quiere encubrir su miseria con palabras sonoras. La mezcla de barbarie y de superstición que hay en él, la misma inconsecuencia de sus actos y palabras, la alta idea de su persona, la cínica franqueza con que plantea y resuelve el problema de su vida, la candorosa *egolatría* de que hace alarde, el extraño sentimentalismo que á deshora se apodera de él, son rasgos que parecen admirables cuando se encuentran en un autor tan vetusto, y cuando se reflexiona que no nacieron de cálculo refinado, sino de un franco y espontáneo buen humor.

¿Quién no se ha de reir (salva la reverencia debida á los sagrados textos, que el poeta hizo muy mal en traer á colación aquí, siguiendo deplorables ejemplos de los *Cancioneros*), cuando oye decir á Floristán, próximo á consumar su parricida atentado:

Como el fénix hago el fuego
Donde me tengo de arder;

Mas no espero renascer
Como aquel renasce luego.
Con mis pies, como hombre ciego,
Me voy á la sepultura,
Marinero sin ventura
Que en mi navío me anego.
. . . . . .
Mas, Señor, por tu pasión
Redime mi alma triste,
Tú que también redimiste
Captivitatem Sion.
Que si en juïcio perfecto
Con tu siervo entras de grado,
No será justificado
Ningún hombre en tu conspecto.
. . . . . .
Pues agora comparado
Mi ser á cuando solía,
Soy como una fantasía
Que pasa con el nublado;
Como sombra de tejado,
Como una statua de sal,
Como un salvaje animal
En una pared pintado.....

Afortunadamente, la sangre no llega al río. Al fraile, que sigue ensartando latinajos y mascullando trozos del rezo, se le ocurre el salvador proyecto de descasar á Orfea y de hacerla contraer segundas nupcias con Policiano, hermano de Floristán, que llega como caído de las nubes, y que muy á tiempo resulta ha-

ber sido en otros tiempos novio de la cuitada casadilla, á quien quería inmolar el bárbaro de su marido. Todo se allana con una declaración que éste hace, y que dejaremos en el transparente latín que gasta el fraile:

Postquam Orpheam duxisti,
Matrimonium consumpsisti?

FLORISTÁN.

Ni pude, ni lo quisiera.

TEODORO.

Si verba sunt ita vera,
Undique nobis est gloria.

. . . . . .

FLORISTÁN.

¿Decid, padre, en qué manera?

TEODORO.

Vis ut dicam?

FLORISTÁN.

Y he placer.

TEODORO.

Seraphinam duc tu tibi
Et Orpheam frater sibi.

. . . . . .

FLORISTÁN.

Aún me queda gran espina;
Porque la Orfea viviendo,
No puedo, según entiendo,
Casarme con Serafina.

TEODORO.

Dispensat gratia divina
Matrimonio non consumpto.

FLORISTÁN.

Me paresce recio punto
Si mejor no se encamina

Insisto en que esta farsa no se compuso más que para hacer reir, pero, á la verdad, es un terreno muy resbaladizo, porque nunca es sano jugar con las ideas morales, encarnándolas en personajes idiotas. Por lo mismo que ni Floristán ni el fraile son hipócritas, sino un par de mentecatos de turbia conciencia, las sandeces que dogmáticamente pronuncian parecen caer de rechazo sobre la doctrina que invocan, aunque seguramente el autor se hubiera escandalizado de que tal propósito se le atribuyera. Y la Inquisición estuvo tan lejos de sospecharlo, que dejó intacto todo lo que hemos citado, y mucho más que omitimos, siendo ésta una de las comedias que sufrieron menos expurgación: lo cual, para los anales de la *intolerancia española*, no deja de ser dato curioso. El corrector Velasco, que debía de ser muy tentado de la risa y tener la manga muy ancha, dejó al fraile campar por sus respetos, acompañado, para mayor edificación, de un leguito, que también habla en latín, y requiebra á la criada de Serafina, Dorosía, que le contesta en valenciano aconsejándole que se vaya á estudiar. Queda muy mohíno y cariacontecido el pobre *Gomecio*, que tal es el

nombre del fámulo, y exhala sus querellas amorosas en este trozo, digno de figurar entre lo más selecto de las *Epistolae obscurorum virorum:*

Maneo solus in boscorum,
Sicut mulus sine albarda;
Mortis mea non se tarda
Propter meus peccatorum.
Da nobis gratia, Deorum,
Ad habendum nocte et dia
Nostris lectis Dorosía
In secula seculorum.

Leyendo tales cosas, no se comprende por qué el Santo Oficio, que las dejó correr, se había tomado el trabajo de expurgar la *Propaladia* y de estar madurando el asunto trece años.

Pero concretándonos á su mérito literario, no hay duda que la *Serafina*, aunque sea la más informe y menos clásica de las piezas de Torres Naharro, es también la que indica mayor fuerza cómica y una fantasía más libre, que llega hasta burlarse de sus propias creaciones. Técnicamente ofrece la novedad del personaje del *gracioso*, entendiendo por tal, no precisamente el lego (que es de la misma familia que el *bobo* de las églogas y de los autos), sino el criado de Lenicio, maligno y sen-

tencioso, valentón de fingidas pendencias, y astuto confidente en las empresas amatorias de su señor Floristán, á quien sugiere ingeniosos arbitrios para cautivar la voluntad de las mujeres, como Polilla al Conde su amo en *El desdén con el desdén:*

Mas ve con tal discreción
Y acuérdate siempre desto,
Que no se vea en el gesto
Lo que va en el corazón:
Que mujeres cuantas son
Son vivas como centellas;
Qu'en ver que penan por ellas
Luego toman presunción.

El mismo Lenicio tiene también rasgos comunes con el *Moscón*, de Rojas, en *No hay amigo para amigo.* Claro está, pues, que cuando Lope de Vega, en la dedicatoria de *La Francesilla*, se preció de haber introducido en el teatro la que llama *figura del donaire*, ha de entenderse esto del empleo continuo y sistemático de la persona del gracioso, pero no de su primera aparición en escena, que es mucho más antigua.

La tendencia á la comedia de capa y espada, que ya se vislumbra en estos accidentes de la *Serafina*, triunfa en la preciosa *Comedia Himenea*, que es la más delicada, la más regular,

la más caballeresca y afectuosa de Torres Naharro y la que da más simpática y ventajosa idea de su talento como pintor de costumbres urbanas. Los justos reparos que puso Juan de Valdés á la *Aquilana* no tienen aplicación á esta otra pieza, donde Naharro mostró que, cuando quería, «sabía escribir con naturalidad y decoro lo que pasa entre gente noble y principal». La *Himenea*, considerado el tiempo en que se escribió, es un primor literario; y esto no sólo por su regularidad exterior, que á Moratín entusiasmaba tanto. «La acción consiste en la solicitud de Himeneo á la mano de Febea; el tiempo no excede de veinticuatro horas; el lugar de la escena es invariable.» Semejante perfección negativa valdría poco por sí sola, y, además, en este caso, habría que decir que el dramaturgo extremeño hizo prosa sin saberlo, puesto que de las tres unidades, la de lugar todavía no estaba inventada; la de tiempo apenas podía deducirse vagamente de un texto de la *Poética* de Aristóteles, en que nadie había reparado; y la de acción, única esencial, se presuponía sin formularla. Por lo demás, tan sencillo es el argumento de la *Himenea*, que el autor pudo, sin proponérselo, llegar á la más puntual y rígida observancia de los futuros cánones.

Pero aparte de esta sobriedad de composición, que tiene su mérito y su encanto cuando

es espontánea como aquí, y no forzada y e-dantesca, lo que enamora desde los primeros versos de la *Himenea*, y lo que menos se esperaría de un autor tan curtido en todas las impurezas del realismo, es la cortesana gentileza, la expresión dulce y poética de los afectos del suave y enamorado discreteo, libre todavía del fárrago retórico que como planta parásita le sofocó después:

Guarde Dios, señora mía,
Vuestra graciosa presencia,
Mi sola felicidad,
Aunque es sobrada osadía,
Sin tomar vuestra licencia,
Daros yo mi libertad.
Pero en mi primer miraros
Tan ciego de amor me vi,
Que cuando miré por mí
Fué tarde para hablaros,
Hasta agora
Que de mí sois ya señora.
Habéisme muerto de amores
Y dejáisme aquí en la plaza
Donde publique mis yerros,
Como aquellos cazadores
Que desque matan la caza
La dejan para los perros.....

Don Alberto Lista, cuyos trabajos sobre el antiguo teatro español, aunque muy pobres

de erudición no son tan anticuados ni despreciables como creen muchos, advirtió, á mi juicio con razón (1), que Naharro en la *Himenea* había tenido muy presente la *Celestina*, tanto en el peligro de muerte á que se expone Febea, como en las astucias de que se valen los criados de Himeneo para ocultar su miedo, cuando acompañan á su señor á la calle de su dama. Basta, en efecto, cotejar estos pasajes para advertir la semejanza. Y limitándonos á las quejas que pronuncia Febea en la quinta jornada, cuando su hermano la persigue con la espada desnuda y va á ejecutar en ella la venganza de su honor, que supone mancillado, no hay sino leer las dolorosas razones que profiere Melibea antes de arrojarse de la torre, para ver que Naharro, como todos nuestros dramáticos del siglo XVI, sin excepción, bebió en aquella fuente de verdad humana y se aprovechó de sus aguas, más saludables que turbias. Dice Febea:

Hablemos cómo mi suerte
Me ha traído en este punto
Do yo y mi bien todo junto
Moriremos d'una muerte.

---

(1) *Lecciones de Literatura Española explicadas en el Ateneo Científico, Literario y Artístico, por D. Alberto Lista*. Madrid, 1836, pág. 51.

Mas primero
Quiero contar cómo muero.
Yo muero por un amor
Que por su mucho querer
Fué mi querido y amado,
Gentil y noble señor,
Tal que por su merescer
Es mi mal bien empleado.
No me queda otro pesar
De la triste vida mía,
Sino que cuando podía
Nunca fui para gozar
Ni gocé
Lo que tanto deseé:
Muero con este deseo,
Y el corazón me revienta
Con el dolor amoroso;
Mas si creyera á Himeneo,
No muriera descontenta
Ni le dejara quejoso.....
¡Guay de mí,
Que muero ansí como ansí!
. . . . . .
No me quejo de que muero,
Mas de la muerte traidora;
Que si viniera primero
Que conociera á Himeneo,
Viniera mucho en buen hora.
Mas veniendo d'esta suerte,
Tan sin razón á mi ver,
¿Cuál será el hombre ó mujer
Que no le doldrá mi muerte?.....
Yo nunca hice traición:

Si maté, yo no sé á quién:
Si robé, no lo he sabido;
Mi querer fué con razón;
Y si quise, hice bien
En querer á mi marido.
Cuanto más que las doncellas
Mientras que tiempo tuvieren,
Harán mal si no murieren
Por los que mueren por ellas.....
Pues, muerte, ven cuando quiera,
Que yo te quiero atender
Con rostro alegre y jocundo;
Qu'el morir d'esta manera
Á mí me debe placer
Y pesar á todo el mundo.....

No pondré estos apasionados versos al lado de la prosa de Melibea. Diversa es la situación de ambas heroínas: culpable la una y arrastrada por la fatalidad de su ciega pasión al suicidio: víctima inocente la otra del furor de su hermano, pero tan enamorada, que con menos vigilancia, y á no intervenir tan oportunamente el sacro vínculo, hubiera podido decir, como su antecesora: «Su muerte convida á la mía: ¡convídame, y es fuerza que sea presto, sin dilación..... Y así contentarle he en la muerte, pues no tuve tiempo en la vida.»

Nadie puede negar la evidente semejanza entre los principales pasos de la *Comedia Hi-*

menea y los de lo comedia de amor é intriga del siglo XVII, que adquirió bajo la pluma de Calderón su última y más convencional forma. Un caballero que ronda las rejas de su amada con acompañamiento de criados é instrumentos; una noble doncella, sentimental y enamorada, no menos que briosa y decidida, que á pocos lances franquea, con honesto fin, la puerta de su casa: un hermano, celoso guardador de la honra de su casa, algo colérico y repentino, pero que acaba por perdonar á los novios: dos criados habladores y cobardes: músicas y escondites, pendencias nocturnas y diálogos por la ventana. Pero todo esto, ó casi todo, si bien se repara, estaba en la *Celestina*, salvo el tipo del hermano, que parece creación de Torres Naharro. Bóreas y Eliso son Parmeno y Sempronio, la criada Doresta es Lucrecia, aunque todos un poco adecentados. Porque es muy singular que autor tan liviano y despreocupado como suele serlo en su estilo Torres Naharro, se haya creído obligado á tanta circunspección en esta obra excepcional, y haya tenido la habilidad de transportar al teatro la parte ideal y romántica de la *Celestina*, prescindiendo de la picaresca y lupanaria. De este modo consiguió borrar las huellas de origen, y ha podido pasar por inventor de un género de que no fué, realmente, más que continuador feliz, con gran inteligencia de las

condiciones del teatro y del arte del diálogo, el cual llega á la perfección en varios pasajes de esta comedia (1).

---

(1) Véase, para muestra, uno solo de la tercera jornada, en que Himeneo porfía con Febea para que le abra la puerta de su casa:

FEBEA.

Bien me podéis perdonar,
Que, cierto, no os conoscía.

HIMENEO.

Porque estoy en vuestro olvido.

FEBEA.

En otro mejor lugar
Os tengo yo todavía,
Aunque pierdo en el partido.

HIMENEO.

Yo gano tanto cuidado
Que jamás pienso perdello,
Sino que con merescello
Me paresce estar pagado.

. . . . . .

FEBEA.

Gran compasión y dolor
He de ver tanto quejaros,
Aunque me place de oiros,
Y por mi vida, señor,
Qoerría poder sanaros
Por tener en qué serviros.

HIMENEO.

Ojalá pluguiese á Dios
Que queráis como podéis,
Porque mis males sanéis
Que speran á sola vos.

FEBEA.

Dios quisiese
Que en mi tal gracia cupiese.

HIMENEO.

Esa y todas juntamente

Es la única de Torres Naharro que ha sido traducida en lengua extranjera, y la única que

---

Caben en vuestra bondad,
Pues os hizo Dios tan bella;
Pero d'ésta solamente
Tengo yo nescesidad
Aunque soy indigno d'ella.

FEBEA.

Más merescéis que pedís,
Aunque lo que es no lo sé;
Mas de grado lo haré,
Si puedo como decís.
Pero he miedo
Que sin dañarme no puedo.

HIMENEO.

Pláceme, señora mía,
Que me habéis bien entendido.
No os quiero más detener;
Vuestra mesma fantasía
Vos dirá que lo que pido
Lo compra bien mi querer.....

. . . . . .

FEBEA.

Pues si puedo complaceros,
Aclaradme en qué manera,
Porque tengáis cosa cierta.

HIMENEO.

Que cuando viniere á veros
En la noche venidera,
Me mandéis abrir la puerta.

FEBEA.

¡Dios me guarde!

HIMENEO.

¿Qué, señora,
Revocáisme ya el favor?

FEBEA.

Sí, porque no me es honor
Abrir la puerta á tal hora.

ha desarrugado el ceño de los críticos más severos (1). Si se permite una comparación, su-

---

HIMENEO.
No son esas
Vuestras pasadas promesas.
FEBEA.
Pues ¿cómo queréis que os abra?
Que en aquellos tiempos tales
Los hombres sois descorteses.
HIMENEO.
Señora, no tal palabra.
Si queréis sanar mis males,
No busquéis esos reveses.
Ya sabéis que mis pasiones
No me mandan enojaros,
Y no debéis excusaros
Con excusadas razones,
De tal suerte
Que me causáis nueva muerte.
FEBEA.
No puedo más resistir
A la guerra que me dais,
Ni quiero que me la deis.
Si concertáis de venir,
Yo haré lo que mandáis,
Siendo vos el que debéis.....
HIMENEO.
Debo ser siervo y cabtivo
De vuestro merescimiento,
Y ansí me parto contento
De la merced que recibo.
FEBEA.
Id con Dios.
HIMENEO.
Señora, quede con vos.

(1) Ha sido traducida al francés por Angliviel La Beaumelle en la colección *Chefs-d'œuvre des théâtres étrangers.* (París, 1829, tomo xx.)

gerida por el recuerdo de D. Leandro Moratín, que fué el que tuvo la suerte de exhumar esta comedia, la *Himenea* es algo como *El sí de las niñas* de principios del siglo XVI, una labor tan fina y delicada, cuanto lo permitía la infancia del arte.

La *Calamita* dista mucho de la pureza de gusto que hay en la *Himenea:* la parte cómica es más procaz y deshonesta que en ninguna de las obras de Naharro. El estudiante disfrazado de mujer y el celoso marido Torcazo pertenecen al bajo fondo de la comedia italiana, aunque siempre el poeta español se contiene algo más en las situaciones y en los discursos, y resulta más desvergonzado que lascivo. Al lado de esta mala influencia de los licenciosos imitadores de la comedia plautina (ó más bien de los que á la sombra de esta imitación hacían pasar en Florencia, Ferrara y Roma sus propias insolencias), hay otra beneficiosa, que se manifiesta en la mayor complicación y animación de la fábula, dilatada con escenas más ó menos episódicas, y resuelta por el medio, entonces menos trivial que ahora, de la *anagnorisis*, fundada en una sustitución de niños cuando estaban en la cuna. Bellezas aisladas las tiene esta obra, como cualquiera de su autor; á ella pertenecen estos delicadísimos versos:

Quien ha de tomar mujer
    Por su vida,
Tome la más escondida
Para su seguridad,
La que en virtud y en bondad
Fuere criada y nacida.
La muy en mucho tenida
    Por hermosa,
Esta diz qu'es peligrosa,
La muy sabida mudable,
La muy rica intolerable,
Soberbia la generosa:
La complida en cualquier cosa,
    Y acabada,
Menos que todas me agrada,
Porque, según mi pensar,
Mala cosa es de guardar
La de todos deseada.

La *Calamita* es una comedia de intriga, pero todavía del género *menandrino* y neoclásico. Hasta los nombres: *Euticio*, *Trapaneo*, *Livina*, parecen del repertorio de Plauto ó del Ariosto: nada hay en sus hechos y dichos que recuerde á España. La fábula es original, pero parece pensada en italiano.

No así la *Aquilana*, que es una comedia *heroica*, *de ruido* y *de teatro*, á estilo de las de Lope de Vega, con infantas enamoradizas y príncipes disfrazados. Moratín se indigna mucho de los anacronismos de esta pieza, y exclama: «Faltó el autor al respeto que se debe á la

Historia, suponiendo un príncipe Aquilano de Hungría, yerno de un rey Bermudo de León y heredero de su corona: las libertades poéticas no permiten tanto.» No lo permiten, de seguro, en el drama histórico; pero aquí no se trata más que de una fantasía romántica, en que lo mismo da poner un rey de León que un rey de Transilvania ó del Peloponeso. ¡Ojalá no tuviera más defectos que éste! Pero con justicia nota el cultísimo Inarco, y antes que él lo había reparado Juan de Valdés, que «el estilo es muy desigual, y por lo común trivial é indecoroso en los personajes más elevados». Fácil sería traer ejemplos de esto, pero más me agrada dejar buen sabor en el paladar de los lectores con unos lozanos versos que pronuncia Aquilano en la escena del jardín (jornada primera), y que prueban que los misterios del estilo lírico no eran desconocidos para Torres Naharro, por más que esta cuerda no vibrase tanto en su alma como en la de Gil Vicente:

Si m'entiendes,
¿Cómo luego no desciendes
Á mis voces soberanas?
¿Y me sueltas, ó me prendes,
Ó me matas ó me sanas?
Di, cruel,
¿Sientes tú deste vergel
Ningún árbol menear?

Cuantas yerbas hay en él
Todas están á escuchar.
  Pues las fuentes,
Detuvieron sus corrientes
Porque pudieses oirme;
Las aves que son presentes
No cantan por no empedirme:
  Pues el cielo,
Todo está qu'es un consuelo,
Todas las gentes reposan,
Las aves no hacen vuelo,
Los canes ladrar no osan.....

El nombre del gran poeta portugués suscita una cuestión hasta ahora insoluble. Todo induce á creer que conoció la *Propaladia* y que la tuvo en cuenta en las obras de su segunda manera, que alcanzan desde 1521 hasta 1536. Pero es el caso que precisamente la comedia de Gil Vicente que más se parece á otra de Torres Naharro, la *Comedia del Viudo*, lleva la fecha de 1514, al paso que la *Aquilana* ni siquiera figura en la primera edición de la *Propaladia*, que es de 1517. Hay en una y otra pieza un príncipe disfrazado por amor, pero la semejanza de las situaciones no es tanta que obligue á ninguno de los dos poetas á restitución.

Hemos examinado rápidamente las obras dramáticas de Torres Naharro. Su estilo, lengua y versificación exigen trabajos especiales

que no se harán aguardar, según creemos, ahora que el primitivo texto, antes rarísimo y casi inaccesible, está ya al alcance de los filólogos. La lengua de la *Propaladia* está muy mezclada de elementos impuros; y no me refiero sólo á los fragmentos en lenguas extrañas, de que había ya algún ejemplo en la comedia latina (recuérdese el trozo púnico ó fenicio del *Pœnulus* de Plauto), sino á los italianismos de que está plagado el diálogo castellano en la *Soldadesca* y en la *Tinelaria*. Conviene mucho estar prevenido contra ellos para no tenerlos inadvertidamente por arcaísmos, puesto que la mayor parte nunca se han dicho en España, ni el mismo Naharro los usó en comedias de diverso estilo, tales como la *Himenea* y la *Jacinta*. Esos vocablos, que Torres Naharro empleó por un exceso de realismo, pertenecen á la lengua franca ó jerigonza italo-hispana, usada en Roma por los españoles de baja estofa que llevaban mucho tiempo de residir allí, y que, sin haber aprendido verdaderamente la lengua ajena, enturbiaban con todo género de barbarismos la propia: pícaros y galopines de cocina, rufianes, alcahuetas y rameras, valentones de la hampa, soldados mercenarios y otra chusma por el estilo. El *Retrato de la lozana andaluza* de Francisco Delicado (1527) está escrito en esta misma jerga mestiza y tabernaria que su autor cono-

cia muy á fondo. Torres Naharro, ingenio más decoroso y de otro fuste, pero que también da indicios de haber cursado demasiadamente en tales escuelas, se disculpa de haber usado estas voces exóticas, «habiendo respecto al lugar y á las personas á quien se recitaron (sus comedias)», y añade: «algunos dellos he quitado, otros he dejado andar, que no son para menoscabar nuesta lengua castellana, antes la hacen más copiosa». Este vocabulario de acarreo (que multiplica inútilmente los signos de las ideas), es riqueza aparente y pobreza verdadera, y el peligro de su introducción es todavía mayor cuando se trata de lenguas tan afines como la italiana y la nuestra.

Parece, pues, que anduvo muy indulgente Juan López de Velasco (por otra parte tan perito en la materia) cuando ponderó tanto la pureza de la lengua castellana en la *Propaladia;* y aun sobre la *propiedad* habría mucho que hablar, pues precisamente el defecto capital de Naharro, dimanado, en parte, de su larga ausencia de España, y en parte mayor todavía de su extremada facilidad, que le arrastraba á la improvisación verbosa, es la expresión á veces impropia, obscura é inexacta de conceptos que, con un poco más de reflexión y pulimento, hubiera podido expresar «más casta, más clara y más llanamente», como dice muy bien Juan de Valdés. La *Propaladia*, por con-

siguiente, aunque pertenezca á la mejor literatura del tiempo de los Reyes Católicos y primeros años del Emperador, no puede, sin grandes salvedades, ser propuesta como texto de lengua, en el grado en que lo son otras obras que por entonces se compusieron en España, y, sobre todo, la incomparable *Celestina*.

Lo que sí merece grandes elogios es la naturalidad, la lozana abundancia, el brío, donaire y gracejo del estilo, y la versificación extraornariamente fácil, aunque muy poco limada (1). Los pocos españoles modernos que pueden pasar por maestros de la lengua, le han hecho en esta parte plena justicia, y valga por todos don Bartolomé José Gallardo: «La más ruda de las

---

(1) Aunque con menos frecuencia que Juan del Enzina y Gil Vicente, Torres Naharro hace bastante uso del elemento lírico en sus dramas, especialmente en la *Himenea*. Al principio de la jornada segunda hay una canción y un villancico que se distinguirían sólo por la música, puesto que por el metro y el estilo parecen una misma composición, la cual nada tiene de villanesca, y sí mucho de la sutileza galante de los versos de los *Cancioneros:*

Tan ufano está el querer
Con cuantos males padesce,
Que el corazón se enloquesce
De placer
Con tan justo padescer.
La pena con que fatigo
Es de mí tan favorida,
Que de envidiosa la vida,
Ya no quiere star conmigo.

razones que Torres Naharro pone en boca de sus interlocutores (maravillosas, verdaderamente, atendidos los tiempos y la novedad de sus inventivas), dará más *ventajada* idea de su ingenio que todo cuanto pudiéramos decir aquí en su elogio.»

Tarea ardua, y no para acometida en este prólogo, ya larguísimo, sería el marcar la influencia de la *Propaladia* en el desarrollo de nuestro drama nacional. Pero tal estudio no podrá emprenderse formalmente, sino cuando estén vulgarizados, como muy pronto han de estarlo, Dios mediante, ya en esta colección, ya en otras análogas, todas las piezas del teatro

---

Ella se quiere perder;
Vuestra merced lo meresce,
Y el corazón se enloquesce
De placer
Con tan justo padescer.....

Estos versos han sido traducidos al alemán por Pablo Heyse, según leo en la *Geschichte des Drama's* de Klein (tomo IX, Leipzig, 1872, páginas 43-44). Por cierto que este autor extravagantísimo tuvo habilidad para escribir 60 páginas sobre el teatro de Torres Naharro, sin añadir cosa alguna de sustancia á lo que habían dicho sus antecesores, y sin conocer la *Propaladia* más que por los extractos de Moratín y Bölh de Fáber. Verdad es que la mayor parte del estudio se la lleva una especie de biografía del Gran Capitán, donde también se habla de Julio Favre y de Gambetta. El libro de Klein es de lo más caótico que han abortado las prensas, pero de vez en cuando tiene cosas útiles.

español anterior á Lope de Vega que recogió D. Manuel Cañete, y las que luego ha podido añadir mi diligencia. Aventurar hoy lo que llaman una *síntesis*, me parece temerario y prematuro, aunque nunca ha de faltar quien con singular desenfado se atreva á escribir en cuatro pliegos de papel la historia de nuestro teatro, y aun de toda nuestra literatura. Juzgando por lo que conozco (y bien sabe Dios que no es empeño fácil el de llegar á leer y á comparar estas rarísimas farsas, tan dispersas, tan ignoradas), encuentro que durante la primera mitad del siglo XVI coexistieron dos escuelas dramáticas: una, la más comúnmente seguida, la más fecunda, aunque no ciertamente la más original, se deriva de Juan del Enzina, considerado, no solamente como dramaturgo religioso, sino también como dramaturgo profano, y está representada por innumerables autores de églogas, farsas, representaciones y autos. Todas las piezas anónimas del códice grande de la Biblioteca Nacional pertenecen á esta escuela; y pertenecen también las del *Cancionero de Horozco*, las de la *Recopilación en metro* de Diego Sánchez de Badajoz, y, en general, todas las que tratan asuntos del Antiguo y Nuevo Testamento, misterios y moralidades, y también las que describen sencillas escenas pastoriles como la *Comedia de Pretea y Tibaldo* del comendador

Perálvarez de Ayllón, ó la *Égloga Silviana* de Luis Hurtado de Toledo, puesto que en estas obrillas, bastante insulsas aunque bien versificadas, no traspasan sus autores el círculo trazado por Enzina en su *Fileno y Zambardo.*

La otra dirección dramática, que produjo menor número de obras, pero todas muy dignas de consideración, porque se aproximan más á la forma definitiva que entre nosotros logró el drama profano, nace del estudio combinado de la *Celestina* y de las comedias de Torres Naharro, sin que por eso se niegue el influjo secundario del teatro latino, ya en su original, ya en las traducciones que comenzaban á hacer los humanistas; y el de las comedias italianas, cada vez más conocidas en España, y que en su propia lengua solían ser representadas en ocasiones solemnes, como lo fué en Valladolid, en 1548, una del Ariosto, en las suntuosas fiestas que se celebraron con motivo de las bodas del archiduque Maximiliano con la infanta D.ª María, hija de Carlos V.

Las producciones de los imitadores de Torres Naharro suelen reconocerse, aun á simple vista, por su mayor extensión, por la división en cinco jornadas, por la versificación en coplas de pie quebrado, por el uso del *intróito* y del *argumento* puesto en boca de un zafio y deslenguado pastor. Y penetrando más en su con-

tenido, se ve que son, ó quieren ser, pinturas más ó menos toscas de la sociedad de su tiempo; y que con más ó menos fortuna aspiran sus autores á presentar caracteres ó caricaturas; á tramar una acción interesante, avivada con episodios jocosos, y á sacar partido de las intrigas de amor y celos, fondo común del teatro secular en todos tiempos.

Al frente de estos precursores de la comedia de enredo y de la comedia de costumbres, parece que ha de ponerse, como más inmediato en antigüedad á Torres Naharro, el festivo y donosísimo Cristóbal de Castillejo, que tantos puntos de semejanza tuvo con él, y que juntamente con él se salvó de la proscripción inquisitorial, aunque la indulgencia que se tuvo con sus versos líricos y satíricos no alcanzase á su farsa *Constanza*, única obra dramática suya de que con certeza hay noticia. La mala suerte se encarnizó después con ella hasta el punto de perderse el original en nuestro mismo siglo. Pero los extractos y noticias de Moratín (1) y Gallardo, que todavía tuvieron la

(1) La verdadera descripción que Moratín hizo de la *Constanza*, con extractos curiosísimos, no se ha impreso todavía. La censura del tiempo de Fernando VII mutiló éste y otros pasajes en la edición académica de los *Orígenes del Teatro* hecha en 1830, á expensas de aquel Monarca. Afortunadamente, el original existe, y en su día podrán suplirse estas faltas.

fortuna de leerla en la Biblioteca de El Escorial; y el largo fragmento del *Sermón de Amores* que anda entre las *Obras de Castillejo* (aunque muy mutilado en las ediciones expurgadas), bastan para que se comprenda la marcha del poema y su aire de familia con los de Torres Naharro; aunque al parecer les daba quince y raya en desenfrenada libertad de expresión, siendo, además, inmoralísima y de mal ejemplo la fábula, que se desenlazaba con el trueque que dos maridos hacían de sus respectivas consortes.

Por rumbos análogos navegan, sin llegar á tal grado de cinismo, pero sin tener tampoco la sal que Castillejo derramaba á puñados, las dos groseras comedias de Jaime de Huete, *Tesorina* y *Vidriana*, donde se advierten continuas reminiscencias de la *Serafina*, de la *Calamita*, de la *Himenea* y de la *Aquilana;* confesando, por otra parte, el autor cuál había sido su modelo en unos malos versos latinos que hay al final:

Quamvis non Torris digna Naharro venit.

Pertenecen al mismo género la *Comedia Radiana* de Agustín Ortiz (hacia 1525); la *Comedia Tidea* del beneficiado de Covarrubias Francisco de las Natas, «*donde se tratan los amores de D. Tideo con la doncella Faustina*,

y cómo la alcanzó por interposición de una vieja alcahueta llamada Beroe (1550)», pieza *celestinesca* por el asunto, pero escrita enteramente en la manera de Torres Naharro; la *Comedia Clariana*, «en que se refieren por heroico estilo los amores de un caballero mozo *llamado Clareo con una dama noble de Valencia dicha Clariana* (1522)»; el *Auto de D. Clarindo sacado de las obras del captivo* (?) *por Antonio Diez, librero sordo, y en partes añadido y enmendado* (1535); la picaña y desembozada *Farsa Salamantina* del bachiller Bartolomé Palau, que es un cuadro de costumbres escolares (1552), y otras varias que me parece inútil enumerar.

Mejor que estos adocenados imitadores, que sólo acertaron á reproducir lo más exterior y trivial del arte de Naharro, honraron su nombre otros poetas de positivo mérito, que, sin caer en este remedo servil de la intriga de la *Himenea* ó de los bodegones de la *Tinelaria*, aplicaron á muy diversos argumentos las dotes de observación moral, de fino análisis, de sentido de la verdad humana que campean en los más felices bosquejos del poeta extremeño. Entre estos más aventajados y también más indirectos discípulos hay que contar en primer término á dos ingenios de Plasencia, á quienes enlaza con Torres Naharro hasta el vínculo del paisanaje: Luis de Miranda, en su *Comedia*

Pródiga (1554), aunque deba mucho á la *Commedia d'il figliuol prodigo*, de Cecchi; y Miguel de Carvajal, que en algunas escenas de la *Josefina* (1540?) adivinó el lenguaje de las pasiones y el secreto de la emoción trágica.

Repito que por medio siglo no hubo quien contrastase el magisterio dramático de Torres Naharro y de Juan del Enzina. La opinión que de ellos se tenía es la que expresó el bachiller Cristóbal de Villalón en su *Ingeniosa comparación de lo antiguo y lo presente* (1539): «Pues en las invenciones de versos, traxedias y comedias son más agudas las del día de hoy que las de los antiguos: porque en las que están hechas en el castellano nunca alguno mostró en verso tanta agudeza como en las que Torres Naharro trobó: y no ovo en la antigüedad quien con tanta facilidad metrificase. E Juan del Enzina su contemporáneo y otros muchos que viven hoy (1).»

Cambió el gusto en la segunda mitad del si-

---

(1) *Ingeniosa comparación entre lo antiguo y lo presente* (reimpresa por la Sociedad de Bibliófilos Españoles, 1898), página 178. Del mismo libro del bachiller Villalón es la curiosa noticia siguiente:

«Pues en las representaciones de comedias que llamamos farsas, nunca desde la creación del mundo se representaron con tanta agudeza é industria como agora, porque viven seys hombres asalariados por la Iglesia de Toledo, de los cuales son capitanes dos que se llaman los

glo XVI: triunfó la comedia italiana, nacionalizada por Lope de Rueda, Timoneda, Sepúlveda y Alonso de la Vega: triunfó la prosa en el teatro, y con ella la imitación *formal* de la *Celestina*, que hasta entonces sólo había influído en las obras representables, en cuanto á su materia (1).

La estrella de Torres Naharro hubo de palidecer un tanto, coincidiendo este eclipse con la temporal recogida de la *Propaladia*. Pero si atentamente se examinan las farsas nuevas, sobre todo las que Timoneda compuso en versos de pie quebrado (v. gr., la *Paliana*, la *Aurelia*, la *Roselia)*, se verá cuánto conservan de las antiguas, á pesar de la mayor complica-

---

Correas, que en la representación contrahacen todos los descuydos y avisos de los hombres, como si Naturaleza, nuestra universal madre, los representasse allí. Estoy tan admirado de los ver, que si alguno me pudiera pintar con palabras lo mucho que ellos en este caso son, gastara yo grandes summas de dineros ó mendicando fuera por los ver, aunque estuvieran mil leguas de aquí.» (Página 180.)

(1) Claro es que no se trata aquí de los voluminosos libros dialogados que con título de *Comedias* y *Tragicomedias* se habían escrito á imitación de la *Celestina*, pero que sus autores nunca habían destinado á las tablas. No son novelas, puesto que no pertenecen á la poesía *narrativa*, sino á la poesía *activa;* pero aunque deban entrar en la historia general del drama, no fueron escritos para el teatro.

ción de lances novelescos y de la más directa imitación de los italianos, que llega hasta el plagio.

Era época de ensayos y de tanteos: muchos gérmenes no llegaron á perfecta sazón: unas formas literarias devoraban á otras con singular presteza: Virués, Juan de la Cueva, Rey de Artieda y otros, hicieron triunfar á fines del siglo una especie de tragicomedia lírica, medio clásica, medio romántica, en la cual se incorporaron ya elementos históricos y tradicionales, preparando así el camino para la forma definitiva del drama español, tal como salió de las manos de Lope de Vega. En el mar de su poesía se perdieron, como tributarios humildes, todos estos ríos de tan limitado curso, y nadie pudo discernir ya el color ni la calidad de sus aguas.

Torres Naharro, que había adivinado la comedia de costumbres populares, la comedia urbana de amor y celos, vulgarmente llamada comedia de capa y espada, y, finalmente, la comedia heroica y novelesca, padeció la suerte inevitable de todos los precursores. Lo que había de útil en su labor pasó al dominio común, y nadie se acordó del inventor primitivo. La *Propaladia* no fué reimpresa, ni total ni parcialmente, en más de dos siglos; pasó á la categoría de los libros raros, y aun de los rarísimos, y si algún erudito siguió celebrando á su

autor, fué más bien á título de buen hablista y de poeta satírico que de dramaturgo.

Y, sin embargo, Torres Naharro es de los que merecen ser solemnemente rehabilitados y salir del limbo obscuro de la bibliografía, cuyos adeptos tenemos la mala reputación, no sé si enteramente merecida, de confundir lo precioso y exquisito con lo ignorado. Si nadie puede pedirle la corrección y severidad de los legítimos alumnos de la poesía clásica, ni tampoco el magnífico alarde de fuerza y poderío que hizo la musa castellana á principios del siglo XVII, se encontrarán en sus obras, sin necesidad de acudir á intempestivos paralelos, no sólo anticipaciones y vislumbres muy dignos de tenerse en cuenta en la historia del teatro, sino también cualidades propias y muy simpáticas, que, por fatal ley biológica, son exclusivas de la infancia candorosa y risueña, y no pueden repetirse ó remedarse ni en el arte viril y reflexivo de las grandes épocas, ni en el arte, brillantísimo y deslumbrador á veces, de las épocas de decadencia.

Y, además, el libro que hoy reimprimimos es históricamente venerable, porque alegró los ocios de la generación magnánima que triunfó en el Garellano y sembró de heroicos huesos los campos de Ravena. Guarda recuerdos del Gran Capitán, y del fuerte Duque de Nájera, y de D. Ramón de Cardona, terror de Vene-

cia. Fué mirado con benignos ojos por el papa León y por el vencedor de Pavía. En sus páginas, regocijadas y luminosas, vive la triunfante alegría del Renacimiento español.

1900.

El Abate Marchena.

EL ABATE MARCHENA

I

Por iniciativa y generosas expensas de un preclaro vecino é insigne bienhechor de la villa (hoy ciudad) de Utrera, don Enrique de la Cuadra, marqués de San Marcial, cuya reciente pérdida deploramos todos los que nos honrábamos con su amistad é hidalgo trato, salen á luz en estos dos volúmenes todas las obras inéditas y sueltas que han podido hallarse del famoso humanista andaluz D. José Marchena, más generalmente conocido por el sobrenombre del Abate Marchena. Ya que al Sr. Cuadra privó su inesperada muerte de ver terminada esta edición en que tanto empeño había puesto, justo es que en la primera página de ella cumpla yo el triste deber de estampar su honrado nombre, digno de vivir en la memoria de todos sus conciudadanos como dechado de virtudes públicas y domésticas.

Ni el Sr. Cuadra, al proyectar esta edición, ni yo, al aceptar el encargo de dirigirla, insertando en ella todos los materiales inéditos que sobre Marchena poseo, tuvimos otro propósito que el de hacer un libro de pura erudición y destinado á correr en manos de muy pocas personas: advertencia que no considero inútil para prevenir escrúpulos y justos recelos que el nombre de Marchena trae fatalmente consigo. Este personaje, más famoso que estimable, vivió una vida de turbulencia y escándalo, difundió incansablemente las peores ideas de su tiempo, tomó parte muy enérgica en la acción revolucionaria de 1793, y ha quedado en la historia como el más radical de los iniciadores españoles de un orden de principios diametralmente contrarios á los que el Sr. Cuadra profesó toda su vida y á los que yo profeso. Y aunque la mayor parte de los escritos de Marchena que aquí se estampan sean de índole puramente literaria, no deja de advertirse en muchos de ellos el influjo de la prava doctrina filosófica y social con que el autor había nutrido su entendimiento. Hemos impreso, pues, estas obras á título de mera curiosidad histórica, y en corto número de ejemplares, para que corran únicamente en manos de los bibliófilos, sin daño ni peligro de barras.

La vida del Abate Marchena interesa tanto ó más que sus escritos. Como propagandista

en España de la irreligiosa filosofía del siglo XVIII; como representante de las tendencias revolucionarias de aquella edad en su mayor grado de exaltación; como único heredero, en medio de la monotonía ceremoniosa del siglo XVIII, del espíritu temerario, indisciplinado y de aventura que lanzó á los españoles de otras edades á la conquista del mundo físico y del mundo intelectual; como ejemplo lastimoso de talentos malogrados y de condiciones geniales potentísimas, aunque el aire tempestuoso de su época las hizo sólo eficaces para el mal, el Abate Marchena sale mucho de lo vulgar, y merece que su biografía sea escrita con la posible claridad y distinción. Varias son las plumas que se han ejercitado en ella desde los tiempos inmediatos á la muerte del turbulento Abate. Los apuntamientos de Muriel en su *Historia de Carlos IV* (1) y de Miñano en las notas á su traducción de la *Revolución Francesa* de Thiers (2), son breves en demasía, pero merecen mucha atención por proceder de contemporáneos que habían conocido y tratado á Marchena. El artículo de

(1) Recientemente dada á luz por la Real Academia de la Historia en el *Memorial Histórico Español*, 1893 á 1895, tomos XXIX á XXXIV. Las noticias relativas á Marchena están en el XXX, páginas 195-201.

(2) San Sebastián, 1840-41.

la *Biografía Universal*, de Michaud, es digno de consultarse en lo que se refiere á la estancia de Marchena en Francia. Son más extensos é importantes los estudios de D. Gaspar Bono Serrano (1) y de Mr. Antoine de Latour (2), grandemente ampliados por D. Leopoldo A. de Cueto en los tomos primero y tercero de su bella colección de *Poetas líricos del siglo* XVIII (3). Con todos estos datos y los que pudo proporcionarme mi diligencia, tracé en 1881 un bosquejo de la vida de Marchena en el tomo tercero de mi *Historia de los heterodoxos españoles*. En los catorce años transcurridos desde entonces, nuevos é importantes hallazgos, debidos en gran parte á un eruditísimo escritor francés, gran conocedor de nuestras cosas (4), han venido á dar inesperada luz sobre los puntos más obscuros de

---

(1) En su *Miscelánea Religiosa, Política y Literaria* (Madrid, Aguado, 1870), páginas 308-322.

(2) En *Le Correspondant* (25 de Febrero de 1867).

(3) En la *Biblioteca de Autores Españoles*, de Rivadeneyra.

(4) Vid. *Revue Historique*, Septiembre y Octubre de 1890. Artículo de Mr. Alfred Morel-Fatio intitulado *Don José Marchena et la propagande révolutionnaire en Espagne en* 1792 *et* 1793.

Posteriormente, el Sr. Morel-Fatio, que tanto me honra con su antigua y generosa amistad, me ha enviado copia de todas las poesías autógrafas de Marchena existentes hoy en la biblioteca de la Sorbona; y también

la biografía del Abate, y me permiten hoy rehacer aquel primer ensayo, añadiéndole gran cantidad de cosas ignoradas ó mal sabidas hasta ahora.

Don José Marchena y Ruiz de Cueto, hijo de D. Antonio y de D.ª Josefa María, nació en Utrera el 18 de Noviembre de 1768. Era hijo de un abogado, y no de un labrador como generalmente se ha dicho.

Comenzó en Sevilla los estudios eclesiásticos, pero sin pasar de las órdenes menores; aprendió maravillosamente la lengua latina, y luego se dedicó al francés, leyendo la mayor parte de los libros impíos que en tan gran número abortó aquel siglo, y que circulaban en gran copia entre los estudiantes de la metrópoli andaluza, aun entre los teólogos. «He leído (decía en 1791) todos los argumentos de los irreligiosos; he meditado, y creo que me ha tocado en suerte una razonable dosis de espíritu filosófico (1).»

---

otros importantes papeles del Archivo de Negocios Extranjeros, que iré utilizando en el curso de este trabajo.

Véanse también los números de Enero y Febrero de 1889 de *La España Moderna*, en que D. Adolfo de Castro y D. Antonio Cánovas del Castillo dieron á conocer nuevos documentos sobre Marchena.

(1) «Según informes que he recibido últimamente de un primo suyo, anciano octogenario y respetable, que lo trató muy de cerca, no quiso aprender más que Gramá-

Quién le inició en tales misterios, no se sabe: sólo consta que antes de cumplir veinte años hacía ya profesión de materialista é incrédulo, y era escándalo de la Universidad. Ardiente é impetuoso, impaciente de toda traba, aborrecedor de los términos medios y de las restricciones mentales, é indócil á todo yugo, proclamaba en alta voz lo que sentía, con toda la imprevisión y abandono de sus pocos años, y con todo el ardor y la vehemencia propios de su condición inquieta y mal regida.

El primer escrito en que Marchena hizo

---

tica latina en sus primeros años, habiéndose resistido obstinadamente á comenzar la Filosofía, y sobre todo á dedicarse á los estudios eclesiásticos, como lo deseaba su familia.»

Así el Sr. Bono y Serrano en la biografía ya citada. Y lo confirma el mismo Marchena en la carta que citaremos inmediatamente, donde dice que la Teología era «ciencia muy distante de sus estudios»; si bien poco después parece que se contradice, afirmando que «el estudio raciocinado de la Escritura y la Historia eclesiástica le había enseñado á discurrir».

«No es cierto que se ordenara de diácono (prosigue el Sr. Bono Serrano), como dijeron muchos años después en són de crítica y de burla algunos periódicos de Madrid. Además de que no hay de esto la menor noticia en su pueblo natal, donde viven todavía algunos viejos que lo conocieron personalmente (*a*), mi apreciable amigo el

---

(*a*) Esto se escribía hacia 1866.

alarde de tales ideas fué una carta contra el celibato eclesiástico, y de paso contra los frailes, dirigida á un profesor de Sagrada Escritura, que había calificado sus máximas de *perversas y opuestas al espíritu del Evangelio.* Marchena quiere defenderse y pasar todavía por cristiano, y aun por *católico piadoso*, pero con la defensa empeora su causa. Verdad es que las mayores herejías las pone, por vía de precaución retórica, en boca de un teólogo protestante. El Sr. de Cueto, que dió la primera noticia de esta carta, hallada por él entre los papeles de Forner, juzga rectamente de ella, diciendo que «es obra de un mozo inexperto y desalumbrado, que no ve más razones

---

Sr. D. Fernando de Olmedo y López, canónigo de la catedral de Sevilla, ha examinado detenidamente, por encargo mío, los libros de órdenes de aquel arzobispado, y de sus diligencias resulta que jamás pasó aquél de grados menores.»

(Bono Serrano, *Miscelánea*, 311.)

No creo que Marchena hiciese todos sus estudios en Sevilla. Luego veremos que en sus versos alude con frecuencia á Salamanca, y consta que estudió hebreo en Madrid, según esta noticia de la *Gaceta* de 10 de Agosto de 1784 citada por el Sr. Morel-Fatio:

«Don Carlos González Alvarez y *D. Joseph Marchena*, alumnos de los Reales Estudios de esta corte, sustentaron examen público de la lengua hebrea y versión del texto original de la Sagrada Biblia, el primero el día 17 del mes anterior, y el segundo el 6 del corriente, presididos por su catedrático D. Tomás Fermín de Arteta.»

que las que halagan sus instintos y sus errores», y que en ella andan mezclados «sofismas disolventes, pero sinceros, citas históricas sin juicio y sin exactitud....., sentimentalismo filosófico á la francesa, arranques de poesía novelesca» (1).

Más importante es otra obra suya del mismo tiempo, que poseo, y que ahora por primera vez se imprime, formando parte de esta colección. Es una traducción completa del poema de Lucrecio *De rerum natura*, en versos sueltos, la única que en tal forma existe en castellano (2). El manuscrito no parece original, sino copia de amanuense descuidado, aunque no del todo imperito. No tiene expreso el nombre del traductor, pero sí sus cuatro iniciales *J. M. R. C.*, y al fin la fecha de 1791, sin prólogo, advertencia ni nota alguna. La versi-

---

(1) El original autógrafo de este escrito de Marchena (17 páginas en 4.º) existe hoy en la rica biblioteca que fué de don Antonio Cánovas del Castillo. Lleva una nota autógrafa del conocido jurisconsulto D. Joaquín María Sotelo, durísima para Marchena. «Para memoria eterna (dice) de la poca instrucción de su autor, y para prueba de la injusticia con que celebran algunos su talento y erudición, conservo en mi poder esta carta.» Ha sido impreso tan curioso documento en *La España Moderna* de Febrero de 1889.

(2) Otra hizo en prosa, pocos años antes que Marchena, el aventajado latinista y bibliófilo D. Santiago Sáiz, *rey de armas*, tío del historiador de Madrid Álvarez

ficación, dura y desigual, como lo es en todas las poesías de Marchena, abunda en asonancias, cacofonías, prosaísmos y asperezas de todo género, que llegan á hacer intolerable la lectura; pero en los trozos de mayor empeño suele levantarse el traductor con inspiración sincera, porque su fanatismo materialista le sostiene, haciéndole poeta, aunque á largos intervalos. En los trozos puramente didácticos el estilo decae, arrastrándose pesado y soñoliento. Pululan los desaliños y aun las faltas gramaticales, denunciando la labor de una mano atropellada é inexperta.

Marchena, ya por aquellos tiempos, era gran latinista, y en general entiende bien el texto; pero su gusto literario, siempre caprichoso é inseguro, lo parece mucho más en este primer ensayo. Así es que, entre versos armoniosos y bien construídos, no titubea en intercalar otros

---

Baena. El manuscrito inédito existe en la Biblioteca Nacional, y de él dió cuenta, no hace mucho tiempo, á la Academia Española el Sr. D. Antonio M.ª Fabié. Fragmentos bastante extensos de una traducción en verso se leen en los *Ensayos Poéticos* del ilustre marino y astrónomo D. Gabriel Císcar (Gibraltar, 1825), y la invocación del poema fué traducida por D. Alberto Lista. (*Poesías*, ediciones de 1822 y 1837.) Don Javier de Burgos había hecho una versión de todo el poema, pero se perdió con otros manuscritos suyos en Granada el año 1814. Recientemente ha dado á luz una nueva versión en prosa don M. Rodríguez Navas.

que hieren y lastiman el oído menos delicado y exigente; repite hasta la saciedad determinadas palabras, en especial la de *naturaleza;* abusa de los adverbios en *mente*, que son antipoéticos por su índole misma, y rara vez acierta á conciliar la fidelidad con la elegancia, ni tampoco á reproducir los peculiares caracteres del estilo de Lucrecio. Véanse algunos trozos para muestra, así de los aciertos como de las caídas del traductor. Sea el primero la famosa invocación á Venus: *Aeneadum genitrix, divum hominumque voluptas:*

Engendradora del romano pueblo,
Placer de hombres y dioses, alma Venus,
Que bajo de la bóveda del cielo,
Por do giran los astros resbalando,
Pueblas el mar de voladoras naves
Y la tierra fructífera fecundas:
Por ti todo animal respira y vive;
De ti, diosa, de ti los vientos huyen,
Ahuyentas con tu vista los nublados,
Te ofrece flores la dedálea tierra,
Las llanuras del mar contigo ríen,
Y brilla en larga luz el claro cielo.
Al punto que galana primavera
La faz descubre, y su fecundo aliento
Recobra ya Favonio desatado,
Primero las ligeras aves cantan
Tu bienvenida, oh diosa, porque al punto
Con el amor sus pechos traspasaste:
En el momento, por alegres prados

Retozan los ganados encendidos,
Y atraviesan la férvida corriente.
Prendidos del hechizo de tus gracias
Mueren todos los seres por seguirte
Hacia do quieras, diosa, conducirlos,
Y en las sierras altivas, y en los mares,
Y en medio de los ríos caudalosos,
Y en medio de los campos que florecen,
Con blando amor tocando todo pecho,
Haces que las especies se propaguen.

Tampoco carece de frases y detalles graciosos esta traducción de un lozanísimo pasaje del mismo libro primero:

¿Tal vez perecen las copiosas lluvias
Cuando las precipita el padre Éter
En el regazo de la madre tierra?
No, pues hermosos frutos se levantan,
Las ramas de los árboles verdean,
Crecen y se desgajan con el fruto,
Sustentan á los hombres y alimañas,
De alegres niños pueblan las ciudades.....
Y donde quiera, en los frondosos bosques
Se oyen los cantos de las aves nuevas;
Tienden las vacas, de pacer cansadas,
Su ingente cuerpo por la verde alfombra,
Y sale de sus ubres retestadas
Copiosa y blanca leche; sus hijuelos,
De pocas fuerzas, por la tierna hierba
Lascivos juguetean, conmovidos
Del placer de mamar la pura leche.

Ni falta vigor y robustez en esta descripción de la tormenta:

La fuerza embravecida de los vientos
Revuelve el mar, y las soberbias naves
Sumerge, y desbarata los nublados;
Con torbellino rápido corriendo
Los campos á la vez, saca de cuajo
Los corpulentos árboles; sacude
Con soplo destructor los altos montes;
El ponto se enfurece con bramidos
Y con murmullo aterrador se ensaña.
Pues son los vientos cuerpos invisibles
Que barren tierra, mar y el alto cielo,
Y esparcen por el aire los destrozos.
No de otro modo corren y arrebatan
Que cuando un río de tranquilas aguas
De improviso sus márgenes extiende,
Enriquecido de copiosas lluvias
Que de los montes á torrentes bajan,
Amontonando troncos y malezas:
Ni los robustos puentes la avenida
Resisten de las aguas impetuosas;
En larga lluvia rebosando el río,
Con ímpetu estrellándose en los diques,
Con horroroso estruendo los arranca,
Y revuelve en sus ondas los peñascos.....

Quizá en ninguno de sus trabajos poéticos mostró Marchena tanto brío de dicción como traduciendo las imprecaciones del gran poeta naturalista. Parece como que se sentía dentro

de su casa y en terreno propio al reproducir las blasfemias del poeta gentil contra los dioses; y los elogios de *aquel varón griego*

De cuya boca la verdad salía,
Y de cuyas divinas invenciones
Se asombra el universo, y cuya gloria,
Triunfando de la muerte, se levanta
Á lo más encumbrado de los cielos.

(Canto VI.)

¡Oh tú, ornamento de la griega gente,
Que encendiste el primero entre tinieblas
La luz de la verdad!.....
Yo voy en pos de ti, y estampo ahora
Mis huellas en las tuyas, ni codicio
Ser tanto tu rival como imitarte
Ansío enamorado. ¿Por ventura
Entrará en desafío con los cisnes
La golondrina, ó los temblantes chotos
Volarán como el potro en la carrera?
Tú eres el padre del saber eterno,
Y del modo que liban las abejas
En los bosques floríferos las mieles,
Así también nosotros de tus libros
Libamos las verdades inmortales.....

(Canto III.)

No era Marchena bastante poeta para hacer una traducción clásica de Lucrecio, pero estaba identificado con su pensamiento filosófico; era

apasionadísimo del autor y casi fanático de impiedad; y así, traduciendo á *su poeta*, cobra, por virtud de este propio fanatismo, cierto calor insólito, que contrasta con la descolorida y lánguida elegancia de otras versiones anteriores á la suya, por ejemplo, la francesa de Lagrange ó la misma italiana de Marchetti. Los buenos trozos de esta versión me parecen superiores á casi todo lo que después hizo en verso, si es que la vanidad de poseedor (1) y editor no me engaña. Todavía quiero añadir uno más, en que la expresión es generalmente feliz, adecuada y hasta graciosa:

Los sitios retirados del Pierio
Recorro, por ninguna planta hollados:
Me es gustoso llegar á íntegras fuentes
Y agotarlas del todo, y me deleita,
Cortando nuevas flores, coronarme
Las sienes con guirnalda brilladora
Con que no hayan ceñido la cabeza
De vate alguno las sagradas Musas;
Primero, porque enseño cosas grandes
Y trato de romper los fuertes nudos
De la superstición agobiadora.

---

(1) El Ms. de mi biblioteca (único que conozco) me fué regalado por mi difunto amigo D. Damián Menéndez Rayón, que le había encontrado casualmente en un puesto de libros. Con intento de remediar algunos de los innumerables lunares de estilo y versificación que le afean, he hecho en él algunas correcciones al imprimirle.

Y hablo en verso tan dulce, á la manera
que cuando intenta el médico á los niños
dar el ajenjo ingrato, se prepara
untándoles los bordes de la copa
con dulce y pura miel.....

Marchena saludó con júbilo la sangrienta aurora de la Revolución francesa, y, si hemos de fiarnos de obscuras y vagas tradiciones, quiso romper á viva fuerza los lazos de lo que él llamaba *superstición agobiada*, y entró con otros mozalbetes intonsos y con algún extranjero de baja ralea en una descabellada tentativa de conspiración republicana, la cual tuvo el éxito que puede imaginarse, dispersándose los modernos Brutos, y cayendo alguno de ellos en las garras de la policía. Si tal conspiración existió realmente, tuvo que ser muy anterior á la llamada del *cerrillo de San Blas*, fraguada en 1795 por Picornell, Lax y otros. Marchena no estaba entonces en España, y su nombre para nada figura en el proceso (1), pero

(1) Además de Juan Picornell y José Lax, sólo se hace mérito especial de Sebastián Andrés, Manuel Cortés, Bernardo Garasa, Joaquín Villalba y Juan Pons Izquierdo. Su plan era destronar á Carlos IV, proclamar la República española y convocar una especie de Convención Nacional con el título de *Junta Suprema Legislativa y Ejecutiva*. Así lo exponen en dos papeles titulados *Manifiesto* é *Instrucción*. El Picornell, cabeza de la conspiración, era un mallorquín, maestro de escuela, autor de varios

hay indicios para creer que no era extraño á la trama, y que por lo menos estaba en corres-

---

libros pedagógicos, y padre de un niño que fué famoso en su tiempo como portento de precocidad. Lax era aragonés y profesor de humanidades; Andrés, opositor á la cátedra de Matemáticas de San Isidro; Cortés, ayudante del colegio de Pajes; Pons Izquierdo, maestro de francés y traductor del libro de los *Derechos y deberes del ciudadano;* Garasa, abogado y escritor; Villalba, cirujano militar y agregado entonces al colegio de San Carlos. Todos, como se ve, ejercían profesiones liberales, y la mayor parte pertenecían al profesorado oficial ó libre. Villalba era un erudito notable en cosas de su profesión, como lo prueban su *Epidemiología* ó tratado histórico de todas las epidemias habidas en España desde los tiempos más remotos, y los muchos materiales que dejó preparados para la historia de la Medicina española, y que utilizaron luego Morejón y Chinchilla. Parece imposible que pudiera entrar en un proyecto tan desatinado, y sólo se explica tal complicidad por la especie de sugestión que la Revolución francesa ejercía entonces en el ánimo de muchos de nuestros hombres de letras. Su intervención, sin embargo, debió de ser muy secundaria, puesto que sólo se le condena á cuatro años de destierro de la corte y sitios reales. Picornell, Lax, Andrés, Cortés y Garasa fueron condenados á muerte; pero el Rey, en 25 de Julio de 1796, conmutó la pena en destierro á diversos presidios de América (Panamá, Puerto-Cabello y Portobelo). Todos ellos, y muy especialmente Picornell, hicieron causa común con los revolucionarios americanos, y tramaron la primera conspiración de Caracas, la llamada de Gual y España, que costó la vida á este último y á cinco de sus compañeros. Picornell logró evadirse de las cárceles de la Guayra en 4 de Junio de 1797, refugiándose primero en la isla

pondencia con sus autores. Así recuerdo haberlo leído en unos apuntes manuscritos del

---

de la Trinidad, y luego en la de Santo Domingo, desde donde continuó atizando el fuego de la sedición en el continente americano con varias proclamas y otros escritos, entre ellos el ya citado de los *Derechos del hombre*, que suena impreso en Madrid «*en la imprenta de la Verdad*», y al cual acompañan dos canciones *carmañolas*. Posteriormente pasó á Nueva York, y allí se embarcó para Nantes, perdiéndose desde entonces toda noticia de su paradero. El Embajador de España reclamó su extradición en 1807, pero Picornell no pudo ser habido. El padre Estala (en una de sus cartas inéditas á Forner) le califica de *mentecato*, y realmente todos sus actos le presentan como un furibundo fanático. Sería conveniente para la historia la publicación íntegra ó en extracto de su causa, que se halla en el Archivo de Alcalá de Henares. Véase, entretanto, el *Memorial Histórico Español*, t. XXX, páginas 155-157, y la *Revista de España*, t. CXXXII, páginas 588-595.

El Príncipe de la Paz en sus *Memorias* (redactadas, según es fama, por el Abate Sicilia), habla vagamente de otras conspiraciones anteriores, pero todas ellas se fraguaron mucho tiempo después de estar Marchena en Francia.

«Desde el principio de la guerra de 1793 (dice Godoy), hubo siempre en España un partido, corto en número y recatado, mas no del todo sin influjo, que vió con pena la coalición contra la Francia..... Los más de este partido se encontraban en la clase media y en la gente letrada más especialmente, jóvenes abogados, profesores de ciencias, pretendientes y estudiantes, mas sin faltarles apoyo de personas notables entre las clases elevadas, de las cuales, unos por vanidad, otros por estudios y lecturas que

artillero D. Juan de Dios Gil de Lara, contemporáneo y amigo de Marchena.

Todo este primer período de su vida está envuelto en densa obscuridad, y lo más seguro es atenerse estrictamente á las pocas indicacioque en sus escritos dejó consignadas el mismo

---

habían hecho, y otros por impresiones recibidas de los hombres de letras con quienes trataron en sus viajes por Europa, abrazaron de buen ánimo las ideas nuevas..... En Junio de 1795, una correspondencia interceptada hizo ver patentemente que los franceses trabajaban con ahinco en formarse prosélitos en muchos puntos importantes, y ofreció rastro para descubrir algunas juntas que se ocupaban de planes democráticos, divididas solamente por entonces en acordar si serían muchas ó una sola *república iberiana* lo que convendría á España..... Una de aquellas juntas, y por cierto la más viva, se tenía en un convento, y los principales *clubistas* eran frailes. El contagio *ganaba* (*sic*): al solo amago que los franceses hicieron sobre el Ebro, una sociedad secreta que se tenía en Burgos preparaba ya sus diputados para darles el abrazo fraternal. En los teatros de la corte hubo jóvenes de clases distinguidas que se atrevieron á mostrarse con el gorro frigio: hubo más, hubo damas de la primera nobleza que obstentaron los tres colores.»

(*Memorias*, Madrid, 1836, páginas 184 y 332 del t. I.)

Estas noticias, como escritas de memoria muchos años después de los sucesos, carecen de la precisión debida, y además es evidente que el Príncipe de la Paz exagera la importancia de aquellos planes y alardes descabellados para dar á entender que su política salvó á España de un volcán revolucionario. Algo, sin embargo, de lo que indica está confirmado por los datos que iremos viendo.

Marchena. En una carta escrita en Bayona el 29 de Diciembre de 1792, y dirigida al Ministro de Negocios extranjeros Le Brun, dice rotundamente que llevaba «*seis* años de persecuciones en el país más esclavo de la tierra», y que «hacía *ocho meses* había buscado asilo en Francia, porque la Inquisición quería perderle» (1). Si Marchena no exagera nada para captarse la gracia del Ministro, su propaganda revolucionaria en España, ó más bien, según yo creo, sus dimes y diretes con la Inquisición, se remontaban á 1788, lo cual ciertamente era madrugar bastante: Marchena no tenía entonces más que diez y nueve años. En la colección de sus poesías líricas, que ahora por primera vez publicamos, hay suficientes indicios para creer que durante esos *seis años de persecuciones y*

---

(1) «*Il y a longtemps, ministre du peuple français, que j'ai consacré mes faibles forces à leur anéantissement* (de la tiranía): *il y a longtemps que je combats ces monstres; six ans de persécutions et de inquiétude dans le pais le plus esclave de la terre n'ont en rien affaibli la vigueur d'un charactère indomptable. Enfin il y a huit mois que je me vis forcé de quitter le peuple du despotisme religieux et civil: l'inquisition allait m'emprisonner, je cherchais un asile dans la France libre, et j'y vécus tranquille, consacrant tous mes travaux à la cause de l'humanité, qui est celle de la liberté, jusqu'au moment où il plut au gouvernement espagnol de faire séquestrer le produit de mes biens.*» (Documento del Archivo del Ministerio *des affaires étrangères*, publicado por Morel-Fatio en la *Revue Historique*.)

de inquietud no residió constantemente en Andalucía, sino que anduvo errante por varias partes de España, entendiéndose con los pocos y obscuros prosélitos que ya contaban las nuevas doctrinas, especialmente en la Universidad de Salamanca y en el Seminario de Vergara. Las alusiones á las orillas del Tormes son frecuentes en sus versos:

Belisa duerme: el céfiro suave
Agita la violeta blandamente;
El arroyuelo corre mansamente,
Y el padre Tormes con su ruido grave
Teme inquietar su sueño regalado.....

(*Sueño de Belisa.*)

Un delicioso otero
Del Tormes rodeado
Con su sombra süave nos convida.....

(*El Estío.*)

En Salamanca ó en Valladolid conoció á Meléndez, que fué de los poetas españoles de su tiempo aquel á quien admiró más, y á cuya admiración permaneció más constante. Uno de los últimos escritos de Marchena fué, como más adelante veremos, la necrología del que estimaba como su maestro. Una de sus más antiguas composiciones poéticas es la oda que le dedicó, cuando en Marzo de 1789 fué nombrado Meléndez alcalde del crimen de la audiencia de Zaragoza, inaugurando así su ca-

rrera de magistrado y de hombre público, que tantos sinsabores había de reportarle.

Temis torna á la tierra,
Y en Celtiberia pone su morada.....

exclamaba Marchena, en alas de su juvenil entusiasmo, y ya se figuraba ver al dulce Batilo, *vibrando la tajante espada contra el opresor poderoso y contra el inicuo tirano.* Los acontecimientos posteriores demostraron que tal papel era el menos adecuado á la blanda y algo femenina naturaleza de Meléndez.

Que Marchena residiera algún tiempo, ó como alumno, ó como profesor en el famoso Seminario de Vergara, centro principal del enciclopedismo en las Provincias Vascongadas (1), parece que indirectamente resulta de algunos pasajes de sus obras poéticas; pero sólo

(1) En una reciente publicación que ha venido á dar nueva y copiosa luz sobre los obscuros sucesos acaecidos en las Provincias Vascongadas durante la guerra de 1793 á 1795 (*La separación de Guipúzcoa y la paz de Basilea*, Madrid, 1895), su respetable autor, el Sr. D. Fermín de Lasala, duque de Mandas, procura atenuar, pero más bien confirma, esta opinión generalmente admitida. Él mismo habla, como de cosa notoria, del enciclopedismo del Conde de Peñaflorida, del Marqués de Narros y de otros nobles guipuzcoanos, de los que más parte tuvieron en la formación de aquel centro de enseñanza, por otra parte tan ilustre y benemérito de la cultura patria.

registrando cuidadosamente los papeles que resten de aquel Instituto de enseñanza podrá documentalmente comprobarse. Los versos de nuestro Abate le presentan en relación íntima con varios profesores de aquel centro. Y en primer lugar con el catedrático de Física Chabaneau, en alabanza del cual compuso aquella notable oda que principia:

Las humildes mansiones
Desaparecen del linaje humano.....

Refiere el hecho de haber llegado á quince en Guipúzcoa los suscriptores á la Enciclopedia, á pesar de la relativa pobreza del país y de lo carísimo de la obra. Quizá no habría otros tantos en lo restante de España. Menciona varios volterianos de San Sebastián y Azcoitia, entre ellos uno muy excéntrico llamado Eguía y Corral, que en treinta años seguidos que vivió en París apenas salió de las galerías del *Palais-Royal*, donde, según él, se encontraban todas las cosas necesarias y agradables para la vida intelectual y material, *pero no lo que para nada hace falta*, *esto es*, *botica é iglesia.*

Yo añadiré que en el *Diario* inédito de Jovellanos consta que, encontrando resistencia para conseguir en favor de su Instituto de Gijón licencia para tener libros prohibidos, le contestó el Inquisidor general que «*esos libros habían pervertido en Vergara á maestros y discípulos*». Uno de estos maestros era Santibáñez, cuyas andanzas en compañía de Marchena referiré después. Quince años había estado en el Seminario de Vergara el montañés D. Manuel Josef Narganes de Posada (de San Vicente de la Barquera), que luego pasó de catedrático de Ideología y Literatura Española al colegio francés de Sorèze, donde en

y en la cual, confesándose discípulo del aventajado físico francés naturalizado en Guipúzcoa, exclama:

Las leyes de natura
Sublimes y sencillas, ilustrado
Con la antorcha febea,
La diosa ante tus ojos ha mostrado;
Cómo una misma sea
La que del monte en la caverna obscura
Forma el oro, y contiene
Los mundos que en sus órbitas retiene.

1807 escribió tres *Cartas sobre los vicios de la instrucción pública en España, y proyecto de un plan para su reforma* (Madrid, Imp. Real, 1809), producción curiosa por más de un título, y en la cual, á vueltas de algunas observaciones sensatas, se patrocinan sin ambages las más radicales conclusiones del sensualismo del siglo pasado, atacándose fieramente toda noción metafísica y aun la posibilidad de ella. Narganes se hizo afrancesado y fué *Venerable* de una de las primeras logias establecidas en Madrid por los invasores. Las ideas de D. Valentín Foronda (alavés muy distinguido y digno de buena memoria en su pais natal por otras razones) bien claras están en su exposición de la *Lógica de Condillac* (1794), y aun en sus cartas y discursos sobre asuntos políticos y económicos.

Que éste fuera el espíritu de algunos socios y profesores, y no el dominante en la Sociedad y el Instituto que fundó, puede creerse sin esfuerzo; pero que la difusión de la nueva doctrina en Vergara haya de reducirse á los nombres aislados de Peñaflorida y Samaniego, tampoco puede admitirse en vista de tantos indicios que corroboran la tradición en esta parte.

Y en Vergara también debió da contraer amistad, que uno y otro habían de estrechar en París durante la tempestad revolucionaria, con un profesor de aquella escuela patriótica, entonces tan célebre como olvidado hoy, don Vicente María Santibáñez, natural de Valladolid, mediano poeta y exaltado revolucionario, á quien dió entonces pasajera fama una traducción libre de la *Heroida de Eloísa á Abelardo* de Pope (ó más bien de su imitación francesa de Corlardeau), traducción que corrió anónima, y que (como veremos más adelante) ha sido erróneamente atribuída al Abate Marchena; sirviendo hoy esta misma falsa atribución para confirmar la identidad de ideas y propósitos que entre ambos escritores suponían sus contemporáneos.

Á Santibáñez dedicó Marchena una sátira literaria en tercetos, que, á juzgar por las alusiones de su contexto, hubo de escribirse hacia el año de 1791, puesto que en ella se habla, como de cosas recientes, de la comedia de Iriarte *La señorita mal criada*, no representada hasta el 3 de Enero de aquel año, aunque impresa desde 1788; del poema *Las Majas*, de Trigueros, que es de 1789, y del *Suplemento* de Forner *al artículo Trigueros en la Biblioteca del doctor Guarinos*, que es de 1790. En esta epístola de Marchena, á vueltas de ataques virulentos, muchas veces des-

acordados, contra los escritores de mérito más diverso (confundiendo en una misma reprobación á hombres tan distinguidos como Forner é Iriarte, con ínfimos y chabacanos copleros, tales como Casal, Moncín y Laviano), no falta la expresión de los ímpetus revolucionarios en que el autor y su amigo Santibáñez coincidían:

Los pensamientos nobles son proscritos
Antes de ver la luz, y sofocados
De la santa verdad los libres gritos.
. . . . . .
Al esclavo el pensar no le fué dado;
Natura al que no hinca la rodilla
Al tirano, este dón ha reservado.

Son, poco más ó menos, los mismos pensamientos que pocos años después había de expresar Quintana con tan brioso empuje en el soberbio principio de la oda *Á Juan de Padilla:*

Todo á humillar la humanidad conspira;
Faltó su fuerza á la sagrada lira,
Su privilegio al canto,
Y al genio su poder.....

Pero ¡qué distancia entre el verdadero poeta y el adocenado versificador, que, á pesar del fanatismo que siente en el alma, no acierta á

expresarle sino con formas torpes, confusas y desgarbadas!

Para propagar sus ideas fundó Marchena, probablemente en colaboración con Santibáñez, una llamada *Sociedad Literaria*, con visos de sociedad secreta y de logia masónica. No hemos podido averiguar en qué punto de España funcionaba. El único documento que nos queda de su existencia es un *discurso* en verso suelto, que leyó Marchena en su *abertura* ó inauguración, y comienza:

¡Mísera humanidad! Las sombras sigue,
Y afana por labrarse sus cadenas.....

Comienza el poeta por invocar los manes del *virtuoso Sócrates*, del *inflexible Catón*,

Y el que siguió sus huellas dignamente,
Rousseau, de la edad nuestra eterna gloria,
Y modelo á los siglos venideros.....
. . . . . .

y luego, recordando pensamientos y frases de Lucrecio, á quien poco antes había traducido, invitaba á sus amigos á aquel sereno templo de Minerva, desde el cual podía el sabio contemplar tranquilo

El luchar de los vientos, las tormentas,
El Euro batallando con el Noto,

A su soplo agitado el mar insano,
Y el naufragar amargo de los tristes
. . . . . que en las ondas
Sañudas con dolor el alma exhalan.

Seguían las acostumbradas declamaciones contra el despotismo y la intolerancia, y proponíase como principal ocupación de aquellas juntas el estudio de los derechos del hombre,

que ignorados
Del hombre mismo fueran tantos siglos.....
. . . . . .

sin perjuicio de que con estas serias lucubraciones alternasen estudios más amenos, y sobre todo *el amable trato de las Musas;* con lo cual Marchena logra pretexto para sacrificar de nuevo á sus predilectas víctimas literarias:

Ni negará Terpsícore sus sales
Alguna vez, cuando burlar queramos
Los fríos Iriartes, los Trigueros
Insulsos y pesados, la insufrible
Charla de Vaca, y el graznar continuo
De la caterva estúpida, que infecta
De dramas nuestro bárbaro teatro.
Apolo templará su acorde lira
Cuando de Jovellanos y Batilo,
Del dulce Moratín y *Santivañes*
Los loores cantemos, por quien alzan
Su voz las patrias Musas, que yacieran
En sueño profundísimo sumidas.

Á esta misma sociedad, en la cual parece evidente el doble carácter de academia literaria y de centro de conspiración más ó menos platónica (probablemente la más antigua de su género que se formó en España), aluden estos otros versos de la epístola *Á Emilia:*

De la santa amistad y de las ciencias
Al sagrario acogidos, los profanos
Asestarán en balde sus saetas
Contra nosotros. Ora, la balanza
Y el compás de Neutón en nuestra mano
Teniendo, aquel cometa seguiremos
En su alongada elipse. Ora á Saturno
Y á Júpiter pesando, las distancias
De Marte á nuestra tierra mediremos,
Ó bien por el calor de nuestro globo
Su edad sabremos. Ora calculando
El infinito mismo, que no es dado
Al hombre conocer, numeraremos,
. . . . . .
Ó bien hasta el eterno nuestras almas
Por grados elevando, nuestras manos
Puras de iniquidad levantaremos
Á la extensión inmensa, do el muy alto
Habita todo en todo.....
. . . . . y en tranquila
Paz el último día aguardaremos,
Do el alma nuestra, libre de cadenas,
De Marco Aurelio y Sócrates al lado,
En la contemplación del universo
Gozará de placeres inefables.....

La mayor parte de los versos de Marchena contenidos en el manuscrito de la Biblioteca de la Sorbona, de que luego daremos cuenta, son indudablemente anteriores á su salida de España. Abundan en esta colección las poesías amorosas; y, contra lo que pudiera esperarse de la vehemente índole y del temperamento inflamable de su autor, son casi todas extremadamente frías: labor de pura imitación, en que el autor sigue por punto general las huellas de Meléndez, sin vislumbre alguna de carácter propio. En la poesía erótica, Marchena resulta amanerado é insulso, y la flaqueza de sus dotes poéticas parece más visible en este género que en ningún otro. Habiendo sido hombre extraordinariamente sensual y libidinoso, según el testimonio de todos los que le conocieron, ni siquiera acertó á expresar nunca con calor estos bajos apetitos suyos. Pero, como materialista teórico y práctico, quemó sucesivamente incienso en las aras de muchas deidades, cuyo recuerdo queda en sus poesías: *Belisa* y la sabia *Emilia*, deidades del Tormes la una y la otra: *Licoris* la del *bruñido cabello de azabache y alta frente*, cuyas caricias le retenían en las orillas del Betis, y le hacían olvidarse hasta

del congreso sagrado
Que en Francia destruyó la tiranía

y á la cual invitaba al placer en agradables versos, mezclando reminiscencias de Horacio, de Catulo y de Tibulo:

Tú escucha del Amor la soberana
Voz que al deleite agora te convida;
Que está la edad en su verdor lozana.
Huye la primavera de la vida
Cual un ligero soplo, un breve instante,
Y nunca torna, si una vez es ida.
Vendrá ¡ay! la vejez corva, y el amante
Que agora sólo espera en tus amores
Y que esquivas más dura que diamante,
Lejos huirá de ti.....

Todavía hay que añadir á esta lista, no menos poblada que la de D. Juan, los nombres de la bella *Francisca*, con quien el autor había ido en su niñez á la escuela, y que fué sin duda su pasión más inocente; los de las tres hermanas Magdalena, Catalina y Alcinda, á quienes dirige versos más bien galantes que amorosos; y el de aquella *beldad peregrina* que desde el *hesperio suelo pasó á las Galias*, y que parece ser la misma á quien en otra elegía llama *Minerva Aglae*.

Como Marchena, á pesar de su entusiasmo erótico, no tenía ni calor de afectos ni viveza de fantasía, pero sí muchas humanidades y familiar trato con los clásicos, parece mucho más aventajado poeta cuando traduce ó imita que

cuando expresa por cuenta propia sus versátiles enamoramientos. Por eso los mejores trozos de esta primera época suya están en sus traducciones de algunas elegías de Tibulo y de Ovidio, las cuales, á parte de cierta bronquedad y dureza de estilo de que no pudo librarse nunca Marchena ni en verso ni en prosa, y que contrastan con la blanda manera de los poetas á quienes interpretaba, demuestran, por lo demás, un estudio nada vulgar ni somero de la lengua poética castellana, y se recomiendan por un agradable dejo arcaico. Marchena, por una contradicción que en su tiempo no era rara, y que también observamos en Gallardo y en otros, era foribundo revolucionario en todo menos en la literatura y en el lenguaje. Su larga residencia en Francia, y el hábito continuo que tuvo de escribir y aun de pensar en francés, pudo contagiar su estilo de bastantes galicismos, especialmente en algunas traducciones que hizo, atropelladas y *de pane lucrando*, pero luego se verificó en él una reacción violenta hasta llegar á la manera artificiosa y latinizada del famoso discurso preliminar de sus *Lecciones de Filosofía Moral y Elocuencia*.

La política, que tanta parte ocupó en la vida del Abate Marchena, no la tiene menor en sus versos, y suele aparecer donde menos pudiera esperarse. Hasta en las odas eróticas encuentra

modo de ingerir el inevitable ditirambo en loor de la Revolución francesa:

El pueblo su voz santa
Alza, que libertad al aire suena.....
¿Quién podrá dignamente
Cantar los manes de Rousseau, clamando
Libertad á la gente,
Del tirano el alcázar derrocando,
La soberbia humillada,
Y la santa virtud al trono alzada?

La más antigua de sus poesías exclusivamente políticas parece compuesta poco después de la toma de la Bastilla, á la cual aluden de un modo terminante estos versos:

Cayeron quebrantados
De calabozos hórridos y escuros
Cerrojos y candados;
Yacen por tierra los tremendos muros
Terror del ciudadano,
Horrible balüarte del tirano.

Los versos de esta oda son medianos y declamatorios, como casi todos los versos líricos de su autor, pero tienen curiosidad histórica, por ser sin disputa los más antiguos versos de propaganda revolucionaria compuestos en España. Diez años antes de que Quintana pensase en escribir la oda *Á Juan de Padilla* y la oda *Á la Imprenta*, exclamaba el Abate Marchena,

aunque á la verdad con bronco y desapacible acento:

Dulce filosofía,
Tú los monstruos infames alanzaste;
Tu clara luz fué guía
Del divino Rousseau: tú amaestraste
Al ingenio eminente
Por quien es libre la francesa gente.
  Excita al grande ejemplo
Tu esfuerzo, Hesperia: rompe los pesados
Grillos, y que en el Templo
De Libertad de hoy más muestren colgados
Del pueblo la vileza
Y de los reyes la brutal fiereza.

Quien tales versos escribía en 1791, es claro que no podía permanecer mucho tiempo en España. No obstante su juventud y la obscuridad de su persona, sus manejos no podían permanecer enteramente ocultos; y aunque haya notoria exageración en los seis años de persecuciones que él se atribuye, no hay duda que la atención del Santo Oficio hubo de fijarse en él, y que, temeroso de ser encarcelado, buscó refugio en Gibraltar, donde se embarcó para Francia en Mayo de 1792 (1). Tenía entonces veinticuatro años.

---

(1) Mr. Latour, en el artículo ya citado de *Le Correspondant*, consigna como tradición oída en Sevilla que fué

Un Mr. Reynón, de San Juan de Luz, que le conoció poco después de su llegada, nos da muy curiosas noticias de su persona en ciertas Memorias que dejó inéditas, y de las cuales hemos obtenido un extracto por mediación de nuestro amigo el ilustre vascófilo inglés mister Wentworth Webster, residente años hace en Sare (1).

Reynón dice que Marchena era abogado, le supone equivocadamente hijo de Madrid, y hace de él el siguiente retrato: «Su estatura no pasaba de cuatro pies y ocho pulgadas. Tenía el rostro picado de viruelas y las narices larguísimas. Era muy suelto de cuerpo y de lengua. Hablaba y escribía bastante bien el francés. Le vimos por primera vez cuando llegó á San Juan de Luz en 1792, entusiasmado hasta el delirio con la idea de vivir en el país de la libertad y de embriagarse con ella. Lo primero que hizo fué alistarse en el club jacobino de Bayona, adoptando con furor todos los principios de la Montaña. Formó parte de la *Socie-*

D. Alberto Lista quien advirtió á su condiscípulo Marchena el peligro que le amenazaba, para que tuviera tiempo de ponerse en salvo.

(1) Reynón murió en Bayona en 1842. Los extractos de sus Memorias están tomados de un libro de misceláneas que perteneció al capitán Duvoisin, traductor de la Biblia al vascuence (dialecto laburtano) bajo los auspicios del príncipe L. L. Bonaparte.

dad de los Hermanos y Amigos Reunidos, en la cual se admitía la más ínfima canalla, y hasta al verdugo mismo, cuyo nombre habían cambiado los Representantes de la Convención en el de *Vengador*.»

Marchena pronunció en este club un discurso que fué impreso aquel mismo año en un cuaderno de 14 páginas en 8.º en casa de Duhart Fauvet, y que sería probablemente su primer escrito en francés. No hemos podido hallarle, y sólo conocemos de él la siguiente frase campanuda que cita Reynón: «Pongamos sobre nuestras cabezas el gorro de los hombres libres, y á nuestros pies la corona de los reyes.»

Reynón, que era furibundo realista, añade que el discurso de Marchena estaba «lleno de infames pensamientos que sólo el espíritu del demonio podía haber dictado»; pero á juzgar por la muestra, el demonio no se había lucido mucho en su colaboración, y los *infames pensamientos* más traza tienen de lugares comunes propios de una declamación estudiantil escrita en la jerga revolucionaria de aquel tiempo.

«Marchena (añade Reynón) obtuvo un grande éxito de tribuna entre los descamisados. Pero pareciéndole Bayona corto teatro para su ambición, pasó muy pronto á París, donde escribió en un periódico terrorista y formó parte del club de los Jacobinos.»

El periódico de que Marchena fué colabora-

dor era nada menos que el famoso *Ami du Peuple*, dirigido y redactado en su mayor parte por Marat, oriundo de España, aunque nacido en Suiza, y amigo de varios refugiados españoles, especialmente de un cierto Guzmán que fué condenado á muerte en 1794 como complicado en el proceso de Danton. Quizá por mediación suya entró Marchena en relaciones con el famoso terrorista; pero como en medio de todos sus extravíos conservase siempre nuestro Abate cierto fondo de humanidad y de hidalguía, no tardó en desavenirse con el tremendo y sanguinario personaje á quien ayudaba con su pluma, y comenzó á mirar con ceño las máximas de exterminio que en todos los números de aquel papel se propalaban. No pasaron muchos meses sin que Marchena renegase enteramente del bando Jacobino y de los furiosos fanáticos ó hipócritas perversos que le dirigían, y se pasase á la fracción de los girondinos, á quienes acompañó en próspera y adversa fortuna, ligándose especialmente con Brissot. Y cuando Marat sucumbió bajo el hierro de Carlota Corday, Marchena, que se hallaba entonces en las cárceles del Terror, saludó á la hermosa tiranicida con un himno vengador, que no puede parangonarse seguramente con la hermosa elegía de Andrés Chénier al mismo asunto, digna de ser grabada en el más puro mármol de la antigüedad, pero que no deja de

contener versos enérgicos y expresiones dictadas por una exaltación vehemente y sincera:

Salve, deidad sagrada;
Tú del monstruo sagrado libertaste
La patria; tú vengaste á los humanos;
Tú á la Francia enseñaste
Cuál usa el alma libre de la espada,
Y cuál sabe inmolar á sus tiranos.
. . . . . .
De tu pueblo infelice
Sé deidad tutelar. ¡Oh! No permitas
Que á la infame Montaña rinda el cuello.
Mas ¡ay! que en balde excitas
Con tu ejemplo el vil pueblo que maldice
El brazo que le libra. ¡Ay que tan bello
Heroísmo es perdido,
Y pesa más el yugo aborrecido!
Que en las negras regiones
Las Furias hieran con azote duro
Del vil Marat el alma delincuente;
Que en el Tártaro escuro
Sufra pena debida á sus acciones,
Y del gusano eterno el crudo diente
Roa el pecho ponzoñoso,
¿Será por eso el pueblo más dichoso?
La libertad perdida
¡Ay! mal se cobra: en pos de la anarquía
El despotismo sigue en trono de oro;
Su carro triunfal guía
La soberbia opresión; la frente erguida,
Va la desigualdad, y con desdoro

El pueblo envilecido
Tira de su señor el carro, uncido.
¡Oh diosa! Los auspicios
Funestos de la Francia ten lejanos:
Torne la libertad á nuestro suelo;
Así, con puras manos,
Los hombres libres gratos sacrificios
Te ofrecerán, Carlota; tú del cielo
Donde asistes, clemente
Protege siempre á la francesa gente.

Pero no adelantemos el curso de los sucesos. A fines de Diciembre de 1792, Marchena, que ya había roto definitivamente con la Montaña, fué recomendado por Brissot al Ministro de Relaciones Exteriores, Le Brun; y le dirigió desde Bayona la curiosa carta que ya hemos tenido ocasión de citar, en que, presentándose como «un amigo de la libertad que arde en deseos de verla triunfante en su patria, sometida al más violento despotismo por muchos siglos», le ofrece sus servicios para propagar las ideas de la Revolución en España, «si es que Francia piensa seriamente en declarar la guerra á los Borbones españoles». Y como muestra de su literatura propagandista, le envía varios ejemplares de una alocución á los españoles, la cual había hecho imprimir y circular en la Península, dando motivo con esto á que el Gobierno de Carlos IV mandase secuestrar todos sus bienes.

Esta alocución está en castellano, como era natural; pero el autor se finge francés; «yo no he estado nunca en vuestro país», dice; disimulación que, por lo visto, no impidió que todos reconocieran su estilo, y que se procediese contra él jurídicamente. Existen de ella dos textos diversos, uno manuscrito y otro impreso. Contra lo que pudiera creerse, el primero no es el esbozo del segundo, sino una refundición posterior que lleva la fecha de 1793, con notables supresiones y adiciones. Entre lo suprimido está una impertinente digresión literaria, en que Marchena (¡en un manifiesto político!) se desataba contra varios escritores de su tiempo, en especial contra Forner, á quien parece haber profesado particular inquina, bien explicable por ser antípodas el uno del otro en sus principios sociales y filosóficos. El contenido político de ambas proclamas es casi idéntico: en una y otra las invectivas contra la Inquisición ocupan largo espacio, y en una y otra se aboga por la inmediata reunión de Cortes, si bien en la primera predomina más el espíritu histórico, se invocan los manes de Padilla y hasta se solicita para la obra de regeneración nacional el concurso del clero, de la nobleza y de las clases privilegiadas. El Sr. Morel-Fatio hace notar oportunamente que en ambos documentos hay muchas reminiscencias del fa-

moso *Avis aux Espagnols*, de Condorcet. Para que se forme completa idea del extravagante y declamatorio documento de Marchena, no tenido en cuenta hasta ahora por los que han tratado de nuestra guerra contra la República Francesa en 1793, reproducimos aquí la segunda redacción íntegra, y los pasajes más importantes de la primera que fueron suprimidos después (1).

«AVISO AL PUEBLO ESPAÑOL (2

»El tiempo llegó ya de ofreceros la verdad; en vano vuestro tirano querría sofocarla; el pays de la libertad, el pueblo soverano os ofrece un asilo en francia en el seno de los defensores de la humanidad representada en los derechos imprescriptibles del hombre, cuyas semillas fecundas producírán un dia la felicidad de todas naciones, derrivando de los sumptuosos tronos la supersticion y la tiranía para colocar sobre él la igualdad y la razon; puesto que la naturaleza no destinó el hombre á ser esclavo del hombre; la supersticion y la ignorancia solo

(1) Archivo del Ministerio de Relaciones Extranjeras, España, vol. 635, pieza 128. Debemos comunicación de estos papeles á nuestro amigo Morel-Fatio.

(2) Va reproducido con la ortografía del original, corrigiendo sólo las erratas evidentes. El lenguaje es incorrectísimo é indigno de Marchena; pero quizás escribió así de proposito, para hacer pasar esta proclama por obra de un francés.

pudieron esclavisar los hombres; pero, ahora que la razon se manifiesta, guerra á los hipócritas y opresores.

»¿Quién creerá que una nacion como la vuestra, se imagina que los franceses se hacen entre ellos una guerra cruel? ah Españoles! pueblo belicoso y magnanimo, avrid los ojos y aprended á aborrecer los infames impostores que os engañan para esclavizaros; representando os los franceses como enemigos de Dios... siendo asi que han jurado á la faz de los cielos fraternidad y tolerancia recíproca; pues aqui el judio socorre al christiano, el protestante socorre el catolico; los odios de religion son desconocidos, el hombre de bien es estimado, y el perverso despreciado. Si la religion de Jesus es el sistema de la paz y de la caridad universal, quienes son los verdaderos christianos? Creo son los que socorren á los hombres como buenos hermanos, y no los que los persiguen y matan porque no adoptan sus ideas religiosas. Christo no vino armado para inculcar su religion, predicó sus doctrinas sin forzar los hombres á seguirla; y vuestra Inquisición no cesa de avrir sus cavernas espantosas para llenarlas de aquellos (1).

---

(1) En la segunda proclama, este pasaje, aunque conforme en lo sustancial, está redactado de diverso modo: «¿Quiénes son los verdaderos cristianos? Nosotros, que socorremos á todos los hombres, que los miramos como nuestros hermanos, ó vosotros, que perseguís, que prendéis, que matáis á todos los que no adoptan vuestras ideas?

»Vosotros os llamáis cristianos: ¿por qué no seguís las

»Yo no he estado nunca en vuestra nación: el nombre solo de Inquisicion me hace erizar los cabellos; pero los viajeros que le han corrido, y vuestros mejores libros que he leído, me han hecho formar una idea cabal de vuestra nacion. Decidme si vuestra Inquisicion no ha perseguido siempre mortalmente á los hombres de talento desde Bartolomé de Carranza y fray Luis de Leon hasta Olavide y Bails? La Bastilla tan detestada y con tanta razon entre nosotros tiene algo de comparable con vuestro odioso y abominable tribunal?.....

»La Bastilla era una prision de estado, como otras mil de la misma especie, que el despotismo que sólo puede conservarse por medios violentos mantiene en todas partes, pero ni los presos eran deshonrados, ni la opinion pública infamaba las familias, ni la infeliz víctima se veía privada de todo consuelo; sus reclamaciones llegaban á los ministros, y los ministros pueden aplacarse; pero quién aplacó jamás á un inquisidor?

»Las otras naciones han adelantado á pasos de gigante en la carrera de las ciencias, y tu, patria de los Sénecas, de los Lucanos, de los Quintilianos, de los Columelas, de los Silios, donde está, ay! tu

---

máximas de vuestro legislador? Jesús no vino armado de poder á inculcar su religión con la fuerza de la espada; predicó su doctrina sin forzar á los hombres á seguirla. Defensores de la causa del cielo: ¿Quién os ha encargado de sus venganzas? ¿El Omnipotente necesita valerse de vuestra flaca mano para extirpar sus enemigos? ¿No pudiera fulminar el rayo contra los que le ofenden, y aniquilarlos de un soplo?»

antigua gloria? El ingenio se preparaba á tomar el vuelo, y el tizon de la inquisicion ha quemado sus alas; un padre Gumilla, un Masdeu, un Forner, esto es lo que oponen los Españoles á nuestro sublime Rousseau, al divino pintor de la naturaleza, nuestro gran Buffon, á nuestro profundo historiador político, el virtuoso Mably, al atrevido Raynal, á nuestro harmonioso Delille y nuestro universal Voltaire.

»No es ya tiempo de que la nacion sacuda el intolerable yugo de la opresión del pensamiento? no es tiempo de que el gobierno suprima un tribunal de tinieblas que deshonra hasta el despotismo?..... ¿A qué fin hacer de los hombres unos seres autómatos? Tanto vale mandar á hombres máquinas como dar cuerda á reloxes. El sistema actual del gobierno parece ser el de aligerar el peso que carga sobre los hombros de los Españoles, pero el primer paso de toda mejora es destruir la inquisicion por sus fundamentos. No calumniemos al pueblo; los perversos pueden engañarle, pero quando se le presenta el bien lo abraza con ansia, y besa con entusiasmo la mano de donde le viene. Yo he consultado á muchos Españoles que viajan por mi patria, todos anhelan ver la inquisicion por tierra, pero algunos me han insinuado que hai hombres de mala fe, que fingen creer que la nacion engañada podria oponerse á esta medida. Oposicion del pueblo en España; donde el monarca es todo-poderoso, donde las luces no obstante todas las precauciones se han difundido harto más de lo que se piensa! Ah! tiemblen más antes los tiranos de que el pueblo oprimido en todos los puntos de contado

no estalle con una explosion tan terrible, que destruya todos los hipócritas y todos los opresores.....

»Igualdad, humanidad, fraternidad, tolerancia, Españoles, este es en cuatro palabras el sistema de los filósofos que algunos perversos os hacen mirar como unos mónstruos.....

»Un solo medio os queda, Españoles, para destruir el despotismo religioso; *este es la convocacion de vuestras Cortes.* No perdais un momento, sea *Cortes*, *Cortes* el clamor universal.....

»Españoles, el *deficit* de vuestro erario aumenta á medida que crecen vuestras imposiciones; vuestro pais que la naturaleza dotó de todo, carece de todo, porque una constitucion *tabifica* (*sic*), y un gobierno famélico devoran vuestra más pura substancia. Campos de Villalar, sepultasteis á caso con los generosos Heroes defensores de la libertad la energía, y el patriotismo de la Hesperia?..... Manes de Padilla, y tú grande alma de D.ª María Coronel (*sic*) que lloras en la tumba la cobardía de tus descendientes, inspira á los Españoles aquel valor con que defendiste en las murallas de Toledo las últimas reliquias de la moribunda libertad. Clero, nobleza, clases privilegiadas, qué sois vosotras en un gobierno despótico? Las primeras esclavas del Sultán. El despotismo es el verdadero nivelador: queréis ver la imagen de este gobierno? Tarquino cortando los cogollos de las adormideras.

»La ignorancia más crasa de los principios fundamentales de la formacion de nuestras Cortes es la que puede hacer temer á la nobleza la destruccion de las distinciones, al clero de sus privilegios abusivos, y á la corona de sus justas prerogativas. En

vano los ignorantes ó los mal intencionados os asustan con el ejemplo de la Francia; los estados generales de esta nacion no tenian reglas fixas ni límites invariables, y vuestras Cortes los tienen, y bien señalados. La Francia necesitaba de una regeneracion; la España no necesita mas que de una renovacion. Esta verdad solo pueden contestarla los charlatanes de política que no saben que las Cortes de Aragon y de Cataluña eran el mejor modelo de un gobierno justamente contrapesado. Si mis ocupaciones me lo permiten; si el pueblo español clama por las Cortes, yo escribiré, refugiado á un pueblo libre, qué eran estas Cortes.

»Los franceses han hecho su Constitucion con el fin de ser felices, y no con el de hacer infelices á los demas hombres; por consiguiente no quieren conquistar á nadie, no quieren apoderarse de ninguna propiedad, pero lo que quieren es destruir los tiranos, que no trabajando, aspiran á hacer uso y disponer de las propiedades y del trabajo de los pobres á su fantasía, invirtiendo ese trabajo en sus infames placeres, y en forjar hierros para aprisionar á los hombres, á quienes para engañarlos los llama *queridos hijos y vasallos.*

»Paz, y guerra llevarán consigo los Franceses; Paz á los hombres, y Guerra á los tiranos Reyes.

»Si algun daño ocasionasen las tropas, la Francia jura y afianza pagarlo como lo ha hecho en Courtray y Alemania (1).»

---

(1) Impreso s. l. n. d. de 2 ff. in 4.º (E. 8. p. 634, pièce núm. 164.)

II

Aunque el manifiesto de Marchena pareciese muy propio para convertirse en catecismo de los adeptos españoles de la Revolución francesa, no satisfizo sin embargo á todos los emigrados, entre los cuales, por imposible que parezca, los había mucho más violentos que él. Uno de los que le desaprobaron fué Guzmán (amigo de Danton y furibundo terrorista) (1), el cual extendió sus críticas al len-

---

(1) Á este Guzmán dirigió Marat, poco antes de morir atravesado por el puñal de Carlota Corday, la siguiente carta:

«Esos bárbaros, amigo mío, no me han querido dejar el consuelo de morir en vuestros brazos, pero llevo conmigo á la tumba la consoladora idea de que eternamente quedará grabada mi imagen en vuestro corazón. Este pequeño obsequio, por lúgubre que sea, os hará recordar el mejor de vuestros amigos: llevadle en memoria mía. Vuestro hasta el último suspiro.—MARAT.»

Estas líneas, escritas por la mano temblorosa del moribundo terrorista, fueron enviadas á Guzmán, que las conservó consigo hasta la muerte en una especie de relicario de tafetán negro.

El *facsímile* de esta carta está en el libro de Dulaure *Esquisses historiques sur les principaux événements de la Révolution* (París, 1823), t. II, cap. X, pág. 455.

Luis Blanc, en su *Historia de la Revolución Francesa* (tomo IX, 1857, pág. 85), dice que el documento presenta

guaje, que encontraba bárbaro, y á las faltas de ortografía, que efectivamente hormiguean en la proclama de Marchena (1). Le Brun había organizado en la frontera dos comités de propaganda revolucionaria compuestos de españoles, uno en Bayona y otro en Perpiñán. Designado Marchena para formar parte de uno

---

signos evidentes de autenticidad, pero que no parece creíble que Marat, moribundo y traspasado de parte á parte, tuviera fuerzas para coger la pluma. Opina, pues, que esta carta debió de ser escrita la víspera ó dos días antes, pero su contexto parece que lo contradice.

(1) *Citoyen Ministre!*

Le hazard m'a mis aujourd, hui entre les mains une brochure qui sort de Vos Bureaux, qui a pour titre Aviso á Los Españoles; *je croirais donner une preuve d'incivisme si je passais sous silence mes observations sur une brochure destinée sans doutte a éclairer les Espagnols.*

1.º *On peut dire avec vérite qu'elle n'est pas du tout écrite en espagnol; les contresens, les fautes d'ortographe et les barbarismes sont en si grand nombre, qu'on est reduit aprés l'avoir lue, a se demander à soi-même ce qu'on a voulu dire; quant au peuple, il est des faits qu'il n'y entendra rien, les gens instruits, s'ils ont la patience de la lire, n'auront pas le courage de la soutenir.*

2.º *Je crois que l'auteur ne connait pas parfaitement bien l' espagnol; s'il l'avait connu, il aurait cherché à parler au peuple le langage qu'il entend.....*

GUZMÁN.

Paris, le 4 *mars l'an* 2 *de la Republique.*

Rue neuve des Mathurins núm. 36.

(Esp. 635, piece 194.) (Comunicación del Sr. Morel-Fatio.)

de ellos, dirigió al Ministro, en 23 de Diciembre de 1792, una *Memoria* en francés, bastante más sensata que sus alocuciones.

«Nada es más contrario (decía) á los principios del buen juicio que obrar sin un plan determinado. El comité revolucionario establecido en las fronteras de España tiene por objeto preparar y acelerar la revolución. Pero este fin tiene que ser muy vago, mientras no se defina lo que se entiende por revolución, cuál debe ser la que ha de operarse en España, y cuáles son los medios que se han de poner en práctica para hacerla triunfar.

»Hay un axioma de eterna verdad en todas circunstancias y en todos tiempos, y es que los hombres consultan más bien la experiencia de lo que se ha hecho que la razón de lo que debería ser. Nunca hubiera llegado Francia al grado de libertad de que ahora goza, y que va á consolidarse por la caída de los tiranos que la rodean, si se hubiese hablado en el primer momento de una Convención Nacional que había de establecer la República sobre las ruinas del trono. Los franceses del 88 creían de buena fe que sus mayores habían sido libres en tanto que se dejó oir la voz de sus Estados Generales, y no suspiraban más que por su restablecimiento. Los filósofos, hombres de Estado que conocían toda la imperfección de estas corporaciones aristocráticas, se guardaban muy bien de entibiar el ardor impaciente del pueblo. Creían, por el contrario, que el remedio de todas las imperfecciones inherentes á la constitución de los Estados Generales

estaba en estas mismas asambleas, y solamente en ellas. La experiencia ha desmostrado que no se engañaban en esto.

»Hombres que no son ni filósofos ni estadistas se han aventurado á decir que el comité revolucionario de España no debía hablar de la convocatoria de Cortes; es decir, en otros términos, que el comité revolucionario no debía hablar de revolución. Y entonces los españoles podrían decir: «*Los franceses nos traen la libertad, según dicen, pero* »*no nos la presentan con las formas con que nosotros* »*la hemos conocido.* ¿Con qué derecho pretenden »prescribirnos reglas sobre la manera de ejercer »nuestra soberanía? ¿Con qué derecho se atreven á »cambiar la manera de expresar la voluntad gene»ral, que nosotros habíamos adoptado antes que la »nación hubiese decidido sobre sus inconvenientes? »No es la libertad lo que nos ofrecen: nos prescri»ben leyes imperiosas, dándose por nuestros liber»tadores. No hemos hecho, pues, más que cambiar »de esclavitud, porque una nación es siempre es»clava cuando obedece á otra voluntad que la suya, »ya sea esta voluntad la de un rey, ya la de otro »pueblo.» ¿Y qué habría que responder á este lenguaje? ¿Cómo queréis interesar á los demás pueblos para que rompan sus cadenas si vén que les preparáis otras nuevas?

»Aun en los tiempos de más espantoso despotismo no olvida un pueblo las instituciones que le han garantido en otros siglos una suma mayor ó menor de libertad. El pueblo español se acuerda siempre de sus Cortes, y en el año 89 el público recibió con la más violenta indignación una pieza en que se

ultrajaba la memoria de *D.ª María Coronel* (1). Pero independientemente de estas razones universales, hay otras peculiares de la nación española, las cuales demuestran evidentemente que el único medio de hacer la revolución en España es la pronta convocatoria de Cortes.

»Cuando se habla de Cortes en España hay que distinguir entre las de Castilla, las de Aragón, las de Valencia, las de Cataluña y las de Navarra. La organización de cada uno de estos Cuerpos difería enteramente de la de los otros. El poder y la influencia de los municipios era mucho más considerable, y la autoridad estaba más limitada en Cataluña que en ninguna otra parte. Se puede decir que las Cortes de Castilla no tuvieron nunca régimen muy fijo, y que las que se celebraron durante el reinado de Carlos V diferían tanto de los Concilios de Toledo, congregados en tiempo de los reyes godos (y que realmente no eran más que asambleas de la nación), como los Estados Generales de 1614 diferían de las Asambleas del Campo de Marte en tiempos de Clodoveo. Así, nada es más fácil que dar á estas Cortes una forma democrática sin desnaturalizarlas ni abolirlas del todo, lo que indispondría á todos los españoles contra reformas en que ellos no hubieran consentido.

»No debo parecer sospechoso de tibio amor á la libertad: hartos sacrificios he hecho por esta divinidad para que se crea que yo pueda apostatar de su

---

(1) Querrá decir *D.ª María Pacheco.* Este mismo error histórico se encuentra en la alocución. Probablemente aludirá á la tragedia de D. Ignacio García Malo.

culto. Pero examinemos friamente si los españoles son capaces, en el momento actual, de una libertad igual á la que disfrutan los franceses. Ruego que se lean con atención estas rápidas reflexiones, sugeridas únicamente por el interés de mi patria y el de la humanidad.

»Hay que convenir en que la religión papista ó católica ha echado raíces más profundas en el suelo español que en el francés; y sería temerario atacar de frente las preocupaciones religiosas.....

»Por otra parte, el estado actual de España es muy diferente del de Francia: no hay que buscar allí un Mirabeau, un Brissot ó un Condorcet. Sin duda, hay gentes ilustradas, pero no se encuentra uno de esos grandes genios capaces de abrir los ojos á un pueblo entero, y de regenerar la nación. Como los hombres que piensan no se comunican con el pueblo; como el temor de la Inquisición obliga á los hombres más ilustrados á aparentar que creen en las fábulas más absurdas, todos los que no son verdaderamente filósofos están imbuídos en las preocupaciones más groseras. Un hombre que se respeta á sí mismo no se dedica en España al oficio de autor, porque no se pueden imprimir más que frivolidades ó libros ascéticos: por eso no es posible ilustrarse sin adquirir el conocimiento de las lenguas extranjeras. En este país no hay más que dos clases de hombres, unos enteramente ilustrados, otros enteramente supersticiosos.

»La manía de los mayorazgos, la indolencia de la nación oprimida por los impuestos más gravosos que se pueden inventar, han ahogado la industria y han concentrado en muy pocas manos casi toda la

propiedad territorial. Si empezamos por hablar de igualdad absoluta, antes de haber preparado al pueblo gradualmente para disfrutar de ella, podrá venir la ley agraria, esto es, la rapiña, la anarquía y la disolución social.

»Francia ha adoptado una constitución que hace de esta vasta nación una república, una é indivisible. La conformidad en las costumbres, la cultura difundida casi igualmente por toda la superficie del país, la hacen propia para esta institución. Pero España, cuyas diversas provincias tienen usos y costumbres diferentes; España, *con la cual debe ser unido Portugal*, no puede formar más que una república federal. Para la felicidad de la nación, se puede y se debe dejar subsistir las antiguas Cortes.

»Francia tiene, sin duda, el derecho de decir al pueblo español: «Tenéis un rey, que es mi enemigo »natural; os haré la guerra hasta que le hayáis pre»cipitado del trono.» Pero no tiene derecho para constituir nuestra nación á su modo. España es la que debe darse á sí propia una constitución. Las Cortes subsisten de derecho, mientras el pueblo español no las haya abolido.

»Como tengo el mayor interés en que estas reflexiones sean leídas por el ciudadano ministro, no añado ningún desarrollo á estas indicaciones rápidas. Notaré solamente que es indispensable que el comité tenga un punto de reunión ó un presidente instruído á fondo en la historia de España, hombre de Estado, y de carácter enérgico, que pueda dar cierta formalidad á las operaciones, y encaminarlas á un solo punto: el triunfo definitivo de la revolución.—J. MARCHENA.»

Esta Memoria, en que, á despecho de los errores propios del fanatismo nivelador y de la abstracta política de aquel tiempo, no deja de campear cierto espíritu tradicional é histórico, no pudo ser grata á la mayor parte de los revolucionarios franceses, que odiaban de muerte el federalismo, y no querían oir hablar de Cortes, ni de ninguna otra institución representativa que recordase los tiempos medios. Hubo, pues, una escisión entre los que á todo trance querían, como el dantonista Guzmán y el alcalde de Bayona Basterreche, implantar en España los principios de la república una é indivisible, y los que podemos llamar *federales*, á cuyo frente estaba Marchena con otros españoles amigos suyos.

Era de los principales *el ciudadano Hevia*, antiguo secretario de la Embajada de España en París, de la cual había desertado para pasarse al campo enemigo, haciendo los más violentos alardes de furor demagógico, por lo mismo que su origen era aristocrático, puesto que pertenecía á la familia de los Marqueses del Real Transporte. Cuando llegó la guerra del 93, Hevia redactó una proclama mucho más violenta y desaforada que la de Marchena, descendiendo á innobles insultos contra Carlos IV y María Luisa, y, lo que es peor, contra la desdichada y heroica María Antonieta, cuya cabeza iba á rodar pocos meses después

en el patíbulo (1). Reconozcamos que Marchena, aun en el mayor arrebato de sus pasiones, jamás se deshonró con estas abominables in-

---

(1) Creemos oportuno reproducir, como muy característicos de la época, los principales párrafos de este bárbaro y grosero documento:

«Á LA NACION ESPAÑOLA

»Españoles:

»Amaneció por fin el suspirado dia de la libertad de vuestra patria.....

»Los Franceses habian contraido una deuda inmensa con vosotros..... os habian impuesto a los principios del siglo el intolerable yugo de la dominacion de la casa de Borbon.....

»Los Francos tambien eran esclavos; tambien una corte corrompida, sentina de vicios y maldades infestaba con sus ponzoñosas influencias las costumbres de la nacion entera; tambien una *Antonia de Austria* semejante á tu *Mesalina de Borbón* exprimia la sangre del pueblo para saciar á otros *Godoyes* no menos avarientos, ni menos indignos que ese vil privado que tu consientes ignominiosamente al frente de la nacion, y que debieras juntamente con su manceba haber ya arrastrado al patibulo.....

»Quanto no se han aumentado las contribuciones baxo los reynados de esta funesta familia, pues en solo seis años que manejó Lerena el erario se doblaron casi los impuestos! Yo vi los funerales de ese Ministro. Yo vi su cadaver expuesto, yo vi atropellarse el pueblo por maldecir al que miraban como causador de la miseria universal.....

»¿Quien os ha dicho que los franceses querían destruir vuestra antigua religion? ¡Ah! ¡cómo los tiranos se valen de los medios mas engañosos para seduciros! Españoles,

vectivas, y mostró siempre cierta nobleza de alma que parece incompatible con el medio en que vivía.

Por lo demás, Hevia abundaba en el sentir político de Marchena en lo que toca á la convocatoria de Cortes, como lo prueban ciertas *Reflexiones* que, apoyando las de su amigo, dirigió al ministro Le Brun (1).

«Francia (decía) no puede pensar en la anexión de España á la República Francesa. El estado moral y físico de esta nación se opone fuertemente á esta reunión. Un buen tratado de comercio que asegure á Francia todas las ventajas que puede sacar de su situación respecto de España, será el bien más precioso que pueda obtener en esta guerra.

»Sostengo que si no se convocan las Cortes, la nación española no tendrá ningún punto de reunión y será desgarrada por la más completa anarquía, ó se verá obligada á echarse en brazos de Francia.

»Esos señores del *Comité* de Bayona, que no quieren las Cortes, querrán sin duda ser considerados

---

la religion de Jesus predica la igualdad, y vosotros sois esclavos.....

»¡Oh! quan facil cosa fuera demostrar que la religion de vuestros abominables Inquisidores es el mas horrible anti-Christianismo; que la conducta de los franceses no es otra que la moral apostolica.....—J. HEVIA.»—(Esp. 635, pièce 310.)

(1) *Aff. Étr. Espagne*, vol. 634, pieza 165 (comunicación de Morel-Fatio).

como representantes de la nación española. Pero si la nación no los quiere mirar como tales, ¿qué podrán hacer?.....

»Sin duda que hay que minar poco á poco la religión cristiana. La teocracia debe desaparecer de la superficie de la tierra, juntamente con la tiranía, á la cual sirve de apoyo. Pero no hemos de creer que en poco tiempo se logrará descuajar esta planta parásita. Díganme de buena fe si creen que *un pueblo que tiene la desdicha* (!) *de ser profundamente adicto á la religión cristiana* puede ejercer la plenitud de su soberanía.....

»Aprovecho esta ocasión para ofrecer al ciudadano ministro el resultado de las conversaciones que yo y el ciudadano Marchena hemos tenido juntos sobre la organización del comité. Es indispensable que haya un punto de reunión; que haya también un presidente dotado de todas las cualidades propias para tal empleo. Los individuos de esta Junta deben ocuparse en el estudio de la historia de España, recordar al pueblo español las épocas en que gozaba de cierta suma de libertad..... Hay que poner mucho empeño en hacer aborrecible la casa de Borbón, y sobre todo en disminuir el influjo de la clerigalla en el espíritu del pueblo.»

Otro de los más conspicuos individuos del grupo de Marchena era el ya citado D. Vicente María Santibáñez, que acababa de llegar de España en Enero de 1793, y á quien en los términos más eficaces recomendaba el ciudadano Basterreche al ministro Le Brun, anun-

ciándole de paso la próxima llegada de otro escritor español todavía de más mérito, nada menos que de un *émulo de Cervantes*, á quien por tales señas nadie descubrirá fácilmente entre los ingenios de entonces.

«Ha llegado aquí (decía el Alcalde de Bayona en 20 de Enero) un español recomendable por su talento y carácter: se llama *Vicente María Santibáñez:* viene escapado como por milagro de las persecuciones de la Inquisición y de la Corte. Era profesor de Elocuencia y de Política en una Universidad, pero hace algún tiempo se había establecido en Madrid, donde cultivaba con éxito las bellas letras. Es hombre que ha frecuentado la mejor sociedad, y que conoce á fondo toda la máquina del Gobierno español, y todavía mejor á los individuos que la dirigen. Nos podrá ser extremadamente útil, porque tiene conocimientos, mucho ingenio, y se expresa elocuentemente en castellano, y, si es menester, en francés..... Tengo motivos para creer que dentro de poco veremos llegar también á uno de los primeros escritores de aquella nación, á un émulo de Cervantes; si es que puede escapar felizmente de las persecuciones que ya han comenzado contra él.»

Las noticias que he podido adquirir de Santibáñez son muy escasas. Debía de ser hombre de imaginación fantástica y exaltada. En sus mocedades cantaba *el amor libre*, tema de una oda ó silva que dirigió en consulta á D. Tomás

de Iriarte con una carta que parece escrita por un erotómano. Más adelante cambió de rumbo, y se dedicó á trabajos de más provecho para su reputación literaria. En la Universidad de Valencia, donde parece haber estudiado y donde desempeñó alguna cátedra, leyó la oración latina inaugural del curso de 1774. *(Oratio de eloquentiae laude et praestantia, habita ad Senatum et Academiam Valentinam in studiorum instauratione.)* En 1780 aparece en las actas de la Real Academia de Nobles Artes de San Carlos de aquella ciudad, leyendo un *romance heroico* en la distribución de premios generales, y en 1783 leyendo una silva. Son suyos, aunque no llevan su nombre, los prólogos y notas de las espléndidas ediciones de las Crónicas de D. Juan II y de los Reyes Católicos publicadas por el impresor Benito Monfort en 1779 y 1780, verdaderos monumentos tipográficos, en que es lástima que la corrección del texto no corresponda siempre á la belleza y pulcritud de los tipos y de la estampación, que es de lo más perfecto que nunca se vió en España. En 1782 Santibáñez estaba ya de profesor en el Seminario de Vergara, y publicaba en Vitoria, bajo los auspicios de la Sociedad Vascongada, diversos elogios fúnebres de sus consocios, el de D. Ambrosio de Meade en 1782, el del Marqués González Castejón en 1784, el del Conde de

Peñaflorida (fundador de la Sociedad y del Seminario) en 1785. Tres años después le hahallamos en Valladolid, donde publicó traducida una de las *Novelas Morales* de Marmontel, *La mala madre*, con un prólogo muy curioso, en que se trata de la antigüedad, progresos y utilidad de este género de literatura (1780) (1). Pero mucha más celebridad que esta traducción tuvo otra que no lleva su nombre, y que ha sido atribuída con error al abate Marchena, á pesar de que Quintana (2) señala con precisión su autor verdadero. Es la famosa *Heroída* de Heloísa á Abelardo, traducida libremente, y no del original inglés de Pope, sino de la paráfrasis ó imitación francesa de Colardeau. Santibáñez añadió otra *heroída* original suya, de Abelardo á Heloísa, imitada de otras francesas de aquel tiempo y también de Ovidio y otros antiguos; y con todo ello formó el tomito de las *Cartas de Abelardo y Heloísa*, que por la mezcla de sentimentalismo y voluptuosidad que en ellas rebosa, y por las declamatorias imprecaciones

(1) Vid. Sempere y Guarinos, *Ensayo de una biblioteca española de los mejores escritores del reinado de Carlos III*, tomo V, pág. 150.

(2) *Introducción á la poesía del siglo XVIII*, cap. IV: «Don Vicente María Santibáñez, traductor de la *Heroída* de Pope, con cuyo estilo y carácter tenía el suyo tan poca analogía y semejanza.»

que contienen contra los votos monásticos y contra el celibato religioso, fueron puestas por la Inquisición en su Índice, sirviendo esto de incentivo, como generalmente acontece, para que fuesen más ávidamente leídas por la juventud de uno y otro sexo, en innumerables copias que corrieron manuscritas (1). El estilo poético de Santibáñez es desaliñado y muchas veces prosaico, pero algunos pasajes no carecen de pasión, y en conjunto las dos epístolas se dejan leer sin hastío, dentro de su género ficticio y anticuado. En prosa escribía mejor, y no era de los más incorrectos y galicistas de su tiempo, á pesar de su intimidad con las ideas y los libros de Francia. Pero ni en prosa ni en verso pasó nunca de una razonable medianía.

Llegaba á Francia como un arbitrista político, cargado de memorias y proyectos para hacer la felicidad de España. Una de ellas se titula *Reflexiones imparciales de un español á su nación sobre el partido que debería tomar en las ocurrencias actuales*, y lleva la fecha de Marzo de 1793 (2). En ella Santibáñez,

---

(1) La primera edición es de Salamanca, 1796, por Francisco de Toxar. El edicto que las prohibe tiene la fecha de Abril de 1799.

(2) Vid. Morel-Fatio, *Revue Historique*, en el artículo ya citado.

apartándose algo de las ideas de Marchena y sus amigos, aboga, no por las antiguas Cortes, sino por un nuevo *cuerpo político*, una *representación nacional* á la moderna.

Estalló en tanto la guerra en el Pirineo oriental, emprendiendo el general Ricardos su campaña de 1793, la más gloriosa para nuestras armas desde los días, ya lejanos, de Montemar y del Marqués de la Mina. Mientras el inmortal caudillo aragonés se aprestaba á recoger los lauros inmarcesibles de Masdeu, de Truillas, y del campamento atrincherado del Boulou, los malos españoles á quienes su impío fanatismo había arrastrado á Francia, se ponían al servicio de la República para iniciar en las filas de nuestro ejército la propaganda revolucionaria. Le Brun llamaba á París á Marchena y á Hevia para tratar de la organización definitiva de los comités de Bayona y Perpiñán, y Santibáñez admitía el encargo de poner en castellano la ley de 3 de Agosto de 1792, provocando á la deserción á los sargentos, cabos y soldados.

Pero todavía hubo quien fuese más lejos en estos crímenes de lesa nación. En las memorias ya citadas del vasco-francés Reynón, extractadas por el capitán Du Voisin, se leen los más curiosos detalles acerca de otro revolucionario español, que llevó su insano furor hasta el punto de tomar armas contra su pa-

tria. Permítase una leve digresión sobre este odioso personaje.

Llamábase D. Primo Feliciano Martínez de Ballesteros, y había nacido en Logroño por los años de 1745. Su familia era distinguida: su educación esmerada. Sabía bien el latín, y hablaba con mucha soltura el italiano y el francés. Era buen músico, y tocaba con talento el piano y el órgano. Á la edad de treinta años se estableció en Bayona, donde se ganaba la vida como intérprete y profesor de lenguas. Decíase que había sido novicio de los jesuítas, pero nunca pudo comprobarse. Hombre ingenioso y de ameno trato, ganó en breve tiempo muchos amigos, á quienes divertía con su gracia para contar anécdotas chistosas, y con sus originales y felices ocurrencias, cuyo gusto sabía variar según la calidad de las gentes con quien trataba. Escribiendo tenía menos donaire: publicó en castellano la famosa *Academia Asnal*, con caricaturas en madera: una de las más insulsas diatribas que se han escrito contra la Academia Española desde que en tiempos inmediatos á su fundación, D. Luis de Salazar y Castro rompió el fuego en la *Carta del Maestro de Niños* y en la *Jornada de los coches de Madrid á Alcalá.*

De estas escaramuzas literarias pasó pronto á otras de peor calidad. En la guerra de 1793, no contento con provocar á la deserción á los

soldados españoles, intentó formar una legión de miqueletes, que él se proponía mandar con título de coronel. Llegó á reunir unos 200 hombres, que se acuartelaron en el convento llamado de *Dames de la Foi* en Bayona. Allí se encargó de educarlos en la doctrina revolucionaria otro español refugiado, el ex oficial de marina Rubín de Celis (1), hombre instruído pero fanatizado por las ideas *humanitarias* y filosóficas de la época. Celis daba conferencias á los desertores, y les explicaba el catecismo

(1) No sé si será el mismo D. Manuel Rubín de Celis que en 1775 publicó traducida la obra de Saverien *Historia de los progresos del entendimiento humano en las ciencias exactas y en las artes que dependen de ellas* (Madrid, en la imprenta de Sancha).

Este Rubín de Celis era asturiano, natural de Lastres. Publicó ya con su nombre y apellido más usuales, ya con los semiseudónimos de *D. Santos Celis* y *D. Santos Manuel Pariente y Noriega*, varios librejos, en prosa y verso, de diversas materias, todos de poco fuste, y en los cuales se acreditó de incansable *grafómano*. El más conocido es un suplemento á *Los eruditos á la violeta*, que suele acompañar á las ediciones de aquella graciosa sátira del coronel Cadalso. Los restantes son: *Égloga pastoril: lamentos á la muerte de María Ladvenant, primera dama del teatro.* (Madrid, 1765.)—*Discursos políticos sobre los proverbios castellanos* (1767).—*Paralelo entre la juventud y la vejez* (1768).—*Carta histórico-médica sobre la inoculación de las viruelas* (1773).—*Oración fúnebre de Carlos Manuel*, rey de Cerdeña (traducida del francés: 1774).—*Tratado del cáñamo, escrito en francés por Mr. Marcandier* (traducido y adicionado: 1774).

de los derechos del hombre. Pero esta instrucción teórica no bastaba para los designios de Ballesteros, y además, antes que aquella tropa estuviera en disposición de moverse, estalló una sangrienta reyerta entre el cuerpo 7.º de voluntarios de Burdeos y los miqueletes españoles, la mayor parte de los cuales determinaron volver á pasar la frontera y acogerse á indulto. Ballesteros no se desanimó por eso, y con foragidos y vagabundos de todos países formó una nueva legión, á la cual dió el nombre de *Cazadores de las montañas.* Con ellos entró en campaña, y no dieron mala cuenta de sí; pero agotados en breve tiempo los recursos del Coronel, tuvo que poner su pequeña tropa á disposición del general La Bourdonnaye, que mandaba el ejército de los Pirineos Occidentales. La Bourdonnaye le reconoció el grado de Comandante de batallón, y le incorporó á su Estado Mayor en calidad de intérprete de lenguas extranjeras. Pero Ballesteros no conservó mucho tiempo su posición ni su grado, porque es bien sabido que los comisarios de la Convención hacían y deshacían diariamente generales y oficiales (1).

(1) Probablemente en este tiempo le dedicó Marchena un poema titulado *La Patria á Ballesteros*, del cual sólo quedan tres octavas insertas en las *Lecciones de Filosofía Moral y Elocuencia.* Constituyen un apóstrofe á la Libertad.

Quedó, pues, separado del servicio, y sólo mucho después remuneró el Gobierno de la República sus servicios con una módica pensión vitalicia de 800 francos, harto pequeña para quien se jactaba de que el Gobierno español había ofrecido cien mil reales por su cabeza. Aquí termina su papel político. En la venta de bienes nacionales había comprado á bajo precio la abadía de San Bernardo, cerca de Bayona. Allí estableció una fábrica de botellas, que fué devorada por un incendio. Entonces buscó nueva y menos lícita industria, aprovechando sus conocimientos químicos para falsificar el tabaco de España. Enriquecido por la falsificación y el contrabando, alcanzó la avanzadísima edad de noventa años, y murió en 1830, «muy llorado (dice Reynón) por las muchachas del pueblo, muchas de las cuales conservaban prendas de su amor» (1).

Volvamos á Marchena y á su compañero Hevia, los cuales por este tiempo empezaban á caer de la gracia del ministro Le Brun. Había entrado éste al principio en sus planes, como lo prueba su correspondencia con el alcalde de Bayona. En 8 de Marzo le escribía:

---

(1) Páginas 223 y 233 de las Memorias manuscritas ya citadas, de que nos envió extracto nuestro amigo Mr. Wenthworth Webster.

«Persisto en creer que Bayona es el punto más conveniente para reunir á los patriotas españoles y para trabajar en la regeneración de su país..... Conviene que el comité revolucionario empiece á funcionar lo antes posible, pero ajustando su conducta á principios de moderación y prudencia Es evidente que el lenguaje de los franceses regenerados y republicanos no puede todavía ser el de los españoles. Éstos tienen que irse preparando gradualmente á digerir los alimentos sólidos que les preparamos. Sobre todo, hay que respetar durante algún tiempo ciertas preocupaciones ultramontanas, que á la verdad son incompatibles con la libertad, pero que están demasiado profundamente arraigadas en nuestros vecinos para que puedan ser destruídas de un golpe (1).»

En 26 de Marzo añadía:

«Ya os he hablado de la organización de dos comités, uno en Bayona, y otro en Perpiñán, y os he indicado los nombres de muchos de los que deben ser sus miembros. Añado á esta lista dos españoles que están aquí, Marchena y Hevia: partirán dentro de pocos días, y espero que quedaréis satisfechos de su celo y de su talento (2).»

Pero los tiempos eran de recelo y desconfianza.

---

(1) *Aff. Ét. Esp.*, 635, pieza 219.
(2) Idem, 635, pieza 291.

«El grupo francés (dice Morel-Fatio) quería á todo trance excluir de los comités á Marchena y á Hevia, cuyo conocimiento de las cosas de España, así como la superioridad de su cultura, mortificaban á las medianías y á los ignorantes que tanto en Bayona como en Perpiñán pretendían tomar la dirección de los negocios españoles.»

Acordaron, pues, según era costumbre entonces, denunciarlos como sospechosos de traición é *incivismo*. El ciudadano Taschereau, antiguo agente secreto en Madrid encargado de espiar al embajador Bourgoing, y otro ciudadano todavía más obscuro, llamado Carles, escriben á Le Brun pintando á Marchena como «un joven aturdido, que no tiene más que las apariencias de un hombre instruído, y que posee en cambio toda la presunción de un ignorante».

«Se le ha visto (añaden) variar muchas veces en sus principios revolucionarios, entusiasmarse con los Bernardos (*Feuillants*, sociedad compuesta de moderados), declamar como un frenético contra la famosa jornada del 10 de Agosto (asalto de las Tullerías, y caída de la monarquía)..... Se le ha oído en Bayona decir á gritos: *España ó la muerte.* ¿Es esto patriotismo? Este hombre es sospechoso de todo punto, y muchas cartas que ha escrito á Madrid pueden atestiguarlo. Además, fuera de algunos conocimientos en moral y en política, Marchena no sabe absolutamente nada, porque no ha meditado

ni reflexionado sobre nada. El otro colaborador, llamado Hevia, está igualmente vacío que Marchena de buen sentido y de reflexión (1).»

Estas denuncias surtieron su efecto en el ánimo del ministro, y cuando Marchena y Hevia estaban á punto de salir de París para trasladarse á Bayona, fueron arrestados por los comisarios de la sección de las Cuatro Naciones como *extranjeros* y *sospechosos*. Apenas se enteró de ello Brissot, amigo y protector de Marchena, se apresuró á intervenir en su favor, solicitando que inmediatamente fuesen puestos en libertad los dos emigrados españoles. Su carta á Le Brun es de 4 de Mayo, y dice así:

«Ciudadano Ministro:

»Acabo de saber que Marchena ha sido arrestado, y con él Hevia. Parece increíble que se haya llegado á tales excesos contra hombres á quienes el amor de la libertad ha traído á Francia, y que tantas pruebas han dado de sus sentimientos cívicos. No sé á qué atribuir el cambio de vuestras disposiciones respecto á ellos, y por qué razón, después de haberlos nombrado para el comité revolucionario español, en que podían ser tan útiles, habéis hecho borrar sus nombres sin motivo alguno. Sea como quiera, hoy la desdicha pesa sobre ellos, y al Minis-

(1) La carta de Taschereau es de 28 de Marzo de 1793; la de Carles de 9 de Abril.

tro de Negocios extranjeros es á quien toca sacarlos de tal situación. Podéis y debéis informar á la sección de todo lo que sabéis sobre esos hombres, del empleo á que pensabais destinarles; y puesto que ya no pueden servir á la República francesa por haber cambiado vuestra opinión en este punto, lo menos que podéis hacer es darles un pasaporte para que salgan de Francia. Están proscriptos en España como amigos de la Revolución francesa. ¿Los hemos de proscribir aquí como españoles? Cuando un extranjero no tiene embajador, al Ministro de Negocios extranjeros toca protegerle...

»J. P. Brissot.»

Esta carta no convenció á Le Brun, que sólo se prestó á intervenir en favor de Hevia, sin dignarse nombrar siquiera á su compañero. De todos modos este primer encarcelamiento de Marchena no fué largo, ya porque se le pusiera en libertad, ya porque lograra evadirse. Y entonces la gratitud le unió más estrechamente que nunca con Brissot y los girondinos, cuyas vicisitudes, prisiones y destierros compartió con noble y estoica entereza.

No hay para qué repetir aquí lo que todo el mundo sabe y en cualquiera historia de la Revolución francesa puede leerse. Proscritos los girondinos en 2 de Junio de 1793, declarados traidores á la patria en 25 de Julio, en-

carcelados ú ocultos algunos de ellos, fueron los restantes á encender la guerra civil en los departamentos del Mediodía, del Centro y del Este. El principal foco de esta insurrección, que era federal en su tendencia, aunque no llevase tal nombre, fué la Normandía, adonde se dirigieron la mayor parte de los representantes fugitivos de París, Buzot, Salle, Barbaroux, Larivière, Gorsas, Louvet, Guadet, Pétion y otros, hasta el número de veinte. Además de estos diputados bullían entre los caudillos de la insurrección el periodista Girey-Dupré, un joven literato llamado Riouffe, *y el español Marchena*, amigo de Brissot (1). Constituyóse en Caen una *asamblea central de resistencia á la opresión*, y el general Félix Wimffen se puso al frente de las fuerzas destinadas á marchar sobre París. Pero fuese por la nulidad del general ó de los representantes, ó por la discordia de pareceres que entre ellos reinaba, aquella insurrección tuvo un resultado no sólo infeliz, sino ignominioso, y algunos cañonazos disparados en Vernon el 13 de Julio bastaron para disiparla y para reducir á la obediencia de la

(1) J. Guadet, *Les Girondins, leur vie privée, leur vie publique, leur proscription et leur mort.* (París, 1889, página 357.)

Vid. también el excelente libro de Edmond Biré *La Légende des Girondins* (París, 1896), aunque no nombra á Marchena.

Convención toda la Normandía. Entonces comienza la triste odisea de los girondinos, largamente relatada en las Memorias de Louvet y de Meillan.

Empezaron por buscar asilo en Bretaña, con la esperanza de embarcarse allí para la Gironda, donde contaban con elementos para la lucha; y, después de increíbles penalidades, llegaron á Quimper, donde su amigo Duchâtel había fletado una barca para conducirlos á Burdeos. Pero esta barca se hallaba en mal estado, exigió grandes reparaciones, y no pudo partir hasta el 21 de Agosto. En ella iban nueve viajeros: Cussy, Duchâtel, Bois-Guyon, Girey-Dupré, Salle, Meillan, Bergoeing, Riouffe y *Marchena.*

La navegación fué feliz, y el 24, á prima noche, llegaron á la Gironda, delante del pico de Ambès. Bergoeing y Meillan, únicos que conocían el país, saltaron en tierra para informarse del estado de las cosas, y los demás se quedaron á bordo hasta que sus colegas les diesen aviso de desembarcar. Á fines del mes de Septiembre llegó otro grupo de girondinos, Guadet, Pétion, Valady, Barbaroux, que venían en una embarcación procedente de Brest.

Terrible fué su desencanto al saber que el movimiento de Burdeos y Marsella había fracasado lo mismo que el de Normandía y Bretaña. Y aquí dejaremos la palabra á un so-

brino del girondino Guadet, que cuenta estos sucesos con más pormenores que los que se contienen en las historias generales, como que el autor consigna sus propias tradiciones de familia:

«Al saber tan tristes nuevas, los proscriptos, reunidos en el Pico de Ambès, no pensaron más que en ponerse en salvo. Guadet dejó á sus amigos en una casa perteneciente á su suegro, y partió él mismo para su pueblo natal, St. Emilion, residencia de su familia y de la mayor parte de los amigos de su infancia. Allí esperaba encontrar protección y asilo para sus colegas, á quienes prometió enviar un emisario.

»Pero no faltó en el lugar de Ambès quien conociera á los diputados. El mismo Guadet, con su confianza ordinaria, como dice Louvet, había dado su nombre, y no era difícil adivinar quiénes podían ser los otros. Pensaron, pues, que la prudencia exigía que se mantuviesen cuidadosamente ocultos. Pero fué en vano, porque muy pronto fué conocido el punto en que estaban refugiados. Supieron que un ciudadano de aquellas cercanías, ardiente revolucionario, había hecho un viaje á Burdeos, y que había vuelto trayendo consigo gente desconocida: que se notaba en la casa conciliábulos y movimiento. La inquietud de los diputados aumentaba, y Guadet no volvía, ni enviaba aviso alguno.

»Dispuestos para cualquier suceso, se prepararon para la defensa, hicieron barricadas; y se repartieron las armas de que disponían: catorce pistolas, cinco

sables y un fusil. Era de noche. Algunos se acostaron vestidos, otros hicieron centinela, pero nadie se presentó aquel día.

»Á la noche siguiente llega un enviado de Guadet. Éste no había podido encontrar más que una sola persona que se atreviese á recibir á dos de sus colegas; pero se ocupaba en buscar asilo para los demás.

»Con estas nuevas quedaron todos consternados. Entonces exclamó Barbaroux: «¿Quién de nosotros »puede pensar en salvarse solamente á sí mismo, »sin que le detenga el pensamiento de que mañana »acaso no existirán los que va á dejar aquí? Por lo »que á mí toca, no abandonaré nunca á los compa»ñeros de mis trabajos y de mi gloria! ¿No hay »asilo más que para dos? Pues quedémonos todos, y »muramos juntos. ¿Pero Guadet, si conociese nues»tra posición, no enviaría á buscar más que dos? »¿No comprendería que lo más urgente es salir de »aquí? Hay quien ofrece asilo para dos de nosotros. »Pues bien, para cuatro ó cinco días, si es menester, »¿no hemos de caber seis en el lugar donde se es»pera á dos? Partamos todos.»

»Mientras así deliberaban, vino alguien á advertir que había mucho ruido en la posada inmediata. Acababan de llegar treinta oficiales, y se veían ya en aquellos contornos muchos destacamentos de la guardia nacional y algunas brigadas de gendarmería. Con esto quedó cortada toda discusión. Partieron en silencio, siguieron á su guía hacia la barca que los esperaba, y en esto les fué propicia la fortuna, porque apenas habían abandonado la casa, cuando fué ya asaltada.

»Muy cerca de la villa de St. Emilion estaba la casa del padre de Guadet, separada de todas las habitaciones. Guadet (padre), un hijo suyo y una hermana componían todo el personal de la casa. El padre de Guadet era un viejo de setenta años: su aspecto, sus maneras, su lenguaje anunciaban un hombre habituado á la autoridad: sus hijos tenían por él profundo respeto y sumisión absoluta.....

Á esta puerta vinieron á llamar el 27 de Septiembre los fugitivos del Pico de Ambès. Fueron acogidos como hijos, como hermanos: encontraron afecto de parte del viejo, tierno interés de parte de sus hijos. Pero no podía haber seguridad para ellos en casa del representante Guadet: á mitad del día que siguió á su llegada se les vino á decir que el Comandante de la expedición del Pico de Ambès seguía sus huellas, que avanzaba al frente de cincuenta caballos y que venía seguido por un batallón revolucionario. Era domingo. Para colmo de desdichas, un hombre que desde la mañana corría por aquellos alrededores para buscarles un retiro más seguro, volvió por la noche con la triste noticia de que nadie se atrevía á recibirlos. Guadet quedó confundido (dice Louvet): ¡Qué dignos de lástima éramos; pero él todavía más que nosotros!

»¿Qué podían hacer ya? Separarse, puesto que, yendo perseguidos tan de cerca, no convenía que marchasen juntos. Los proscriptos se separaron, dándose el último abrazo de despedida (1).»

Marchena y algún otro tuvieron la temeri-

(1) J. Guadet, obra citada, páginas 376-380.

dad de meterse en la misma ciudad de Burdeos, y fueron, por tanto, de los primeros que cayeron en manos de sus enemigos. Sobre este interesantísimo período de la vida de nuestro autor derraman mucha luz las *Memorias* de su amigo y compañero de cautividad el marsellés Honorato Riouffe (1). De ellas resulta que Marchena fué preso en Burdeos el mismo día que Riouffe; es, á saber, el 4 de Octubre de 1793, conducido con él á París y encerrado en los calabozos de la Conserjería. Riouffe le llama á secas el español, pero Mr. Thiers nos descubre su nombre al contarnos la fuga de los girondinos por el Mediodía de Francia:

«Barbaroux, Pétion, Salle, Louvet, Meillan, Guadet, Kerbelégan, Gorsas, Girey-Dupré, *Marchena, joven español que habia venido á buscar la libertad en Francia*, Riouffe, joven que por entusiasmo se había unido á los girondinos, formaban este escuadrón de ilustres fugitivos, perseguidos como traidores á la libertad (2).»

---

(1) Le llamo marsellés porque de Marsella eran sus padres, aunque él naciese casualmente en Roma. El título de su libro, muy utilizado por todos los historiadores de la época del Terror, es *Mémoires d'un détenu, pour servir à l'histoire de la tyrannie de Robespierre.* Se publicaron por primera vez en la *Collection des Mémoires relatifs à la Révolution Française*, de Berville y Barrière, que comprende más de sesenta volúmenes. Latour extracta del libro de Riouffe los párrafos relativos á Marchena.

(2) *Historia de la Revolución francesa*, cap. XXIV.

Después de la prisión, Riouffe es más explícito:

«Me habían encarcelado (dice) juntamente con un español que había venido á Francia á buscar la libertad bajo la garantía de la fe nacional. Perseguido por la inquisición religiosa de su país, había caído en Francia en manos de la inquisición política de los comités revolucionarios. No he conocido un alma más entera ni más enérgicamente enamorada de la libertad, ni más digna de gozar de ella. Fué su destino ser perseguido por la causa de la República, y amarla cada vez más. Contar mis desgracias es contar las suyas. Nuestra persecución tenía las mismas causas; los mismos hierros nos habían encadenado; en las mismas prisiones nos encerraron, y un mismo golpe debía acabar con nuestras vidas.....»

El calabozo donde fueron encerrados Riouffe, Marchena y otros girondinos tenía sobre la puerta el núm. 13. Allí escribían, discutían y se solazaban con farsas de pésimo gusto. Todos ellos eran ateos, *muy crudos*, *muy verdes*, y, para inicua diversión suya, vivía con ellos un pobre benedictino, santo y pacientísimo varón, á quien se complacían en atormentar de mil exquisitas maneras. Cuándo le robaban su breviario, cuándo le apagaban la luz, cuándo interrumpían sus devotas oraciones con el estribillo de alguna canción obscena. Todo lo llevaba con resignación el infeliz monje, ofreciendo á

Dios aquellas tribulaciones, sin perder nunca la esperanza de convertir á alguno de aquellos desalmados. Ellos, para contestar á sus sermones y argumentos, imaginaron levantar altar contra altar, fundando un nuevo culto con himnos, fiestas y música. Al flamante irrisorio dios le llamaron *Ibrascha*, y Riouffe redactó el símbolo de la nueva secta, muy parecido á lo que fué luego el credo de los *theophilántropos*. Y es lo más peregrino que el inventor llegó á tomarla por lo serio, y todavía cuando muchos años después redactaba sus Memorias, convertido ya en personaje grave y en funcionario del Imperio, no quiso privar á la posteridad del fruto de aquellas lucubraciones, y las insertó en toda su extensión, diciendo que «aquella religión (!) valía tanto como cualquiera otra, y que sólo podría parecer pueril á espíritus superficiales».

Las ceremonias del nuevo culto comenzaron con grande estrépito: entonaban á media noche un coro los adoradores de *Ibrascha*, y el pobre monje quería superar su voz cantando el *De profundis;* pero débil y achacoso él, fácilmente se sobreponía á sus cánticos el estruendo de aquella turba desaforada. A ratos quería derribar la puerta del improvisado santuario, y ellos le vociferaban: «¡Sacrílego, espíritu fuerte, incrédulo!»

En medio de esta impía mascarada adoleció

gravemente Marchena, tanto que en pocos días llegó á peligro de muerte. Apuraba el benedictino sus esfuerzos para convertirle, pero él á todas sus cristianas exhortaciones respondía con el grito de «*¡Viva Ibrascha!*».

Y, sin embargo, en la misma cárcel, teatro de estas pesadísimas bromas con la eternidad y con la muerte, leía asiduamente Marchena la *Guía de pecadores* de Fr. Luis de Granada. ¿Era todo entusiasmo por la belleza literaria? ¿Era alguna reliquia del espíritu tradicional de la vieja España? Algo habría de todo, y quizá lo aclaren estas palabras del mismo Marchena al librero Faulí, en Valencia, el año 1813:

«¿Ve usted este volumen, que por lo ajado muestra haber sido tan manoseado y leído como los breviarios viejos en que rezan diariamente nuestros clérigos? Pues está así porque hace veinte años que le llevo conmigo, sin que se pase día en que deje de leer en él alguna página. Él me acompañó en los tiempos del Terror en las cárceles de París; él me siguió en mi precipitada fuga con los girondinos; él vino conmigo á las orillas del Rhin, á las montañas de Suiza, á todas partes. Me pasa con este libro una cosa que apenas sé explicarme. Ni lo puedo leer, ni puedo dejar de leerlo. No lo puedo leer, porque convence mi entendimiento y mueve mi voluntad de tal suerte, que, mientras le estoy leyendo, me parece que soy tan cristiano como usted y como las

monjas, y como los misioneros que van á morir por la fe católica en la China ó en el Japón. No lo puedo dejar de leer, porque no conozco en nuestro idioma libro más admirable.»

El hecho será todo lo extraño que se quiera, pero su explicación ha de buscarse en las eternas contradicciones y en los insondables abismos del alma humana, y no en el pueril recurso de decir que el abate Marchena gustaba sólo en Fr. Luis de la pureza y armonía de la lengua. No cabe en lo humano encariñarse hasta tal punto con un escritor cuyas ideas totalmente se rechazan. No hay materia sin alma que la informe; ni nadie, á no estar loco, se enamora de palabras vacías, sin parar mientes en su contenido.

Pero tornemos á Marchena y á sus compañeros de prisión. Casi todos fueron subiendo, en el transcurso de pocos meses, al cadalso. Los veintiún diputados girondinos (Vergniaud, Gensonné, Brissot, Lassource, Lacaze, Fauchet, Fonfrède, Ducos.....) en 31 de Octubre; Mad. Roland, la ninfa Egeria, la gran sacerdotisa de la Gironda, en 9 de Noviembre; el ministro Le Brun en 27 de Diciembre; y antes y después otros más obscuros, sin contar con los que perecieron en provincias, como Salle, Guadet y Barbaroux, ejecutados en Burdeos; y los que como Roland, Condorcet y otros

muchos apelaron al suicidio por medio del puñal ó del veneno.

Marchena fué de los pocos que salieron incólumes de aquel general exterminio, ya por su calidad de extranjero, ya por ser figura de segundo orden en su partido, á pesar de la notoriedad que tenía como periodista y orador de club. Pero lo cierto es que, sintiéndose ofendido por la preterición, había escrito á Robespierre aquellas extraordinarias provocaciones, algo teatrales en verdad, aunque el valor moral del autor las explique y defienda: «Tirano, me has olvidado.» «Ó mátame, ó dame de comer, tirano.» Hay en todos estos apotegmas y frases sentenciosas del tiempo de la Revolución algo de *laconismo* y de estoicismo de colegio, un infantil empeño de remedar á Leónidas y al rey Agis, á Trasíbulo, á Timoleón y á Tráseas, que echa á perder todo el efecto hasta en las situaciones más solemnes. Yo no llamaré, como Latour y otros, sublimes insolencias á las de Marchena, porque toda afectación, aun la de valor, me parece mala y viciosa. La muerte se afrenta y se sufre honradamente cuando viene; no se provoca con carteles de desafío, ni con botaratadas de estudiante. No murieron así los grandes antiguos, aunque mueran así los antiguos del teatro.

Pero los tiempos eran de retórica, y á Robespierre le encantó la audacia de Marchena.

Y aún hubo más: quiso atraérsele y comprar su pluma, á lo cual Marchena se negó con digna altivez, continuando en la Conserjería, siempre bajo el amago de la cuchilla revolucionaria, hasta que vino á restituirle la libertad la caída y muerte de Robespierre en 9 de Thermidor (27 de Julio de 1794).

La fortuna pareció sonreirle entonces. Le dieron un puesto, aunque subalterno, en el *Comité de salvación pública*, y empezó á redactar con Poulthier un nuevo periódico, *El Amigo de las leyes*. Pero los thermidorianos vencedores se dividieron al poco tiempo, y Marchena, cuyo perpetuo destino era afiliarse á toda causa perdida, se declaró furibundo enemigo de Tallien, Legendre y Fréron; escribió contra ellos venenosos folletos (1); perdió su

(1) «Una multitud de hombres que tenían fama en la literatura ó que habían figurado en las antiguas asambleas, se presentaron en las tribunas de las secciones. Suard, Morellet, Lacretelle *junior*, Fiévée, Vaublanc, Pastoret, Dupont de Nemours, Quatremère de Quincy, Delalot, el fogoso converso La Harpe, el general Miranda, escapado de las prisiones en que había sido encerrado á consecuencia de su conducta en Nerwinde, *el español Marchena, que había logrado salvarse de la proscripción de sus amigos los girondinos*, el jefe de la agencia realista Lemaître, se distinguieron en folletos y discursos vehementes: todos los enemigos de la Convención se desataron contra ella.»

Así Mr. Thiers, en su *Histoire de la Révolution Fran-*

empleo; se vió otra vez perseguido y obligado á ocultarse; sentó, como en sus mocedades, plaza de conspirador, y fué denunciado y proscripto, en 1795, como uno de los agitadores de las secciones del pueblo de París en la jornada de 5 de Octubre contra la Convención (1).

Pasó aquella borrasca; pero no se aquietó el ánimo de Marchena. Al contrario, en 1797 le vemos haciendo crudísima oposición al Directorio, que para deshacerse de él no halló medio mejor que aplicarle la ley de 21 de Floreal contra los extranjeros sospechosos, y arrojarle del territorio de la República. Conducido por gente armada hasta la frontera de Suiza, fué su primer pensamiento refugiarse en la casa de campo que tenía en Coppet su antigua amiga Mad. de Stael, cuyos salones había frecuentado él en París. Pero la futura *Corina* no quería indisponerse con el Directorio, y además no

---

çaise, t. VIII, cap. I, al referir la coalición de realistas y republicanos exaltados contra la Convención, con motivo de la promulgación de la Constitución llamada del año III y de los decretos de 5 y 13 de Fructidor. Sabido es que este conflicto terrible fué resuelto por Bonaparte y Barras en la jornada de 13 de Vendimiario con la derrota de las secciones insurrectas.

(1) De todo esto hay datos en la *Biographie Universelle* de Michaud, y en la ya citada nota de D. Sebastián Miñano á su traducción de la *Historia de la Revolución francesa* de Thiers.

gustaba de la insufrible mordacidad y del cinismo nada culto de Marchena, á quien Chateaubriand (que le conoció en aquella casa) define en sus *Memorias de Ultratumba* con dos rasgos indelebles: «*Sabio inmundo y aborto lleno de talento.*» Lo cierto es que la castellana de Coppet dió hospitalidad á Marchena, pero con escasas muestras de cordialidad, y que á los pocos días riñeron del todo, vengándose Marchena de Mad. de Stael con espantosas murmuraciones.

Decidido á volver á Francia, entabló reclamación ante el Consejo de los Quinientos para que se le reconocieran los derechos de ciudadano francés; y mudándose los tiempos, según la vertiginosa rapidez que entonces llevaban las cosas, logró, no sólo lo que pedía, sino un nombramiento de oficial de Estado Mayor en el ejército del Rhin, que mandaba entonces el general Moreau, célebre por su valor y por sus rigores disciplinarios.

Agregado Marchena á la oficina de contribuciones del ejército en 1801, mostró desde luego aventajadas dotes de administrador militar laborioso é íntegro, porque su entendimiento rápido y flexible le daba recursos y habilidad para todo. Quiso Moreau en una ocasión tener la estadística de una región no muy conocida de Alemania, y Marchena aprendió en poco tiempo el alemán, leyó cuanto se

había escrito sobre aquella comarca, y redactó la estadística que el general pedía, con el mismo aplomo que hubiera podido hacerlo un geógrafo del país.

Pero no bastaban la topografía ni la geodesia para llenar aquel espíritu curioso, ávido de novedades y esencialmente literario: por eso en los cuarteles de invierno del ejército del Rhin volvía sin querer los ojos á aquellos dulces estudios clásicos que habían sido encanto de los alegres días de su juventud en Sevilla. Entonces forjó su breve fragmento de Petronio, fraude ingenioso, y cuya fama dura aún entre muchos que jamás le han visto. Sus biógrafos han tenido muy obscuras é inexactas noticias de él. Unos han supuesto que estaba en verso; otros han referido la sospechosa anécdota de que habiendo compuesto Marchena una canción harto libre en lengua francesa, y reprendiéndole por ella su general Moreau, se disculpó con decir que no había hecho más que poner en francés un fragmento inédito del *Satyricon* de Petronio, cuyo texto latino inventó aquella misma noche y se le presentó al día siguiente, cayendo todos en el lazo.

Todo esto es inexacto, y hasta imposible, porque el fragmento no está en verso, ni ha podido ser nunca materia de una canción, sino que es un trozo narrativo, compuesto *ad hoc* para llenar una de las lagunas del *Satyricon*,

de tal suerte, que apenas se comprendería si le desligásemos del cuadro de la novela en que entra. Sabido es que esta singular novela de Petronio, *auctor purissimae impuratis*, monumento precioso para la historia de las costumbres del primer siglo del Imperio, ha llegado á nosotros en un estado deplorable, llena de vacíos y truncamientos, donde quizás haya desaparecido lo más precioso, aunque haya quedado lo más obsceno. El deseo de completar tan curiosa leyenda ha provocado supercherías y también errores de todo género, entre ellos aquel que con tanta gracia refiere Voltaire en su *Diccionario filosófico*. Leyó un humanista alemán en un libro de otro italiano no menos sabio: «*Habemus hic Petronium integrum, quem saepe meis oculis vidi, non sine admiratione.*» El alemán no entendió sino ponerse inmediatamente en camino para Bolonia, donde se decía que estaba el Petronio entero. ¡Cuál no sería su asombro cuando le mostraron en la iglesia mayor el cuerpo íntegro de San Petronio, patrono de aquella religiosa ciudad!

Lo cierto es que la bibliografía de Petronio es una serie de *fraudes honestos*. Cuando en 1622 apareció en Trau de Dalmacia el insigne fragmento de la *Cena de Trimalchión*, que era el más extenso de la obra y casi duplicaba su volumen, no faltó un falsario llamado Nodot

que, aprovechándose del ruido que había hecho en toda Europa literaria aquel hallazgo, fingiese haber descubierto en Belgrado (*Albagraeca*), el año 1688 un nuevo ejemplar de Petronio, en que todas las lagunas estaban colmadas. A nadie engañó tan mal hilada invención, porque los supuestos fragmentos de Nodot están en muy mal latín y abundan en groseros galicismos, como lo pusieron de manifiesto Leibnitz, Cramner, Perizonio, Ricardo Bentley y otros cultivadores de la antigüedad. Pero como quiera que los suplementos de Nodot, á falta de otro mérito, tienen el de dar claridad y orden al mutilado relato de Petronio, siguen admitiéndose tradicionalmente en las mejores ediciones.

Marchena fué más afortunado, por lo mismo que su fragmento es muy corto, y que puso en él los cinco sentidos, bebiendo los alientos al autor, con aquella pasmosa facilidad que él tenía para remedar estilos ajenos. Toda la malicia discreta y la elegancia un poco relamida de Petronio, atildadísimo cuentista de decadencia, han pasado á este trozo, que debe incorporarse en la descripción de la monstruosa zambra nocturna de que son actores Gitón, Quartilla, Pannychis y Embasicetas. Claro que un trozo de esta especie, en que el autor no ha emulado sólo la pura latinidad de Petronio, sino también su desvergüenza inaudita,

no puede trasladarse íntegro en esta colección; con todo eso, y á título de curiosidad filológica, pongo en nota algunas líneas, que no ofrecen peligro, y que bastan para dar idea de la manera del abate andaluz en este notable ensayo (1).

---

(1) *Fragmentum Petronii, ex bibliothecae S. Galli antiquissimo ms. excerptum, nunc primum in lucem editum, gallice vertit ac notis perpetuis illustravit Lallemandus, Sacrae Theologiae doctor.* (Toda esta portada es burlesca, como se ve: la edición se hizo en Basilea en 1802; es hoy rarísima, y apenas hay biblioteca pública que la posea.) Ha sido reimpresa el año 1865 en Bruselas, con la falsa data de Soleure, precedida de una introducción biográfica, escrita por el *bibliófilo Jacob* (Paul Lacroix). La tirada fué cortísima, y sólo para aficionados (112 ejemplares numerados, y 20 más en papel superior). Es un cuadernito de VIII páginas preliminares y 53 de texto.

El fragmento sin las notas puede leerse en uno de los apéndices del *Catulo* de Noël (año XI, 1803, pág. 344), y traducido al francés, figura también en el *Petronio* de la colección Nisard, donde es lástima que falte el texto latino. Véase alguna muestra de él:

«*Haec dum fiunt, ingenti sono fores repente perstrepunt, omnibusque quid tam inopinus sonitus esset mirantibus, militem, ex excubiis nocturnis unum, districto gladio, adolescentulorumque turba stipatum conspicimus. Trucibus ille oculis ac Thrasonico gestu omnia circumspiciebat: tandem Quartillam intuens: Quid est* (*inquit*) *mulier impudentissima? Falsis me pollicitationibus ludis, nocteque promissa fraudas? At non impune feres, tuque amatorque iste tuus me esse hominem intelligetis..... Tum vero anus illa ipsa, quae dudum me domicilium quaerentem luserat, velut e coelo demissa, miserae Pannychidi auxilio fuit.*

El éxito de esta *facecia* fué completísimo. Marchena la publicó con una dedicatoria jocosa al ejército del Rhin (1) y con seis largas notas de erudición picaresca, que pasan, lo mismo que el texto, los límites de todo razonable desenfado, por lo cual no nos hemos atrevido á incluirlas en la colección de los escritos sueltos de Marchena. Estas notas son mucho más largas que el texto que comentan, al modo que lo vemos en el *Chef d'œuvre d'un inconnu*, y en otros pasatiempos semejantes, cuyos autores han querido satirizar la indigesta erudición con que suelen abrumar los comentadores el texto que interpretan.

Magnis illa clamoribus domum intrat, vicum pererrare praedones autumat; frustra cives Quiritium fidem implorare, nec vigilum excubias, aut somno sopitas, aut comessationibus intentas praesto esse. Hic miles graviter commotus, praecipitanter se ex Quartillae domo abduxit, eam insecuti comites, Pannichida impendente periculo, nos omnes metu, liberarunt.....»

Siento no poder copiar lo más característico del relato. Noël (que, como queda dicho, le copia entero y le elogia mucho) llama á Marchena *español notable por la prodigiosa variedad de sus conocimientos.*

(1) En esta dedicatoria daba cuenta de su hallazgo en los términos siguientes:

«Las conquistas de los franceses han contribuído mucho, durante estas últimas guerras, al progreso de las ciencias y de las letras. El Egipto nos ha revelado monumentos de sus primeros habitantes que la ignorancia y la superstición de los coptos y de los musulmanes ocultaban

A pesar del tono de broma de las notas y del preámbulo, la falsificación logró su efecto. Un profesor alemán *demostró* en la *Gaceta Literaria Universal* de Jena la autenticidad de aquel fragmento: el Gobierno de la Confederación Helvética mandó practicar investigaciones oficiales en busca del códice del Monasterio de S. Gall donde Marchena declaraba haber hecho su descubrimiento. ¡Cuál sería la sorpresa y el desencanto de todos, cuando Marchena declaró en los papeles periódicos

---

á las naciones ilustradas. Las bibliotecas de los conventos de los diferentes países conquistados han sido exploradas por los sabios y han visto la luz manuscritos preciosos.

»No es la menos interesante de estas adquisiciones el fragmento de Petronio, que ofrecemos al público, sacándole de un antiguo manuscrito, que la bravura invencible de los soldados conquistadores de S. Gall nos ha permitido examinar. Hemos hecho este importante descubrimiento leyendo un pergamino que contiene la obra de San Gennadio sobre los deberes de los presbíteros. Este códice, por la forma de sus caracteres, nos parece datar del siglo XI. Un examen más atento nos ha hecho ver que la obra del Santo estaba escrita en hojas que contenían ya otra escritura, que se había intentado borrar. Se sabe que en estos siglos de ignorancia era frecuente escribir los libros eclesiásticos sobre códices que contenían las obras de los autores de la más pura latinidad. Á fuerza de trabajo hemos llegado á descifrar el trozo que damos al público, y cuya autenticidad nadie puede poner en duda..... El estilo del latín tiene tan impreso el sello original de Petronio, que es imposible creer apócrifo este fragmento.»

ser único autor de aquel bromazo literario! Y cuentan que hubo sabio del Norte que ni aun así quiso desengañarse.

En las notas quiso alardear Marchena de poeta francés, así como en el texto se había mostrado ingenioso poeta latino. Su traducción de la famosa oda ó fragmento segundo de Safo, tan mal traducida y tan desfigurada por Boileau, no es ciertamente un modelo de buen gusto, y adolece de la palabrería á que parece que inevitablemente arrastran los alejandrinos franceses; pero tiene frases ardorosas y enérgicas que se acercan al original griego (ó á lo menos á la traducción de Catulo) más que la tibia elegancia de Boileau, de Philips ó de Luzán:

A peine je te vois, à peine je t'entends,
. . . . . .
Immobile, sans voix, accablée de langueur,
D'un tintement soudain mon oreille est frappée,
Et d'un nuage obscur ma vue enveloppée:
Un feu vif et subtil se glisse dans mon cœur.

El *tintinnant aures* nunca se ha traducido mejor (1).

Animado Marchena con el buen éxito de

(1) Á propósito de la segunda oda de Safo (de que hay en castellano seis ó siete traducciones, entre ellas una mía), recordaré que nuestro ilustre comentador de

sus embustes, quiso repetirlos, pero esta vez con menos fortuna, por aquello de *non bis in idem*. Escribió, pues, cuarenta exámetros á nombre de Catulo, y como si fueran un trozo perdido del canto de las Parcas en el bellísimo *Epitalamio de Tetis y Peleo*, y los publicó en París el año de 1806, con un prefacio de burlas, en que zahería poco caritativamente la pasada inocencia de los sesudos filólogos alemanes.

«Si yo hubiera estudiado latinidad (decía) en el mismo colegio que el célebre doctor en Teología Lallemand, editor de un fragmento de Petronio, cuya autencidad fué demostrada en la *Gaceta* de Jena, yo probaría, comparando este trozo con todo lo demás que nos queda de Catulo, que no podía menos de ser suyo; pero confieso mi incapacidad, y dejo este cuidado á plumas más doctas que la mía (1).»

Catulo, Aquiles Estazo (*Statius*) completó la versión latina del poeta veronés con la siguiente estrofa, no digna ciertamente de caer en olvido:

Sudor it late gelidus trementi
Artubus totis, violamque vincit
Insidens pallor, moriens nec auras
Ducere possum.

(1) *Catulli fragmentum. Paris*, 1806. *Firminus Didot.* (No hay más portada que ésta.) Le reimprimió Federico Schoell en su *Répertoire de littérature ancienne* (París, 1808, páginas 184-188), con las correcciones de Eichstaedt,

Pero esta vez el supuesto *papiro herculanense* no engañó á nadie, ni quizá Marchena se había propuesto engañar. La insolencia del prefacio era demasiado clara: los versos estaban llenos de alusiones á la Revolución francesa y á los triunfos de Napoleón, y además se le habían escapado al hábil latinista algunos descuidos de prosodia y ciertos arcaísmos afectados, que Eichstaedt, profesor de Jena, notó burlescamente como variantes.

El aliento lírico del supuesto fragmento de Catulo es muy superior al que en todos sus versos castellanos mostró Marchena. ¡Fenómeno singular! Así él como su contemporáneo Sánchez Barbero, con quien no deja de tener algunas analogías, eran mucho más poetas usando la lengua sabia que la lengua propia. Véase una muestra de esta segunda falsificación:

Virtutem herois non finiet Hellespontus:
Victor lustrabit mundum, qua maxumus arva

---

publicadas en un programa de la Universidad de Jena el 7 de Agosto de 1807, con ocasión del nombramiento de nuevo Rector.

Eichstaedt dice de Marchena: «*Josephus Marchena, natione Hispanus, inter Franco-Gallos bellica virtute non minus quam scientia clarus, caeterum, ut Catullino quodam praeconio omnia complectamur, homo venustus, dicax et urbanus.*»

Æthiopum ditat Nilus, qua frigidus Ister
Germanum campos ambit, qua Thybridis unda
Laeta fluentisona gaudet Saturnia tellus.
Currite, ducentes subtemina, currite, fusi.
Hunc durus Scytha, Germanus Dacusque pavebunt:
Nam flammae similis, quom ardentia fulmina coelo
Juppiter iratus contorsit turbine mista,
Si incidit in paleasque leves, stipulasque sonantes,
Tunc Eurus rapidus miscens incendia victor
Saevit, et exultans arva et silvas populatur:
Hostes haud aliter prosternans alter Achilles,
Corporum acervis ad mare iter fluviis praecludet.
Currite, ducentes subtemina, currite, fusi.
At non saevus erit, cum jam victoria laeta
Lauro per populos spectandum ducat ovantem,
Vincere non tantum norit, sed parcere victis.....

No por hacer alarde de malos versos, sino para facilitar la inteligencia del fragmento poético de Marchena á los que no puedan leerle en su original, me atrevo á insertar aquí la traducción ó paráfrasis que hice veinte años ha, prescindiendo de los versos añadidos por Eichstaedt, y limitándome á los de nuestro abate, el cual los enlaza con el elogio profético de Aquiles que hay en el canto de las Parcas:

Mas ya traerán los siglos un héroe más excelso
Invicto en las batallas más que ningún mortal:
Será de estirpe Eácida, que sólo el fuerte Aquiles
A tal varón pudiera noble prosapia dar:
Le admirarán los siglos, y en tanto nuestros dedos

De las humanas gentes los hados urdirán.
Cruzando los estambres, corred, husos ligeros:
Del porvenir las telas fatídicos hilad.

Y no en el Helesponto se encerrará su gloria,
Antes el orbe todo triunfante correrá:
Los campos de Germania, que corta el Istro helado,
Los que el Etiope Nilo fecundizando va,
La tierra de Saturno, de mieses abundosa,
Do lame el rojo Tíber de Remo la ciudad.
Cruzando los estambres, etc.

De su valor ingente se asombrará el Germano,
Y el Dacio y el Scita guerrero temblarán;
Pues como la centella que Jove airado lanza
Entre fragor de truenos y recia tempestad,
Si prende en seca paja ó en resonante espiga,
Por campos y montañas extiéndese voraz,
Así él con muertos cuerpos atajará los ríos
Cuando soberbios corran á sumergirse al mar.
Cruzando los estambres, etc.

Mas cuando la victoria su frente coronare,
¡Que brille la clemencia en su gloriosa faz!
Triunfando y perdonando someta á los vencidos,
Y su triunfal carroza cien pueblos seguirán.
Cruzando los estambres, etc.

Estos serán los juegos en que el invicto Aquiles
Los años ejercite de su primera edad;
Y cuando rinda el hierro cansado el enemigo,
Y al orbe retornare la fugitiva paz,
El hórrido caudillo, las armas ya depuestas,
En senectud gloriosa su pueblo regirá,
Y al pueblo y al monarca los dioses sus mercedes,
Como en el siglo de oro, sin tasa otorgarán.
Cruzando los estambres, etc.

Nunca el furor impío su veste desgarrando
En intestinas lides el pueblo abrasará,
Ni hermanos contra hermanos, ni padres contra hi-
En propia sangre el brazo feroces teñirán. [jos
Cruzando los estambres, etc.
Desde la sacra era de Deucalión y Pirra
Ninguna más dichosa que esta futura edad.
Cruzando los estambres, etc.

Además de estos trabajos publicó Marchena en Francia muchos opúsculos políticos y religiosos (ó más bien irreligiosos) de que he logrado escasa noticia, y también algunas traducciones, todo ello en lengua francesa. Entre los escritos originales figuran un *Ensayo de Teología*, que fué refutado por el Dr. Heckel en la cuestión de los clérigos juramentados; unas *Reflexiones sobre los fugitivos franceses*, escritas en 1795, y *El Espectador francés*, periódico de literatura y costumbres, que empezó á publicar en 1796, en colaboración con Valmalette, y que no pasó del primer tomo, reducido á pocos números (1). En los *Anales de Viajes* insertó una descripción de las Provincias Vascongadas.

Del inglés tradujo en 1802 la *Ojeada*, del

(1) *Essai sur la théologie*, París, 1797.—*Heckel à Marchena sur les prêtes assermentés.*) — *Quelques reflexions sur les fugitifs français*, 1795.—*Le Spectateur Français. Año V.* 1796. 12.°

Dr. Clarke, *sobre la fuerza, opulencia y población de la Gran Bretaña*, añadiendo por apéndice la importante correspondencia inédita de David Hume y el Dr. Tucker. Del italiano una obra muy extensa é importante, que hizo época en los estudios orientales, el *Viaje á la India*, del carmelita descalzo Fr. Paulino de San Bartolomé, misionero apostólico en la costa del Malabar, y uno de los que revelaron á Europa la existencia y los misterios de la lengua sanscrita y de las religiones del Extremo Oriente. El libro original se había publicado en Roma en 1796, dedicado al Papa Pío VI. La traducción de Marchena, emprendida por encargo del librero Levrault, mereció la honra de ser escrupulosamente revisada en sus dos primeros volúmenes por el sabio Anquetil du Perron; y habiendo fallecido éste en 1805, su amigo y ejecutor testamentario, el célebre arabista Silvesrte de Sacy, se encargó de dirigir la impresión del tercer volumen y del *Atlas* que sirve de complemento á esta publicación. Las notas de Historia Natural son las mismas que acompañan á la traducción alemana de J. R. Forster, profesor de Mineralogía en Halle (1798), y al fin del tercer volumen se encuentra una Memoria original de Anquetil du Perron *sobre la propiedad individual y territorial en la India y en Egipto*, leída en varias sesiones al Instituto de Fran-

cia. Con todo este aparato de erudición oriental se presentó al público la traducción de la obra del P. Paulino, que era quizá la principal que hasta entonces se había escrito sobre la India, y puede competir con los mejores viajes del siglo pasado, por ejemplo con el de Volney á Siria y Egipto (1).

Como se ve por estos últimos escritos, la actividad de Marchena parecía dirigirse entonces á los libros de viajes y de geografía, alimento muy adecuado para su índole movediza y aventurera. Pero el círculo de sus estudios era tan vasto, que simultáneamente le vemos ocupado en una tarea de historia jurídica, que por cierto nadie esperaría de él, y que prueba su sagaz instinto, hasta en un género de erudición que apenas había saludado. En 1798, hallándose en París con pocos recursos, solicitó del rey de España una pensión para dedicarse á investigaciones útiles á nuestra historia en la Biblioteca Nacional de la República.

---

(1) *Coup d'œil sur la force, l'opulence et la population de la Grande Bretagne, par le docteur Clarke.* (París, 1802, 8.º)

—*Voyage aux Indes Orientales, par le P. Paulin de S. Barthélemy, missionnaire, traduit de l'italien par M***, avec les observations de MM. Anquetil du Perron, J. R. Forster et Sylvestre de Sacy. Paris, chez Tourneisin fils, libraire,* 1808. Tres tomos en 4.º y uno de Atlas en tamaño algo mayor.

«Entre los manuscritos que hay en ella (decía) citaré algunas de las leyes de los visogodos, inéditas y absolutamente desconocidas hasta ahora, que se leen en un códice del siglo VII, donde están las obras de San Jerónimo y Gennadio, *De viris illustribus*. Estas leyes se hallan esparcidas en quince ó veinte páginas, desde la 71 hasta la 144; y aunque se han raspado, y sobre el mismo pergamino se han escrito los dos tratados citados, sin embargo, muchas de estas leyes son aún legibles, y preciosísimas por su antigüedad, que sube hasta el siglo VI, y por ser las fuentes de nuestra legislación. Muchos de estos códices ilustran igualmente puntos muy esenciales de nuestra historia civil y eclesiástica y de nuestra cronología, especialmente desde Fernando I hasta los Reyes Católicos. Estos materiales son indispensables para saber á fondo nuestra historia. Como el que representa se haya ocupado con tesón en este género de investigaciones y desee continuarlas, haciendo útiles para la nación española sus trabajos literarios, y como para ello le fuera necesario abandonar cualquiera otra ocupación, solicita sobre los gastos extraordinarios de esta Embajada la pensión que fuere del agrado de S. M. concederle.»

El Ministro Saavedra pidió informe sobre esta petición de Marchena á nuestro Embajador en París D. José Nicolás de Azara, persona (como es sabido) de grande ilustración y cultura literaria y artística, pero que, por haber trocado en odio su antigua afición á los

principios de la Revolución francesa, no podía mirar con buenos ojos á los que en ella habían tomado tan activa parte. Contestó, pues, al Ministro que Marchena era una cabeza destornillada, alegando en prueba de ello que había compuesto y publicado un libro en defensa del Ateísmo, que probablemente sería el *Ensayo de Teología*, impreso el año anterior.

Con tales informes es claro que no había de prosperar la pretensión de Marchena, y fué lástima; porque en vez de continuar perdiendo el tiempo en tales *teologías espinosistas*, y en otras aberraciones más ó menos perjudiciales para su buen nombre, hubiera arrebatado á Knust la honra de copiar el primero los fragmentos de la ley primitiva de los visogodos, que aquél no leyó hasta 1828; y á Bluhme la de publicarlos con casi medio siglo de antelación, puesto que la edición de éste, única que tenemos hasta ahora, no apareció hasta 1846 (1). El haber fijado su atención en el palimpsesto de París y haber comprendido toda su importancia en 1798, es sin duda uno de los rasgos que más evidencian el claro entendimiento de

(1) *Die westgothisohe Antiqua oder das Gesetzbuch Reccareds des ersten.* Halle, 1847. Posteriormente, el profesor de Bolonia Augusto Gaudenzi ha descubierto en Inglaterra nuevos capítulos de esta ú otra semejante compilación primitiva de Derecho visigótico.

Marchena siempre que su monomanía enciclopedista no le perturbaba el juicio (1).

Después del proceso y destierro del general Moreau en 1804, Marchena, que hasta entonces había sido secretario suyo y satélite de su política, se hizo bonapartista y fogoso partidario del Imperio, en el cual veía lógicamente la última etapa de la Revolución, y primera de lo que él llamaba *libertad de los pueblos*, es decir, el entronizamiento de las ideas de Voltaire, difundidas por la poderosa voz de los cañones del César corso. No entendía de otra libertad, ni de otro patriotismo Marchena, aunque entonces pasase por moderado y estuvieran ya lejanos aquellos días de la Convención, en que osó escribir sobre la puerta de su casa: «*Ici l'on enseigne l'athéisme par principes.*»

III

La verdad es que Marchena no tuvo reparo en admitir el cargo de secretario de Joaquín Murat cuando en 1808 fué enviado por Napo-

(1) Consta la curiosa noticia que acabamos de consignar en el tomo II de la *Historia de Carlos IV* del abate Muriel, recientemente dada á luz por la Academia de la Historia (*Memorial Histórico Español*, t. XXX, páginas 199 y 200).

león á España (1). Acción es ésta que pesa terriblemente sobre su memoria, y más todavía cuando recordamos que ni siquiera la sangre de Mayo bastó á separarle del infame verdugo del Prado y de la Moncloa. ¡Cuán verdad es que, perdida la fe religiosa, apenas tiene el patriotismo en España raíz ni consistencia, ni apenas cabe en lo humano que quien reniega del agua del bautismo y escarnece todo lo que sus padres adoraron y lo que por tantos siglos fué el genio tutelar de su raza, y educó su espíritu, y formó su grandeza, y se mezcló como grano de sal en todos los portentos de su historia, pueda sentir por su gente amor que no

---

(1) Don Adolfo de Castro, en el artículo que con el título de *Un girondino español* publicó en el primer número de *La España Moderna* (1889), apunta los siguientes rumores, que no he visto consignados en ninguna otra parte:

«En aquel tiempo se decía que la protesta de Carlos IV, con motivo de la renuncia que el tumulto de Aranjuez le obligó á hacer en su hijo, se publicó anónima por Marchena en una imprenta habilitada dentro del palacio donde vivía Murat, para que no pudiesen ser sorprendidos ni secuestrados los ejemplares de orden del Consejo de Castilla. Más aún: los patriotas de aquel tiempo atribuían un escrito firmado por un coronel en defensa de Carlos IV y de María Luisa contra Fernando VII, á la artificiosa y desenvuelta pluma del abate Marchena.»

Ignoro la procedencia y el valor que puedan tener estas noticias, que en sí mismas no son inverosímiles.

sea retórica hueca y baladí, como es siempre el culto que se dirige al ente de razón que dicen *Estado!* Después de un siglo de enciclopedia y de filosofía sensualista y utilitaria, sin más norte moral que la conveniencia de cada ciudadano, es lógica la conducta de Marchena, como lógico fué más adelante el *Examen de los delitos de infidelidad* de Reinoso, que otros han llamado *defensa de la traición á la patria.* Uno de los más abominables efectos del positivismo filosófico y de la ideología política, fué entonces amortiguar ó apagar del todo en las almas de muchos hombres cultos el desinteresado amor á la patria. Viniera de donde viniera el destructor de la Inquisición y de los frailes, de buen grado le aceptaban los afrancesados, y de buen grado le servía Marchena.

Por aquellos días que antecedieron á la jornada de Bailén y á la primera retirada del ejército invasor, solía concurrir á la tertulia de Quintana, en quien por rara y feliz contradicción, digna de tan gran poeta como él era, pudieron vivir juntos el entusiasmo por las ideas del siglo XVIII y el patriotismo ferviente que le hizo abrazar desde los primeros momentos la causa nacional. No todos sus tertulianos le imitaron en esto. En los terribles folletos de Capmany, publicados en Cádiz en 1811 (1),

(1) *Cartas primera y segunda de un buen patriota que*

pueden leerse las semblanzas de algunos afrancesados y franceses con quienes Capmany tropezó en casa del cantor de *España Libre*, tales como el reformador de la Gimnástica Amorós, el abate Alea, Esménard y Mr. Quillet (famoso *incautador* de los cuadros de El Escorial). Entre estos personajes figura Marchena.

«Allí vi (dice Capmany) sabios y sabihondos, locos y cuerdos, eruditos y legos, hombres sanos de corazón y otros de alma corrompida..... Allí vi al renegado de Dios y de su patria, al prófugo, al apóstata y ateo Marchena, fautor, factor y espía de los enemigos que entraron en Madrid con Murat.»

Ya antes de este tiempo estaba Marchena en relaciones con Quintana y sus amigos de Madrid. Algunas alusiones de los versos del abate nos inducen á creer que en sus mocedades cursó algún tiempo las aulas salmantinas, donde pudo conocer á la mayor parte de ellos. Lo cierto es que desde 1804 fué colaborador de las *Variedades de Ciencias, Literatura y Artes*, firmando con sus iniciales *J. M.* (1), y

---

reside disimulado en Sevilla, escritas á un antiguo amigo suyo domiciliado hoy en Cádiz (Cádiz, en la Imprenta Real, 1811.) — *Manifiesto en respuesta al folleto titulado «Contestación de D. Manuel José Quintana á varios rumores y críticas.....»*

(1) Un año antes que esta Revista había comenzado á publicarse otra no menos importante y famosa en la his-

presentándole al público los editores (de los cuales el principal era Quintana) como «un español ausente de su patria, más de doce años había, y que en medio de las vicisitudes de su fortuna no había dejado de cultivar las musas castellanas». Allí se anunció que proyectaba una nueva traducción de los poemas ossiánicos, más perfecta é íntegra que las de Ortiz y Montengón, y se pusieron para muestra varios trozos. Se conoce que á Marchena, falsario por vocación, le agradaban todas las supercherías, aun las ajenas, y por eso, traduciendo las rapsodias del supuesto bardo caledonio, anduvo más poeta que en la mayor parte de sus versos

---

toria literaria de aquel tiempo, el *Correo Literario y Económico de Sevilla* (1803-1808), órgano de la escuela poética sevillana, dirigido por el erudito D. Justino Matute. También en él colaboró Marchena, remitiendo algunas de sus poesías, cuyos originales se hallan en el ms. de París. En el tomo I del *Correo* (pág. 21) está la oda que principia:

Belisa duerme: el céfiro süave.....

(con las iniciales *D. J. M.*).

En el tomo VII, pág. 117, la elegía que principia:

Del airado Mavorte la crueza.....

(con las caprichosas iniciales *R. V.*)

En el tomo XII, pág. 5, la epístola *Á Emilia*, con estas iniciales: *P. D. J. M.*

En el tomo XIII, pág. 199, la traducción de la elegía de Tibulo *Quisquis adest, faveat*, firmada *D. J. M.*

originales; de tal suerte, que es de lamentar la pérdida de la versión entera, de la cual sólo quedan estos fragmentos, y los dos poemas *La Guerra de Caros* y *La Guerra de Inistona*, incluídos en el manuscrito de París. Como la poesía ossiánica de Macpherson, no obstante su notoria falsedad, conserva cierta importancia histórica, como primer albor que fué del romanticismo nebuloso y melancólico, y como una de las primeras tentativas de poesía artificialmente nacional y autónoma, quizás no desagrade á los lectores ver estampado aquí, tal como le interpretó Marchena, el famoso *Himno al Sol* con que termina el poema de Cárton: trozo lírico curioso por haber servido de modelo al *Himno al Sol* de Espronceda:

¡Oh tú, que luminoso vas rodando
Por la celeste esfera,
Como de mis abuelos el bruñido
Redondo escudo! ¡Oh Sol! ¿De dó manando
En tu inmortal carrera
Va, di, tu eterno resplandor lucido?
Radiante en tu belleza
Majestuoso te muestras, y corridas
Las estrellas esconden su cabeza
En las nubes: las ondas de Occidente
Las luces de la luna obscurecidas
Sepultan en su seno; reluciente
Tú en tanto vas midiendo el amplio cielo.

¿Y quién podrá seguir tu inmenso vuelo?
Los robles empinados
Del monte caen; el alto monte mismo
Los siglos precipitan al abismo;
Los mares irritados
Ya menguan y ya crecen,
Ora se calman y ora se embravecen.
La blanca luna en la celeste esfera
Se pierde; mas tú ¡oh Sol! en tu carrera
De eterna luz brillante
Ostentas tu alma faz siempre radiante.
Cuando el mundo oscurece
La tormenta horrorosa, y cruje el trueno,
Tú, riendo sereno,
Muestras tu frente hermosa
En las nubes, y el cielo se esclarece.
¡Ay! que tus puros fuegos
En balde lucen, que los ojos ciegos
De Ossián no los ven más; ya tus cabellos
Dorados vaguen bellos
En las bermejas nubes de Occidente,
Ya en las puertas se muevan de Oriente.
Pero también un día tu carrera
Acaso tendrá fin como la mía,
Y sepultado en sueño, en tu sombría
Noche, no escucharás la lisonjera
Voz de la roja aurora:
Sol, en tu juventud gózate ahora.
Escasa es la edad yerta,
Como la claridad de Luna incierta
Que brilla entre vapores nebulosos.
Y entre rotos nublados.....

Estos versos, jugosos y entonados, aunque pobres de rima, son muestra clarísima de que sus largas ausencias y destierros no habían sido parte á que Marchena olvidara la dicción poética española, sin que todavía en aquella fecha necesitara recurrir para abrillantarla ó remozarla á los extraños giros, inversiones y latinismos con que en sus últimos años afeó cuanto compuso en prosa y verso.

A los pocos días de haber llegado Marchena á Madrid, donde todavía imperaba, aunque solamente *pro formula*, el antiguo régimen, se creyó obligado el inquisidor general D. Ramón José de Arce (varón, por otra parte, de carácter tolerantísimo y latitudinario, y aun tildado de complicidad con las nuevas ideas) á mandar prender al famoso girondino, cuya estrepitosa notoriedad de ateo había llegado hasta España escandalizando todos los oídos piadosos. Se le prendió, pues, y se mandó recoger sus papeles (algunos de los cuales tengo yo á la vista); pero Murat envió una compañía de granaderos, que le sacó á viva fuerza de las cárceles del Santo Tribunal. Con esta ocasión compuso Marchena ocho versos insulsos, que llamó *epigrama*, y que han tenido menos suerte que aquella su famosa chanza contra el ministro Urquijo, desdichado traductor de *La Muerte de César*, de Voltaire:

Ayer en una fonda disputaban
De la chusma que dramas escribía
Cuál entre todos el peor sería:
Unos «*Moncin*», «*Comella*», otros gritaban:
«El más malo de todos, uno dijo,
Es Voltaire traducido por Urquijo.»

Otro recuerdo literario tenemos de Marchena, en este año de 1808. Es una tragedia clásica, *Polixena*, impresa entonces (1), pero no representada nunca, por los motivos que el autor, muy pagado siempre de cualquier obra suya, indica en el prólogo de sus *Lecciones de Filosofía Moral:*

«Su autor nunca quiso consentir en que se representara; no atreviéndose á fiar la obra de actores que, exceptuando Máiquez, ni la más leve tintura tienen de declamación trágica. Del mérito de esta tragedia no soy yo juez competente; mis elogios parecerían hijos de mi afecto, y si quisiera tratarla con rigor, me sucedería lo que á Dédalo: *bis patriae cecidere manus.*»

En el penúltimo número del *Memorial Literario ó Biblioteca Periódica de Ciencias, Literatura y Artes;* en el mismo que contiene

(1) *Polixena*, tragedia en tres actos por D. J. M. Madrid: en la imprenta de Sancha. Año de 1808. 8.º 50 páginas.

los sanguinarios bandos de Murat después del dos de Mayo, publicóse un largo artículo encomiástico de esta tragedia firmado con las iniciales *M. de C.*, que eran las de D. Mariano Carnerero, el cual entonces comenzaba su varia y azarosa carrera de periodista y diplomático, protegido del Príncipe de la Paz, afrancesado después de su caída, y, finalmente, camaleón político de todos colores, desde el liberal más exaltado hasta el realista más intransigente. Carnerero, pues, correligionario político de Marchena á la sazón, y quizá deseoso de entrar en el favor del Gran Duque de Berg por mediación de su secretario, escribió en 10 de Mayo de 1808 (fecha nada oportuna para hablar de otras tragedias que las que se representaban en la calle) un pomposo elogio de la *Polixena*, que termina con estas curiosas palabras:

«El Sr. Marchena manifiesta bien los conocimientos inmensos que posee en el arte difícil de la poesía dramática, y al mismo tiempo prueba cuán estudiados tiene los grandes modelos, cuyas huellas sigue con paso valiente. Desearíamos que esta tragedia se representase, tanto por ver el efecto teatral que puede producir, como porque es una de las poquísimas tragedias originales que poseemos dignas de citarse con aplauso. Acaso (nos atrevemos á decirlo sin rebozo) es la que más se acerca á las sublimes producciones de los griegos y de Racine.

Pero ¿dónde están los actores? Los pocos que algo vallan están separados y consumidos con rencillas; pero, muy pronto, *un gobierno activo y amante de las artes va á decidir las necias querellas y á ponernos en el sendero de la prosperidad*, por el cual, al paso que las naciones se ilustran y fomentan, las artes imitadoras son protegidas, recompensadas é impelidas al punto de perfección que nunca tocan cuando *almas frias y destituidas de amor á las luces manejan á su albedrio la suerte de sus semejantes*. Entonces los literatos y los artistas ninguna disculpa tendrán si no progresan y corren á rivalizar con los más célebres modelos: entonces es interés nacional demostrar que si los españoles no habían adelantado como era justo, no era por falta de ingenio, y sólo si *por la fatalidad del indolente y viciado gobierno bajo el cual han vivido por espacio de dos siglos.*»

No haremos alto en la frescura que suponen estos vaticinios estampados en la misma página (1) en que comienza aquella famosa *orden del día:*

«Soldados: El populacho de Madrid se ha sublevado, y ha llegado hasta el asesinato..... La sangre francesa ha sido derramada; clama por la venganza.»

Pero apartando tan importunos recuerdos, que no dejan en muy buen lugar el patriotismo del crítico ni el del poeta, dudamos mucho

(1) 330 del *Memorial.*

que la *Polixena*, aun representada por Máiquez, que á tantas tragedias débiles dió por algún tiempo apariencias de vida, hubiera podido triunfar en el teatro. El abate Marchena era humanista muy docto, pero no tenía ninguna condición de autor dramático. Su tragedia es un ensayo de gabinete, que puede leerse con cierto aprecio, el que merecen las cosas sensatas y los productos laboriosos de la erudición y del estudio: hay en ella felices imitaciones de Eurípides (1), de Virgilio (2), de Séneca el Trágico (3), de Racine (4), y de

---

(1) En su *Hécuba*.

(2) En el episodio de la muerte de Polytes (lib. II de la *Eneida*):

Ecce autem elapsus Pyrrhi de caede Polytes
Unus natorum Priami, per tela, per hostes,
Porticibus longis fugit, et sacra atria lustrat
. . . . . .

La imitación de Marchena está en la escena segunda del acto segundo en boca de Polixena dirigiéndose á Terpandra.

(3) En *Las Troyanas*.

(4) Principalmente en la Andrómaca, de donde está tomado el carácter de Pirro, que Marchena procuró depurar de algunos rasgos de falsa galantería. Por ejemplo: había dicho Racine:

Animé d'un regard, je puis tout entreprendre,
Votre Ilion encor peut sortir de sa cendre:
. . . . . .

Marchena suprime lo de la *tierna mirada*, y prosigue así:

otros clásicos antiguos y modernos: no falta nervio y majestad en la locución: pero todo es allí acompasado y glacial: ni Pirro enamorado de Polixena, ni Polixena fiel á la sombra de Aquiles, llegan á interesarnos: la fábula, simplicísima de suyo, se desenvuelve, no en acción, sino en largos y fatigosos discursos; y para colmo de desgracia, la versificación es, con raras excepciones, intolerablemente dura, premiosa y, por decirlo así, desarticulada. No hablemos de la plaga de asonantes indebidos, porque éste es vicio general de todas las composiciones de Marchena, y en él más disculpable que en otros por el largo tiempo que había pasado en tierras extrañas, perdiendo el hábito de la peculiar armonía de nuestra prosodia. De todos modos, estos versos, faltos de fluidez y llenos de tropezones, robustos á veces por el vigor de la sentencia, pero ingratos casi siempre al oído, y por añadidura mal cortados para el diálogo dramático, hubieran hecho penoso efecto en un público acostumbrado á la sonora magnificencia de los versos del *Orestes*, del *Pelayo*, del *Oscar*, del *Polinice*

Mi mano que rompió las fuertes puertas
De durísimo bronce, que guardaban
De Príamo el palacio, sabrá un día
Alzar del Ilión el sacro alcázar.....

El sueño de Polixena está visiblemente imitado del de Atalía.

y de *La Muerte de Abel*. La *Polixena*, además, hasta por la inoportuno del tiempo en que salió á luz, no fué leída ni por los literatos siquiera, cayendo en el olvido más profundo, que quizá no merece del todo, aunque sea manifiestamente muy inferior á la tragedia italiana de Niccolini sobre el mismo argumento, premiada en 1811 por la Academia de la Crusca (1).

El intruso rey Bonaparte nombró á Marchena director (ó, como entonces se decía, *redactor*) de la *Gaceta* y archivero mayor del Ministerio del Interior (hoy de la Gobernación); incluyó su nombre en la lista de individuos que habían de formar parte de una grande Academia ó Instituto Nacional que pensaba fundar (2); le dió la condecoración de

---

(1) En francés hay, por lo menos, seis *Polixenas*, todas poco estimadas: la de Billord (1607), la de Lafosse (1696), la de Légouvé (1784), la de Aignan (1804), la de Vauzelles (1832), además de varias óperas. Creemos que Marchena sólo conoció ó tuvo presente la tragedia de Légouvé, pero su principal modelo fué la *Andrómaca*, como ya hemos dicho.

(2) El Sr. Danvila, que posee la lista original de los individuos que habían de formar parte de esta institución *non nata*, la ha dado á conocer en el último de los apéndices de su voluminosa y útil compilación sobre *El Poder Civil en España*. (Madrid, 1887, t. VI, pág. 688.) En este proyecto, que es muy curioso, figuran una porción de nombres verdaderamente ilustres en diversos ramos del

Caballero de la Orden española creada por él (que Moratín llamaba burlescamente *la cruz*

---

saber humano, debiendo advertirse que se incluyen entre ellos algunos, como Martínez Marina, que no fueron afrancesados jamás, pero que por una ú otra razón continuaron viviendo en Madrid durante la ocupación francesa, sin aceptar cargo alguno de los invasores. De todos modos la lista fué formada con mucha inteligencia, como lo prueban las calificaciones que acompañan á cada nombre. Aparecen en ella (aparte de otros menos conocidos) los matemáticos Pedrayes, Varas, Monasterio y Lanz (no *Sanz*, como está impreso); el físico Gutiérrez; el mecánico Sureda; los astrónomos Gutiérrez y Jiménez; los mineralogistas Hergen y Donato García; los botánicos Boutelou, Ruiz y Pavón, Zea, Rojas Clemente, Mociño; el agrónomo y veterinario D. Agustín Pascual; los médicos Luzuriaga, García Suelto, Rives y D. Eugenio de la Peña; el ideólogo Narganes de Posada; los jurisconsultos Cambronero, Arnao y Sotelo; los economistas Sixto Espinosa y D. Fernando de la Serna, los eruditos é historiadores Marina, Llorente, Vargas Ponce y Navarrete; los arabistas Conde y Bacas Merino; los helenistas Canseco, Hermosilla, Tomás y García, y D. Benito Pardo de Figueroa (advirtiéndose acerca de este último que se hallaba en Rusia, donde, en efecto, publicó en 1810 su traducción de once odas de Horacio en verso griego); el hebraizante Orchell; los humanistas Tineo, Melón, Cabrera, Estala y un D. Carlos Pignatelli, á quien se califica de «literato muy instruído, que trabajaba en una traducción de Lucrecio celebrada por los conocedores»; los poetas Moratín y Meléndez; los arquitectos Villanueva y Pérez; el escultor Agreda; los pintores Goya y Maella; los grabadores Carmona y Sepúlveda.

El nombre de Marchena, á quien se califica secamente de *escritor*, aparece colocado entre la Sección de Econo-

del pentágono, y los patriotas *la orden de la Berengena*); y le ayudó con una subvención para que tradujera el teatro de Molière, secundando en esta tarea á Moratín, que acababa de adaptar á la escena española, con habilidad nunca igualada, *La escuela de los maridos.* Marchena puso en castellano todas las comedias restantes, según afirma en sus *Lecciones de Filosofía Moral;* pero desgraciadamente se ignora el paradero de esta versión completa, que, á juzgar por las muestras que tenemos de ella, hubiera sido la mejor obra de Marchena y la que sin escándalo de nadie hubiese recomendado su nombre á la posteridad.

Sólo llegaron á representarse é imprimirse dos comedias, *El hipócrita* (*Tartuffe*), en 1811, y *La escuela de las mujeres*, en 1812: ambas recibidas con grande aplauso, especialmente la primera, en los teatros de la Cruz y del Príncipe (1). Estas traducciones, ya bastante raras,

---

mía Política y la de Historia, aunque ciertamente la índole de sus estudios no parecía llamarle á ninguna de las dos. Este proyecto es curioso porque demuestra la copia y variedad de elementos científicos con que, á pesar de todas sus desgracias, contaba España en los primeros años de este siglo.

(1) *El hipócrita. Comedia de Molière en cinco actos en verso. Traducida al castellano por D. J. Marchena. Madrid*, 1811. *En la imprenta de Albán y Delcasse, impresores del exército francés en España, calle de Carretas*, núm. 31. 8.º, 142 páginas. Con una advertencia y una dedicatoria

disfrutan de fama tradicional, sancionada por el juicio de Lista y de Larra, y en gran parte merecida. Marchena puso en ellas todo lo que podía poner un hombre que no había nacido poeta cómico: su mucha y buena literatura, su profundo conocimiento de las lenguas francesa y castellana. En la pureza de la dicción mostró especial esmero, y, quizá por huir del galicismo, cayó alguna vez en giros arcaicos y violentos.

«Sé, á lo menos (pudo decir con orgullo al frente

---

al Ministro de lo Interior Marqués de Almenara, en elogio del cual consigna la curiosa especie de que «á su munífica liberalidad debió el abate Casti algún desahogo en los postreros años de su vida».

—*La escuela de las mujeres. Comedia en cinco actos en verso, de Molière, traducida por D. Josef Marchena. De orden superior. Madrid, en la Imprenta Real. Año de* 1812. 8.º, 141 páginas.

Con dedicatoria al rey Josef en que se advierte que la traducción se daba á luz *á expensas de la imprenta Real por orden de V. M.*

El *Tartuffe*, sin advertencia ni dedicatoria, fué reimpreso hace años en la colección del *Teatro Selecto Nacional y Extranjero*, publicada en Barcelona por el editor Manero, y dirigida en parte por D. Cayetano Vidal y Valenciano.

No es exacto que Marchena tradujese *El avaro*, de Molière. Ninguna de las versiones castellanas que andan impresas es suya. Hay dos del siglo pasado, á cual peores, una de D. Manuel de Iparraguirre y otra de D. Dámaso de Isusquiza, que también estropeó *La escuela de las mu-*

del *Tartuffe)*, que esta versión no está escrita en lengua franca; idioma que hablan tantos en el día, y en que allá ellos se entienden..... Declamen cuanto quieran en buen hora contra los que saben el castellano los que no le han estudiado..... Nuestros traductores y muchos de nuestros autores no han venido á caer en la cuenta de que como el latín se aprende en los autores latinos, así ni más ni menos el castellano se aprende en los castellanos.»

El punto flaco de estas traducciones ya le indicó Lista con su tino y buen gusto habitua-

---

jeres con el título de *El celoso y la tonta.* Por el contrario, la traducción de *El avaro*, publicada en Segovia en 1820 por el capitán de artillería D. Juan de Dios Gil de Lara, está hecha con esmero y es apreciable, aunque todavía dista mucho de las de Marchena y de los dos arreglos de Moratín.

Al éxito del *Tartuffe* en 1811 hubo de contribuir, aún más que el soberano mérito de esta comedia, el espíritu anticlerical que reinaba entre los afrancesados, y que acaso quería ver en la pieza mucho más de lo que Molière había puesto. Prohibióse la representación en 1814, pero fué aplaudida de nuevo en la época constitucional de 1820 á 1823, sufriendo segunda prohibición en 1824. En el siglo pasado también fué puesto en el Índice el arreglo ó imitación que hizo D. Cándido M.ª Trigueros, con el título de *El gazmoño ó Juan de Buen-alma*, aunque había procurado suavizar algunas frases y situaciones del original. Por el contrario, en Portugal el Marqués de Pombal, en odio á los jesuítas, había hecho representar en 1768 esta comedia, traducida por el capitán Manuel de Sousa.

les, al dar cuenta de una representación del *Tartuffe* en las revistas dramáticas que en 1821 escribía en *El Censor:*

«El Sr. Marchena, en quien la literatura española acaba de perder uno de sus ornamentos, y la libertad uno de sus más antiguos y constantes defensores, ha traducido con toda verdad el pensamiento de Molière, le ha hecho hablar español, y ha sabido conservar la gracia y el enlace de las ideas; pero sus versos en el género cómico carecen de la fluidez y armonía que hemos notado en las composiciones líricas de aquel sabio literato. Tiene la versificación cómica un giro particular, y con el cual es muy posible que no acierte un poeta muy estimable en otros géneros. La armonía cómica está ya irrevocablemente fijada en nuestra lengua por los versos de *El viejo y la niña*, *La mojigata* y algunas escenas de *El barón*, y todo lo que se separe de las formas que presentan estos modelos no será más que prosa asonantada (1).»

Con menos fundamento se ha tildado á Marchena (y lo mismo hubiera podido tildarse á Moratín) de haber trasladado el escenario de estas comedias á España, cambiando los nombres de los interlocutores. Devotos habrá de Molière, sobre todo en Francia, á quienes esto

(1) *El Censor, periódico político y literario. Madrid*, 1821: en la imprenta de *El Censor*, por D. León Amarita. Página 113.

parezca profanación intolerable; pero hay que tener en cuenta que estos arreglos se hicieron para la representación, y que si á unos, por saber el original de memoria, puede disonar el oir los conceptos de Molière en boca de don Fidel, D. Simplicio, D. Liborio Carrasco ó doña Isabelita, todavía más ridículo é intolerable sería para un auditorio español el que desfilaran por la escena Mad. Pernelle, Orgon, Damis, Flipote, Sganarelle, y otros personajes de nombres todavía más revesados y menos eufónicos. Si las comedias de Molière tienen, como nadie niega, un fondo humano, poco importará que este fondo se exprese por boca de *Crysale* ó por boca de D. Antonio.

Lo que principalmente falta á Marchena es gracejo y fuerza cómica. Pero el talento del hombre donde quiera se muestra, aun en las cosas que parecen más ajenas de su índole; y por eso las traducciones de Marchena se levantan entre el vulgo de los arreglos dramáticos del siglo XVIII *quantum lenta solent inter viburna cupressi.* Creo, sin embargo, que hubiera acertado haciéndolas todas en prosa, en aquella prosa festiva, tan culta y tan familiar á un tiempo, en que tradujo, años andando, los cuentos de Voltaire. Pero fuesen en prosa ó en verso, siempre habrá que deplorar la pérdida de estas comedias, y también las ilustraciones que Marchena pensó añadirlas y cuyo plan ex-

presa en el prólogo de *La escuela de las mujeres:*

«Se irán publicando las comedias de Molière, cada una de por sí y á medida que se fueren representando. Como apéndice de esta versión, saldrán adjuntas á algunas de ellas disertaciones acerca de nuestro teatro, en que, sin disimular los gravísimos yerros en que incurrieron nuestros antiguos poetas, haremos notar las hermosuras que á vuelta de ellos en sus producciones se encuentran. Trataremos en otras de la comedia francesa, del teatro cómico en general, etc., de modo que la colección de estos discursos pueda ser reputada por una Poética de la Comedia.»

No sabemos si algo de esto llegó á realizarse. Los papeles de Marchena sufrieron, en su mayor parte, extravío después de su muerte, pero no hemos de perder la esperanza de que algún día parezcan.

Además de las comedias de Molière tradujo y dió á los actores Marchena dos piezas cómicas francesas de menos cuenta, aunque muy celebradas entonces: *El amigo de los hombres y el egoísta* (que es el *Philinte* del convencional Fàbre de l'Eglantine, que quiso presentar en ella una tesis contradictoria de la de *El misántropo)* y *Los dos yernos*, del académico Etienne, comedia ingeniosa que había tenido gran éxito en 1810.

Á pesar de sus méritos literarios, cada día mayores, Marchena no hizo gran fortuna, ni siquiera con los afrancesados (1), lo cual ha de atribuirse á su malísima lengua, afilada y cortante como un hacha, y á lo áspero, violento y desigual de su carácter, cuyas rarezas, agriadas por su vida aventurera y miserable, ni aun á sus mejores amigos perdonaban. Acompañó al rey José en su viaje á Andalucía en 1810, y hospedado en Córdoba en casa del penitenciario Arjona, escribió de concierto con él una oda laudatoria del intruso monarca, refundiendo en parte otra que el mismo Arjona había compuesto en 1796 para dar la bienvenida á Carlos IV. La oda no es tan mala como pudiera esperarse de un parto lírico de dos ingenios, y tiene algunos versos felices, por ejemplo aquellos en que convida á José á gozar las delicias de las márgenes del Betis, en que el cantor de la venganza argiva fingió la mansión de los bienaventurados y donde los fabulosos reyes Argantonio y Gerión tuvieron su pacífico imperio. Pero son intolerables las tristes adulaciones á la dominación extranjera, hasta llamar al usurpador «delicias de España»:

---

(1) Así lo afirma uno de ellos, D. José de Lira, en carta al Sr. de Cueto, escrita desde París en 1859. (*Poetas líricos del siglo XVIII*, pág. 621.)

Así el Betis se admira cuando goza
Á tu influjo el descanso lisonjero,
Al tiempo que de Marte el impío acero
Aún al rebelde catalán destroza.

Los versos son malos, pero aún es peor y más vergonzosa la idea. ¡Y no temían estos hombres que se levantasen á turbar su sueño las sombras de las inultas víctimas de Tarragona! No hay gloria literaria que alcance á cohonestar tan indignas flaquezas; ni toda el agua del olvido bastará á borrar aquella oda en que Moratín llamó al mariscal Suchet *digno trasunto del héroe de Vivar*, porque había conquistado á Valencia como él.

Un curioso folleto publicado en 1813 con el título de *Descripción físico-moral de los tres satélites del tirano que acompañaban al intruso José la primera vez que entró en Córdoba* (1), los cuales tres satélites eran el Superintendente de policía Amorós, el Comisario regio Angu-

(1) La portada prosigue de esta manera;
Con la descripción asimismo de la conducta rapiñadora de los generales franceses y su gran Napoleón, nuestro pérfido regenerador, con el solo fin de que todo español marche velos á la guerra contra ese vil inhumauo francés. (Al final): *Córdoba.—Año de* 1813.—*Imprenta Real*, 1813. 4.º Papel de cuatro páginas, del cual debo comunicación á mi querido amigo D. Manuel Gómez Ímaz, docto é incansable colector de documentos relativos á la guerra de la Independencia.

lo, y nuestro Marchena, nos ofrece del último esta curiosa semblanza:

«Marchena, presencia y aspecto de mono, canoso, flaco y enamorado como él mismo; jorobado, cuerpo torcido, nariz aguileña, patituerto, vivaracho de ojos aunque corto de vista, de mal color y peor semblante; secretario del general Desolles, el segundo en la rapiña de Córdoba después de la entrada de Dupont, y con quien vino de Francia, donde se hallaba huído por su mala filosofía y peor condición (1).»

Ha de advertirse, en honor de la verdad y como nuevo testimonio de que Marchena valía, aun moralmente, más que casi todas las gen-

---

(1) Después de esta descripción en prosa comienzan unos que quieren ser versos, del tenor siguiente:

Son Amorós, Angulo y Marchena
Tres personas distintas y ninguna buena.
¿Fiarás de Amorós, Marchena y Angulo?
De ninguno.
. . . . . .
¿Y qué diremos del buen Marchena?
Que ni tiene la cruz de la berengena (*).
¿No es sabio de bella opinión?
Sí, preguntádselo á su amigo francmasón.
Además, siendo como es un bicho
Pequeño, bizco, feo y contrahecho,
Pretende con alta arrogancia
Ser de la revolución de Francia
Autor, y dice con satisfacción
Ser jefe de nuestra revolución.

(*) Se la dieron después, en 1812.

tes con quienes tuvo la desgracia de unirse, que el anónimo autor del folleto se limita á burlarse de su menuda persona, extravagante facha y ridículas pretensiones amorosas, pero no le achaca ninguno de los asesinatos, rapiñas y sacrilegios de que acusa á Amorós y á Angulo.

Siguió Marchena en 1813 la retirada del ejército francés á Valencia. Allí solía concurrir de tertulia á la librería de D. Salvador Faulí, la cual gustaba de convertir en cátedra de sus opiniones antirreligiosas. Los mismos afrancesados solían escandalizarse, á fuer de varones graves y moderados, y le impugnaban, aunque con tibieza, distinguiéndose en esto Moratín y Meléndez. El librero temió por la inocencia de sus hijos, que oían con la boca abierta aquel atajo de doctas blasfemias, y fué á pedir cuentas á Marchena, á quien encontró leyendo la *Guía de pecadores*. El asombro que tal lectura le produjo acrecentóse con las palabras del Abate, que ya en otro lugar quedan referidas.

Ganada por los ejércitos aliados la batalla de Vitoria, Marchena volvió á emigrar á Francia, estableciéndose primero en Nimes, y luego en Montpellier y Burdeos, cada vez más pobre y hambriento, y cada vez más arrogante y descomedido. En 28 de Septiembre de 1817 escribía Moratín al abate Melón:

«Marchena preso en Nimes por una de aquellas

prontitudes de que adolece; dícese que le juzgará un consejo de guerra, á causa de que insultó y desafió á todo un cuerpo de guardia. Yo no desafío á nadie, y nadie se mete conmigo. (Y en postdata añade): Parece que ya no arcabucean á Marchena, y todo se ha compuesto con una áspera reprimenda, espolvoreada de adjetivos.»

Como recurso de su miseria, á la vez que como medio de propaganda, emprendió Marchena para editores franceses la traducción de varios libros de los que por antonomasia se llamaban prohibidos, piedras angulares de la escuela enciclopédica. Vulgarizó, pues, las *Cartas Persianas* de Montesquieu, el *Emilio* y la *Nueva Eloisa* de Rousseau, los *Cuentos y novelas* de Voltaire (*Cándido*, *Micromegas*, *Zadig*, *El Ingenuo*, etc.), el *Manual de los Inquisidores* del abate Morellet (extracto infiel del *Directorium Inquisitorum* de Eymerich), el *Compendio del origen de todos los cultos* de Dupuis (libro tan ruidoso entonces como olvidado hoy, en que se explican todas las religiones por la astronomía y el símbolo zodiacal), las *Ruinas de Palmira* de Volney, cierto *Tratado de la libertad religiosa* de un Mr. Benoist, y alguna obra histórica, como la titulada *Europa después del Congreso de Aquisgram*, por el abate De Pradt (1). En un pros-

(1) Como todas estas traducciones fueron impresas y

pecto que repartió en 1819 anunciaba además que muy en breve publicaría el *Essai sur les*

---

reimpresas varias veces clandestinamente, no siempre es fácil apurar las fechas. De las *Cartas Persianas* conozco dos ediciones (Nimes, 1818, y Tolosa, 1821) aunque hay ejemplares con la falsa data de Cádiz, *en la librería de Ortal* (dos tomos).

—*Emilio ó de la Educación*. Burdeos, 1817, tres tomos en 12.º Madrid, imprenta de Albán y C.ª, 1821: dos tomos en 8.º Reimpreso hacia 1850 en el folletín de *Las Novedades*, pero suprimidos los nombres de Rousseau y Marchena para evitar el escándalo.

—*Julia ó la nueva Eloysa. Cartas de dos amantes habitantes de una ciudad chica á la falda de los Alpes, traducidas por J. Marchena. Con láminas finas.* Tolosa, *Bellegarrigue*, 1821; cuatro volúmenes en 12.º francés. Reimpresos en Versalles, *Imprenta Francesa y Española*, 1823; Barcelona, 1836, imprenta de M. Sauri (otros ejemplares dicen imprenta de J. Tauló): siempre en 8.º Hay otra edición en 4.º, también de Barcelona, 1837, imprenta de Oliveres. No debe confundirse la versión de Marchena con otra que hizo Mor de Fuentes, llena de extravagancias de lenguaje. (Barcelona, imprenta de A. Bergnes, 1836-1837.)

Novelas de Voltaire. Burdeos, 1819; Sevilla, 1836 (una y otra en tres tomos en 12.º) Hay otras ediciones, entre ellas una reciente de la *Biblioteca Perojo* (dos tomos en 4.º con un breve prólogo de D. Juan Valera).

Compendio del origen de todos los cultos. Barcelona, 1820 (parece impresión extranjera); Burdeos, 1821.

Las Ruinas, ó Meditación sobre las Revoluciones de los Imperios. Por C. F. Volney. Va añadida la Ley Natural Nueva, traducción en castellano de la última edición del original francés. Por Don Josef Marchena. Segunda edición, adornada con cuatro láminas. Burdeos, imprenta de D. Pedro Beaume, 1822. 8.º

mœurs y el *Siglo de Luis XIV*, y quizá hiciera alguna otra versión que no ha llegado á mis

---

Hay otra edición de París, 1842 (librería de Panckouke). *Las Ruinas* habían sido ya traducidas al castellano, é impresas clandestinamente en 1797, dando ocasión á un ruidoso proceso, de que habla demasiado rápidamente Quintana en la biografía de Meléndez.

Manual de Inquisidores, para uso de las Inquisiciones de España y Portugal, ó compendio de la obra titulada Directorio de Inquisidores de Nicolás Eymerico. Traducida del francés en idioma castellano por J. Marchena; con adiciones del traductor acerca de la Inquisición de España. Montpeller. F. Aviñón, 1819: XII-159 páginas. (Hay ejemplares con portada de Burdeos.) Ésta y la que sigue son las más raras entre las traducciones de Marchena, porque no creo que se reimprimieran nunca.

De la Libertad Religiosa. Traducido del francés del señor A. V. Benoit; por D. Josef Marchena. *Impreso en Barcelona.* (Puede que así fuese, pero los tipos parecen extranjeros.) Al fin se lee esta curiosa *Nota del traductor*, la cual prueba que el libro no había sido impreso antes de 1820:

«En la obra del Sr. Benoit que presentamos al público español se contienen los verdaderos principios de una sana legislación en materia de religión. *Pero habiendo la Constitución española privilegiado un culto religioso, nos proponemos dar á luz otra producción original nuestra con el título de «La Tolerancia Religiosa»*. En ella expondremos los medios que creemos más acertados para allanar el camino que ha de conducir á la libertad de cultos, sin excitar disturbios en la plebe, y especialmente para templar, en cuanto fuere dable, los males que acarrea necesariamente al estado un culto que se ha declarado nacional. Este libro será utilísimo á nuestra nación, porque no sólo determinaremos en él las relaciones que contrae un estado

manos: porque Marchena inundó literalmente á España de engendros volterianos, y á pesar

---

con un culto cualquiera que ha declarado privilegiado la ley, mas también concretaremos nuestras ideas á la religión católica, que es la que la nación española declara nacional, y cuyas relaciones actuales con el Estado tanto importa por consiguiente fijar con exactitud.»

En todas estas traducciones puso Marchena su nombre, y creemos que fueron las únicas que hizo de libros de este género; aunque con ningún fundamento le han atribuído otras, por ejemplo, la rarísima de *El Contrato Social* (Londres, 1799), una de la *Pucelle* de Voltaire (en prosa) que suena impresa en Cádiz, 1820, y otra (en verso suelto) de la *Guerra de los Dioses*, sacrílego, monstruoso y brutal poema de Parny, que se ha impreso en castellano dos veces por lo menos, y cuyo traductor, que á juzgar por el estilo no era lerdo, se ocultó con el seudónimo de *Ludovico Garamanta.* Algunos la atribuyen al periodista Ramajo, uno de los redactores de *El Conciso* de Cádiz, en la primera época constitucional.

A la primera edición de las *Cartas Persianas*, hecha en Nimes, imprenta de P. Durand-Belle, 1818, acompaña una curiosa *Advertencia del traductor*, que, por no haber sido reproducida en las ediciones posteriores, creo conveniente intercalar aquí:

«Ridícula cosa fuera detenernos á recomendar el mérito de las *Cartas Persianas;* que ni necesita de nuestros encomios el nombre de Montesquieu, ni hay en Europa sujeto medianamente instruído que no haya aprendido á venerarle. Las cartas que damos á luz en idioma castellano son un entretenimiento de su esclarecido autor; pero como los juegos de Hércules, siempre en ellos se columbraba el vencedor de la Hidra y el domador del Cerbero.

»Fué nuestra primera idea quitar aquéllas que aluden á sucesos del tiempo, y estilos que ya han variado; pero

de todas las trabas puestas á su circulación por el gobierno absoluto de Fernando VII, estos

---

en breve reconocimos que perdería de su valor la obra, que en mucha parte se puede mirar como una recopilación de excelentes observaciones, que más que la historia de su siglo son su parecido y vivísimo retrato.

»Añadir notas explicativas, á primera vista parecía el medio más adecuado de aclarar pasajes que no pueden menos de hacerse obscuros para quien no esté versado en la historia de los postreros años de Luis XIV y de la regencia de Felipe de Orleans. Mas ¿qué hubieran enseñado estas ilustraciones acerca del sistema de Law, por ejemplo, á quien no sabe cuáles fueron los nunca imaginables sueños de este irlandés y los desbarros de la nación entera que, como en una honda sima, sepultó, digámoslo así, sus caudales todos en el más disparatado juego que puede fraguarse la demencia humana, extraña lotería en la cual todas las boletas perdían y ninguna ganaba? El fragmento del mitólogo antiguo, varias escenas del café, la excelente carta de Usbeck, que termina los raciocinios de este interlocutor, aluden á este período tan lamentable por sus resultas como risible por los fenómenos que le acompañaron, de la historia de Francia. Las cartas relativas á las disputas entre jansenistas y molinistas, entre antagonistas y partidarios de la bula *Unigénitus,* no metieron menos bulla, y no sería menos prolija una circunstanciada explicación de ellas.

»Permítaseme notar aquí que en España nunca las disputas de religión y política en los postreros siglos han tenido la acrimonia que en Francia. No pende esto de más moderación ó más armonía en los ánimos; mucho menos de una indiferencia, especialmente en cuanto á las primeras, que tan mal se avendría con la universal superstición de nuestro país. Otra es la causa, y muy más deplorable. El despotismo de la Inquisición no sufre re-

libros, introducidos de contrabando por la frontera francesa, llevaron por todas partes su ma-

---

ñidas contiendas en asuntos religiosos, que aun en las más indiferentes materias le parecen arriesgadas, porque en breve excitarían los ánimos al examen de cuestiones más altas, en que cifra este tribunal su horrenda prepotencia. Su sangrienta crueldad nunca se ha parado en imponer castigos, y su crasa y supina ignorancia dejaba chico campo á diferencias de opinión entre sus miembros, que siempre en las cuestiones teológicas seguían el dictamen más absurdo, como en las morales los principios más laxos. La ignorancia de los inquisidores es cosa tan antiguamente conocida en España, que casi desde su institución el dicho «*estudia para inquisidor*» se ha aplicado á los más zotes de cuantos cursan las públicas aulas; y es sabido que en los colegios mayores (con tanto acierto nuevamente, junto con inquisidores y jesuítas, restablecidos) aquellos colegiales que por su completísima estolidez hubieran deshonrado la toga ó la mitra eran provistos de inquisidores. Perdóneme el lector esta digresión procedida de mi entrañable cariño á este tribunal, puesto que la reflexión que la ha ocasionado sea tan obvia.

»Sólo diremos dos palabras de esta versión. Distinta es en todo de la del *Emilio*, distinta de la de las novelas de Voltaire, distinta de la de *El hipócrita*. Consiste esto en que no es traducir ceñirse á poner en una lengua los pensamientos ó los afectos de un autor que los ha expresado en otra. Débense convertir también en la lengua en que se vierte el estilo, las figuras; débesele dar el colorido y el claro obscuro del autor original. Una buena versión es la solución de este problema: ¿cómo hubieran versificado Racine, Pope, Virgilio, Teócrito, Homero en castellano? ¿Cómo hubieran escrito Wieland, Adisson, Montesquieu, Voltaire, Buffón, Cicerón, Tácito, Tucídides, Demóstenes en nuestro romance? La respuesta práctica á esta

léfica influencia, contagiando á gran parte de la juventud, especialmente á los estudiantes, entre quienes corrían con profusión, como sabemos por testimonios dignos de fe, respecto de Alcalá, Salamanca y Sevilla. Por desgracia, algunas de estas versiones estaban escritas con tal primor y arte, y en tan pura lengua castellana, que hacían mucho más temible y peligroso el veneno. Otras eran atropelladas y *de*

---

cuestión ha de ser la versión de aquel de los autores que al público se diere; la solución teórica requiere un tomo entero; aquí lo único que diremos es que el profundo conocimiento de ambos idiomas, cosa tan indispensable, es todavía una mínima parte de tantas como no son menos indispensables. Añadiremos que ninguno es buen traductor sin ser excelente autor, y que todavía es dable ser escritor consumado y menos que mediano intérprete. Verdad es que solamente los dechados perfectos son los que se deben traducir: ¿pero qué es del caso trasladar á otro idioma composiciones de una insulsa medianía, y peor aún escritos disparatados? Lidie un escritor consumado con Corneille, con Molière, con Tucídides, con Homero mismo cuerpo á cuerpo; traiga á su patria sus hermosuras todas; no le arredre ni la valentía lírica de Horacio, ni sus satíricos donaires, ni la gracia y la concisa exactitud de sus epístolas; atrévase á emular la acabada perfección de la versificación de Racine, y hasta la de Virgilio, si fuere menester; y yo le fío que sus versiones, puliendo y acrisolando su idioma, serán composiciones clásicas, como lo son en Inglaterra la *Ilíada* de Pope, en Italia el Osián de Cesarotti, el Lucrecio de Marchetti, el Tácito de Davanzati, y el Homero de Voss en Alemania.

»Á 14 de Enero de 1819.—J. MARCHENA.»

pane lucrando, hechas por el Abate para salir del día, con rapidez de menesteroso y sin intención literaria. De aquí enormes desigualdades de estilo, según el humor del intérprete y según la mayor ó menor largueza de los libreros que hacían trabajar á Marchena á destajo.

Apenas puede creerse que salieran de la misma pluma la deplorable versión de las *Cartas Persianas*, que parece de un principiante; la extravagantísima del *Emilio*, atestada de arcaísmos, transposiciones desabridas y giros inarmónicos, y la fácil y castiza y donosa de *Cándido*, de *Micromegas* y de *El Ingenuo*, que casi compiten en gracia y limpieza de estilo con los cuentos originales. Esta traducción, muy justamente ponderada por D. Juan Valera, en cuyo primoroso estilo parece haber ejercido alguna remota influencia, prueba lo que Marchena era capaz de hacer en prosa castellana cuando se ponía á ello con algún cuidado y no caía en la tentación de latinizar á todo trapo, como en el famoso *discurso* de que hablaré después. El mérito de la traducción de las *Novelas* puede apreciarse con una sencilla comparación. Moratín, uno de los perfectos modelos, quizá el más perfecto de su tiempo, en la prosa festiva y familiar, tradujo también el *Cándido* de Voltaire (1). La tra-

(1) *Cándido ó el Optimismo, traducido por Moratín. Cá-*

ducción es muy digna de su talento, aunque por justos reparos no figure en la colección de sus obras; y sin embargo, con todos los respetos debidos á tal maestro de lenguaje, no nos atrevemos á decir que venza en gracejo y blanda ironía á la de Marchena. Y aunque parezca cosa baladí, y que está al alcance de cualquier jornalero literario, la traducción de un libro francés en prosa, no debe de ser tan fácil la empresa cuando se trata de castellanizar lo que se traduce, respetando el giro y propiedad de nuestra lengua. Los versos franceses suelen ganar puestos en castellano, pero las buenas traducciones en prosa son tan raras que en todo el fárrago de la literatura del siglo XVIII sólo recordamos, como dignas de especial y entera alabanza, el *Gil Blas* del Padre Isla (á quien bien pueden perdonarse algunas infidelidades al texto original y algunos galicismos leves, en gracia del vigor, animación y naturalidad del conjunto), el delicioso *Robinsón* de D. Tomás de Iriarte, y las ya citadas de Moratín y Marchena.

Pero el trabajo más meritorio y más celebrado de nuestro Abate por aquellos días fué

---

diz: imprenta de Santiponce, 1838, 12.º (Creemos falsa la portada: los tipos son los de la imprenta de Cabrerizo en Valencia, y el tamaño el mismo de la colección de novelas que él publicaba.)

la colección de trozos selectos de nuestros clásicos, intitulada *Lecciones de Filosofía Moral y Elocuencia* (1). La colección en sí parece pobre y mal ordenada, comparándola con otras antologías del mismo tiempo ó poco anteriores, como el *Teatro crítico de la Elocuencia española* de Capmany ó la de *Poesías Selectas* que formó Quintana. Pero lo notable es un

---

(1) *Lecciones de Filosofía Moral y Elocuencia, ó colección de los trozos más selectos de Poesía, Elocuencia, Historia, Religión y Filosofía Moral y Política de los mejores autores castellanos, puestas en orden por D. Josef Marchena.....* Burdeos, imprenta de D. Pedro Beaume, 1820.—Dos tomos en 4.º (el primero con 147-460 páginas, y el segundo con 656).

El título, y hasta cierto punto el plan de esta compilación, parecen tomados de las *Leçons de Littérature et de Morale*, de Noël y Laplace, que corrían entonces con mucho aprecio para la enseñanza de la lengua francesa en sus clásicos.

La compilación de Marchena salió como en competencia de otra más vasta y mejor ordenada que un año antes habían comenzado á publicar, también en Burdeos, otros dos emigrados españoles: *Biblioteca selecta de Literatura Española, ó modelos de elocuencia y poesía, tomados de los escritores más célebres desde el siglo XIV hasta nuestros días, y que pueden servir de lecciones prácticas á los que se dedican al conocimiento y estudio de esta lengua, por P. Mendíbil y M. Silvela. Burdeos, en la imprenta de Lawalle*, 1819. Cuatro tomos en 4.º El *Discurso preliminar* es sensato, y erudito para aquel tiempo; pero si carece de las extravagancias del abate Marchena, tampoco tiene sus genialidades felices ni sus atrevimientos ingeniosos.

discurso preliminar y un *exordio*, en que Marchena teje á su modo la historia literaria de España, y nos da en breve y sustancioso resumen sus opiniones críticas é históricas, y hasta morales y religiosas. Lejos están ya de nosotros los tiempos en que este discurso fué puesto en las nubes, aun por literatos que no participaban de las aberraciones políticas y religiosas de Marchena. Don Juan María Mauri, por ejemplo, en su *Espagne Poétique*, aun deplorando «el lenguaje afectado, extraño y trivialmente indígena» de Marchena, estima que este trozo crítico es, por otra parte, «el mejor compuesto, el más nutrido de ideas, el más vigoroso que se haya publicado nunca».

Usando de una expresión vulgarísima, pero muy enérgica, tengo que decir que se cae el alma á los pies cuando, engolosinado uno con tales ponderaciones, acomete la lectura del célebre *discurso* y quiere apurar los quilates de la ciencia crítica de Marchena. Hoy que el libro ha perdido aquella misteriosa aureola que le prestaban de consuno la prohibición y el correr á sombra de tejado, pasma tanto estruendo por cosa tan mediana. La decantada perfección lingüística de Marchena en este fragmento, que quiso presentar como *pieza de examen*, estriba en usar monótona y afectadamente del hipérbaton latino con el verbo al fin de la cláusula, venga ó no á cuento y aun-

que desgarre los oídos; en embutir donde quiera las locuciones *muy más*, *cabe, so capa*, y *eso más que*, sobre todo esta última, que se le antojaba muy castiza no sé por qué razón; en encrespar toda la oración con vocablos altisonantes revueltos con otros de bajísima y plebeya ralea; en llenar la prosa de fastidiosísimos versos endecasílabos, y en torcer y descoyuntar de mil modos la frase, dándose casi siempre tal maña que escoge, para rematar el período, la combinación más áspera y chillona. Muy loable era el purismo teórico de Marchena, excelente la doctrina que sobre este particular profesaba (1), y en algunas de sus traducciones no hay duda que predicó con el ejemplo. Pero si sólo le juzgásemos por esta muestra de su prosa original, muy menguado tendríamos que suponer el estudio que había hecho de los clásicos, puesto que no le habían

(1) «De todos los modernos idiomas (dice en este mismo *discurso*), es el nuestro el que menos con el francés se aviene..... Dejo aparte que es risible empeño el de enriquecer tan abundante idioma como el nuestro con otro que lo es mucho menos, como el francés; y me ciño á apuntar el precepto tan sabido, desde Horacio acá, que los idiomas para remediar sus necesidades han de acudir á su primitiva fuente; y siendo la del nuestro el latín, mezclado con el árabe, de la lengua latina, de la griega..... y de la arábiga hemos de derivar los idiotismos y locuciones que necesitaremos, adaptándolos á la índole del castellano.»

enseñado lo primero que debe aprenderse de ellos: la naturalidad. Estilo más enfático y pedantesco que el del tal discurso apenas le conozco en castellano, digo entre las cosas castellanas que merecen ser leídas.

Porque lo merece sin duda, aunque esté lleno de gravísimos errores de hecho y de derecho, y escrito con rencorosa saña de sectario, que traspira desde las primeras líneas. La erudición de Marchena en cosas españolas era cortísima. Hombre de vasta lectura latina y francesa, había saludado muy pocos libros castellanos, aunque éstos los sabía de memoria. Garcilaso, el bachiller La Torre, Cervantes, ambos Luises, Mariana, Hurtado de Mendoza, Herrera y Rioja, Quevedo y Solís, Meléndez y Moratín, constituían para él nuestro tesoro literario. De ellos y pocos más formó su colección: de ellos casi solos trata en el *Discurso preliminar*.

La poesía de la Edad Media es para él letra muerta, aun después de las publicaciones de Sánchez: de los romances tampoco sabe nada, ó lo confunde todo, y ni uno solo de los históricos, cuanto más de los viejos, admite en su colección. Los juicios sobre autores del siglo XVI suelen ser de una petulancia y ligereza intolerables; llama á las obras de Santa Teresa *adefesios que excitan la indignación y el desprecio*, y no copia una sola línea de ellas.

Tampoco del venerable Juan de Ávila, ni de otro alguno de los predicadores españoles, porque son «*títeres espirituales*». Los ascéticos, con excepción de Fr. Luis de Granada, le parecen *mezquinos* y *risibles;* las obras místicas y de devoción, *cáfila de desatinos y extravagancias*, *disparatadas paparruchas.* Los *Nombres de Cristo*, del maestro León, le agradan por el estilo; ¡lástima que *el argumento sea de tan poca importancia*, como que *nada vale!* De obras filosóficas no se hable, porque tales ciencias (basta que lo diga Marchena bajo su palabra) *nunca se han cultivado ni podídose cultivar en España*, donde el abominable tribunal de la Inquisición aherrojó los entendimientos, privándolos de la libertad de pensar. ¿Ni qué luz ha de esperarse de los historiadores, *esclavos del estúpido fanatismo*, y llenos de milagros y patrañas? Borrémoslos, pues, sin detenernos en más averiguaciones y deslindes.

Por este sistema de exclusión prosigue Marchena hasta quedarse con Cervantes y con media docena de poetas. Tan extremado en la alabanza como antes lo fué en el vituperio, no sólo afirma que nuestros líricos vencen con gran exceso á los demás de Europa, porque resulta, según su cálculo y teorías, que el fanatismo, calentando la imaginación, despierta y aviva el estro poético, sino que se arroja á

decir que la canción *Á las ruinas de Itálica* vale más que todas las odas de Píndaro y Horacio juntas: tremenda andaluzada que ni siquiera en un hijo de Utrera, paisano del verdadero autor de la oda, puede tolerarse. Bella es la canción de las *Ruinas*, y tuvo en su tiempo la novedad de la inspiración arqueológica; pero ¡cuántas composiciones líricas la vencen, aun dentro de nuestro Parnaso! Marchena, amontonando yerro sobre yerro, continúa atribuyendo (como D. Luis José Velázquez) los versos del bachiller La Torre á Quevedo: cita como prueba de la fuerza y originalidad de la dicción poética de éste una traducción de Horacio, que es del Brocense; y finalmente decreta, sin ningún género de salvedades, el principado de la lírica á los andaluces, poniéndose él mismo en el coro (y nada menos que al lado del divino Herrera), no sin anunciar que ya vendrá día en que la posteridad le alce un monumento, vengándole de sus inicuos opresores.

Y, sin embargo, la crítica de Marchena no es vulgar, ni mucho menos, aunque diste harto de ser la mejor de su tiempo, como han pretendido algunos. Faltan en ella cualidades preciosas que otros tuvieron: el delicado análisis que Capmany, antes y mejor que nadie, aplicó á nuestra prosa; el hondo sentido de la forma poética, la insinuante moderación, el

toque sobrio y firme de Quintana; la lucidez y simpática elegancia de Martínez de la Rosa; el buen instinto, generoso y amplio de Lista; el vigor dialéctico que muestra Reinoso, aún sujeto por las trabas de la árida ideología de su tiempo. En cambio Marchena, hombre de cultura más extensa que profunda, pero cultura notable al cabo y en algunos puntos superior á la de casi todos sus coetáneos, tiene, á falta del juicio, que es la facultad que menos le acompañó en sus obras ni en su vida, una libertad de espíritu aventurera é indisciplinada, que muchas veces le descarría, pero que también le sugiere casuales aciertos, expresados por él con su ingénita bizarría y con aquel original desenfado propio de su temperamento de polemista curtido en las más recias tormentas revolucionarias. De vez en cuando centellean en aquellas extrañas páginas algunas intuiciones felices, algunos rasgos críticos de primer orden: tal es el juicio del *Quijote;* tal alguna consideración sobre el teatro español, perdida entre mucho desvarío que quiere ser pintura de nuestro estado social en el siglo XVII, tan desconocido para Marchena como podía serlo el XIV; tal la distinción entre la verdad poética y la filosófica; tal lo que dice del platonismo erótico; tal el hermoso paralelo entre Fr. Luis de Granada y Fr. Luis de León considerado como prosista, que es quizá el

mejor trozo que escribió Marchena, por más que algo le perjudique la forma retórica de la simetría y la antítesis; tal el buen gusto con que en pocos y chistosos rasgos tilda el castellano de Cienfuegos, en quien le agradaban las ideas y le repugnaba el neologismo. Pero repito que todos estos brillantes destellos lucen en medio de una noche caliginosa, y á cada paso va el lector tropezando, ya con afirmaciones gratuitas, ya con juicios radicalmente falsos, ya con ignorancias de detalle, ya con alardes intempestivos de ateísmo y despreocupación, ya con brutales y sañudas injurias contra España, ya con vilísimos rasgos de mala fe. En literatura, su criterio es el de Boileau; y aunque esto parezca inverosímil, un hombre como Marchena, que en materias religiosas, políticas y sociales llevaba hasta la temeridad su ansia de novedades y sólo vivía del escándalo y por el escándalo, en literatura es, como su maestro Voltaire, acólito sumiso de la iglesia neo clásica; observador fiel de los cánones y prácticas de los preceptistas del siglo de Luis XIV, y furibundo enemigo de los modernos estudios y teorías sobre la belleza y el arte, de «esa nueva obscurísima escolástica, con nombre de Estética, que califica de *romántico* ó novelesco cuanto desatino la cabeza de un orate imaginarse pueda». Para Marchena, como para todos los volterianos

rezagados, para José María Chénier, para Daunou, para La Harpe antes y después de su conversión, Racine y Molière continuaban siendo las columnas de Hércules del arte. En su crítica y en su estética (si es lícito usar aquí este nombre por él tan aborrecido) no le cuadraba mal á Marchena ese apodo de *abate* que quizá con intención sarcástica añadían siempre á su apellido sus contemporáneos: porque en esto continuaba siendo un abate del siglo XVIII. Á Shakspeare le llama *lodazal de la más repugnante barbarie;* á Byron ni aun le nombra: de Gœthe no conoce ó no quiere conocer más que el *Werther.*

Juzgadas con este criterio nuestras letras, todo en ellas había de parecer excepcional y monstroso. Restringido arbitrariamente el principio de imitación, que el realismo español había interpretado con tan amplio sentido; entendida con espíritu mezquino la antigüedad misma (¿ni qué otra cosa había de esperarse de quien dice que *Esquilo violó las reglas del drama*, es decir, las reglas del abate D'Aubignac?); convertidos en pauta y ejemplar único los artificiales productos de una cultura cortesana y refinadísima, flores por la mayor parte de invernadero, sólo el buen gusto y el instinto de lo bello podían salvar al crítico en los pormenores y en la aplicación de sus reglas, y ciertamente salvan más de una vez á Mar-

chena. Pero aun en estos casos es tan inseguro y contradictorio su juicio, parecen tan caprichosos sus amores y sus odios, y tan podrida está la raíz de su criterio histórico, que los mismos esfuerzos que hace para dar á su crítica carácter trascendental y entretejer la historia literaria con los hilos de la historia externa, sólo sirven para despeñarle. Bien puede decirse que todo autor español comienza por desagradarle en el mero hecho de ser español y católico, y necesita un gran esfuerzo para sobreponerse á esta prevención. No concibe literatura grande y floreciente sin espíritu irreligioso; y cegado por tal manía, ora se empeña en demostrar que los españoles de la Edad Media eran muy tolerantes y hasta indiferentes en religión, como si no protestaran de lo contrario las hogueras que encendió San Fernando, las matanzas de judíos, los actos de la Inquisición catalana, y todos nuestros cuerpos legales; ora se atreve á poner lengua (caso raro en un español) en la veneranda figura de la Reina Católica, á quien llama «implacable en sus venganzas, y sin fe en la conducta pública»; ora coloca al libelista Fr. Pablo Sarpi en puesto más eminente que á todos nuestros historiadores por el solo hecho de haber sido tenido por protestante aunque solapado; ora desprecia como *bárbara cáfila de expresiones escolásticas* la ciencia de Santo Tomás y de

Suárez; ora niega porque sí, y por quitar una gloria más á su patria, la realidad del mapa geodésico del maestro Esquivel, de que dan fe por vista de ojos Ambrosio de Morales y otros testigos irrecusables; ora explica la sabiduría de Luis Vives por haberse educado fuera de la Península (olvidando, sin duda, sus vehementes diatribas contra la universidad de París); ora califica de patraña un hecho tan judicialmente comprobado como el asesinato del Niño de la Guardia; ora imagina desbarrando que los *monopantos* de Quevedo son los jesuítas; ora calumnia feamente á la Inquisición, atribuyéndola el desarrollo del molinosismo, que ella castigó sin paz y sin tregua; ora nos enseña como profundo descubrimiento filosófico que los *inmundos trágicos de la Epístola Moral* son «nuestros frailes, los más torpes y disolutos de los mortales, encenagados en los más hediondos vicios, escoria del linaje humano».

Pero lo más curioso y extravagante es la razón que da para que no incluir en su colección mayor número de trozos de Fr. Luis de Granada, á pesar de lo muy persuadido que estaba del soberano mérito de este escritor, que parece haber sido el predilecto suyo entre los nuestros. ¡La razón es que le tenía por *inmoral!* Y ciertamente que su moral era todo lo más contrario á la extraña moral de

Marchena, el cual en otra parte de este abigarrado discurso, donde todo es intemperante, el pensamiento y la expresión, truena, con frases tan estrambóticas como grande es la aberración de las ideas, contra «*la moral ascética, enemiga de los deleites sensuales en que la reproducción del humano linaje se vincula, tras de los cuales corren ambos sexos á porfía*». Él profesa la *moral de la naturaleza*, «la de Trasibulo y Timoleón»; y en cuanto á dogma, no nos dice claro si por aquella fecha era ateo ó panteísta, puesto caso que del deísmo de Voltaire había ya pasado y no aceptaba ningún género de Teodicea, dejando en la categoría de los asertos más ó menos verosímiles y sujetos al cálculo de probabilidades, «la existencia de *una ó muchas naturalezas increadas*, distintas de la materia, y señoras de ella; la multiplicidad de sustancias en el sér humano; la incorruptibilidad de unas cuando se corrompen las otras».

Qui habitat in cœlis irridebit eos; y en verdad que parece ironía de la Providencia que la nombradía literaria de aquel desalmado jacobino, que en París abrió cátedras de ateísmo, ande vinculada principalmente (¿quién había de decirlo?) á una oda de asunto religioso, la oda *Á Cristo crucificado.* De esta feliz inspiración quedó el autor tan satisfecho, que con su habitual é inverosímil franqueza,

no sólo la pone por modelo en su colección de clásicos, sino que la elogia cándidamente en el preámbulo, y, comparándose con Chateaubriand, cuya fama de poeta cristiano le sacaba de quicio, y de cuyos *Mártires* decía que «son una ensalada compuesta de mil hierbas, acedas aquéllas, saladas estotras, y que juntas forman el más repugnante y asqueroso almodrote que gustar pudo el paladar humano», exclama con estudiantil desgarro: «Entre el poeta de *Los Mártires* y la oda *Á Cristo crucificado* media esta diferencia: que Chateaubriand no sabe lo que cree, y cree lo que no sabe, y el autor de la oda sabe lo que no cree y no cree lo que sabe.»

La inmodestia del autor por una parte, y por otra los excesivos elogios que en todo tiempo han tributado á esta oda los críticos de la escuela literaria á que el autor pertenecía, contribuyen á que la composición de Marchena no haga en todos los lectores el efecto que por su robusta entonación debiera. El autor la admiró por todos y antes que todos, se decretó por ella una estatua y nada nos dejó que admirar. Así y todo, es pieza notable, algo artificial y pomposa, demasiado *herreriana* con imitaciones muy directas, desigual en la versificación, desproporcionada en sus miembros, pequeña para tan grandioso plan, que quiere ser nada menos que la expo-

sición de toda la economía del Cristianismo; y, por último, fría y poco fervorosa, como era de temer del autor, aunque muchos con exceso de buena fe hayan creído descubrir en ella verdadero espíritu religioso. Si lo que Marchena se propuso, según parece, fué demostrar que sin fe pueden tratarse magistralmente los temas sagrados, la erró de medio á medio, y su oda es la mejor prueba contra su tesis. Fácil es á un hombre de talento y de muchas humanidades calcar frases de los libros santos y frases de León y de Herrera, y zurcirlas en una oda, que no será ni mejor ni peor que todas las odas de escuela; pero de esto al arranque espontáneo de la inspiración religiosa, ¡cuánto camino! Júzguese por las primeras estancias de la oda de Marchena, que, si bien compuestas de taracea, tienen ciertamente rotundidad y número, y vienen á ser las mejores de esta composición, en que *todo es cabeza*, como si el autor, fatigado de tan valiente principio, se hubiese dormido al medio de la jornada:

Canto al Verbo divino,
No cuando inmenso, en piélagos de gloria,
Más allá de mil mundos resplandece,
Y los celestes coros de contino
Dios le aclaman, y *el Padre se embebece*

En la perfecta forma no creada (1),
Ni cuando de victoria
La sien ceñida, el rayo fulminaba,
Y de Luzbel la altiva frente hollaba,
Lanzando al hondo Averno,
Entre humo pestilente y fuego eterno,
La hueste contra el Padre conjurada.
No le canto tremendo
En nube envuelto horrísono-tonante,
Del Faraón el pecho endureciendo,
Sus fuertes en las olas sepultando
Que en los abismos de la mar se hundieron,
Porque en brazo pujante
Tú, Señor, los tocaste, y al momento,
Cual humo que disipa el raudo viento,
No fueron : la mar vino,
Y los tragó en inmenso remolino,
Y Amón y Canaán se estremecieron.

Muy inferiores á ésta son las demás poesías de Marchena, que él con la misma falta de modestia va poniendo por dechados en sus géneros respectivos. Todas ellas figuran en la colección manuscrita de París, siendo la más notable una *Epístola sobre la libertad política*, dirigida al insigne geómetra español D. José María Lanz, creador, juntamente con don

(1) ¡Admirablemente dicho! Si toda la canción estuviese escrita como este sublime rasgo, sería de un gran poeta.

Agustín Betancurt, de la nueva ciencia de la *Cinemática* (1).

En general, esta epístola está pésimamente versificada, llena de asonancias ilícitas, de sinéresis violentas y de prosaicos ripios; muestra patente de que el autor sudaba tinta en cada verso, obstinado en ser poeta contra la voluntad de las hijas de la Memoria. Hay, no obstante, algunos tercetos dignos de notarse por lo feliz de la idea ó de la imagen, ya que no de la expresión, y porque además nos dan el pensamiento político de su autor acerca de la revolución después de pasados los primeros hervores de ella:

Tal la revolución francesa ha sido
Cual tormenta que inunda las campañas,
Los frutos arrancando del ejido;

---

(1) La obra de estos dos ingenieros españoles, titulada *Essai sur la composition des machines*, cuya segunda edición es de 1819 (ignoro la fecha de la primera), obtuvo los elogios de Monge y sirvió de texto por muchos años en la Escuela Politécnica de París.

La amistad de Marchena con Lanz hubo de fundarse, no solamente en la comunidad de ideas políticas, sino también en la afición de Marchena á los estudios matemáticos. Aludiendo á esto en su *Discurso*, dice de sí mismo que «había hecho como el enano de Saturno en el *Micromegas*, de Voltaire, muchos cálculos largos y muchos versos cortos.»

Empero el despotismo las entrañas
Deseca de la tierra donde habita,
Cual el volcán que hierve en las montañas.

Queriendo mostrar el autor que todos los excesos revolucionarios son consecuencia del despotismo, y que él nutre y educa la revolución á sus pechos, usa de esta notable comparación:

Así en Milton los monstruos del abismo
Devoran con rabioso ávido diente
De quien les diera el sér el seno mismo.

Tampoco carece de cierta originalidad Marchena, como primer cantor español de *la duda*, y precursor en esto de Núñez de Arce y otros modernos:

¡Dulce esperanza, ven á consolarme!
¿Quién sabe si es la muerte mejor vida?
Quien me dió el sér, ¿no puede conservarme
Más allá de la tumba? ¿Está ceñida
Á este bajo planeta su potencia?
¿El inmenso poder hay quien lo mida?
¿Qué es el alma? ¿Conozco yo su esencia?
Yo existo. ¿Dónde iré? ¿De dó he venido?
¿Por qué el crimen repugna á mi conciencia?

Bien dijo Marchena que tal poesía era nueva en castellano, pero también ha de confesarse que la nueva cuerda añadida por él á nuestra

lira no produce en sus manos más que sonidos discordes, ingratos y confusos.

También pagó tributo Marchena á uno de los más afectados, monótonos y fastidiosos géneros que por aquellos días estuvieron en boga: al de las epístolas *heroídas*, calcadas sobre la famosa de Pope, á la cual no llega ni se acerca ninguna de sus imitaciones. ¿Quién no conoce la famosa *Epístola de Eloísa á Abelardo*, que Colardeau imitó en francés, y que Santibáñez, Maury y algunos otros pusieron en castellano, tomándola ya del original, ya de la versión, para nocivo solaz de mancebos y doncellas que veían allí canonizados los ímpetus eróticos, reprobadas las austeridades monacales, y enaltecido sobre el matrimonio el *amor desinteresado y libre?* Ciertamente que esta Eloísa nada tiene que ver con la escolástica y apasionadísima amante de Abelardo, ni menos con la ejemplar abadesa del Paracleto, sino que está trocada, por obra y gracia de la elegante musa de Pope, en una *miss* inglesa, sentimental, bien educada, vaporosa é inaguantable. ¿Dónde encontrar aquellas tan deliciosas pedanterías de la Eloísa antigua, aquellas citas de Macrobio y de las epístolas de Séneca, del *Pastoral* de San Gregorio y de la regla de San Benito, aquellos juegos de palabras, «*oh inclementem clementiam!, oh infortunatam fortunam!* mez-

cladas con palabras de fuego sentidas y no pensadas: «*non matrimonii foedera, non dotes aliquas expectavi, non denique meas voluptates aut voluntates, sed tuas, sicut ipse nosti, adimplere studui..... Quae regina vel praepotens femina gaudiis meis non invidebit vel thalamis?..... Et si uxoris nomen sanctius ac validius videtur, dulcius mihi semper extitit amicae vocabulum, aut* (*si non indigneris*) *concubinae vel scorti, ut quo me videlicet pro te amplius humiliarem, ampliorem apud te consequerer gratiam, et sic excellentiae tuae gloriam minus laederem..... Quae cum ingemiscere debeam de commissis, suspiro potius de amissis.*

Después de leídas tales cartas, parece amanerada, aunque agradable siempre, la *heroída* de Pope, donde ha desaparecido todo este encanto de franqueza y barbarie, de ardor vehementísimo y sincero. Así y todo, esta ingeniosa falsificación de los sentimientos del siglo XVIII tuvo portentoso éxito y engendró una porción de imitaciones con el nombre de *heroídas*, dado ya en la antigüedad latina por Ovidio á otras epístolas galantes suyas, no menos infieles al carácter de los tiempos heroicos que lo eran las de sus imitadores al espíritu de la Edad Media.

Pero, ¿cuál de las imitaciones de la *heroída* de Pope, que hay en castellano, es la de Mar-

chena? El Sr. Marqués de Valmar, doctísimo colector de nuestros poetas del siglo XVIII, se inclina á atribuirle la más popular de todas: la que se imprimió en Salamanca por Francisco de Toxar, en 1796, con título de *Cartas de Abelardo y Eloísa, en verso castellano*, y fué prohibida por un edicto de la Inquisición de 6 de Abril de 1799. El Sr. Bergnes de las Casas, que imprimió en Barcelona en 1839, juntamente con el texto latino de las cartas de Abelardo y el inglés de la epístola de Pope, todas las imitaciones castellanas que pudo hallar de unas y otras, atribuye á D. Vicente María Santibáñez, catedrático de Humanidades en Vergara, la susodicha famosa traducción, que comienza:

> En este silencioso y triste albergue,
> De la inocencia venerable asilo.....,

y da como anónima la respuesta, que parece obra original del traductor de la primera epístola, si bien muy inferior á ella en condiciones literarias, porque ya el original de Pope ó de Colardeau no sostenía la flaca vena de su autor:

> ¿Quién pudiera pensar que en tantos años
> De penitente y retirada vida.....

El hallazgo del manuscrito de París ha venido

á resolver la cuestión, puesto que en él aparecen dos epístolas de Eloísa y Abelardo, enteramente originales, del abate Marchena, y mucho más libres é impías que las que se imprimieron en Salamanca, y de las cuales una, por lo menos, es de Santibáñez, según el testimonio irrecusable de Quintana, que le había conocido y tratado mucho, como también á Marchena (1). No es maravilla que tratándose de autores tan análogos en su vida y en sus ideas, y de composiciones sobre el mismo asunto, se hayan confundido las especies. Conste, pues, que las heroídas de Marchena son las que empiezan:

Sepulturas horribles, tumbas frías.....
¡Oh vida, oh vanidad, oh error, oh nada!..... (2).

Así éstas como la mayor parte de las poesías líricas de Marchena han sido impresas en nues-

---

(1) «Don Vicente María Santibáñez, traductor de la heroída de Pope, con cuyo estilo y carácter tenía el suyo tan poca analogía y semejanza.» (*Introducción á la Poesía Castellana del siglo XVIII*, art. IV.)

(2) Faltan en la curiosa edición de las *Cartas de Abelardo* y *Eloísa* (dos tomos en 4.º), Barcelona, 1839, imprenta de A. Bergnes; que además de las cartas latinas y los estudios de Guizot, Cousin, etc., sobre Abelardo, contiene los textos originales de la heroída de Pope, y de la de Colardeau, las dos de Santibáñez, la de Maury en octavas (muy fría pero audazmente versificada como suya:

tra colección por vez primera, fielmente copiadas por el docto profesor y querido amigo nuestro Mr. Alfred Morel-Fatio de un códice autógrafo de Marchena, que se conserva hoy en la Biblioteca de la Sorbona, y procede de la librería de Mr. Lefebure de Fourcy, antiguo catedrático de la Facultad de Ciencias (1). De muchas de estas composiciones ya se ha ido

---

ensayo de su juventud, impreso en Málaga en 1792, prohibido por la Inquisición en 1796), y tres heroídas más de Beauchamps, Dorat y Mercier, puestas en versos castellanos nada vulgares, por un poeta cuyas iniciales son J. V.

Como prueba de la aceptación que tenía este falso género á principios del siglo, puede citarse la *Colección de varias heroídas traducidas libremente de los mejores autores franceses, por D. M. A. de C.....* (¿D. Mariano de Carnerero?) Madrid, en la imprenta de Repullés, 1810. Dos tomos en 12.º Á imitación de estas heroídas francesas compuso algunas el P. Arolas, las cuales pueden leerse en la colección de sus versos juveniles. (Valencia, 1842.)

El final de la oda de Quintana *Á la Hermosura*, es una reminiscencia de la heroída de Pope.

(1) Este códice tiene la signatura I-IV-48, y una nota en el reverso de la cubierta indica la procedencia: «*Ex libris Lefebure de Fourcy in Parisiensi Scientiarum facultate olim professoris a filiis datum MDCCCLXIX.*» El señor Morel-Fatio describe el códice en estos términos:

«Tiene el códice 69 hojas escritas, y además muchas blancas; el texto acaba en la hoja 69 con el título de los *Diálogos filosóficos* en verso, que no se insertaron. Es indudablemente autógrafo, porque la letra de las correcciones es la misma que la del texto, y estas correcciones

haciendo mérito en el curso de esta biografía. Todas ellas parecen compuestas antes de 1808, y sin duda por eso no figura en el manuscrito de París la canción *Á Cristo crucificado*, que debe de ser posterior.

IV

Cuando la revolución de 1820 abrió á los afrancesados las puertas de España, Marchena fué de los que regresaron, muy esperanzado, sin duda, de ver premiados bajo el nuevo régimen sus servicios á las ideas liberales, que ciertamente eran más antiguos que los de ningún otro español. Pero nada logró, porque la tacha de traidor á la patria le cerraba todo camino en un tiempo en que las heridas del año 1808 manaban sangre todavía; y los mismos afrancesados, que apenas habían comen-

---

se ve luego que son del autor mismo y no de un copista, Al principio del códice se cortaron unas 20 hojas; pero como en la primera de las guardas hay el título de *Œuvres de Marchena*, y en la segunda *Poesías* (de mano de Marchena), es probable que dichas hojas se cortaran antes de que escribiese nada nuestro autor en el libro. En todo caso, por el título *Poesías* de la segunda hoja hay motivo de suponer que si falta algo, lo que falta será prosa y no versos.»

zado su laboriosa tarea para irse rehabilitando en la opinión (como al fin lo consiguieron en los últimos años de Fernando VII, llegando á ejercer grande influencia en sus consejos como autores ó fautores de la teoría del despotismo ilustrado), huían de Marchena, clérigo apóstata, cuyo radicalismo político y religioso, todavía raro en España, bastaba para comprometer cualquier partido á que él se afiliase. Bien á su costa lo experimentó en Sevilla, adonde le llevaron sin duda los recuerdos de su juventud y el apego al suelo natal. Sevilla era entonces un pueblo eminentemente realista, donde las ideas constitucionales sólo eran profesadas por una minoría exigua, al revés de lo que acontecía en Cádiz, Barcelona y otras ciudades marítimas. Uno de los biógrafos de Marchena (1), cuyos recuerdos personales se remontan bastante lejos, da sobre este punto curiosas y autorizadas noticias:

«La gente liberal en Sevilla era entonces baladí. La mayoría de lo que se llama pueblo, casi toda la nobleza y los propietarios y labradores pertenecían en ideas al absolutismo, fomentado por el numeroso y alto clero y por los más de los frailes.

»El bando liberal se componía de muy pocas per-

(1) Don Adolfo de Castro, en el artículo ya citado de *La España Moderna.*

sonas importantes de la ciudad; comerciantes, tenderos, oficiales retirados, ociosos y vagabundos, alguna tropa de la guarnición y de los aficionados á alborotos.

»Se decía entonces por fina ironía que *todo el pueblo junto en el café del Turco* había promovido tal ó cual asonada, en cuya frase se pintaba gráficamente cuán reducido número de personas contaba el partido liberal en Sevilla.....»

Al principio Marchena fué bien recibido por los liberales sevillanos é ingresó á título honorífico en una Sociedad Patriótica que allí había, no menos tumultuosa que sus análogas de Madrid, aunque menos perniciosa en sus efectos, los cuales tenían más de bufo que de trágico, reduciéndose á sandias peroratas sobre los artículos del código constitucional, y á otras efusiones declamatorias propias de la candidez política de aquellos tiempos. A Marchena, que no sólo había visto revoluciones de verdad sino que había sido actor en ellas, le parecía todo aquello una absurda mojiganga; y como no se recataba de decirlo á los propios adeptos, con toda la malignidad sarcástica propia de su carácter violento y atrabiliario, se atrajo en poco tiempo muchos enemigos, que no le perdonaban aquella continua é implacable burla. Además, entre los patriotas del año 20, aunque la irreligión hubiese comenzado á hacer estragos y estuviese de moda cierto descreimiento, ha-

bía no pocos hombres sinceramente cristianos y aun devotos; que no pasaban más allá de la libertad política, y para quienes era un escándalo la impiedad que cínicamente afectaba Marchena. A los pocos meses de su llegada había tenido la habilidad de ponerse mal, casi á un mismo tiempo, con los frailes de Sevilla y con el Capitán general, que era al mismo tiempo Jefe político de la provincia. Las cosas acontecieron de este modo:

Las Cortes de 1820 acababan de dar una ley (que Fernando VII sancionó á la fuerza y bajo el amago de un motín) extinguiendo las Órdenes monacales y reformando las regulares. Para celebrar este decreto, la Sociedad Patriótica de Sevilla encargó un discurso á Marchena. Este discurso, que gustó en el primer momento (quizá porque la mayor parte del auditorio no le entendió del todo), fué impreso por aclamación general, y entonces es cuando se vió la gravedad de las conclusiones racionalistas que la inexperta Sociedad había prohijado. Se trataba, en efecto, de un ardiente alegato en pro de la libertad de cultos, ó más bien del naturalismo y del indiferentismo religioso, pero envuelto en cierta fraseología mística, que podía deslumbrar á los incautos. Marchena preguntaba entre otras cosas:

«¿No pertenecen al Criador, al Conservador del

Universo, el hombre y sus obras todas, y la tierra que habita y el cielo que le cobija y cuantos seres animados é inanimados en su inmenso seno la naturaleza encierra? ¿Es la morada de Jehovah el monte de Garizim? ¿Es peculio privativo suyo el templo de Júpiter Capitolino, la mezquita de la Meca ó las paredes del Vaticano? ¿No es su dominio el capullo que alberga al insecto imperceptible, como la vasta órbita que describe el más remoto planeta? «*La tierra y cuantos en ella moran, el orbe entero y cuanto en él se contiene, son del Señor*», dicen los salmos de los hebreos. Un dón solo puede tributar el hombre al Altísimo, y ése es el único grato á sus ojos: un pecho amante de la virtud, una razón despojada de los desvaríos de la superstición, *una vida conforme á los preceptos del Verbo, esto es, de la razón divina, que estableció el invariable orden de los seres, y por la razón de las necesidades físicas enseñó á los humanos las relaciones que con Dios y con sus semejantes los estrechan.....* Los tiranos son los verdaderos rebeldes á la Divinidad, los enemigos de la eterna razón increada, los que han formado parcialidades y coligádose contra el Señor y su Cristo, mas que el Cristo ha de quebrantar con cetro de hierro, cual vasos de frágil arcilla (1).»

---

(1) *Discurso sobre la ley relativa á extinción de monacales y reforma de regulares, pronunciado en el día 6 de Noviembre del presente año en la Sociedad Patriótica Constitucional de esta ciudad por el ciudadano D. Josef Marchena, Socio íntimo de la misma é impreso por aclamación general.* Sevilla, 1820. Folleto de 16 páginas.

Un fraile impugnó desde el púlpito el folleto del *ciudadano* Marchena; y el *ciudadano* Marchena, dando una muestra de intolerancia no rara entre los que teóricamente blasonan más de librepensadores, denunció al fraile á las iras de la Sociedad Patriótica, y aun procuró, aunque inútilmente, que se hiciese pesquisa judicial contra él. Todo ello consta por la carta al general O'Donojú, que citaremos luego:

«Puesto que todas las expresiones de dicho discurso se hubiesen pronunciado delante de un inmenso concurso de sujetos de toda clase, no desaprobando ninguno una sola de ellas y aplaudiéndolas todos; puesto que estuviera ya impreso y patente á la censura de todos, todavía un fraile llamado *Salado* tuvo la increíble avilantez de predicar un domingo en *Omnium Sanctorum* (una de las iglesias adonde acude más plebe, y, por consiguiente, más gente pronta á enardecerse por las irritaciones del fanatismo) que el abate Marchena era un hereje que quería trastornar la religión católica.

»Tan escandalosa tentativa de asonada no solamente permanece impune, mas ni siquiera ha tenido por conveniente V. E. hacer en la materia la más ligera pesquisa, si bien la excitación desde el púlpito contra un ciudadano que se nombra formalmente sea un delito nuevo desde el principio de las conmociones de España; y este primer ejemplo se ha dado impunemente en el pueblo, cuya seguridad ha sido encomendada á V. E. No es esto articular una queja

contra V. E. Bien me hago cargo de lo arduo del empeño de encontrar testigos que declarasen sobre un sermón predicado un domingo en una iglesia llena de gente. La delación que de él se hizo en la Sociedad, y que también está consignada en *La Espada Sevillana*, pareció sin duda á V. E. una denuncia vaga: por eso no ha querido hacer diligencias que probablemente ningún efecto producirían.»

Pronto surgió otra disidencia en el seno de la Sociedad. El *ciudadano* Mac-Crohón, correligionario y amigo íntimo de Marchena, leyó una noche cierto manifiesto de los oficiales del batallón de Asturias (el que había mandado Riego) en que se hacían graves cargos al general O'Donojú. A muchos de los concurrentes pareció tal manifiesto una insensatez y una violación de los principios más elementales de la disciplina militar; pero Marchena se encaramó en la tribuna para sostener que los oficiales manifestantes estaban dentro de «la verdadera doctrina de los pueblos libres acerca de las quejas de los ciudadanos contra los magistrados y gobernantes», y que no hacían más que cumplir con la «obligación sagrada del ciudadano».

Publicábase á la sazón un periódico titulado *La Espada Sevillana*, órgano oficioso de la Sociedad, pero todavía más del Capitán general, que había confiado la redacción á su médico, llamado Codorniu. En *La Espada*, pues,

salió un comunicado que firmaba *El Ocioso:* de tono asaz agrio, contra el manifiesto de los oficiales de Asturias, y contra los oradores que le habían apoyado en la Sociedad Patriótica. Y aquí prosigue la narración del abate Marchena, dirigiéndose al mismo general O'Donojú:

«El socio Mac-Crohón, ultrajado en una postdata del artículo comunicado salió á vindicar su honor: seguíle yo, y los aplausos del público nos acompañaron á uno y á otro. Acuérdome que en mi razonamiento dije que ni conocía ni quería conocer á vuestra Excelencia. Lo primero V. E. sabe ser muy cierto: lo segundo sé yo que no lo es menos. Probé que no debían los miembros de la Sociedad seguir suscribiéndose á un periódico que, costeado por ellos, insertaba violentas censuras de papeles leídos con aprobación del Cuerpo, y de socios que, en vez de haber sido llamados al orden, se les había escuchado con satisfacción general.....

»Al siguiente día se formó, por los que llevaban la voz, un conciliábulo con nombre de sesión secreta; y sin citarme, sin mi noticia, sin hacerme cargo ninguno, sin saber siquiera si pensaba yo en disculparme, fallan mi expulsión de la Sociedad. Tan ajeno estaba yo de esta decisión, que habiendo por acaso sabido que se celebraba sesión secreta en el teatro de San Pablo, fuí á ella, y pedí la palabra para hablar sobre no sé qué asunto que á la sazón se estaba ventilando, cuando un fraile dominico, llamado fray Becerro, digno presidente de la Sociedad Patriótica

de Sevilla, encarándose á mí con tan furibundo ademán como si me notificara que por auto del Santo Oficio iba á ser relajado al brazo seglar, con estentórea voz me preguntó si ignoraba yo la decisión que se acababa de tomar por la Sociedad. Respondíle (como era la verdad) que nada sabía de ella. Y alargándome, con toda la insolencia y descortesía frailesca, el registro de las actas, me dió á leer la resolución de mi expulsión. Quise hablar, y me cerró la boca diciendo que la Sociedad no se volvía nunca atrás en sus decisiones.—«Si es así (dije yo »entonces) la infamia de ésta recaerá sobre mí ó so»bre ella. Sobre mí estoy seguro de que no ha de »caer. Concluyan ustedes el dilema.» «Sobre nos»otros (respondieron unos quince que formaban el »conventículo).—No retratan ustedes mal (repuse »saliéndome) á los judíos verdugos de Cristo. *San»guis ejus super nos et super filios nostros»* (¡!).

Marchena, después de compararse nada menos que con el Redentor del mundo, echa al Capitán general la culpa de tan escandalosas escenas por haber dirigido á varios socios una circular ó exhorto secreto preguntándoles si en efecto el Abate había hablado contra la religión católica en alguna de las sesiones públicas ó secretas Él niega terminantemente haberse ocupado en tales asuntos; y como el general O'Donojú no estaba en olor de santidad, sino que era antiguo afiliado de las sociedades secretas, triunfa de él con punzante y maligna

ironía, diciendo que no es el celo de la casa del Señor lo que le devora.

Todo el resto de la vindicación está escrito en el mismo tono acre é insolente. Marchena contrapone su crédito literario y su vieja historia revolucionaria á la triste reputación militar de O'Donojú, que todavía no era el hombre del convenio con Itúrbide, pero que ya había dado suficientes pruebas de torpeza é ineptitud. Le echa en cara su doblez y falso juego, en 1819, el haber conspirado á medias y haber faltado á su compromiso con los liberales en el momento crítico. Y hablando de sí mismo añade:

«La persecución se había de cohonestar con las más disparatadas calumnias. Una carta he visto yo, escrita por un amigo de V. E., en que afirmaba que Mac-Crohón, Marchena y otros perversos habían pedido la cabeza de Codorniu (perdóneme V. E. si miento á este Juan Rana de la literatura). ¿Qué diablos habíamos de hacer con la cabeza de un Codorniu? Todavía, si hubiera yo proyectado un poema de La Fontaine, pudiera aquella cabeza servir de modelo para el principal héroe; mas para esto era forzoso que se mantuviera encima de sus hombros. Viva el erudito secretario de la Sociedad Patriótica Sevillana quieto y sosegado; esgrima furibundos tajos con su espada de palo: todo el mundo se reirá, con contorsiones, de sus acometimientos, de sus necias malicias, y en nadie excitará efectos de amor ni de odio: yo se lo aseguro sin temor de que nadie me desmienta.....

»De Codorniu, volvamos á V. E. ¿Y es verdad, señor, que lo que más en mi discurso le ha irritado ha sido el haber hablado yo con el alto aprecio que para mí se merecen Riego y sus compañeros? Ello es cierto que es triste cosa no haber tenido parte en la restauración de la libertad de la patria quien en aquella época hubiera podido decidir oportunamente la contienda con sólo declararse. Mas también hemos de atender á que el papel de expectante, si no es el más glorioso, por lo menos es el más seguro, ya que la prudencia persuade á abstenerse de coger laureles que pueden ir envueltos en cipreses.....

»Permítame V. E. que en pago de los daños que se ha esforzado en causarme le dé un consejo, que, cuando de nada le sirviese, nunca podrá serle nocivo: éste es que cuando quisiere asestar un tiro contra alguno, se funde en pretextos que lleven algún color de verosimilitud.

»En consecuencia, Sr. Excmo., ¿quién se ha de persuadir de que soy yo un enemigo de la libertad, cuando tantas persecuciones he sufrido por su causa; un hombre que anda pidiendo cabezas de majaderos; cuando por espacio de diez y seis meses en mi primera juventud me vi encerrado en los calabozos del jacobinismo?

»Cuando en España pocos esforzados varones escondían en lo más recóndito de sus pechos el sacrosanto fuego de la libertad; cuando ascendían los viles á condecoraciones y empleos, postrándose ante el valido ó sirviendo para infames tercerías con sus comblezas ó las de sus hermanos y parientes, entonces, en las mazmorras del execrable Robespierre, al pie del cadalso, alzaba yo un grito en defensa de la

humanidad ultrajada por los desenfrenos de la más loca democracia. Mas nunca los excesos del populacho me harán olvidar los imprescriptibles derechos del pueblo: siempre sabré arrostrar la prepotencia de los magnates, lidiando por la libertad de mi patria (1).»

Esta carta, cuyo final es elocuente, y que en todo su contexto es una curiosa muestra de la acerada prosa política del abate Marchena, fué escrita en Osuna el 6 de Diciembre de 1820, y publicada inmediatamente en el *Diario de Cádiz*. Su éxito fué grande, no sólo entre los liberales exaltados, sino entre los muchos enemigos de toda especie que tenía O'Donojú, y entre los realistas burlones que tanto partido sacaban de estas discordias domésticas de sus adversarios. Para contrarrestar el efecto de las diatribas de Marchena (á quien todos temían, aunque casi nadie le estimase) se publicó una impugnación de su carta *por un socio de la Re-*

---

(1) *Copia de la carta dirigida al Excmo. Sr. D. Juan O'Donojú, Capitán General de la provincia de Sevilla, Jefe Político de la misma, Teniente General de los Reales Ejércitos, Edecán de S. M., gran cruz de las órdenes de Carlos III y de San Hermenegildo, etc., etc., por el ciudadano Josef Marchena.*

Este curioso documento, no citado por los biógrafos anteriores, ha sido reproducido íntegramente por don Adolfo de Castro (núm. 1.º de *La España Moderna*).

unión Patriótica de Sevilla (1). Es papel bastante candoroso y pobremente escrito, pero del cual pueden sacarse algunas especies útiles para la biografía de Marchena, y sobre todo para juzgar del mal predicamento en que entonces le tenían sus paisanos. Á ello contribuía mucho su calidad de afrancesado, y este punto flaco es el primero en que el impugnador le hiere:

«Esos son los que clavaron el puñal en el seno de la Madre Patria en la aciaga época de la dominación francesa..... Aunque hoy con una falsa hipocresía se ostentan patriotas, su pasada conducta les desmiente..... No han adoptado estos monstruos las ideas liberales sino para desacreditarlas y envilecerlas.....

»El ídolo de la independencia nacional no les devuelve los falsos ósculos con que reconocen al parecer su soberanía, ni tiene por bien expiados sus errores por una débil analogía con el actual sistema.. .. Bien á su costa lo ha experimentado el abate Marchena cuando después de algunos aplausos, hijos del momento y arrancados por sorpresa, se vió confundido y avergonzado por los mismos que antes le celebraban con entusiasmo..... No era ya posible

(1) *Impugnación de la carta del abate Marchena al Excelentísimo Sr. Capitán General y Jefe Político de esta Provincia, D. Juan O'Donojú (inserta en el Diario de Cádiz). Por un socio de la Reunión Patriótica de esta ciudad. Sevilla, impreso por la Viuda de Vázquez y Comp.ª Año de* 1821. Folleto de 11 páginas.

á una sociedad que anhelaba por la instrucción y seguridad del pueblo sevillano, poder abrigar por más tiempo un ciudadano de ideas tan heterogéneas y alarmantes, sin arriesgar su existencia misma y autorizar esta dañosa franqueza de hablar en sentidos opuestos á los de la muchedumbre, cuando ésta camina de acuerdo con las disposiciones del Gobierno.»

. . . . . .

Entrando el anónimo en el examen del que llama *envenenado papel*, empieza por rechazar el inmodesto paralelo que Marchena hacía entre su persona y la de Juan Jacobo Rousseau, y entre su carta á O'Donojú y la carta del ciudadano de Ginebra al Arzobispo de París con motivo de la prohibición del *Emilio*.

«¿Qué obras pueden igualar á este nuevo autor con aquel célebre filósofo, si ya no es el desenfreno de sus pensamientos é ideas en materias de religión? Sepa el Sr. Marchena que la comparación hubiera sido más propia si se hubiese acordado de Esopo y de sus fábulas, ya que (*aun olvidada la semejanza de su persona*) á este género pertenecen todos los hechos y particularidades que refiere..... ¿Quién ha escrito entre nosotros contra las obras de este autor, cuando no se conocen ni pueden conocerse?.....

»El es un extranjero en su propio país, por los muchos años de ausencia y sus relaciones y enlaces íntimos con alguno de los personajes de la revolución francesa, que nada tiene de común con la nues-

tra, á excepción de los principios generales del derecho de la naturaleza y de las gentes.....»

Sobre la entrada de Marchena en la Sociedad Patriótica, y su expulsión de ella, da estos pormenores:

«Precipitóse aquella reunión hasta el punto de creer al ciudadano Marchena muy proporcionado para desvanecer en la muchedumbre las ideas góticas de una educación mal dirigida, y hacerla entrar en los senderos luminosos de nuestra felicidad pública y particular. Pero ¡oh! ¡cuánto se engañó en esta elección, nacida de sus buenos deseos! Á los primeros pasos descubrió este nuevo socio unas ideas que chocaban directamente con las de la Constitución y del Gobierno.

»Pudieran citarse muchos que le oyeron pronunciar con escándalo algunas máximas contrarias diametralmente á la piedad de los pueblos; y alarmó con esta novedad á muchos espíritus incautos, que ó no supieron ó no pudieron discernir entre los sentimientos extraviados del abate Marchena y los puros y razonables de los verdaderos liberales, amantes de su Religión y de su Patria. El mismo discurso que leyó en la tribuna, relativo á la extinción monacal, en medio de los estériles aplausos que arrancó su veloz y rápida lectura, dió muestras inequívocas del poco aprecio que merecía á su autor la Representación Nacional, cuyas decisiones censuraba imprudentemente, para desacreditarla en el ánimo pacífico y sencillo de estos andaluces..... La

Sociedad misma lo creyó así, y no pudo menos de atalayar la conducta posterior de este individuo, á quien desgraciadamente había honrado con la confianza de introducirlo en su seno.

»Se observó con mucho sentimiento que el ciudadano Marchena se había convertido en un triste objeto de murmuración pública, trascendental entonces al mismo cuerpo que le prestó tan fácil acogida. Los predicadores de la moral evangélica, entre ellos Fray Bartolomé Salado, del orden de San Francisco, tuvieron la imprudencia de citarle nominalmente en el púlpito por un enemigo tan encarnizado de la Religión como del sistema constitucional. Si bien fué muy reparable esta franqueza, la Sociedad no podía ni debía impedirla..... Un ciudadano que haya merecido siempre alguna opinión de regularidad y acierto en su conducta, puede acaso aventurar alguna proposición que esté en oposición verdadera ó aparente con las ideas comunes, y encontrará acaso docilidad en los ánimos para oir y examinar sus pruebas con detención y escrupulosidad. Pero cuando esta libertad se nota en un hombre nuevo (por decirlo así) entre nosotros, y alimentado en reinos extraños con una licencia nada compatible con nuestras costumbres actuales, toda tentativa es un insulto, y todo extravío de pensamiento arrastra en pos de sí la indignación del pueblo.....

»Este raro suceso acabó de fijar la atención de la Sociedad sobre este individuo, y se vió obligada dolorosamente á expulsarle de su gremio y exigirle el diploma.....

»¿Por qué aspiraba el ciudadano Marchena á que

el Gobierno Político de Sevilla desvaneciese en el pueblo la opinión que le habían acarreado sus imprudencias en los cafés y tertulias, en los teatros y corrillos de todas clases y condiciones? ¿Por qué no usó, como podía, de la libertad de la imprenta para apologizar sus sentimientos, ó más bien para presentarlos en un sentido católico y constitucional, único medio de obtener hoy los sufragios de los liberales prudentes y aun de la muchedumbre? ¿Por qué no hizo una denuncia formal contra el predicador que le injuriaba y en los juzgados señalados por la ley? ¿Quién le ha sugerido que la gobernación política estaba autorizada para proceder de oficio sobre agravios particulares?

. . . . . .

»Con estos preliminares no debió parecer importuna la exclusión de este socio, que no observaba las leyes del Estado, ni las del reglamento interior de la Sociedad, y aspiraba á ser nada menos que un dictador absoluto contra todo el sistema establecido para la unión y conformidad de los socios.. .. Fué tal su frenesí de hacer vagar al pueblo por espacios imaginarios y quiméricos, que la Reunión Patriótica tuvo que optar entre ó perder para siempre su crédito, ó ahuyentar de su seno á un individuo que hacía peligrar su existencia.»

El folleto termina con vindicar de los ataques y vituperios de Marchena al general O'Donojú y al ciudadano Codorniu, «*Protomédico del ejército constitucional*»; y con echar en cara al Abate sus cuarenta años de expa-

triación voluntaria ó forzada, «bañándose en las delicias voluptuosas de París».

Esta pequeña escaramuza fué quizá el último acto de la agitada vida política de Marchena, que, impopular ya entre los liberales andaluces, pues á los anatemas de la Sociedad Patriótica de Sevilla se habían unido las de Lebrija, Écija y otros puntos (1); denunciado en públicos documentos como sedicioso anarquista por haber dicho en una especie de *meeting* celebrado en el teatro que la patria estaba en peligro y que se requerían enérgicas medidas de salvación, incluso la convocatoria de Cortes extraordinarias, es decir, de una Convención análoga á la de Francia, determinó alejarse de un medio tan inhospitalario para sus ideas, y trasladar su residencia á la corte, como lo verificó á fines de 1820, después de haber pasado una corta temporada en Osuna, al lado de su amigo el médico y diputado á Cortes D. Antonio García, padre de nuestro docto maestro de hebreo D. Antonio María García Blanco, á quien en sus conversaciones familiares oímos más de una vez hacer mérito de la impresión que en su fantasía de niño había hecho la singular persona del abate

(1) *Diario gaditano de la libertad é independencia nacional*, del viernes 5 de Enero de 1821 (citado por D. A. de Castro).

Marchena. En las Memorias que dejó impresas, pero no publicadas ni aun terminadas, dice del Abate:

«Era tan pequeño, que sentado en una silla de la sala de mi casa no le alcanzaban los pies al suelo: fué á casa á despedirse para Madrid, porque siempre fué amigo y de la tertulia de mi padre, con don Manuel de Arjona, Penitenciario de Córdoba, y su hermano D. José, Asistente de Sevilla después, y privado del rey Fernando VII.»

Luego cuenta que en su casa tuvieron disputa el año 8 Marchena y el P. Manuel Gil, de los clérigos menores, y que el segundo no acertó á contestar al primero á pesar de toda su facundia. Pero no puede menos de haber error en la fecha, puesto que Marchena no volvió á Andalucía hasta 1810, y entonces por primera vez pudo conocerle García Blanco, que tenía á la sazón nueve años, lo cual explica la vaguedad y confusión de este primer recuerdo suyo consignado por él en 1887 (1).

Pocos meses de vida restaban á Marchena. No sabemos que publicase ya ningún escrito, á no ser que sea suya, como lo parece por las iniciales y por el estilo, una traducción de la *Vida de Teseo*, según el texto griego de Plu-

(1) *Resumen de un siglo..... Personas, cosas y sucesos que han pasado y yo he visto en el siglo XIX.* Por A. M. G. B..... Osuna, 1887, imprenta de M. Ledesma Vidal, pág. 58.

tarco, cuyas *Vidas Paralelas* se había propuesto traducir (según conjeturamos) en competencia con la versión, que entonces empezaba á salir, de D. Antonio Ranz Romanillos. La de Marchena (si realmente es suya, como creemos) no pasó de esta primera biografía.

Sus días estaban contados, y, apenas llegó á Madrid hubo de adolecer gravemente. Sólo así se explica que nunca subiese á la tribuna de la Fontana de Oro, donde se discutían entonces con tanto ó más calor que en Sevilla los actos del general O'Donojú, á quien atacaron reciamente varios oradores, entre ellos Alcalá Galiano, D. Manuel Núñez, D. José Pesino y D. Juan Mac-Crohon Henestrosa, grande amigo de Marchena, á quien acogió en su casa y que en ella murió.

Mac-Crohon es precisamente quien nos ha transmitido los únicos pormenores que tenemos acerca de la enfermedad y muerte del abate Marchena. El pasaje es tan curioso, y tan raro, por no decir desconocido, el folleto en que se halla (1), que no se llevará á mal que le tras-

---

(1) Le debemos, como tantos otros papeles curiosos, á nuestro amigo Gómez Ímaz. El folleto se titula:

Refutación de D. Juan Mac-Crohon Henestrosa á la impugnación de varios discursos pronunciados en la Tertulia de la Fontana de Oro de la Corte, escrita en Sevilla por S. A. F. Madrid, en la imprenta de Álvarez, 1821. 4.º 39 hojas.

lademos íntegro. Contestando Mac-Crohon á los ataques de un anónimo de Sevilla (G. A. F.), que quizá sea el mismo que escribió la impugnación antes citada, dice refiriéndose á su amigo:

«Esta persona, á quien con no menos criminalidad que ignorancia trata de disfamar el folletista, es el digno D. José Marchena, el cual, aunque yace en el sepulcro, vive en la memoria de todos los sabios de Europa, entre los cuales hay quien trabaja con los objetos de dar á conocer á su Patria lo que en su muerte ha perdido, y de que la posteridad le conserve el lugar que no le conservó la Sociedad Patriótica de Sevilla.

»Su singular talento, sus extraordinarios y profundos conocimientos, su mérito literario, su carácter noble y sostenido, lo sólido de sus principios, la rigidez de su conducta y su sublime amor á la libertad, formaban un conjunto admirable que le conciliaba el respeto y veneración de cuantos llegaban á conocerle. Su muerte ha sido generalmente sentida en la corte, y en el discurso de su enfermedad recibió repetidas pruebas del aprecio que no podía menos de tributarse á una persona tan digna. Mi casa no cesó de ser concurrida de personas del mayor carácter y representación, que venían de continuo á saber el estado de su salud: de las cuales la mayor parte no tenían con él otro conocimiento que la noticia de su crédito.

»He querido desahogar mi corazón haciendo este tan breve cuanto justo elogio de un amigo que ha

exhalado sus últimos suspiros entre mis brazos, y voy á dar á su disfamador la contestación que él me dejó encargada pusiese de su parte en este discurso, que ya estaba empezado antes que falleciese.

»Pocos instantes antes del que fué su postrero me llamó, y á presencia del general Quiroga, del Marqués de Almenara, de D. Manuel Cambronero y D. Ramón de Ceruti, me dijo: «Diga usted al »folletista que ha pretendido infamarme, que si »quiere vivir feliz aun en medio de las mayores »desgracias, y descender á la tumba con la serenidad »que yo desciendo, que aprenda á ser hombre de »bien.»

»Esta lección moral producida en el crítico período de la muerte, que tan aplaudida fué de los que la escucharon, como admirada de todos aquellos en quienes se ha divulgado la noticia, da la idea más exacta de la rectitud de principios de Marchena y del temple superior de su alma. Su nombre ocupará un lugar distinguido, tanto en la historia política como en la literaria; y los tiros que contra él dirigió la malicia, sorprendiendo la sencillez, si bien surtieron el efecto de herir su amor propio en el hecho que se cita, nunca podrán eclipsar la gloria de su mérito, fundada en bases sólidas é indestructibles.»

Este folleto está fechado en 26 de Febrero de 1821. Muy poco anterior debió de ser la muerte de Marchena, que, como acabamos de ver, no falleció en el abandono y en la indigencia, según generalmente se creía, sino bajo

el techo hospitalario de un fraternal amigo, y rodeado de personas muy distinguidas en aquel tiempo. Lo que no hemos podido averiguar á ciencia cierta, es si murió dentro ó fuera del gremio de la Iglesia. No faltan biógrafos que den por averiguada su conversión: yo ni la afirmo ni la niego, pero la encuentro verosímil. Consta por una nota autógrafa del diligentísimo D. Bartolomé J. Gallardo que los funerales del abate Marchena se celebraron en la parroquia de Santa Cruz, costeados por Mac-Crohon, y asistiendo á ellos el referido Gallardo, que apuntó la noticia como lo apuntaba todo. El hecho de haberse dado sepultura eclesiástica á un heterodoxo público y escandaloso como Marchena, y haberse celebrado oficios por su alma, parece una prueba indirecta de que se reconcilió con la Iglesia en sus últimos momentos. Por otra parte, la impenitencia final es rarísima entre españoles, y en tiempo de Marchena lo era mucho más.

Nada sé tampoco de los discursos que se dice que algunos afrancesados pronunciaron en su entierro.

Quizá en los periódicos de aquel tiempo, que no me es fácil repasar ahora, podrá encontrarse algún vestigio de ellos. Ya por entonces comenzaba á introducirse en España esta pagana y escandalosa costumbre de los discursos funerales, que por entonces arraigó poco, pero que

más adelante sirvió para profanar los entierros de Larra, de Espronceda, de Quintana, sin contar otros más recientes y en su línea no menos famosos. Por fortuna, ahora está otra vez olvidada, y nadie piensa en restablecerla, lo cual prueba la formalidad intrínseca de nuestro carácter nacional, que no admite bromas con la muerte. Oraciones y sufragios, que no pedantescas exhibiciones de la vanidad de los vivos, es lo que reclaman los difuntos, á quienes poco puede aprovechar semejante garrulería si se cumple en ellos la terrible sentencia: *Laudantur ubi non sunt, cruciantur ubi sunt.*

Marchena legó, al morir, sus papeles y libros á su amigo Mac-Crohon. Si, como creemos, existen descendientes de este caballero, no debemos perder la esperanza de que algún día aparezca, en todo ó en parte, esta herencia literaria, que pudo ser muy valiosa si en ella se incluían, por ejemplo, la traducción completa de Molière y la historia del teatro español que Marchena tenía proyectada en 1819, según indica en el prólogo de sus *Lecciones* (1).

---

(1) «No es nuestro ánimo escribir aquí la historia de nuestro teatro; acaso, si gozamos más larga vida, desempeñaremos esta tarea en una obra que tenemos meditada: el plan de este discurso no nos permite más que algunas reflexiones hijas del estudio de nuestros poetas dramáticos, y que son los últimos resultados de nuestras meditaciones en esta materia. Consideren nuestros lectores lo

Por las vicisitudes de su errante vida, otros escritos suyos hubieron de quedar dispersos por varias partes de España y Francia. Aun no hace muchos años que el manuscrito de su biografía de Meléndez Valdés se conservaba en poder de Mr. Pierquin, médico de Montpellier y rector de la Academia de Grenoble.

Hoy se ignora el paradero de este escrito, que probablemente hubiera sido curioso, porque Marchena trató muy íntimamente á Meléndez antes y después de su emigración, y con su genial franqueza consignaría acaso pormenores que Quintana omitió en la biografía de su maestro.

Tal fué Marchena, á quien acaso nadie ha definido mejor que Chateaubriand, llamándole «sabio inmundo y aborto lleno de talento». Propagandista de impiedad, con celo de misionero y de apóstol, corruptor de una gran parte de la juventud española por medio siglo largo, sectario intransigente y fanático, estético tímido y crítico arrojado, medianísimo poeta, aunque alguna vez llegase á simular la inspiración á fuerza de terquedad y de artificio,

---

que vamos á decir como aquellas proposiciones de óptica, de mecánica ó astronomía donde da un autor las resultas de sus arduos y prolijos cálculos sin corroborarlas con las demostraciones en que las funda, y que suponen la resolución de dificultosas ecuaciones diferenciales y el uso más expedito del cálculo integral.»

acerado polemista político, prosador desigual, aunque jugoso y de bríos, hombre de negaciones absolutas, en las cuales adoraba tanto como otros en las afirmaciones, enamoradísimo de sí propio, henchido de vanagloria y de soberbia, que le daban sus muchas letras, las varias lenguas muertas y vivas que manejaba como maestro, la prodigiosa variedad de conocimientos con que había nutrido su espíritu, y la facilidad con que alternativamente remedaba á los autores más diversos: á Benito Espinosa, al divino Herrera, á Catulo ó á Petronio (1). El viento de la incredulidad, lo descabellado de su vida, la intemperancia de su carácter, en quien todo fué violento y extremoso, inutilizaron en él admirables cualidades nativas; y hoy sólo nos queda de tanta brillantez, que pasó como fuego fatuo (¡semejante ¡ay! á tantas otras brillanteces meridionales!) algunas traducciones, algunos versos, unas cuantas páginas de prosa más original que bella, el recuerdo de la novela de su vida, y el recuerdo mucho más triste de su influencia

---

(1) *Il fut versé dans toutes les connaissances de notre époque, cultiva la littérature et la poésie, mania en maître plusieurs langues vivantes et anciennes; et tour à tour, continuait Spinosa, Sainte Thérèse de Jésus ou ce Pétrone qu'il cite.* (Maury, *Espagne Poétique*, París, 1826, t. I, página 363.)

diabólica y de su talento estragado por la impiedad y el desenfreno.

Para completar el retrato de tal personaje, que en lo bueno y en lo malo rebasó tanto el nivel ordinario, añadiremos que, según relación de sus contemporáneos, era pequeñísimo de estatura, muy moreno y aun casi bronceado de tez, y horriblemente feo, en términos que más que persona humana parecía un sátiro de las selvas (1). Cínico hasta un punto increíble en palabras y en acciones, vivía como Diógenes y hablaba como Antístenes. Durante una temporada llevó en su compañía un jabalí que había domesticado y que hacía dormir á los pies de su cama; y cuando, por descuido de una criada, el animal se rompió las patas, Marchena, muy condolido, le compuso una elegía en dísticos latinos, convidó á sus amigos á un banquete, les dió á comer la carne del jabalí

---

(1) *Haut de trois pieds huit pouce, basané et affreux de figure* (dice el autor de la noticia de Marchena en la *Biographie Moderne, ou galérie histor que* de Michaud, París, 1816).

Ce petit homme, haut de qua're pieds el demi, laid, difforme et grotesque, a la figure de satyre, aux cheveux crépus, au teint de bistre, au sourire libidineux..... (dice el bibliófilo Jacob [Paul Lacroix] en la noticia adjunta á la reimpresión del *Fragmen um Petronii*).

«*Físicamente era chico, casi contrahecho y feo.*» (Carta de D. José de Lira al Sr. de Cueto.)

y á los postres les leyó el epicedio (1). A pesar de su fealdad y de su ateísmo, de su mala lengua y de su pobreza, se creía amado de todas las mujeres, lo cual le expuso á lances ridículos y á veces sangrientos (2).

Todas estas y otras extravagancias que aquí se omiten prueban que Marchena fué toda su vida un estudiantón perdulario y medio loco, con mucha ciencia y mucha gracia, pero sin seriedad ni reposo en nada. Y con todo, había en su alma cualidades nobles y generosas. Su valor rayaba en temeridad, y le tuvo de todos géneros, no sólo audaz y pendenciero, sino, lo que vale más, estoico y sereno. En sus amistades fué constante y fervoroso hasta el sacrificio, como lo mostró compartiendo la suerte de los

---

(1) Carta de D. José de Lira, y noticias de D. Serafín Estébanez Calderón, comunicadas al Sr. de Cueto.

(2) *Marchena était bien capable d'en rémontrer à Pétrone et de lui apprendre des mystères d'impureté, inconnus même aux anciens* (¡qué atrocidad!)..... *Aimait prodigieusement les femmes, et se vantait de savoir s'en faire aimer..... Il affichait, d'ailleurs, avec un abandon qu'il voulait rendre gracieux, la plus ébouriffante immoralité: on ne devait donc pas s'attendre à lui voir publier des «Leçons de philosophie morale!» Il avait composé des ouvrages d'un tout autre style, mais il ne les publia pas, et il se contentait de les lire, «inter pocula», à ses amis qui admiraient son génie sotadique.* (Noticia unida al *Fragmentum Petronii.* Algo más dice el autor; pero no nos parece bien transcribirlo ni aun en francés.)

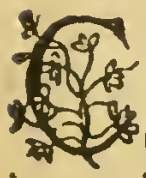
girondinos, con quienes sólo le ligaba su agradecimiento á Brissot. En materias de dinero era incorruptible y cumplía al pie de la letra con la austeridad republicana, que tantos otros traían solamente en los labios. Cuando, en tiempo del Directorio, se enriquecían á río revuelto todos los que iban con algún oficio ó comisión á las provincias conquistadas, Marchena, recaudador de contribuciones en el territorio ocupado por el ejército del Rhin, volvió á París tan pobre como había salido, lo cual, sin ser gran hazaña, pareció increíble á mucha gente: tal andaba entonces la moralidad administrativa.

Cuantos trataron á Marchena, fuesen favorables ó adversos á sus ideas, desde Brissot hasta el Conde de Beugnot, desde Chateaubriand y Mad. de Stael hasta Moratín, Maury, Miñano y Lista, vieron en aquel buscarruidos intelectual algo que no era vulgar y que le hacía parecer de la raza de los grandes emprendedores y de los grandes polígrafos. En el siglo XVII quizá hubiera emulado las glorias de Quevedo, con quien le comparó Maury, y con quien no deja de ofrecer remotas analogías por la variedad de sus estudios, en que predominaba la cultura clásica, por su vena sarcástica, por los caprichos de su humor excéntrico, por lo vagabundo de su espíritu, por la fiereza y altanería de su condición, y hasta por los re-

vueltos casos de su vida. Pero no conviene llevar más adelante el paralelo, porque sería favorecer demasiado á Marchena. Quevedo pudo desarrollar completamente su genialidad en un medio adecuado á ella y hasta las trabas que encontró le sirvieron para saltar con más fuerza. Por el contrario Marchena, nacido y educado en el siglo XVIII, sin fe, sin patria y hasta sin lengua, no pudo dejar más nombre que el siempre turbio y contestable que se adquiere con falsificaciones literarias ó en el estruendo de las saturnales políticas.

APÉNDICE

Á LA BIOGRAFÍA DEL ABATE MARCHENA



CUANDO estaba próximo á terminarse la impresión de este volumen, mi querido amigo D. Manuel Gómez Ímaz, incansable colector de libros y papeles relativos á la guerra de la Independencia, cuya bibliografía crítica y razonada nos dará muy en breve con regocijo de todos los buenos españoles, me ha comunicado noticia de un opúsculo anónimo que seguramente es del abate Marchena. Las razones en que tal atribución se apoya van á continuación discretamente expuestas por el Sr. Gómez Ímaz, y también se reproduce, á título de documento interesante, el folleto impreso á nombre de *un oficial retirado*, que al parecer salió de una imprenta clandestina establecida por Murat en su palacio.

En el conocido folleto «*El Dos de Mayo*

de 1808: *Manifestación de los acontecimientos del Parque de Artillería de Madrid en dicho día. Escrita por el Coronel de Caballería D. Rafael de Arango*, etc.—*Madrid*, 1837.—*Imp. de la Compañía Tipográfica*»; que contiene la más auténtica relación de aquella gloriosa defensa, dice su autor en la página 6:

«Habían transcurrido muchos días del mes de Abril, en los cuales, con más ó menos accidentes, la lealtad española fué como aquilatándose, y más indignándose á medida que intentaban minarla con pérfidas maniobras los agentes de Napoleón; así apareció el muy borrascoso día 1.º de Mayo, que fué el preludio del *dos* eterno.

»Al amanecer de esa víspera *los franceses habían repartido un folleto impreso en la casa misma de Murat, con el título de un oficial retirado en Toledo, que trataba de persuadir á los españoles la conveniencia nacional de cambiar la rancia dinastía de los ya gastados Borbones, por la nueva de los Napoleones muy enérgicos.*

»Este paso, dado para preparar la opinión del pueblo á que recibiera con menos convulsiones la salida de las Personas Reales, fraguada para el día siguiente, les produjo un efecto del todo contrario; pues la caída del rayo en un almacén de pólvora no causara inflamación más rápida que la que encendió

en los pechos españoles la sacrílega proposición del cambio de dinastía.»

El intendente de ejército D. José de Arango, hermano del autor del anterior folleto, que vivía en Madrid cuando tuvieron lugar los sucesos aquellos, escribió á raíz de ellos, prestándoles el interés del que fué testigo presencial, un opúsculo curiosísimo con las iniciales J. de A., no atreviéndose á ponerle su nombre; el folleto, del que se hicieron numerosas ediciones, titúlase:

«*Manifiesto imparcial y exacto de lo más importante ocurrido en Aranjuez, Madrid y Bayona desde* 17 *de Marzo hasta* 15 *de Mayo de* 1808; *sobre la caída del Príncipe de la Paz y sobre el fin de la amistad y alianza de los Franceses con los Españoles, escrito en Madrid y cedido su producto á beneficio de los pobres de la Casa de Misericordia de Cádiz.—Con licencia.—Impreso en dicha Casa.—Año de* 1808»; en 4.º, de 43 páginas; en la 35 comienzan las interesantes notas, y en la que lleva el *núm.* 20 se dice lo siguiente:

«Entre los repetidos anuncios que tuvo nuestro Gobierno para despertar, se distingue la tentativa que hizo Murat para imprimir una proclama á nombre de Carlos IV. El impresor, á quien se dirigieron tres agentes napoleacos *(sic)*, los denunció al Supremo Consejo de Castilla, quien los hizo aprehender; pero in-

mediatamente reclamados por Murat, fueron entregados. *Entonces llevó este Príncipe I. y R. una imprenta á su casa; y de ella salió, entre otros folletos sediciosos, el parte del oficial retirado de Toledo, con cuyo ropage quiso disfrazarse el despreciable Marchena, harto retirado de la causa del honor.*»

Con el testimonio de los dos hermanos Arango, no queda duda de que el papel que tanto impresionó al pueblo madrileño la víspera del 2 de Mayo está escrito por Marchena é impreso en la morada del Gran Duque de Berg.

«CARTA DE UN OFICIAL RETIRADO Á UNO DE SUS ANTIGUOS COMPAÑEROS

»Toledo y Abril 23 de 1808.

»Estimado amigo: acabo de recibir la de Vmd. en que me anuncia la próxima reunion de toda la Real Familia en Francia con el Emperador Napoleon; cuya noticia ha sido para mí el primer consuelo que he tenido desde el mes de Octubre último. Vmd. lo creerá fácilmente como que ha servido tantos años al Rey, y mantenido en toda su pureza

los sentimientos de un fiel vasallo. Estos mismos sentimientos los he hallado en la pintura de las escenas deplorables de que ha sido Vmd. testigo en estos últimos tiempos. Ciertamente exîstian ya ántes sobrados motivos de afliccion para todo español amante de las glorias de su patria, pues veíamos dolorosamente que uno de los mejores Reyes no acertase á tomar medios mas convenientes para la prosperidad de España; veíamos con profundo sentimiento á nuestra nacion imposibilitada para elevarse al grado de esplendor de que es merecedora, y el descuido en volverla á colocar en el lugar que por tantos títulos la corresponde entre todas las potencias de Europa. Lo que afligia sobre todo á los españoles era que su Soberano, no fiándose de sus propias luces, habia depositado una gran parte de su autoridad en agenas manos. Respetaban en este error los escrúpulos de un Príncipe virtuoso; pero reconocian en esto mismo las conseqüencias de una educacion mal cuidada que frustra muchas veces las esperanzas que los pueblos se complacen en concebir de los Príncipes destinados á gobernarlos. Estos leales españoles, en el número de los quales tenemos derecho de colocarnos Vmd. y yo, no podian disimularse que ellos mismos ó sus descendientes tendrian que gemir, baxo otro reynado, de las conseqüencias de una educacion mal dirigida á los altos

destinos de un Príncipe hereditario, y concluian de esto mismo, con harto dolor suyo, que su pais estaba léjos de recuperar su antiguo lustre. Su lealtad se resignaba á no ver un tiempo mas feliz para su patria; pero ¿podian ellos creer que estuviese ésta en vísperas de verse amenazada de la mas violenta tormenta?

»En todos los tiempos de mi vida, y sobre todo desde que me he retirado, he estado demasiado alejado del torbellino de los grandes negocios, para aspirar á lisonjearme de poseer aquella especie de sagacidad que se exercita en preveer los sucesos; pero me atrevo á afirmar que todos los españoles, exceptuando los motores de las ocurrencias principiadas en el mes de Octubre próximo pasado, quedaron atónitos con aquella tragedia llena de terror que se anunció entónces, y cuya accion estuvo suspendida algun tiempo para volver á empezar con mas estrépito en el mes de Marzo último, sin que sea posible preveer el desenlaze, ántes de las circunstancias que la carta de Vmd. me indica, y que reanima mis esperanzas.

»Bien necesitaba yo, estimado amigo, encontrar algun alivio en medio de las dolorosas aflicciones que me oprimian. ¿Qué hemos visto después de los sucesos del Escorial? Todo quanto puede descarriar la opinion, atemorizar la fidelidad y preparar la decadencia del trono. ¡Cómo podria la opinion no precipitarse

en los escollos mas peligrosos, quando se halla solicitada en direccion contraria por las personas augustas que deben reunirse para dirigirla! ¡Cómo podria la fidelidad conservar su energia, quando sus principios se perturban, quando se procura sujetar los antiguos juramentos y obligaciones á nuevos juramentos y nuevas obligaciones! ¡Cómo podria tener el trono alguna solidez, quando la opinion vacila, y quando la fidelidad está reducida á la incertidumbre! ¿Hay súbdito leal que no tiemble en quanto al cumplimiento de sus deberes, y que no se crea casi arrastrado á una rebelion involuntaria en el momento en que vé que los Príncipes de una misma familia, olvidándose de la comunidad de intereses y de la buena armonia que deberia unirlos, se vituperan recíprocamente, y se humillan hasta el extremo de tomar el inconcebible medio de apelar al pueblo, y de reducirse á solicitar su sufragio, en lugar de conservar sus respetos, y á buscar su favor, en vez de dictarle leyes? Nunca olvidaré el temor que me sorprehendió y las congeturas siniestras que vinieron á atropellar mi imaginacion el dia que resonó en toda España la acusacion de un buen padre contra su hijo, del Rey contra el Príncipe hereditario. Mis temores no se tranquilizaron con la sumision y la ingenuidad de la carta en que este Príncipe, que parece haber nacido con las

mismas disposiciones de docilidad que su padre, imploraba la indulgencia de sus augustos padres. No era, sin embargo, ménos evidente que la autoridad habia recibido un golpe grande, que se habian tramado intrigas criminales al rededor del Monarca y del Príncipe de Asturias; que la ambicion habia osado reducir al Soberano y á su heredero presuntivo á no ser otra cosa mas que meros instrumentos para sus proyectos; y que se habia usado de entrámbos para dar principio á una revolucion. ¡Cómo no extremecerse con la idea de una revolucion, al acordarse de la última, tan funesta para la familia de nuestros amos! Semejantes memorias abren fácil camino para ver en lo futuro una série de hechos revolucionarios. Quando se verificó la explosion del Escorial no dixe á Vmd. ni en qué dia ni de qué modo habia de suceder fixamente esta ú la otra escena, pero Vmd. se acordará quizá, y si conserva Vmd. mis cartas lo podrá ver en ellas, de que le decia que era imposible que ningun español, afecto á la casa Real, se considerase ya en el término de sus temores y de su afliccion. Nada me sorprehendió ménos que la noticia de los acontecimientos de que fué teatro Aranjuez. En semejante caso la ocasion ó el pretexto que se toma no influye sino en la muchedumbre; qualquiera observador un poco reflexîvo habrá reconocido, como yo, en este

paso aquel movimiento de reaccion que no tarda jamás en seguirse á la primera escena revolucionaria. Dado el primer paso en esta carrera, en la qual ni el arrepentimiento mismo podria retroceder, todo es peligroso, hasta las pasiones mas generosas. No dudo yo que ellas hayan animado á los valerosos militares, cuya energia ha sido exâltada para intimidar al Monarca: yo he observado el verdadero acento de estas pasiones, y todo el fuego de los sentimientos mas nobles en la carta que mi sobrino el buen Antonio, á quien Vmd. conoce, me dirigió á toda priesa desde Aranjuez. Se felicitaba, como todos sus compañeros, de haber contribuido á una crísis saludable, verificada por medio de las aclamaciones de *viva el Rey*. Si por una parte es interesante para el corazon esta buena fé, conduce por otra á tristes reflexîones sobre la facilidad que tienen los revoltosos de todos los paises para hacer que las mejores disposiciones de los pueblos concurran á los resultados mas desastrados para el trono y para la patria. ¿Quál es la revolucion que en una monarquia no haya empezado por los gritos de *viva el Rey*, y por amenazas dirigidas únicamente contra los depositarios de la autoridad? Convendré sin dificultad en que en el caso presente el modo de atacar debia tener todo el favor de la opinion, pues que se trataba de un privado que no supo jamás justifi-

car su elevacion, haciendo un uso digno de la inmensa autoridad que se le habia dexado tomar; yo caracterizaria con colores mas fuertes sus errores y sus delitos, si no tuviera derecho, amigo mío, para hablar á Vmd. en el particular con moderacion, puesto que siempre he hecho á Vmd. confidente del menosprecio que él me inspiraba en el dilatado tiempo de su prosperidad. Pero el que se creyese, ni aun el que se viese mal depositada la confianza del Monarca ¿era motivo suficiente para que los que deben obedecer hiciesen entender su voluntad á aquel que debe gobernar? Un Rey está destronado en el punto en que es violado entre sus manos el exercicio de la autoridad monárquica. ¿Qué importan las aclamaciones que se le dan miéntras sufre aquella ignominia? y aun añadiré ¿qué importa el mas ó ménos tiempo, la mayor ó menor osadia que se emplea en nombrarle un sucesor? No hay cosa ménos nueva que los exemplos de Reyes cediendo su corona en medio de los gritos *viva el Rey*. En tales casos no se ha de llorar solamente por el que desciende del sólio, sino principalmente por el que sube á él baxo tan funestos auspicios; el derecho incontestable y sagrado que tenia por nacimiento, se le quita obligándole á reynar con el título precario de una especie de eleccion tumultuaria. Que esto se vea en Constantinopla ó en Argél, donde

no se conoce el beneficio de la civilizacion, y donde la religion christiana no ha podido hacer que penetre aquel influxo, por medio del qual se la vé siempre inspirar ó consolidar las instituciones útiles á los pueblos; pero que se intente el que se adopte esta doctrina de anarquia y de desolacion la nacion magnánima que habita la España, esto es lo que yo no puedo imaginar sin llenarme de indignacion. En la monarquía regularmente constituida quando la sábia naturaleza designa al que debe ir á reposar en la tumba, y al que debe consagrarse á la felicidad pública, la esperanza nacional se dilata cada vez que un nuevo vástago nace al rededor del trono. Por el contrario habria que temblar en el nacimiento de un nuevo Príncipe, si los caprichos de una monarquía electiva se hiciesen habituales en una nacion que no tuviese ya ningun principio de derecho público; sucederia primeramente que le mandarian al hijo arrebatar la corona de la frente paternal; pero hecho este paso, seria mucho mas fácil aun persuadir á un Príncipe menor que seria mas digno del lugar ocupado por su hermano. La naturaleza y la moral padecerian ménos en esta suposicion, que en la primera: salvadas todas estas barreras, ¿qué principio podria impedir el andar errando á la ventura en lo vago de la barbarie? Todos los pueblos civilizados que forman hoy la gran familia eu-

ropéa comenzaron por esta monarquía imperfecta, que en lugar de un órden natural de herencia, no conocia todavia otro derecho que el de elegir entre los miembros de una misma familia. Aun entónces se aguardaba á que la muerte hubiese dado la señal para la nueva eleccion. Hoy, retrocediendo aun mas allá de la imperfeccion de los primeros siglos, se querria que la época de la sucesion al trono dependiese del descontento público; pero ¿por qué señal y en qué lugar reconocerle? ¿Se reunirán todas las provincias para abandonar este derecho terrible, este derecho de soberania á la capital? Entre los vasallos del Rey, ¿quál seria la clase que particularmente le poseyese? Si los habitantes de la Metrópoli del Reyno están autorizados para la insurreccion, porque un primer Ministro, porque un privado les desagrada, ¿los militares que vierten su sangre por la pátria, no tendrán igualmente derecho para levantar el grito y agitar sus armas quando se les dé un general que no haya obtenido su consentimiento? Si las ciudades se arrogan la facultad de comenzar reynados nuevos, ¿los campos no querrán también proclamar nuevos Monarcas? Nosotros estábamos, amigo, muy distantes de todas estas qüestiones sutíles y alarmantes, quando queriendo, en el Rosellon ó en Cataluña, animar á nuestros soldados para alcanzar nuevos triunfos, ó

sostener su valor en medio de una larga série de desgracias, esforzábamos este grito de *viva el Rey*, que resonaba tan profundamente en todos los corazones españoles. El hubiera sido ineficáz si los guerreros hubiesen de haber aguardado las cartas de Madrid para reconocer al Soberano que acaban de elegir, si en aquel tiempo se hubiera tratado del sistéma de abdicacion ó de destitucion, del qual se acaba de hacer la primera experiencia.

»Depositando en el seno de la amistad mis sentimientos sin ningun disimulo, confieso á Vmd. que no concibo la posibilidad de que un Rey abdique su corona. Si no estuviera colocado sobre el trono sino por su conveniencia propia, entiendo bien que algun dia podria variar de gusto; pero siguiendo una doctrina mas severa, para mí un Monarca no es mas que un individuo elevado sobre los demás hombres, y sin otro interés que el de hacerlos felices; y en este caso no comprehendo con qué derecho se substraeria á la carga que está anexa á tan brillante destino.

»Sin embargo, esta opinion es demasiado absoluta para que yo la siga sin desconfianza. Debo convenir en que puede darse tal combinacion de circunstancias que sea necesario un nuevo reynado para el sosiego y la prosperidad de una nacion; pero ¿quién habrá de juzgarlo? ¿El pueblo? El exemplar y los sacrificios de

nuestros vecinos nos han preservado de semejante error en esta parte. Las luces no están ménos difundidas entre ellos que entre nosotros, y, sin embargo, su exemplo nos convence de que el pueblo nunca es bastante ilustrado para tratar de los negocios públicos, sino perjudicándose á sí mismo. ¿Habrémos de atenernos á la iniciativa de algunos revoltosos de un rango mas ó menos elevado? Pero si el establecimiento de la democracia en país de una vasta extension es el exceso del delirio, la oligarquia es el colmo de la opresion. Pues ¿á quien recurrirémos para fundar la monarquia en toda su pureza?

»Hace seis meses que yo me lo decia á mí mismo, y se lo repito á Vmd. ahora con las lágrimas en los ojos: la misma familia Real ha vendido la causa de la soberania. He visto á las mismas personas, á quienes estaba yo acostumbrado á respetar, hacer alternativamente el papel de acusador y de acusado, confundirse ó absolverse los unos á los otros con reprehensiones y con confesiones igualmente decisivas. Ninguno de los dos Príncipes habia conservado ó adquirido el derecho de decir: *aquí reside esencialmente el poder monárquico; allí comienzan ó acaban los deberes de los vasallos.*

»Estaba yo abismado, amigo mío, en estas dolorosas reflexîones, quando llegó la carta de Vmd. á asegurarme de que la Providencia

no nos habia abandonado. Veo que la misma qüestion, que no podia ser resuelta ni por el pueblo, al qual se le pierde quando se le oculta; ni por algunos revoltosos á quienes la sed de dominar hace que posterguen demasiado el interés nacional; ni por la familia Real reducida, por sus divisiones y querellas, á una especie de decadencia en sus derechos; veo, repito, que la misma qüestion va á decidirse por un gran Arbitro á quien parece ha reservado el cielo para nuestra salvacion.

»Este real Arbitro que lleva, y que ha dado ya y devuelto tantas coronas, exerce en Europa una influencia bastante irresistible para que no pueda temer la España volver á ver en disputa lo que una vez fuere por él determinado. Nos ofrece al mismo tiempo la garantia de un interés comun con el nuestro; le importa que este reyno no experimente ninguna desmembracion, y que conserve todas sus colonias. Se trata de volver á constituir una monarquia: él ha sabido reproducirla vigorosa y floreciente en un pais en que parecia estar destruida por sus mas profundas raices; se trata de convertir en utilidad de los pueblos una crisis memorable; ninguno entre los conquistadores, los soberanos y los legisladores, se ha mostrado mas hábil en conciliar la solidéz de la autoridad y la felicidad pública. Jamás el genio de Napoleon se habrá ocupado en una

obra mas bella que la creacion de la gloria española. Superior á todas las preocupaciones, no puede dexar este gran Príncipe de distinguir todos los gérmenes de grandeza que encierra la mas noble de las naciones. El resto de la Europa se complace en oponernos memorias sacadas de nuestros propios anales; Napoleon experimentará que, léjos de estar en una degeneracion irrevocable, nos hallamos en disposicion de igualar, y aun de superar, á nuestros padres.

»Si Vmd. notáre, amigo mio, algun movimiento de entusiasmo en mis palabras, á lo ménos no lo atribuirá á motivos de ambicion, pues sabe que el hábito de vivir solo, una edad avanzada, y las conseqüencias dolorosas de muchas heridas me tienen separado de todas las agitaciones de la vida, de todos los cálculos del interés personal; pero ni la soledad, ni los años, ni la perspectiva de un fin próximo, han podido extinguir en mi corazon el amor de la pátria. Bendito sea el cielo, porque dispone que raye en mis últimos dias la esperanza de mejor destino para esta nacion, cuyos antiguos errores en punto de administracion, no han podido agotar sus recursos, y que, sobre todo, ha sabido conservar el mas precioso de todos los tesoros, qual es aquel gran carácter, al qual solo faltan ocasiones para excitar todavia la admiracion del mundo.»

Este libro se acabó de imprimir en Madrid,
en el Establecimiento tipográfico
«Sucesores de Rivadeneyra»,
el 22 de Noviembre
de 1900.

LS.H.
M5426e
121177
Author Menéndez y Pelayo, Marcelino
Title Estudios de critica literaria. Vol. 3

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File"
Made by LIBRARY BUREAU